J. ARDILA

BABEL


BABEL
por
Jaime Ardila Casamitjana
REDONDO
ITORIAL CALOMINO

J. A. CASAMITJANA

B A B E L



EDITORIAL CALOMINO
CALLE 49 - 660 - LA PLATA

Impreso en la Argentina
Printed in Argentine

Queda hecho el depósito que exige la Ley 11.723

Se terminó de imprimir el día 12 de junio de 1944, en los talleres gráficos de la EDITORIAL CALOMINO, calle 1 - 193. La Plata. — (República Argentina)

"TORRE DE BABEL.— No tenía entonces la tierra más que un solo lenguaje y unos mismos vocablos. Mas partiéndose de oriente "estos pueblos", hallaron una vega en la tierra de Senaar, donde hicieron asiento. Y se dijeron unos a otros: venid, hagamos ladrillos y cozámoslos al fuego. Y se sirvieron de ladrillos en lugar de piedras, y de betún en vez de argamaza; y dijeron: Vamos a edificar una ciudad y una torre, cuya cumbre llegue hasta el cielo, y hagamos célebre nuestro nombre antes de esparcirnos por toda la faz de la tierra. Y descendió el Señor a ver la ciudad y la torre, que edificaban los hijos de Adán, y dijo: He aquí, el pueblo es uno solo, y todos tienen un mismo lenguaje; y han empezado esta fábrica, ni desistirán de sus ideas hasta llevarlas a cabo. Ea, pues, descendamos, y confundamos allí mismo su lengua, de manera que el uno no entienda el habla del otro. Y de esta suerte los esparció el Señor desde aquel lugar por todas las tierras, y cesaron de edificar la ciudad. De donde se le dió a ésta el nombre de Babel o "Confusión", porque allí fué confundido el lenguaje de toda la tierra: y desde allí los esparció el Señor por todas las regiones".

GENESIS — Capítulo XI.

"...................... avoir un corps c'est la gran menace pour l'esprit"

MARCEL PROUST.

I

PRIMERA PARTE

Cuando llegué a su casa salió mal vestida, casi sin peinarse, sin pintarse, arrastrando unas chancletas horribles. Lo primero que me pareció fué que se hubiese acabado de levantar de la cama. Y claro está que así se levantaría cuando, después, ambos hubiéramos estado acostados. Llegaría un día en que esa palidez sucia y esos labios estrujados y esa indolencia en tirarse sobre una silla y ponerse a jugar con las zapatillas, fueran consiguientes a una noche de placer excesivo. Aquella molicie tentadora me sabía a voluptuosidad saciada. Aquella mujer tenía en la cara y en el cuerpo un hálito de repugnancia alegre, jovial, casi dulce.

Nos quedamos solos.

—¡Me desperté con tanta hambre!

—¿Sí? Pues come.

—Eso voy a hacer. Escucha: ¿Tú no tienes hambre?

—Yo no.

—¡Ay, qué lástima!

Se arrebujó en la bata, se la puso muy ceñida por sobre las rodillas y se tendió cuan larga era sobre la butaca.

Yo hubiera querido decirle:

—Ayer por fin logré arrancarte un "sí, me interesas", y la promesa solemne de que acabarías con el otro. Dos placeres iguales, dos satisfacciones idénticas. Porque supe que

efectivamente tú no lo querías, tal como yo lo había supuesto, como yo lo había soñado, como yo lo deseaba; y que, en cambio, yo significaba algo para ti, algo muy pequeño quizá, pero de todas maneras el bordecito rojo de una pasión que comenzaba a encender tu espíritu, a quemar tu carne. Yo había hecho el más firme propósito de definir una situación para mí tan dolorosa, para ti tan embarazosa, para ambos tan absurdamente mortificante. Y al irme a la cama, la noche anterior —yo aprovecho estos instantes para tomar las resoluciones más comprometedoras, más graves, más imperiosas, las que han de influir más poderosamente sobre mi vida—, me dije: O mañana arreglo esta cuestión o debo renunciar por completo a todo. Oyeme bien: a todo. Y renunciar a todo para mí en esta cuita era tanto como no renunciar a nada, como abandonar la línea primera de combate para ir a la retaguardia a sufrir un golpe menos fino y certero, pero más hondo y embotador. Era dejar de verte, dejar de hablarte, meterme dentro de mis libros y dentro de mí mismo, dos grandes soledades, dos anchos desiertos, tibios por la fraternidad, pero muy áridos para un alma como la mía, que tan suplicante reclama en estos momentos un poco de agua fresca, una sombra dulcemente blanda, un poco de reposo para el tormento del silencio. Y es que cuando no estoy contigo, estoy con tu ausencia. Y tu ausencia es fascinadora como tú misma, pero es hueca, sin carne, sin nervios, sin sonrisa. Voy ansioso, hambriento, a buscar esa fruta roja abierta de tus labios menudos y húmedos y me encuentro con el perfil evanescente, mustio, sin color, de esa boca. En el lugar de tus ojos, dos huecos profundos, y en tu pelo, tan abundante, tan negro, tan deliciosamente ensortijado como para hundir toda la cara y cubrirse con él, sólo hallo la soledad que cada cabello dejó al irse. Y tú me rodeas, me aprisionas, ¡oh! cárcel adorable. Y luego te hurtas, te evaporas como un perfume. Y al irte, te llevas el aire y te llevas la luz y te llevas la substancia misma de las cosas que me circundan. Pasas, desoladora, y me dejas un mundo muerto, una colección grotesca de seres sin expresión. Y yo me siento vivo entre tanto cadáver y comprendo y siento la catástrofe. Y me pregunto absorto si yo también no he de irme de aquí, no he de desaparecer, ya que todo se marchita y se muere. Y son minutos y segundos, más terribles que horas largas. El tiempo comienza a pesar sobre mí como una tarde calurosa. ¡Qué cruel fenómeno el del tiempo, que corre veloz cuando quisiéramos inmovilizarlo en la eternidad, y que se hace espeso cuando sentimos está ciega vocación por la

muerte! Me pregunto: ¿por qué vivo? ¿para qué? ¿cómo? Y veo que la vida es un milagro efímero que pende de nosotros co la gota de aguas de la hoja que ha de sacudir el viento próximo. Qué extraña y qué injusta condición de nubes pasajeras que un aire trae y otro se lleva. Pero, ¿por qué habría de ser de otra manera? ¿Acaso no somos, como las flores o como las estrellas, un trozo de universo que para llegar a la plenitud de su expresión tiene que regresar a la tierra para purificarse en los misteriosos alambiques de la nada? Pero, ¿cómo perder estos minutos, ahora cuando los veo efímeros, ahora cuando percibo su fuga ligera? Porque toda vida tiene que hallar su justificación en algo que sea digno de su propio dolor. Y pienso en la gloria, en la fama, en el arte, en la filosofía, y en el poder o en la fuerza. Y observo cómo estas razones son vanas y cómo a su conjuro el temor de morir no se va de mi lado y sigue contemplándome fieramente, con su mirada yerta y blanca, fina y cortante y transparente como cuchillo de hielo. Te llamo en mi ayuda y sueño con que tú podrías quererme, sí, quererme mucho, un solo minuto quizá, pero comprendo que un solo minuto de tu amor sería tan ardiente, tan intenso, tan complejo y tan íntegro, que en él podría alojar toda mi existencia. Y palpo, sí, palpo, veo, intuyo, sé, que ese solo minuto sería suficiente para justificar mi vida. Y que una vez logrado con plenitud, la muerte se me aparecería risueña como una hermana, con la que yo iría por esos bosques nocturnos del más allá, sin temor al silbo de la serpiente ni al frío intenso de la tiniebla.

Pero no se lo dije, porque hablamos de cosas triviales.

* * *

Tenía una amiga. Cuando pensé que también yo tenía una amiga, me acordé de cierta frase leída no hacía mucho: "Muy bien puede suceder que una mujer sienta amistad por un hombre; mas para mantenerla es preciso el concurso de una pequeña antipatía física". Así que era absolutamente necesario apreciar si en Inés había algún rasgo o alguna modulación de su carácter que me impresionara desagradablemente. Ante todo, saber distinguir, saber alinderar esas simpatías: la que sentía por Carmen y la que sentía por Inés. Eran distintas. De Inés no me gustaban las pantorrillas. Muy delgadas, huesosas, con sus rótulas masculinas muy pronunciadas. Las manos, varoniles. Sí: los dedos se engrosaban en su terminación y las uñas, ensanchadas, hacían, con

el concepto ideal de unas manos bellas de mujer, un contraste muy feo.

¿Cómo serían bonitas unas manos de mujer? Unas manos de mujer no se pueden concebir sino algo gordezuelas, con deditos largos y finos, delicadamente lustrosa la piel y un gris opaco en las extremidades, oscurecida como por la pátina de cigarrillos que no se habían fumado nunca, con uñas delgadas y rosáceas. Nada de pinturas, ni de uñas largas, recortadas en forma de puñal. Se necesita cierto recato para dar la sensación femenina completa. Y luego, manos muelles, un poquitín aceitosas, con su perfume especial, inconfundible con los perfumes vulgares que va imponiendo y quitando la moda. Unas manos que supieran estrechar delicadamente, que se pudieran apretar sin riesgo de dar con el esqueleto.

Inés no tenía nada de esto. Muchas veces, conversando con ella, al punto en que la mirada se iba cayendo por el brazo hasta llegar a la muñeca y seguir de ella a las manos, yo sentía un choque desapacible en mi espíritu y no podía resistir mirándolas. Entonces me parecía que Inés nunca podría gustarme. Y volvía los ojos a otra parte, generalmente a los ojos, al pelo.

Mientras hablaba con Inés de otras cosas, me iba diciendo mentalmente:

—Imposible enamorarse de una mujer que tiene esas manos. Porque si algún día fuera a besarla y ella me enseñara los dedos, sus uñas, sentiría repugnancia, una repugnancia invencible que no podría disimular. Tampoco me gusta su nariz. Jamás se me ha ocurrido pensar en que por qué no me gusta. Y no quiero pensarlo. A veces hace un gesto con la boca, semejante al que hace su hermano en las cantinas cuando saborea la cerveza. Parece que se relamiera palabras que no alcanzaron a caer de los labios y que le hicieran cosquillas. He dejado para mirar después los senos. Es como si no me atreviera a constatar que no me gustan.

Conclusión: Inés era mi amiga, una amiga perfecta, tal como se requería para esos casos confidenciales, en cuya resolución yo quería oír las opiniones de una mujer joven y seria, inteligente, pero no muy instruída. Porque la mucha instrucción les hurta a las mujeres algo de su instinto y un poco de su sagacidad nativa.

—Usted debe aburrirse mucho aquí, —le pregunté, meciéndome en la silla que crujía a cada movimiento como si fuera a desvencijarse.

—¿Yo? No tanto. Bueno: sí, hay horas en que me siento

melancólica, con deseos de irme a otra parte, de cambiar de medio, de vida, de conversación. Pero en general me amaño aquí, me he acostumbrado a esta manera de vivir y se me ocurre que si la cambiara por otra iba a sentirme contrariada. Sobre todo, saliendo a la calle se sienten una soledad y una tristeza muy grandes. Parecen calles barridas después de una catástrofe. No hay escombros, pero es como si los hubiera habido.

Y seguía hablando, hablando perezosamente, (lánguidamente se pudiera decir), con una voz larga y descoyuntada, que simulaba escurrirse por las mesas, por el florero, arrastrarse por las alfombras antes de llegar a los oídos del interlocutor. Yo no prestaba atención a sus palabras, aunque mostraba interesarme por lo que ella decía. Cuando dejó de hablar, yo no supe qué debía responder. Por eso insinué que hacía calor y que el cielo se empeñaba en ponerse de un gris antipático. Y comencé, haciendo bolitas de papel, a rasgar una cajetilla vacía de cigarrillos, de la que tiraba de vez en cuando un trocito al patio, después de mordisquearlo.

Le dije:

—Yo debo ser muy antipático para todo el mundo.

Ella se rió y dijo que no. Pero que sí era un poco raro.

* * *

La gente que adquiere la fea costumbre de pensar es, en general, muy desdichada. La demostración es muy clara: el mundo y la vida no piensan; simplemente, actúan, es decir, hacen. Y "hacer" es lo contrario de "pensar". Resultado: el que piensa no hace. Y el que no hace se sitúa fuera del mundo y de la vida, al margen de las cosas y de los acontecimientos. Hasta aquí la cuestión es sencilla, porque bastaría desdeñar el universo de los seres actuantes, experimentar repugnancia por la grosería que implica el movimiento. (Dios está quieto y no puede moverse porque es perfecto; el movimiento es, pues, signo natural de imperfección; la conciencia de nuestra imperfección nos impele a movernos constantemente con ritmo cada vez más agitado y más agónico). Pero sucede —y aquí está lo grave— que este recipiente de barro que contiene a nuestro espíritu no es suficientemente fuerte para resistir la presión moral que significa nuestro aislamiento. Porque la soledad es en tal grado excelsa, que supera en mucho la mezquina capacidad de la naturaleza humana. El hombre —en esto consiste su tragedia— tiene capacidades de ángel y realidades de bestia. Es decir, concibe

lo que no puede alcanzar. Puede desear imposibles. Y el drama comienza cuando se da cuenta de que existen cosas de que es capaz, que, sin embargo, no puede realizar. De ahí el desequilibrio; de ahí, que personas rudimentarias que ven poco, sean más felices que las avisadas y perspicaces. Y la amargura de esta falta de equilibrio se agudiza más, cuando a la tristeza y al desconcierto consiguientes a "ser capaz" y "no poder", se agrega la de que la cosa o efecto buscado, aparezca como algo que cualquiera alcanzaría. El hombre superior se siente así por debajo de su prójimo menos estimable y a la zaga del grosero gustador de la vida, por lo menos desde un punto de vista biológico.

Además, como la vida no puede vivirse más que una sola vez, (entendámonos bien: vivir es ir llenando el espacio y el tiempo con porciones de nuestro yo), resulta que lo que se vive con el pensamiento se está muriendo, quemando (viviendo) en el mundo real, en el mundo vital. Por eso, quien piensa mucho, vive mucho hacia adentro; pero nada o casi nada hacia afuera. Y como este cuerpo torpe y contradictorio tiene que convivir con el alma, y no se puede alimentar de ideas sino de actos; y por otra parte, como esos actos los hemos quemado en el pensamiento, acontece que cuando menos lo esperamos, la pobre vasija humana se encuentra exhausta, enferma de muerte. Y entonces se presenta la angustia. La angustia es un alarido del cuerpo cuando se siente fuera de la vida. Los amados de los dioses mueren pronto. Ya lo dijo el poeta español: "¡aquí para vivir en santa calma, o sobra la materia o sobra el alma!".

* * *

Cuando llegué de nuevo a casa, ya de noche, lo primero fué quitarme el saco y la corbata, tirar el paquete de cigarrillos y la caja de fósforos sobre la mesita de trabajo, cambiarme los zapatos por las pantuflas, golpearme el pecho con ambas manos abiertas haciendo sonar tres veces la caja torácica para convencerme de que era fuerte, frotarme las manos para decirme interiormente que era un hombre eufórico (en realidad no lo era), y echarme sobre la cama, así, a medio vestir. Abrí el libro que estaba leyendo y conté las páginas que faltaban para terminarlo. Concluí: esta noche termino de leerlo. Pero acto seguido lo deposité de nuevo sobre la mesita, encendí un cabo de cigarrillo que apestaba a tabaco, me puse la ropa de dormir y me distraje mirando una arañita que subía por la pared.

Una arañita subiendo por la pared es un espectáculo de laboriosidad minuciosa y de laboriosidad inútil, profundamente edificante. ¿Qué hará la arañita cuando llegue al techo? Pero por fin no la vi más, porque soy miope y porque había poca luz. Pensaba:

—¡Bueno! Esto de hacer cosas sencillas no es tan complicado como parece. Lo que sucede es que la gente es perversa y se da a interpretar todo con una idiotez inmoral. A propósito: qué escena más insignificante la que tuve hoy con Carmen. Yo le hubiera podido decir muchas cosas... ¡tantas! Sí, pero si se las hubiera dicho habría caído en el ridículo. Lo que demuestra que la ridiculez es el castigo a la sinceridad, o es su precio. Claro: tiene que existir compensación. Y a quien comete la ligereza de ser sincero, la vida le cobra su pecado haciéndolo aparecer como un payaso, como un arlequín. La comedia es la forma natural de la vida, así como la vida es la forma natural de la comedia. Pero no compliquemos: lo que hay de cierto en esta barahunda es que uno es muy imbécil en querer acomodar las cosas a lo que debieran ser. Las cosas son lo contrario de lo que debieran ser: son lo que son.

Sentí un ruido extraño. Me levanté sobresaltado pensando que podrían ser ladrones. Y muy contento de ver que, aun suponiendo que podrían ser ladrones, yo estaba dispuesto a salir al patio a comprobar la normalidad de las cosas. Hasta deseaba que fueran ladrones para demostrarme a mí mismo que ya no les tenía miedo a los ladrones. Eso era progresar mucho. Ser todo un hombre, muy libre. Sí: sobre todo muy libre. Porque la verdadera libertad consistía en eso: en ser capaz de afrontar a los ladrones en nuestra propia casa, sin temerle a sus pistolas. Además, un hombre que de noche siente ruido en su casa, cree que tiene obligación de levantarse a ver lo que ocurre. Y debe hacerlo resueltamente, un poco airado y pensando sólo en que puede resfriarse. Lo contrario sería cobardía, falta de ánimo viril. Luego, vuelve a meterse en la cama y le dice a su mujer (si la tiene) o a sí mismo: no era nada; era el gato.

En el caso presente no era el gato: era el perro que se había subido a la parte inferior del paragüero. Apagué la luz y me apreté contra la almohada. La almohada es un elemento de sensualidad para los jóvenes que duermen solos. El todo está en que se sepa extraer de ella cuanto tiene de sensual. Es un sitio blando y tibio donde se pueden enterrar las narices y frotar la boca cuando no huele demasiado a limpio; un sitio donde la imaginación encuentra amplio campo de lucubraciones. La almohada es una entidad eminentemente plástica. Puede colocarse horizontal o verticalmente y puede hacérsele una depresión en cualquier parte. Cuando se calienta demasiado en un lugar se corre uno al siguiente y lo encuentra fresco. Si hace mucho calor se vuelve al dorso. Yo recuerdo haber despertado muchas veces en la madrugada, solo porque se había caído la almohada. En cambio duermo tranquilo cuando las sábanas y las frazadas andan por el suelo. Tiene dos inconvenientes esto de la voluptuosidad con las almohadas: el primero, que se oye funcionar el corazón y eso resulta desagradable para ciertos temperamentos nerviosos como el mío. Para combatir esta dificultad, basta acostumbrarse a hacer un ruidito con las uñas sobre las sábanas o contra la misma almohada. Y entonces se distrae uno con el ruidito y olvida el corazón. También volviéndose. Es el segundo menos notorio, pero más grave a la larga, que sirve para alimentar sueños fantásticos y deliciosos, que luego la realidad, con su brusquedad acostumbrada, rompe en mil pedazos. Los sueños son muy frágiles. Un hilito de luz solar es suficiente para destrozarlos. Y hay que advertir que un hilito de luz solar es la mínima parte de realidad que puede filtrarse en una habitación cerrada en la que duerme un hombre.

—¿Con que yo no soy antipático, pero sí soy un poco raro? Para las mujeres los hombres raros son los hombres indiferentes.

Y así iba, cuando súbitamente me dí cuenta de que había cambiado de tema. Me había acostado pensando en una cosa y ahora estaba pensando en otra tan diferente. Eso me indicó que tenía sueño. Y como tenía sueño, me dormí.

* * *

Cuando tuve ocho años, mi familia decidió enviarme a hacer los estudios de colegio a la capital. Se estilaba entonces que las personas acomodadas dieran tales lujos a sus hijos y, como hoy, los burgueses de provincia creían a pie juntillas que la sabiduría se había refugiado para siempre en la capital. En casa no éramos ricos, pero pasábamos como tales ante los demás, que tampoco lo eran pero lo aparentaban. La vida eran entonces casi tan ficticia, tan convencional y falsa como hoy, aunque la desvergüenza característica de la época presente no obliga a cierto pudor que en el pasado fué el timbre de orgullo de las familias.

Yo sufrí en forma indescriptible con aquella cruel deter-

minación, por que mi naturaleza enclenque, enfermiza y consentida, hecha a los cuidados y esmeros de mi casa y muy adherida al cariño del hogar, —todo dulzura y encanto para mí—, significaba un obstáculo aterrorizador ante los rigores del porvenir grávido de aventura, de inseguridad, de triste y perdurable añoranza. Anticipadamente mi alma gustó los almíbares y las amarguras de la nostalgia, sensación híbrida que participa igualmente de dolor y de alegría. Supuse entonces que ese viaje, pagado a tan duro precio por mi espíritu, nada significaría en el futuro intelectual y en el porvenir económico, y que tanto el empeño de casa como mi congoja se invertirían en forma que no compensaría el esfuerzo. Pero a los propósitos de mis padres hubieron de robustecerlos las vecindades y los amigos, en largas pláticas que tenían un sabor espantable de conjura para mi perdición. No acertaba a explicarme cómo papá y mamá, seres tan queridos para mí y a cuya ausencia quería oponerme, podían consentir tan de buen grado en alejarme de su lado y hablaban con tan desoladora tranquilidad con sus amigos acerca de la conveniencia de hacerme estudiar en un plantel importante dotado de los elementos necesarios para mi cultura, donde yo disfrutase de la influencia de profesores eminentes y donde mi rebeldía encontrara freno en la disciplina y en el reglamento, a los que habría de someterme casi sin sentirlo, —como decía mi madre— adquiriendo costumbres útiles para mi porvenir.

Mientras vi lejano el día de esa separación, las alegrías propias de la edad y cierto esfuerzo que yo hacía para no pensar en ello, ahuyentaron de mi ánimo el espectro del colegio. Pero cuando pasó aquella navidad, cuyo recuerdo tengo en la memoria como una llama que la añoranza sopla y aviva, los días, que antes transcurrían lentos y sabrosos, al dulce paso de las diversiones, de las holganzas y de mis ilusiones de niño, apresuraron su andar, se hicieron rápidos, fugitivos, y pasaron delante de mí, como en un film, abarcando semanas, cercenando domingos, deglutiendo el tiempo hasta plantarme frente a la cruda, frente a la ruda, frente a la inevitable realidad: llegaba enero a sus postrimerías y las tareas ordinarias se iniciaban en los primeros días de febrero. Mi madre andaba aparejando el ajuar —que sería muy lujoso— y realizando lo conducente al viaje. Aparte de ella, que siempre ha tenido un alma superior a las mezquindades del júbilo y del dolor, un alma acerada que desafía las crudezas de la vida y un temperamento que está por encima

de las vicisitudes, los demás en casa estaban contristados por mi partida y apenas si hablaban, tímidamente y como por consolarme, de mis estudios. Me decían de los amigos que encontraría, de los juegos y diversiones del colegio, de las recomendaciones que se harían para que se me tratara con extrema delicadeza y de que hasta se pagaría algo suplementario para que nunca me viera en apuros o dificultades. El superior de la comunidad que regentaba el plantel era antiguo conocido de mi familia y había escrito en el sentido de que mi presencia allá sería auspiciada por su solicitud y que nunca tendría quejas, sino, muy al contrario, permanentes motivos de regocijo y bienestar. Mi dolor —transitorio y muy explicable por los cortos años y el mucho apego a la casa y a mis padres, hermanos y amigos—, se trocaría pronto en alborozo, en salud corporal y espiritual. Porque, sobre todo de la primera, —de la salud del cuerpo— siempre he estado escaso y la vida ha sido tacaña conmigo al concederme los dones de la alegría fisiológica. Desde niño, mi organismo requirió la acuciosidad y el cariño de quienes me rodeaban, para ir reemplazando con buenas costumbres y hábitos de orden y prudencia lo que la constitución física le negaba en vitalidad y en energía.

La gente del vecindario hablaba muy pomposamente del provecho de un buen clima, de una atmósfera más pura, más fresca, menos deprimente para el organismo de un niño. Yo adivinaba en sus palabras la garrulería de los lobos de mar, que cuentan, con gran naturalidad, narraciones horripilantes de sus aventuras, tratando de restar a la realidad de sus hazañas algo de su valor, para que fácilmente creamos en la veracidad de sus aseveraciones, pensando que ningún interés tienen en narrarnos cosas para nosotros tan extraordinarias, ya que para ellos apenas tienen la escasa significación de recuerdos sin importancia. Siempre me ha cosquilleado gratamente el sistema nervioso escuchar a las personas mayores cuando se empeñan en contarnos sucesos del tiempo pasado, haciendo resaltar, con especial complacencia, la diferencia con el presente, que siempre tachan de fácil y agradable al referirlo a sus luchas. ¿Quién no ha oído a los abuelos hablando de aquellas épocas remotas que nunca volverán, en las que todos trabajaban verdaderamente, en las que nadie ganaba lo que gana hoy el más mísero de los obreros, en las que sí se estudiaba y se aprendía, en la que los padres eran más severos y menos generosos? Ahora todo es molicie, juego, despreocupación, falta de responsabilidad, holgazanería... ¡Y pensar que nunca fué el mundo tan feliz

como cuando nuestros mayores sufrieron sus históricas jornadas, ni tan tranquilo como antes, ni tan fácil, expedito y propicio a la holganza!

Nunca olvidaré las veladas que se celebraban en casa después de la cena. Nos reuníamos junto al escritorio de papá —en la habitación más buena de la casa, excepción hecha del salón principal—, a conversar, leer y jugar, cada cual en lo suyo. En las últimas noches de aquel enero precursor de mi salida hacia la capital, la tertulia íntima cobró ante mí más relieve emocional que nunca. Como todo bien que está a punto de perderse logra la plenitud de su expresión y la cúspide de su significado, las simples reuniones de la noche, que tanto había gozado yo en meses y años inefables, pero que disfrutaba con una conciencia plácida de proyecciones indefinidas, adquirieron súbitamente el prestigio de lo que se nos da tasado. Ya no era toda la vida lo que tenía por delante, sino unas pocas noches, un breve puñado de ellas, que cada día se mermaba ocasionándome nuevo dolor. Fué entonces cuando primero supe qué cosa tan terrible es el tiempo que nos devora, nos envejece y nos mata, dragón infernal que urge las horas felices y en cambio se amodorra hasta la desesperación en nuestras horas aciagas.

No es tiempo de rememorar los sucesos que me acontecieron en la Navidad del año anterior y que habían de dolerme más aún en mi partida. Ni tampoco el día del viaje, aquel día gris, que cayó sobre mi alma como una mortaja. Ni el llanto, ni las despedidas de cada una de mis cosas —de la cama, de la almohada, de la mesita de noche, del baño—, porque más adelante quedará espacio para trenzar estas narraciones. Mi vida de internado en la capital tuvo también sus aventurillas insignificantes, como todas las mías, pero tan llenas de contenido humano, de angustia y de dolor, que el consignarlas aquí me produce placer y me descarga del pasado, como de un fardo.

Cuando vine a pasar las vacaciones a la casa, mi separación de varios meses había anestesiado en cierto modo ese hiperestésico apego al hogar. Tenía el alma distinta, menos buena sin duda, pero más viril. Nunca he sabido luego escoger entre la hombría y el amor, el amor sentimental y romántico de niño. Y es que no me he resuelto a sacrificar ni mi vanidad de macho ni mi vanidad de amante, a veces antagónicas...

Yo me hice violencia para ser el mismo, pero ya no lo era. Amaba la casa y a mis padres como siempre, más que a nada y que a nadie sobre la tierra, pero ya supe que todos bai-

lamos al dolor que suene, y que la costumbre nos alivia de las amarguras inefables y nos conforma a los sufrimientos más lancinantes. "La vida tiene eso de triste: que nos consuela de todo".

Muchas veces a través de la vida, he sentido renacer en el fondo del espíritu la semilla de ese sentimentalismo mío, que es carne de mi carne y sangre de mi sangre y alma de mi alma. Muchas veces he tenido que engañarme y engañar a los demás; he tenido que representar la farsa trágica, para ahuyentar la pena de los corazones amados y de mi propio corazón. Y otras tantas veces he sentido el nudo en la garganta, que me aprieta como garra infernal, y el corazón desfalleciente y el ánimo pronto a la derrota de la voluntad, que flaquea bajo los golpes del destino. Pero he resistido y he paseado la mirada y la sonrisa por sobre los espectadores hambrientos de drama. Subterráneamente, sigilosamente, invisibles fuerzas que van de alma a alma y de amor a amor se sostienen mutuamente para resistir. La noche hospitalaria oyó entonces el estallido franco de mi llanto de niño y las lágrimas mitigaron la sed del espíritu. ¡Pocas veces me he sentido tan niño, tan infantil, tan pequeño, tan minúsculo, tan despreciable, tan insignificante, tan derrotado y... tan hombre!

Después, mi familia decidió hacerme estudiar, conjuntamente con las tareas del colegio, el piano. Es un adorno envidiable y sirve mucho en la vida, decía mi madre. Puede tenerse como un lujo y hasta llegado el caso —porque el mundo da muchas vueltas y sólo Dios sabe lo que nos espera— podría dar clases y ganar así la vida, era lo que agregaba mi tía, con criterio práctico y juicioso. No era para que lo tomara como profesión, no. Yo sería... médico o abogado, porque era inteligente. Y además, porque mi papá había asegurado que me enviaría a estudiar lo que se me antojara. Me llevaría a los Estados Unidos si yo quisiera. Era un papá muy bueno y espléndido, aseguraba la señorita que vivía al lado y que era íntima amiga de casa. Sí, sí: había que estudiar piano, una hora al día, por lo menos. Y eso para ser simplemente aficionado. Como yo protestara, me decían:

—Usted no hace nada, usted es un holgazán. Una hora diaria de piano es apenas una diversión. Pregúntele al profesor lo que estudiaba de niño. Ocho horas diarias en el conservatorio. El mismo había dicho con tono austero: se debe estudiar ocho horas diarias, lo menos durante diez años, para saber... un poco. Porque, si se quiere llegar a ser algo, hay que dedicarle la vida. Fíjese usted, por ejemplo, en Pade-

rewski. Mozart, cuando tenía seis años, ya tocaba en los palacios de los reyes de Europa. Y sin que nadie se lo dijera. Usted no va a ser Mozart.

Yo, casi sin caer en la cuenta de ello, pensaba que, ya que no iría a ser Mozart, estudiar piano era completamente inútil. Claro: o uno llegaba a ser Mozart o no se debían poner las manos sobre las teclas. Y desde que supe, porque me lo dijeron, que yo nunca sería un Mozart, acabé de perder la poca afición que había tomado por el estudio de la música.

Cuando me ponía a pensar que habría de pasar años y años mortificándome una hora cada día y que al final de esta jornada apenas podría poner música ligera, con mucha menor destreza que la de mi profesor, experimenté un desaliento inmenso, casi un horror por aquella monstruosidad que me imponían.

De vez en cuando el profesor, al terminar de dar la clase, se volvía hacia el rector y decía:

—Santiaguito es mi mejor discípulo. Es un chico muy inteligente. Y tiene una vocación privilegiada por la música. Es asombrosa la disposición de Santiaguito para el piano.

Y a mí:

—Ahora no se vaya a volver desaplicado porque le digo que es inteligente.

Yo reía ruborizado y no contestaba nada. Por dentro iba pensando: ¿por qué dirán que soy inteligente, que tengo vocación para la música? Yo no sé qué es eso de ser inteligente. Bueno: debe ser que comprende uno lo que le explican. Y eso sí lo comprendo yo. Pero es que es muy fácil de entender. Y no me acordaba más de ello.

Una vez, el maestro me reprendió fuertemente porque no iba a estudiar. Yo fuí llorando a repasar el ejercicio, y mientras iba tocando y suspirando, me decía: cuando sea grande no volveré a tocar piano. Y se acabó. Una noche, después de la comida, me dijo el rector, conmovido:

—Los estudios de piano le están costando dinero a su familia. Así que hay que saber si usted se aprovecha o no.

—A mí no me gusta el piano. Yo no quiero estudiar más.

—Pues entonces, a dejarlo. Si no quiere no estudie. Peor para usted. Pero acuérdese de que cuando esté grande va a arrepentirse de semejante disparate. Tocando bien el piano tiene usted entrada a cualquier parte. Además, no se concibe una persona distinguida sin que sepa tocar piano. Por ese camino —muy otro del que sus padres ambicionan y esperan con legítimo derecho— va a terminar en la agricultura. Será un peón.

Yo me avergoncé y bajé los ojos. Si hubiera sido sincero habría tenido que responderle: pues yo quisiera ser peón, antes que estudiar el piano. Sí: yo tengo muchos deseos de ser peón. Debe ser delicioso. Levantarse temprano, amolar el machete, hablar mal el castellano, con ese acento de los campesinos, sorberse una gran taza de café y bajar a sudar al sol. Sudar al sol, agachado, con las espaldas empapadas, para de cuando en cuando alzar la cara, echarse el pelo hacia atrás y dar ese silbido agudo y corto que denota haber realizado el máximo de esfuerzo. Aquella vida tenía un encanto y un sabor muy originales. Sobre todo, la obediencia no tendría este sentido de esclavitud que me imponen aquí. Sería libre y sería, además, hombre. Trabajaría, ganaría, diría lo que se me antojara, inclusive soltaría palabras soeces, que harían reír al grupo que se formara por las noches, cuando, después de comer, los trabajadores se reunieran en los quicios o en los patios de secar café a fumar hediondos tabacos y a masticar prosas livianas. Y tendría derecho a protestar de la vida, y a protestar con toda la voz, diciendo:

—Maldita sea esta vida perra. Trabajar todos los días para no hacer un jediondo. ¡Yo, qué carajo!, me voy pronto de aquí.

Pero el superior se puso muy serio y dijo que lo que tenía yo eran deseos de holgazanear. Y que no había remedio: había que estudiar. Yo no me explicaba por qué se tenía imperiosamente que estudiar, y no veía ninguna utilidad en lo que estaba aprendiendo.

Cuando hice la primera comunión, el cura que me preparó, mi mamá y mi tía me dijeron que ya tenía uso de razón.

—¿Uso de razón? ¿Eso qué sería?

El cura me estuvo enseñando qué era pecado. Yo no sabía ni podía entender lo que aquel sacerdote me explicaba. Me hizo fuerte impresión el aire de confidencia que el cura adoptó al enseñarme ciertas cosas. Se me ocurrió un criterio infalible para distinguir el pecado. Pecado eran las cosas malas que uno hacía. Bien. ¿Y cómo eran las cosas malas? Muy sencillo: las cosas malas son las que se hacen a escondidas. Además, las mentiras dichas a la mamá, al papá, a los amigos o a los profesores; las desobediencias, etc., etc. Pero el padre Ortega me estuvo hablando de la sensualidad, de los malos pensamientos, de las acciones contra la pureza. Me dijo que eso era lo peor. Yo lo creí, pero no lo entendí.

Me parecía que hasta entonces yo no había pecado, porque para pecar era preciso saber muy claramente lo que era malo y lo que era bueno, lo que era falta contra Dios y lo que

no lo era. Y como yo hasta entonces no sabía distinguir bien lo uno de lo otro, supuse que los actos y pensamientos de antes no tenían ningún valor moral. Ahora ya había aprendido con el padre Ortega, a clasificar mis faltas y mis virtudes, que en tiempo atrás se me antojaban confusas, como rodeadas de una neblina que impedía ver los límites, los bordes, las diferencias. Y como ya sabía lo que era pecado, comencé a pecar.

Al principio sentí rencor, un odio vengativo hacia mi director espiritual, que de tal manera me había cambiado la vida, convenciéndome de que ciertas cosas que para mí resultaban placenteras no se podían hacer porque ofendían a Dios y porque, además de eso, eran muy feas. Luego experimenté casi alegría, una alegría traviesa, maligna, porque encontraba nuevos gustos en la sensación, porque sabía paladear mejor el sabor de lo prohibido. Gocé de ese encanto de hacer secretamente lo que se nos ha vedado, mucho mejor ahora, cuando al deleite de lo escondido se agregaba la satisfacción de lo pecaminoso. Pero a ratos me inspiraba temor esta conducta.

Ser libre, irme de la casa a trabajar como un peón, dejar los libros, la escuela, las disciplinas del piano, poder cometer toda clase de pecados, sentir amor, odio, alegría, saber arrepentirme, experimentar compasión o desdén por los demás, todo ello se me aparecía como un nuevo mundo de sensaciones desconocidas que me turbaron. Dejé allí enterrada la infancia, si es que alguna vez la tuve. Cuando un niño siente tristeza ha dejado de ser niño. Y ya no valdrán para él los breves oasis de buen humor y las horas apacibles, donde todo aparece confuso y encantador.

Pero lo que vino a sacudir mi conciencia, a demostrarme que ya no podría volver a ser enteramente feliz, sucedió una tarde.

El acontecimiento había de ocurrirme cuando atravesaba la crisis de adolescencia, es decir, cuando menos apercibido estaba el espíritu para recibir transformación tan sustantiva. Porque el espíritu tiene temporadas de sosiego, en las que está capacitado tanto para dar como para recibir, tiempo fructuoso en el que la mente se aclara y el corazón se atempera. Pero cuando el alma se halla en trance de pasar de un estado a otro, de una temporada a otra, al sufrir una impresión violenta, casi se destroza. En la adolescencia, la niñez proyecta aún su dulce inercia sobre nosotros. Dorados sueños protegen, como ángeles guardianes, la fidelidad de las noches sin pesadumbre. Nuestro pasado, que apenas existe

como una nubecita blanca que navega en el azul, está ahí, presente, con su frivolidad inolvidable, con sus radiantes entusiasmos y sus fugaces lloros. Y no obstante, el mediodía alumbra de pasiones el alma. Y sentimos dentro de nosotros el despertar de los instintos, la presencia luminosa de nuestra ambición de goce y de aventuras.

Para velar por mis menudas necesidades de estudiante y proporcionarme, en cierto modo, el placer delegado del cariño de casa, mi madre habíame recomendado a una amiga suya que vivía en la capital, mujer madura ya, de cuarenta a cincuenta años, de holgados bienes de fortuna, que tenía tres hijas y cuya marido apenas si vivía con ellas un mes de cada año, a causa de ser su profesión la de agente viajero de casas extranjeras, oficio que lo obligaba a recorrer el país continuamente.

Los primeros domingos de cada mes disfrutaba yo de la visita de la buena señora, que fué siempre conmigo tan extremosa en sus manifestaciones de cariño y tan ilimitada en otorgarme su confianza, que su recuerdo ocupa sitio privilegiado en mi corazón, donde tendrá asilo hasta el fin de mis días. No concibo la gratitud y la lealtad, sino como virtudes cuyo ejercicio caduca con la muerte, y ligo tan íntimamente la duración de estos sentimientos a su propia esencia, que basta que nuestra gratitud o nuestra lealtad hayan sido transitorias, para que podamos afirmar que no existieron nunca.

Siempre me trajo pequeños obsequios, consistentes en dulces y golosinas, de que fuí muy devoto, aparte de que me admiraba y quería con sinceridad, y se dolía de no tener un hijo inteligente y bueno como yo. Me alentaban sus palabras y su optimismo respecto al brillo de mi porvenir. Más sirvieron estas palabras para la formación de mi voluntad y la fe de mis propias capacidades, que los inútiles conocimientos de geografía, de historia y de latín y el aprendizaje de tanta filosofía y tantas matemáticas.

Cuando tenía salida, era ella quien me llevaba a su casa para colmarme de exquisitos cuidados, atenciones y delicadezas. Fuí al cine, a pasear por los parques, a conocer la ciudad, que yo avizoraba desde la azotea del colegio. Encontraba mucho movimiento y alegría al salir por las calles y detenerme en los escaparates públicos, donde se exhibían las cosas más ambicionables. A pesar de que me afirmaban que, por ser domingo en la tarde, la ciudad estaba solitaria, porque la gente se dedicaba a departir dentro de las casas, a ir a los espectáculos o a recrearse en los campos aledaños,

la costumbre de vivir prisionero, hacíame ver llenas de animación las avenidas y plazas, con gente más feliz que yo, pobre estudiante tímido de provincia, gente de ademanes desenvueltos y ágiles, diestra en el manejo y en el goce de una civilización cuyo espectáculo me humillaba y me empequeñecía.

En ocasiones, la señora recibía visita de amistades o parientes, y entonces, para que yo no sufriese del encierro consiguiente, mandábame de paseo con una de sus hijas, la mayor, acompañada de la más pequeña. Ibamos caminando a lo largo de las calles, hasta llegar al parque lleno de niños, donde había quioscos y vendedoras de helados. Allí nos sentábamos en un escaño a ver la gente y oír la banda que, a esa hora, daba la retreta. La calesita, apiñada de niños, daba y daba vueltas al son de la victrola; otros chicuelos, en el "machín-machón", daban chillidos destemplados, repletos de felicidad; las niñeras, con delantales blancos, gorros y vestidos negros, empujaban carritos con niños y tarareaban canciones.

¡Qué deleite exquisito y sorprendente experimentaba yo conversando con ella, que me trataba con sin igual dulzura! Porque lejos de fastidiarse con la misión que se le encomendaba de sacarme a pasear, fastidio que llegué a temer con pena infinita, demostraba franca alegría en cumplirla, y se ponía muy contenta de poder conversar conmigo, en quien encontraba, según sus palabras, "un hombrecito muy inteligente y muy malo".

Salía tan bonita, con sombreros vaporosos y grandes, como se usaban en aquel tiempo, la cara rosada y fresca, llena de juventud, las manos cuidadas con esmero y la gloriosa y vehemente afirmación de su cuerpo esbelto y ágil, trémulo y elástico, aromoso como recién florecido, que yo sentía orgullo de ella y lo único que me descorazonaba era no ser tan grande como para hacerla mi novia y poderla querer.

Secretamente, sin saberlo, casi sin advertirlo, yo abrigaba en lo más íntimo de mi ser una violenta atracción física por ella. La había visto con los cabellos mojados, con las rodillas descubiertas, y me había pasado horas enteras mirándole los brazos, fuertes y lozanos, hechos de una carne apretada que sería dulce morder. Pero tenía entonces novio, que más tarde habría de ser su marido.

—Mire usted este retrato, —me dijo, con esa malicia inolvidable, llena de candor, de despreocupación, de ingenuidad. Y me lo dijo con coquetería, como mostrándome un trofeo, sin darse cuenta del dolor que me causaba. (Seguramente si

lo hubiera sabido se habría horrorizado y me habría tomado asco, como ante la vista de un monstruo. Yo lo comprendí y, para contrarrestar la posible traición de los ojos y del semblante, obligué a la voluntad a poner en mi cara facciones de despreocupación y de tranquilidad).

En tal retrato estaba ella con el novio, muy junto a él y sonriente. Lo miré, me sonreí, casi me ruboricé. Pero puse tanto desinterés y tanta ingenuidad en mi risa, que estoy seguro de que, ni entonces ni nunca, mi secreto sufrió el más leve menoscabo en su pudor.

La adolescencia fijó así mi destino sentimental de manera irrevocable.

Es en la adolescencia cuando se comienza a hallar la relación de las cosas; cuando la lucha —la vida— se ve. Y es cuando se ve la finalidad de todo. Un hombre tiene una ilusión que ha de convertirse en esperanza y la esperanza en desesperanza, es decir, en desesperación y la desesperación en resignación, y la resignación en humildad, y la humildad en fe, y la fe en fuerza. Y el que de la desesperación no pasa a la resignación, tiene necesariamente que pasar a la duda, y de la duda a la soberbia, y de la soberbia a la angustia y a la agonía, que no ha de acabarse más que con la muerte.

Yo quise a aquella mujer con una conciencia dolorosa, con una sensibilidad que llevaba el placer hasta el límite de la angustia, con una delicada crispación de la carne que empezaba a quemarse. Todo ello dentro de un panorama confuso. Aquellas sensaciones diversas se esfumaban y se derramaban las unas sobre las otras, dejando un charco turbio de ansiedad. Ese no saber lo que se desea y sin embargo desear mucho. Simplemente eso: desear. ¿Pero desear qué? Nada. Desear, sencillamente. ¿Hay algo más terrible que desear?

Esa mujer inasible, lejana, que no era para mí, que había nacido para otro y que, no obstante, me pertenecía por derecho divino —el derecho de mi amor puro, sagrado, mucho más fuerte que cualquier otro—, desató en el alma los vientos de la tragedia. Y en mi espíritu se confundieron dos impulsos: el deseo y ella. ¿Qué era el deseo? El deseo era ella. ¿Qué era ella? Ella era el deseo. Yéndose ella, se iba el deseo, mejor dicho, se iba la posibilidad de todo deseo. ¿Es que se podía desear otra cosa?

Cuando ella se fué, me quedó su imagen. Una imagen purificada y ennoblecida por la ausencia, cada vez más nítida llegando hasta el límite de la carne. El sueño, llegando hasta el límite de la carne. Y la carne fundiéndose, evadiéndose. Lentamente huyeron los rasgos. Se fueron los ojos, las manos,

el talle, los senos. Quedaban dos cosas en mi alma, temblando: el pelo y las rodillas. El pelo cada vez más abundante, más negro, más compacto. Las rodillas cada vez más redondas y más pulidas y más juntas.

Quedé fijo, quieto, como mariposa pinchada contra la pared. Ya no podría irme de allí. El instinto había sido enderezado hacia ese punto y hacia él tendería durante el resto de la vida.

Había un remedio contra el pecado: llevarlo hasta la zona indiferente del hábito. Un pecado cometido muchas veces va perdiendo su calidad de pecado. La virtud es la costumbre. Había que hacer algo útil: me dedicaría a la literatura y a la filosofía, lo más útil dentro de lo inútil.

Había que ser bueno y había que salirse de sí para conocer el mundo en sus maravillas y en sus mezquindades. El bien y el mal eran frutos en sazón y la vida un convite.

Una tarde, ya en provincia de nuevo, y para continuar los estudios en el colegio de allá, porque mi precaria salud llegó a inspirar serios temores a mis padres, quienes resolvieron no alejarme por más tiempo de su lado, estaba sentado en el saloncito contiguo a la sala de música (en casa de la maestra que entonces me dió lecciones piano), cuando oí que adentro, en el interior de aquella casa, una niña estaba aprendiendo las primeras letras. A, e, i, o, u. De la voz que llegaba, adelgazada por la distancia, construí el cuerpo de esa muchachita. Después la vi y sentí ganas atroces de decirle:

—¿Usted apenas estudia el abecedario? Pues yo aprendí a leer y a escribir hace tiempo. Ahora ya estoy en el colegio aprendiendo gramática, geografía y francés.

No se lo dije, pero me sonreí como si se lo estuviera diciendo. La niña salió al patio a correr y a jugar con un perro muy lanudo y muy feo. Al rato se presentó de nuevo y me ofreció ciruelas.

—¿Ciruelas? Bueno, gracias.

Tomé una sola.

—Tome otras —insistió la muchachita—. Yo tengo más, allá adentro.

—Gracias. ¿Me hace el favor de decirme qué horas son?

La niña se entró haciendo estrépito y preguntando a su mamá qué horas eran. Cuando volvió, toda roja, me dijo:

—La una y media, pasada.

Yo me levanté, aparentando sobresalto:

—¿La una y media, pasada? Tengo que irme volando y ni siquiera así voy a llegar a tiempo al colegio.

Recogí los libros, me despedí y a grandes pasos subí por

la calle, dando de trecho en trecho carreritas. Volví a mirar tres veces hacia abajo. Sólo un poco de sol, como un lebrel tendido sobre las piedras.

Así conocí a Carmen, en aquel mediodía luminoso, ardiente y sosegado. Y el recuerdo de esa hora quedó en mi alma como quedan esas estrellas que sobreviven a la noche y que, detrás de la luz firme del cielo al despuntar el día, se ven como manchitas lácteas —como sueños dentro de la vigilia—, alegrándonos y entristeciéndonos. Fué ella, desde entonces, el itinerario de mi vida, la ruta de mis sueños, el camino de mi destino. Peregrino doliente, mi espíritu siguió ese rumbo de azar, de aventura y dolor.

Cómo sería dulce, tiernamente dulce, poder decir aquello que en el interior iba hirviendo al calor de monólogos interminables.

De pronto se levantaba en mí el hombre que reflexiona, analiza, ironiza, desbarata, (lo contrario del hombre que crea). Se erguía en mí el destructor, el anarquista:

—Yo soy hombre pacífico, amigo del sosiego y de la bonanza. Y tú vas a hacer de mí el más terrible malhechor, el más encarnizado enemigo de los hombres. Porque voy a sentir necesidad de vengarme en la sociedad, en la naturaleza, en el aire, en cuanto me rodea. Tengo que vengar tus ultrajes. He venido aquí para que me entiendas, es decir, para que me ames. Y tú te empeñas en no amarme, en no entenderme. Voy a desconocer también, a odiar el universo entero. Sansón ha preconizado una política bella. Sí señor: a morir todos juntos. Pero no yo solo. Si yo he de perecer, que perezcan los demás conmigo. ¡Y tú también tienes que perecer! No: tú no perecerás. Te reservaré una tortura más exquisita: serás la espectadora de la catástrofe. Y la contemplación de esa hecatombe no va a poder enorgullecerte, no será aceite para avivar la llama de tu ridícula vanidad. No podrás decir: esto sólo yo lo he provocado. No: no podrás decirlo, porque vas a sentir terror, un sagrado terror que te invadirá como un agua fría que llega hasta el corazón y lo hiela de espanto. Entonces vas a saber de una vez por todas quién soy yo y de qué soy capaz. Además, aquello te dará una prueba de amor, la prueba suprema. Ahora comprendo que no puedo hablar sino por boca del universo. Y en palabras de sangre, de fuego y de destrucción. Como estoy para estallar yo mismo, quiero que la explosión contagie al cosmos de ruina. Por esas llamas que incendian, y por esos cuchillos que hacen hablar sangre a las gargantas, y por esos brazos en alto, y por esos gritos vas a poder reconstruirme en tu

alma. Voy a manifestarme ante ti como una fuerza primitiva de la naturaleza desatada en furia. Una fuerza fuera de su órbita, obrando al acaso. Como un caída de agua, como un terremoto, como un volcán, como un rayo. Como rayo incierto que cae allí por que sí, sin lógica. Y tú vas a sentir que este poder ciego produce sensaciones de masculinidad que no has podido saborear ni en el presentimiento. Allí voy a poder odiarte.

Te veo fea, feísima. ¡Pero si eres horrible! No sé cómo alguna vez pude pensar simplemente que eras bella. Eres repugnante. ¡Si supieras el asco que me das!

Después de estos monólogos íntimos venía otra vez la desesperanza, la muerte, la vergüenza, el dolor, la soledad, la conciencia. Las horas apresuraban sus minutos para tragarse la vida.

Otras veces tenía largos períodos en los que la vitalidad huía y era reemplazada por largo sopor. Entonces consideraba verdades como éstas:

—Las cosas merecen menos preocupación y son menos graves de lo que a primera vista se le antoja a uno.

—Vivir es un verbo trivialísimo: el error está en darle importancia y complicarlo.

—Muchas veces resultan inútiles los esfuerzos. Luego, esforzarse es tonto. Es dar mucho para recibir poco.

—La influencia que uno pueda tener sobre las cosas y los acontecimientos es siempre menor de lo que se supone. Cuando sucede algo que uno se ha empeñado en que no acontezca, achaca el fracaso a errores de procedimiento. Me equivoqué al hacer tal y cual. Si hubiera hecho lo de más allá, aquello hubiera resultado conforme a mis deseos. Quiere uno justificarse, y antes prefiere reconocer que se equivocó a admitir la impotencia para actuar sobre los fenómenos. En cambio, cuando las cosas se dan tal como uno las esperaba, atribuye el buen éxito a los excelentes caminos que empleó para lograrlo. Todo esto es falsedad, mentira, ironía. La única verdad es que suceden cosas y que uno las ve suceder. El afán, pues, de enderezar los acontecimientos a nuestra voluntad o conveniencia es ingenuo y estéril.

—Si uno se atiene a la razón, va contra el sentimiento; si se atiene al sentimiento va contra la razón. Si quiere armonizar la razón y el sentimiento fracasa y aparece como iluso. Los que sólo obran conforme a la razón se llaman, con tono despectivo, intelectuales, filósofos, científicos. Son gente insulsa, y viven para sus adentros como perfectos desgraciados. Los que se rigen por los sentimientos son locos, místicos o simplemente románticos. Los poetas pertenecen a esta estirpe. En política se motejan anarquistas. En el mundo de los negocios y de las cuestiones de sociedad merecen profundo desprecio. Y por último, los que pretenden ser "razonables" son los escépticos, libre-pensadores, ateos, académicos y, en fin, gente despreciable. Porque los desdeñan hasta sus cofrades. El mundo de hoy vive y se alimenta de extremos. El que no está en un extremo no está en ninguna parte. Y en esto hay mucha razón. Los términos medios son destructores, mientras que los extremos son eminentemente creadores. Sin algo de error nada se puede hacer en este mundo. La verdad sirve sólo para contemplarla. El error concebido como verdad lleva a los hombres a hermosas y heroicas hazañas y es capaz de enaltecerlos. La verdad no induce sino a la quietud. La verdad es la mediocridad. Nada grande y magnífico se ha hecho a base de certeza.

Los hombres no somos responsables, porque no somos libres. Ponerse a demostrarlo es perder el tiempo. Y además; los que exijan que esto se pruebe, no lo han de creer nunca, por más argumentos convincentes que se les aduzcan. Y los que han de creerlo —es decir, sentirlo— no los requieren. Hay cosas que no necesitan demostración. Y una de ellas es ésta. Los que creen ser libres son los soberbios, los descontentos, los pedantes. Gente humilde, como yo, se resigna a estar dirigida por alguien que se puede llamar casualidad, destino, o lo que sea. Si a ese alguien se le llama Dios, creo en Dios.

—Encuentro un error en las acciones humanas. Hay cosas que debieran hacerse pero no decirse, y otras que deben decirse pero no hacerse. Esto tiene aplicación para los malvados y para los santos, los hombres que despiertan en mí mayor interés. La fuerza que mueve al santo a ser santo es la misma que mueve al malvado a serlo. La diferencia está en la dirección. El santo se dirige hacia adentro. El malvado hacia afuera. El santo no obra; el malvado sí. Obrar es ir de adentro para afuera. Pensar es ir de afuera para adentro.

—Sólo hay alguien importante: uno mismo. La verdad es lo que a uno le conviene. Bello es lo que a uno le gusta, es decir, le causa placer. Y es bello porque le causa placer. Que le causa placer porque es bello, es falso. La raíz de la estética se encuentra cuando uno desea a una mujer. El amor sensual es la fuerza más poderosa (digo, ¿la más poderosa?) la única que mueve al universo. Eso lo sabemos todos, pero nadie se atreve a decirlo, porque uno quiere aparecer como ser superior, que se rige por cuestiones sobrenaturales y ho-

nestas. Buena es una cosa cuando al beneficiar a otro puede beneficiarnos. Esto para en la sola palabra que hubiera evitado tantos párrafos inútiles: egoísmo.

Yo soy egoísta, tú eres egoísta, él es egoísta; nosotros somos egoístas, vosotros sois egoístas, ellos son egoístas. Fuera de esta conjugación, ¿qué otra resume mejor a la humanidad? Bueno: ¿y esto prueba algo contra la humanidad? No señor; esto no prueba nada en contra de nadie. Probara algo si hubiera un hombre siquiera que no fuera egoísta. Siéndolo todos, ninguno puede sentirse ofendido.

—El hombre no puede vivir sin amar. (En esto están de acuerdo todos, con seguridad, porque respecto del amor cada cual cree tener conceptos muy precisos, aunque todos ellos sean diferentes). Al amar, quien ama se hace esclavo del ser amado. Luego para vivir hay que ser esclavo. No se pase por alto que quienes no quieran ser esclavos son muy desdichados: claro, no viven.

Y en estas reflexiones estaba, paseándome por la habitación a grandes zancadas, cuando sonaron en la puerta tres golpes fuertes y secos. Me restregué los ojos, bostecé y fuí a abrir. Era Mario.

—Oye, hace más de media hora que te estoy esperando.

—No, fué que...

—Bueno, ya estás aquí. Al fin, ¿qué hubo anoche...?

—¿Anoche? Pues nada, ¿por qué?

—No, cómo que nada; ¿le dijiste algo a Rosarito? Al principio estuviste magnífico, pero luego, excesivo; ella fingió enojarse y me dijo algo.

—Eso les gusta a las mujeres. Yo tendré que seguir por el camino que llevo. Como no tengo interés especial...

—Eso es: como no tienes interés, crees ganar la partida.

—Claro.

—No tan claro; pero sí, eso es así; hay que reconocerlo. Pero, ¿por qué será así?

—¿Otra vez con la manía de preguntar que por qué? Tú vas a terminar loco, sin remedio. ¡Esa maldita costumbre de buscarle explicación a la cosas! Que por qué tal cosa, que por qué tal otra... Pues "porque sí". En fin: no se debe decir ni siquiera "porque sí". Eliminar el "porqué" y el "porque", sencillamente. Tú no vives tu vida, sino tus prejuicios.

—Estamos —dije yo, asintiendo a todo.

—Sí, estamos.

Yo no quería decir mis confidencias. Hay cosas para nosotros muy secretas que, no obstante, las diríamos a cualquiera, menos a un amigo íntimo. Parece paradójico, pero es así.

Encendimos cigarrillos y nos acomodamos en las butacas. Había un escritorio, la biblioteca y algunos periódicos tirados en cualquier parte. En el suelo mucha ceniza y colillas esparcidas acá y allá. Por la ventana, abierta sobre el pequeño jardincito, entraba el sol y el aire perfumado, y de cuando en cuando algún insecto venía a zumbar para volver a escaparse. A lo lejos se alcanzaba a divisar el pico de la montaña que se juntaba con el azul del cielo. Era aquel paisaje de verano algo agobiador, que, provocaba a dormitar, a abrir los ojos de cuando en cuando, hacer guiños, imaginarse estar en el campo, allá lejos, y era una sensación pesada de querer respirar profundamente, de resoplar, de soñar, de sentir las horas largas y densas que iban caminando poco a poco, que se iban escurriendo lentamente. Permanecimos buen rato callados. Por dentro iba pensando: :

—Por fin un rato agradable. Así se debería vivir siempre. Sentir el tiempo. Sentir el tiempo. El tiempo es dulce: calma los nervios. El tiempo es el sol; el tiempo es el sueño; el tiempo es saber que no hay nada que hacer; el tiempo es no hacer nada. ¡Cómo sobra el tiempo! ¿Qué hago yo con el tiempo? A nadie se le ha ocurrido escribir sobre el tiempo. Proust es el único que sabe que el tiempo existe. Los demás escriben sin tiempo. Cuando el lector se aburre leyendo a Proust y se duerme, es cuando Proust es más grande. Por eso vale Proust; porque les da sueño a los lectores, es decir, les da tiempo. ¿Estará Mario enamorado de Rosarito? No. Mario, no se ha enamorado de nadie todavía. Entre paréntesis, casi nadie puede enamorarse. Enamorarse es como ser buen pintor. ¡Caramba! Hay que nacer con capacidades. Hay personas que así como no pueden componer música no pueden enamorarse. Deben de ser muy felices. Carmen debe ser una mujer muy feliz, porque el otro día me dijo que no había sufrido nunca, que ella no sabía lo que era tristeza. Sólo siente aburrimiento; mucho aburrimiento. Le dije que también yo me aburría. Cuando estoy con Carmen ella no debía aburrirse. Yo hablo mal. Torres Bodet dice en unos versos: "decir cosas sencillas: las que inspiren amor". Luego las cosas sencillas son las que inspiran amor. Yo debo decir cosas sencillas; debo decirle cosas sencillas a Carmen. Por ejemplo: no se me ocurre qué es una cosa sencilla. Caramba, ¿qué es una cosa sencilla? A ver... sencillo es, por ejemplo...

Supongo que entre tanto, Mario pensaría:

—Santiago dice muchas cosas pero no hace ninguna. En teoría es muy fuerte, pero la teoría no sirve para nada. Santiago podía hacer algo. Ahora le ha dado por hacer cosas extravagantes. Eso le pasará en poco tiempo. A él no le duran los entusiasmos sino un par de meses. ¿Qué creerá Santiago de Rosarito? Apuesto a que se imagina que yo estoy derritiéndome por dentro. El ladrón juzga por su condición. Y yo no. Se acabó. Si a ella se le antoja, bueno, si no, pues no. A propósito, Santiago se ha dejado de andar predicando, echando sermones a la gente. Algo bueno tenía que salir de todo esto. ¿Qué horas son? (Miró el reloj). ¿Ya las cuatro y media? ¡Qué barbaridad! Y yo tengo que irme a las cinco y cuarto.

Mario fué quien rompió el cristal de este silencio:

—Es tardísimo.

—¡Qué diablos!

—¿Cómo que qué diablos, no vamos a terminar el "Epistolario de Fradique Méndez"?

—Sí, y ¿qué?

—Nada, que tenemos que comenzar ya, porque a las cinco y cuarto tengo que hacer unas diligencias.

—¡Ah!, no; con esas urgencias no se puede hacer nada. Entonces vete de una vez. Así no tendrás prisa y llegarás a tiempo.

Tiré la colilla, me levanté perezosamente alzando los brazos y estirándome en contorsiones, y hablando entrecortado fuí hasta los pequeños anaqueles a traer el libro. Veía círculos rojos y verdes y me zumbaban los oídos. Tuve deseos de tirarme al suelo. El suelo debía estar fresco, agradable.

—Oye Mario: cuando uno quiere hablar de cosas sencillas ¿de qué habla?

—¿Por qué?

—Por nada. Dame unos ejemplos. Suponte que yo tengo que hablar de cosas sencillas: ¿de qué hablo?

—No, ala; no hay que hablar de cosas sencillas. ¿No has caído en cuenta de que a la gente le gusta no entender lo que uno dice? Anoche estuvieron tocando música de Bach en casa de mis primas; había reunión para despedir a las amigas que se van a estudiar a un colegio de monjas. Lo que más se aplaudió fué lo de Bach: como no entendían, debía ser muy bueno.

—¡A mí qué Bach ni qué demonios! Dime una cosa sencilla.

—¿Cosas sencillas? Pues, por ejemplo, cosas sencillas son que hace mucho calor, que el sábado estrenan una buena película, que el domingo hay un bazar, que sería muy sabroso comprarse un automóvil, que es desastrozo que se te metan esas ideas en la cabeza, etc., etc.

—Fracasaste: esas no son cosas sencillas. A que yo sí digo una: por ejemplo...

—Bueno, ¿leemos?

—Por ejemplo... se me olvidó.

Yo no acertaba. Como no acertaba, opté por leer. Y los dos estuvimos leyendo hasta las cinco y cuarto. Entonces Mario se levantó, recordó su obligación de salir a hacer las diligencias, quedó comprometido conmigo a encontrarse por la noche a las nueve en el café, y dijo que si resolvía ir al cine me llamaba por teléfono.

—¿Hasta las nueve?

—Sí, allá nos vemos. Adiós.

Estuve buen rato mirando distraídamente la fila de libros. Por la ventana entraba el sol desvanecido. Cogí los periódicos, miré los titulares. Me puse a considerar que uno no alcanzaba a leer ni la millonésima parte de lo que se escribía. No pudiéndose leer todo, no se debería leer nada. ¡Resultaba inútil hacer tantas cosas!

Cuando volvía esa noche a casa, ya tarde, las calles estaban desiertas. La ciudad dormía a pierna suelta, y había en el ambiente una especie de melancolía, de nostalgia colonial. Los caserones con las puertas cerradas, un silencio rumoroso, un olor tropical y el cielo diáfano punzado de estrellas. Era una sensación marítima, un encantamiento de mar, de distancia; era como la víspera de un viaje muy largo.

Se requiere un espíritu en el que perduren ciertas impúdicas reminiscencias de romanticismo para percibir estas emociones.

Yo tuve que sentir y tuve que gustar y tuve que vivir estos momentos, porque para un soñador, a quien la realidad de la vida aporrea a cada rato, estas evasiones hacia otras edades son a manera de consuelo, como una defensa contra la angustia. Pasaban automóviles, y dentro de ellos borrachos y mujeres cantaban y chillaban. Los alguaciles dormitaban contra las esquinas, y a veces, por detrás de alguna puerta, salía un cuchicheo; en los zaguanes roncaban muchachos miserables, tendidos sobre el suelo y cubiertos de harapos. Un campesino, con la cara embozada en la ruana, tirado sobre un banco del parque, dormía profundamente.

Al pasar frente a un cafetín, de donde salía olor a guisos, olor salado, otro fuerte de cerveza, de café, de suciedad, fuí restituído a la vida real por el empellón que un muchacho

compañero de otros días, me diera, saludándome.

—¿Qué hace usted por aquí a estas horas? —le dije, con voz apagada, soñolienta, como la de quien acaba de despertar.

—Pues ya lo ve usted —respondió el aludido, sonriéndose de una manera estúpida, como de ingenua complicidad. Ya lo ve usted... por aquí. Por aquí, haciendo por divertirme. Y usted ¿para dónde va?

—Para la casa —le contesté haciendo ademán de seguir adelante y con deseos de despedirme de una vez, dejando a mi amigo en aquel sitio.

—Y ¿dónde vive usted ahora? —inquirió.

Estando en éstas salieron otros tres hombres, todos jóvenes, que me saludaron e invitaron a seguir.

—Entre y se toma una cerveza. Luego nos vamos todos. No vaya a creer que estamos de juerga. Eso no. ¡Qué va! Es apenas haciendo sueño. Una cervecita.

Dí a entender que no podía tomar nada, que tenía mucho sueño, que iba de prisa para casa, que lo mejor era irse ya, que era tarde, que no tenía estómago como para cerveza. Los tres insistieron:

—Entonces se toma un café, o se come una empanada. Ya hace hambre. Y aquí hacen unas empanadas exquisitas. Es la especialidad de la casa. Las mejores empanadas de la ciudad y se sazonan a gusto con limón. Unas gotitas de limón y la empanada así dispuesta queda de un sabor insustituíble. Y después de la empanada, como seguramente tendrá sed, se tomará un vasito de cerveza. Y ya con esto se va uno a dormir y duerme como un lirón. ¡La vida es tan aburrida! Pero si es que no hay nada que hacer. Y el tiempo está insoportable. Este clima se ha hecho para matar caballos y no para que vivan hombres. ¡Y todo está tan triste!

—La mala situación, la mala situación. Es que eso son tonterías —repuso el segundo, un mozalbete de unos veinticinco años, muy metidito en carnes, con el nudo de la corbata impecable, enfundado en un vestido de paño viejo, pero recién planchado y limpio. (Y ofreció cigarrillos). —La mala situación. La gente no tiene dinero, digan lo que quieran los demás; la gente anda sin "en dónde caerse muerta". Culpa de los malos gobiernos, culpa de esta agitación revolucionaria. Claro: el capital tiene miedo. Y tiene razón. De aquí a mañana estalla la de todos los demonios juntos. Este país va a la ruina, a la catástrofe.

Y siguió, por el estilo, inculpando al gobierno y a todo el mundo de la mala situación. Y predijo catástrofes, después

de las cuales vendrían reacciones violentas. Y continuó perorando.

Los demás hacían el papel de estar deparando atención al discurso del amigo inconforme, pero para su capote iban urdiendo otras ideas y se sentían abrumados por la palabrería del sujeto de marras, con deseos de que terminara pronto. ¿A quién le importaba eso de la mala situación, del gobierno, etc., etc.? Allá él. Y además, todo eso no tenía nada que ver.

—Sí, eso es: todo eso no tiene nada que ver. No hay tal mala situación, ni tal mal gobierno, ni tal nada. Lo que hay es que este pueblo es triste. Sí, señor: este es un pueblo triste por naturaleza, por raza. Esto todavía anda muy mezclado de indígenas. ¿Y a qué negar el origen? Los indígenas son gentes melancólicas, aburridas de la vida. Y el trópico: el trópico produce una sensualidad golosa, una sensualidad de reposo, de molicie. Esas negras...

Propuse de nuevo que siguiéramos andando y que así los acompañaría unas cuadras más.

—Bueno, vamos —dijo Samuel, el primero que salió a detenerme.

Los demás refunfuñaron, hicieron de nuevo la súplica de que los acompañara a tomar algo, pero ante mi terquedad decidieron seguir y renunciar a las consumiciones.

—¿Y usted no se aburre? —me dijo uno de ellos con aire de sorna, mirándome con dos ojos centelleantes, vivos, que parecían dos níqueles acabados de pulir.

—Yo también me aburro, ¿por qué no?

—Eso se explica porque no hay mujeres. Eso es lo que pasa: que no hay mujeres. Y alegrarse sin mujeres es como emborracharse sin vino.

—Sí, no hay mujeres...

—Ni para un remedio...

—No se encuentran ni con la linterna de Diógenes...

—Diógenes buscaba un hombre.

—Pues por eso: porque no encontraba más que mujeres. Pero ahora es al revés. Ahora se encuentra...

—Pero según la estadística, en este país hay diez mujeres para cada hombre —agregó Samuel, con tono dogmático de "contabilista", muy serio y muy circunspecto, como queriendo darnos la solución científica, práctica y exacta del problema que se planteaba.

—Eso no prueba nada —respondió el más alto, uno flacucho y desgarbado—. Eso no prueba nada —repitió. La estadística dice que hay diez mujeres para cada hombre. Pero

aquí vamos cinco hombres y no hay ni media mujer. Y todas las casas están cerradas.

—No, no, la estadística no puede fallar —replicó enérgicamente Samuel. La estadística se hace con mucha exactitud.

—El caso es que sí hay diez mujeres para cada hombre. Pero la estadística no especifica si esas diez mujeres son lo que nosotros podemos llamar mujeres. Puede ser que haya en esas diez mujeres, tres viejas, cuatro niñas, dos esperpentos y dos bonitas, pero estas últimas aspiran a vender su belleza al que se las lleve de por vida, al majadero que se case con ellas.

—Tres viejas, cuatro niñas, dos esperpentos y dos bonitas no son diez —dijo Samuel—, son once.

—Da lo mismo, ¡qué diablos! Son diez u once. Pues rebajo una bonita; no queda sino una. Y esa está bajo siete sellos.

—Sí —replicó el mozalbete: esa está bajo siete sellos porque tiene que guardarse íntegra para el estúpido del marido. Aquí todavía tenemos ese prejuicio de la virginidad...

Se quedó suspenso.

—Bueno: pero si es que eso no es prejuicio. Eso tiene que ser así. Apuesto a que usted no se lleva una de segunda o de tercera mano...

—Bueno...

—¿Entonces?

Habíamos llegado al parque, conversando, y ahí teníamos que separarnos para tomar cada cual su ruta. Nos detuvimos formando corrillo, en el ángulo de la plaza, cerca al polizonte, que con el bochinche se desperezó y vino a pedir candela para encender un cigarrillo.

—¿Qué horas son? —preguntó.

Samuel consultó su reloj de pulsera y:

—La una menos trece minutos, en punto.

—Gracias, señores.

Y el alguacil se fué dando la vuelta por el parque, arrastrando los zapatos y silbando.

—Caramba: entonces será bueno ir a dormir. Como no hay más que hacer...

—Sí, mañana será otro día —dijo Samuel, despidiéndose.

Nos dijimos hasta mañana y nos deseamos buenas noches.

—Que se sueñe con el ángel de la guarda.

—No queda otro remedio. Hasta mañana.

Samuel se quedó conmigo y los otros tres se fueron alejando, cada uno por calle distinta, haciendo sonar los tacones de sus zapatos, que rompían el silencio como partidas de tenis.

Me froté la cara con ambas manos, me las metí luego a los bolsillos del pantalón y quise seguir adelante.

—Yo lo acompaño. ¿Sigue usted por ahí? Pues ese es el camino de mi casa.

Y ambos bajamos la cara y fuimos andando sin conversar, una, dos, tres cuadras.

—No, no tengo sueño —seguí bostezando.

—Si no tiene tanto sueño entro por conocerle la habitación.

—No, no tengo sueño —seguí bostezando.

—¿A qué horas acostumbra acostarse? —preguntó con picardía, Samuel.

—A las doce o a la una.

—Es que ya va a sonar la una. Tendrá usted sueño. Debe acostarse.

—Entre un momento y conversamos —agregué.

Se quitó el sombrero y se puso a hacerle pliegues, se ruborizó cuando lo hice acomodarse en un sillón y le dí cigarrillos. Estuvo sobando el cigarrillo antes de encenderlo, mirando todo con harta minuciosidad, haciendo comentarios a cada paso, mientras yo me despojaba del saco y la corbata y cambiaba los zapatos por las pantuflas en la habitación siguiente:

—Qué bien instalado está usted, Santiago. ¿La biblioteca? ¡Ah! aquí está. Tiene muchos libros. ¿Se los ha leído todos?

—Uno que otro —repuse yo desde adentro. Uno que otro.

—Claro: es lo que yo imaginaba. Porque todos son muchos. Eso no le cabe en la cabeza a nadie. Se debe armar un barullo que nadie desenreda. Y luego, que para leer con provecho hay que leer despacio, con mucha atención, fijándose en cada palabra y en cada párrafo, y tomando apuntes de lo que a uno le interesa, y luego repasando lo leído para formarse idea cabal del conjunto. Porque leer por leer, eso no es gracia. Hay que sacarle jugo a lo que se lee. Hay personas que leen mucho pero sin darse cuenta de lo que leen. Yo no leo casi, pero cuando cojo un libro es para saborearlo a gusto, para criticarlo. Así es cómo se debe leer, no es cierto?

—Sí, así, es la única manera.

—Y ¿qué está leyendo ahora?

—Una historia de la filosofía —contesté.

—Eso debe ser muy instructivo e interesante, ¿no es cierto? Y qué bien colocados están esos cuadros. A ver... (examinándolos) éste es de T i z i a n o —agregó deletreando el nombre, como con miedo de equivocarse.

—Es una copia de la Magdalena del Tiziano —dije, viniendo hacia donde estaba mi amigo.

—¡Ah! la Magdalena... está muy bien... ¿no es cierto? Muy bien pintada... parece, bueno, parece, parece como si fuera de veras, de carne y hueso. Muy bonita. Y este otro... —(siguió acercándose y levantándose los lentes para ver de cerca una pequeña acuarela).

—Ese no tiene mucha importancia. Es de un aficionado. Una acuarela.

—¡Ah! pero también está muy bien. Yo no sería capaz de pintar así. Ni usted tampoco, ¿no es cierto?

—No, yo tampoco —le dije mecánicamente.

—Es que pintar es muy difícil. Sobre todo hay que nacer pintor. Eso no se hace, se nace.

—Claro.

Y Samuel continuó examinando los objetos que estaban sobre la mesa, cogiendo cada uno, sobándolo, elogiándolo e inquiriendo por qué estaba allí y dónde lo había comprado.

Hay una voluptuosidad especial en dejar que los demás conversen. Cuando nosotros monopolizamos la charla, a la postre nos queda la impresión de que quizá hicimos mal en decir tantas cosas. Es una sensación de vacío, como quien llevaba mucho y lo regaló todo. Y no es egoísmo.

Puse los codos sobre la mesa y me distraje siguiendo el itinerario del humo que salía del cigarrillo; escuché el ruido de los cigarrillos, miré las evoluciones y los correteos de una cucaracha, y luego volví los ojos a donde estaba Samuel, que se miraba el lustre de los botines y se perfilaba la raya del pantalón.

—Usted trabaja ahora —le dije—. ¿Se amaña en su oficio?

—Sí, me amaño mucho. Es decir, mucho, muchísimo, no. Me amaño un poco. En fin, sí me amaño. Uno tiene que acostumbrarse a todo y yo me acostumbré a hacer lo que hago. Y después que uno se acostumbra se le hace lo más natural. Y se amaña uno.

—Ganará usted bien —agregué.

—Bueno: eso de ganar bien, bien... gano, sí, gano bien. Sobre todo, que mis jefes me han venido aumentando progresivamente de acuerdo con mis merecimientos. Sí sabrá usted dónde trabajo, ¿no es cierto?

—No, hombre, no sé. ¿Dónde trabaja?

—Pues en la Fábrica de Galletas Nacionales.

—¡Ah!

—Sí: yo soy el ayudante del "contabilista". Al principio me pusieron de pagador, pero cuando vieron que yo tenía capacidades, ¿no es cierto? Cuando vieron, ¿no? que yo sabía ha-

cer las cosas y que las hacía bien y sin necesidad de que me las mandaran, ¿no?, pues, entonces, claro, como se dieron cuenta de que uno sabía lo que se traía entre manos, pues, es una gente muy comprensiva. Es lo que yo digo: yo podía ganar más, yo podía ganar más. Pero es que a mí no me importa ganar más. Bueno: propiamente no es que yo no quiera ganar más; todos queremos ganar más, —agregó sonriéndose picarescamente, como lleno de malicia. Y siguió: —pero lo que importa no es ganar mucho, pero sí seguro. Uno tiene allá la seguridad de que está seguro, ¿no es cierto? La seguridad de que está... en fin, de que no lo van a botar de un momento a otro, por cualquier cosa, Y eso es lo que vale, ¿no es cierto?

—Sí, claro —dije apagando la colilla contra el cenicero—. Claro, hombre, claro. La seguridad es lo que vale.

—Sí, ¿no es cierto? La seguridad. Porque eso de que usted va a ganar mucho, pero hay intrigas, ¿no?, y si usted no tiene, no tiene... palanca, ¿no?, palanca, pues mientras se cierra y abre un ojo, ¡pum! a la calle. Allí no sucede eso. Yo entré ganando poco. Pero lo que me gustó fué que desde el primer momento se dieron cuenta de que yo valía. Al principio me mandaban hacer las cosas: "vea Samuel, hay que ir al Banco a cobrar este cheque; vaya ligero y vuelva pronto; no se demore porque es urgente"; o: "vaya cuente los rótulos para galletas de soda y díganos cuántos hay, pero no se equivoque". Etc., etc. Yo iba y hacía todo. Y cuando ellos se dieron cuenta de que yo hacía los oficios, pues no me los mandaban más. Y otra cosa muy importante: tienen confianza en mí. Confianza completa. Por ejemplo, yo recibo la plata y por la noche rindo cuentas. A otro cualquiera no le dejarían el dinero así como así. A mí, en cambio, hay veces que no me toman cuentas hasta el día siguiente. Y esas son pruebas de confianza que uno sabe agradecer. Yo, por eso, aun cuando no gane mucho, pues trabajo con más gusto que en otra parte.

—Sí, claro, no hay como estar bien tratado y tener independencia.

—Sí; y eso es lo que tengo yo, independencia. Mucha independencia. Yo puedo salir y entrar cuando quiera. Lo que sucede es que no abuso. Yo no salgo y entro cada vez que se me ocurre, porque eso es abusar. Eso no es libertad, es libertinaje. Y no hay que confundir la libertad con el libertinaje, ¿no es cierto? Eso es lo que les pasa a los "bolches".

—Sí, abusan —dije desperezándome.

—Y eso no está bien. Bueno, y siguiendo el cuento, estoy muy contento con el trabajo. Me amaño. Y esa gente se interesa mucho por mí. Me consta que cuando habla el jefe de mi departamento con el gerente le hace elogios míos. Ellos allá cuchichean con frecuencia, cuando hablan de negocios. Porque son comerciantes, al fin y al cabo, y quieren ganar. Lo más natural, porque si no, para qué trabajan, ¿no?, ¿no es cierto? Y ganando yo, pues que ellos ganen también. Y ganan. Bueno: no mucho, muchísimo. Pero ganan.

—Sí, como que están haciendo dinero —agregué y encendí otro cigarrillo.

Me puse a pasear por la habitación.

—¿Y piensa seguir trabajando ahí?

—Bueno: yo sí pienso. Mejor dicho, pienso seguir ahí por otro poco de tiempo. Pero pienso retirarme.

—¡Ah! ¿sí? Y eso ¿por qué? ¿No acaba de decirme que está satisfecho? Yo lo que creo es que no lo remuneran bien. Usted merece más. Usted es un muchacho bien preparado que merecía mejor colocación.

—No, eso sí que no. Bueno: yo sí soy preparado y tal. Pero no, esa gente es muy buena. No, eso no. Yo me retiro, pero no porque esté disgustado. Yo estoy muy contento. Y quiero irme amistosamente. Eso es lo que estoy pensando: cómo les voy a decir cuando me vaya. Voy a decirles con tiempo anticipado para que vean que me voy, pero que quedo como si me quedara. Es decir, que en cualquier momento podría volver.

—¿Y qué quiere hacer?

—Es que yo he pensado otra cosa. Es decir, yo he pensado... pero no; mejor dicho, es que otras personas me han dicho que yo debo hacer una carrera en la universidad. Yo me he puesto a ver y a considerar y a analizar las cosas y veo que tienen razón, mucha razón. Una vez me dijo un señor amigo eso mismo. Y otra vez otro. Y hay que hacer caso a lo que le digan a uno, porque si no después le echan en cara: "Yo se lo dije a usted a tiempo, que se fuera a estudiar; si no lo hizo fué porque no quiso. Ahora no tengo nada que darle". Y pensarán que uno no hace esfuerzos por ser cada día más. Pensarán que lo que uno tiene es pereza. Yo no tengo pereza.

—Muy bien, muy bien. Eso me parece admirable. Una carrera. Usted puede hacerla. ¿Y qué carrera le llama más la atención?

—Pues... en fin... yo puedo estudiar... Quién sabe cuál será mejor.

—¿Ingeniería, abogacía... medicina...?

—Bueno: de esas tres, cualquiera es buena. Lo malo es que hay muchos abogados y muchos médicos. Pero eso es lo de menos. Una cualquiera. Eso es lo mismo. Ahí lo que vale es el alumno, que sea aprovechado, ¿no es cierto?

—Sí, como en todo. El alumno, que sepa aprovechar; que estudie con juicio.

—Sí, de manera que...

—De manera que usted se va a estudiar.

—Sí, ese es mi proyecto. Aun cuando si yo pudiera poner un negocito sería mejor. Pero para eso hace falta un dinerito inicial.

—Sí, y esa sería otra solución acertada. Poner un negocio, atenderlo personalmente...

Me dediqué a revisar los titulares de la prensa. Y luego me distraje poniendo en orden algunos libros que estaban sobre la mesa. Después fuí al cuarto próximo y traje un vaso con agua, tomé unos tragos, y seguí oyendo a Samuel, que se había levantado de la butaca con ánimo de irse.

—¿Se va ya? —le pregunté.

—Sí, es muy tarde.

En el reloj de la iglesia sonaban dos campanadas: la una y media.

—¿Ya la una y media? —inquirió sorprendido Samuel. Y se rió: —es tardísimo. Bueno: hasta mañana. O quizá no nos veremos mañana. Hasta otro día. Conversaremos después. Quiero contarle unos proyectos míos para ver qué le parecen a usted. Estoy pensando unas cuantas cosas y creo que va a salir todo bien. Ahí veremos.

Lo acompañé hasta la puerta y le deseé buenas noches.

Ya bien acostado, con la luz apagada, pensé vagamente en él. Era un hombre feliz.

—Samuel tiene veintiocho años. Caramba: veintiocho años, muy tarde para comenzar estudios. Pero decididamente... no, no. Samuel debe vivir muy tranquilo. Es hombre práctico. Y desprecia a los teóricos. Vive conforme a aspiraciones tan modestas... Es un positivista. La vida así considerada vale poco la pena de vivirse. Pero, no: eso será para mí y para otros pocos. Samuel vive: sí, sí, eso es vivir. Los que no son como Samuel no viven. Vivir es eso. Me sirvió su visita para una definición. Para algo había de servirme. Vivir... ¡caramba, sí es fácil!

A la mañana siguiente, mientras estaba frente al pequeño espejo colocado encima del lavabo, afeitándome, me detuve un momento, me acaricié la barbilla, viré la cara a uno y

otro lado, me miré pacientemente los ojos, las pestañas, las cejas, la boca, la nariz, la frente, y me puse a considerar a toda prisa si aquellos rasgos podían resultar interesantes para alguna mujer. Era mi fisonomía eminentemente viril, pero al mismo tiempo de una delicadeza y finura extraordinarias. Tenía la frente amplia, cejas negras y abundantes, ojos profundos con harta expresión, boca mediana de labios suficientemente delgados pero carnosos, barba poblada que al rasurarse dejaba una sombra azul. Pero me encontraba muy poco atractivo:

—Esta es una cara demasiado infantil, como sin expresión; una fealdad ordinaria; una fealdad como la de cualquiera. Porque hay fealdades interesantes: "el hombre y el oso cuanto más feo más hermoso". Sí, pero lo malo es que no soy suficientemente feo como para encantar por la varonía, ni suficientemente gallardo como para seducir por la belleza. Decididamente resulto un tipo vulgar, más despreciable por las mujeres de lo que se podría pensar. Sin embargo... me consta que los más apuestos se enredan con las más feas de las mujeres, mientras a cada rato se encuentra uno con ciertos individuos en los que perduran atavismos simiescos, que llevan del brazo unas mujeres... que, ¡válgame Dios! Bueno: sobre esto no se puede discurrir; lo mejor es no pensar en ello. Al fin y al cabo, cuestiones irremediables que...

Por la tarde fuí a casa de Carmen; salió ella a recibirme y estaba exquisitamente arreglada, con un vestido amarillo, estampado de florecitas, como si la primavera la hubiera salpicado; con el pelo abundante y negro echado por detrás de las orejas, y ese porte gracioso y altanero, de diosa y de bestia. Ejercía Carmen sobre mí extraña fascinación, una especie de embrujamiento; ¡significaba tanto para mí, era tantas cosas a la vez!

Carmen lo sabía muy bien, y así, cuando llegué, hizo acopio de coquetería, de mimos, de atenciones delicadas y tiernas. Aquella mujer tenía los recursos más triviales, pero más eficaces.

—Estás magnífica —le dije saludándola y llenándome la boca con esta palabra ancha—. Magnífica: no vez cómo te cuadra bien esta palabra?

Carmen sonrió y respondió con un gesto. Pero había entre ambos cierta rigidez. Era lo que luego me encocoraba y me hacía patear y jurar por centésima vez que aquello era ridículo, simplón, que a nada conducía, que dejaba las horas y los días en blanco. ¿Por qué no le decía otra cosa: por qué ella no respondía de acuerdo con mis deseos? Esto era un

"flirt" cualquiera. Sí, señor: como se hace siempre. Pero, entonces... ¿por qué no me quitaba la careta y decía otra cosa? ¡Las circunstancias, el momento! Faltaba una oportunidad. Pero ésta era una oportunidad. Y si no: ¿cuándo había de presentarse ese instante adecuado?

Ella conversó de mil cosas, contó historietas de la vida urbana, preguntó qué se sabía de nuevo, habló del clima, del tiempo, de las películas últimamente exhibidas y de las que se anunciaban, me enseñó un bordado que estaba terminando y por último se sentó al piano.

—Toca algo alegre —dije, levantándome de la poltrona, y yendo hacia donde estaba Carmen.

—¿Algo alegre? ¿Qué, por ejemplo?

—Cualquier cosa, lo que se te ocurra.

—Es que no se me ocurre.

—Música moderna.

Ella tocó un aire de moda y yo lo fuí tarareando, dando vueltas por la habitación.

—No has vuelto a cantar. Y eso ¿por qué? —preguntéle.

—Porque yo no sé cantar.

—Sí sabes; oye: ¿por qué no has vuelto a cantar?

—Luisita me dijo que yo no le ponía sentimiento a la música. Así que voy a dejar hasta de tocar el piano.

No pude contener una carcajada, me senté, volví a ponerme de pie, dí una vuelta ligera, regresé al piano y apoyándome sobre el borde, me incliné para hablarle casi al oído.

—¿Eso te dijo Luisita? Ja, ja, ja...

Carmen se puso ficticiamente seria, aparentó disgusto por la burla de que era objeto y continuó:

—Sí: me dijo que yo no le ponía sentimiento. Que cantaba lo mismo las canciones alegres que las tristes. Figúrate que me dijo que cuando uno cantaba algo melancólico debía posesionarse del papel, hacer por sentir verdaderamente tristeza, ponerse por un momento en el caso de quien compuso la música.

—Bueno, claro y ¿qué?

—Y ¿qué? Pues que yo no me posesiono del papel.

—¿Y por qué no haces caso de lo que te indica Luisita?

—Porque no. Yo no sé fingir.

—Pero si es que se trata de fingir, para darle más calor, más vida, más autenticidad y más sabor a lo que se toca o se canta. De lo contrario...

—Sí: de lo contrario sale un ruido cualquiera. Eso me dijo Luisita. Y como yo no quiero hacer ruidos, no toco más.

—Eres una mujercita muy íntegra, muy puritana. Tú no

puedes fingir. Eres transparente, de cristal. Eso es así: pues es así. Y se acabó. Política muy encomiable —terminé diciéndole.

—Bueno, pero sin burla, ¡oyes!

Y se me plantó en frente, desafiante pero encantadora. No pude menos de cogerle las manos y hacerle una caricia.

Y así corrió la tarde. Ya para despedirme le dije que estaba muy contento. Que si ella también lo estaba.

—Me alegro mucho. Yo también estoy contenta. ¿Vienes mañana?

—Quizás sí.

Y fuí subiendo la calle, hasta cruzar la esquina.

* * *

Iba caminando cuadras y cuadras, tropezándome con gente de la más variada calaña, saludando aquí y allá, avanzando cada vez con paso más rápido y seguro. Sentía en torno mío soledad, vacío, una sensación de no haber hecho nada. Las personas con quienes me cruzaba se me antojaban muñecos despreciables, pequeñas tragedias caminantes. ¿Qué hace la gente? La gente no hace nada. Yo no hago nada. ¿Qué hice esta tarde sino el ridículo durante dos horas? No vale la pena. Es fastidioso. Sencillamente, no veo que haya pasado un día más en mi vida. Estoy demorado en ayer y de ahí no sigo. El tiempo sigue, pero me deja atrás. Han pasado unas horas, eso es verdad. Sí, unas horas; el sol se escurrió por allá abajo. Ahora entra la noche. Si fuera a decir a alguien... si alguien me preguntara, como es costumbre: "Hola, qué tal, ¿qué ha hecho?" ¿Que yo qué he hecho? He hecho... pues no he hecho nada. Nada. Y no se trata de que hubiera querido hacer algo útil o perdurable. No. Eso no. Es que ni siquiera dije lo que quería decir. ¿Carmen me quiere? Yo necesito a Carmen. Carmen tiene que ser mía. Es todo mi organismo, es mi espíritu, es el aire. Carmen es algo mío, soy yo mismo. Eso es: Carmen soy yo mismo, algo que circula por mis venas, que justifica el ruido del corazón, algo por lo cual yo estaría dispuesto a vivir; pero yo debía decírselo, así, claramente. Ella debe haberlo comprendido. Mejor dicho, no; ella no lo podría comprender. Es tremendo sentir como la siento ahora, esta necesidad imperiosa de tenerla, de que sea mía, solamente mía, únicamente mía. Y eso tiene que ser así. ¿Quién puede oponerse? ¿Quién se opone? Estoy resuelto a habérmelas con cualquiera. Que salga quien sea. Pero no es nadie. Nadie se



opone. ¿Por qué va a oponerse alguien? Yo necesito esa carne, esa carne de ella, que es insustituíble. Por ejemplo, ¿quién puede apreciar mejor que yo su perfume? Ella tiene un perfume especial: el perfume de la carne. La carne tiene un perfume ácido, que se puede besar. Y además, no sólo la quiero como a la hembra que me excita; quiero también a la persona. La voz, las manos, la manera de tratar las cosas; esas frases que usa en los momentos menos oportunos; ese aire de culebra, segura de que, si nos muerde, nos envenena y que, consciente de ello, nos muerde despacio para no matarnos de una vez, sino lentamente. Eso es voluptuosidad. Voluptuosidad es muerte lenta.

* * *

Mi vida siguió transcurriendo monótona y simple, al compás de los días. Una mañana estaba todavía en la cama, medio dormido, medio despierto, disfrutando de esos primeros vapores de la conciencia que el sueño logra dominar al principio, y que establecen una lucha de realidades y de quimeras, una suave mixtura de alegres fantasías apenas enturbiada por algunas gotas de contorno cierto, —circunstancia ésta que hace particularmente gratas las horas de la mañana—, cuando me asaltó, más vehemente que nunca, la preocupación de mi destino sentimental.

El hombre sencillo, el hombre normal, el comerciante, el jornalero, gente en su mayor parte virginal, desconocen por completo la patética de esta morbosidad matinal de abandonarse a la introspección, y para dejar la cama se rigen por la campanilla del reloj despertador, por la algarabía de los chicos que van a la escuela o por el ruido del lechero que platica con la criada; a veces, en el campo, por el bochinche de animales tempraneros; quizá por las palmaditas de la mujer que sale para misa y abre la ventana, y si no, la costumbre viene a visitarlos con mayor puntualidad. Ocurre por lo general que estas personas llevan una vida sin más azares que los que depara la lucha económica por la subsistencia, vida, en suma, ya trazada, de la que ha desaparecido todo elemento de aventura. Y entran en ella cada mañana con la misma naturalidad de siempre, a la misma hora, por la misma puerta, con un chorro de luz y un periódico entre las manos, mientras el café, los panecillos y la mantequilla vienen y van arrastrados por las chancletas de una mujer.

Para estos hombres debe resultar incomprensible que haya quien goce relajándose en una somnolencia sin objeto,

dando vueltas en la cama, recogiendo las piernas para poner las rodillas casi contra el pecho, bajando la cabeza, asiendo la almohada con ambos brazos, acomodando la mejilla y la boca casi eróticamente contra la piel blanca de las sábanas. Y persiguiendo una idea fija, larga, que no se puede precisar del todo, entregarse a enredar y desenredar imaginaciones absurdas. Pero el placer radica precisamente en esto: en experimentar fruición con lo que no existe, sabiendo y entendiendo que no existe. Durante este dormitar despierto no queda otro remedio que reconocer nuestro pequeño mundo, ver la mesa de escritorio o la ropa sobre la silla, oír a la hermanita que corretea con el gato, sabernos tales como somos, pobres, pequeños, mezquinos, y sin embargo gozar imaginándonos ricos, poderosos, amados.

A veces nos sonreímos de nosotros mismos, nos llamamos tontos, locos, y nos hace gracia pensar que siendo lo que somos y estando en nuestros cabales se nos ocurra imaginar majaderías semejantes. Pero el sueño, como compañero burlón, vuelve a empujarnos. Y del trampolín de este pedazo de realidad que nos traen los hilitos de luz que se cuelan por las ventanas, caemos nuevamente al estanque.

Estaba entregado a este raro ensueño, en esa mañana de mayo, un domingo, cuando me dí cuenta de que las mantas estaban en el suelo y la sábana hecha un bojote a mis pies. Me hallaba literalmente acostado sobre el colchón y al volverme sentía las cerdas salientes pincharme suavemente la piel, con ese cosquilleo que perdura en las espaldas después de ir a la peluquería. La funda, al centro de la almohada, era una especie de cordón grueso que le hacía de cinturón. No tuve más remedio que levantarme y estirarla. Recogí la sábana y me la metí debajo, medio desenvuelta. Tiré las frazadas que se desgonzaban al borde de la cama y volví a cerrar los ojos.

Sobre la mesita de noche estaba el pequeño reloj de pulsera trabajando sus horas menudamente, con un tic tac en secreto. Un pañuelo sucio, casi convertido en una bola, el vaso lleno de limonada, hecha de panela, dentro del cual se hallaba la cucharita de plata. Más allá había dos libros, uno abierto por la mitad y lleno de ceniza y otro apoyado sobre el lomo, contra la pared, casi próximo a caer.

Junto a la mesita la silla con mi ropa; más abajo una pantufla, y la otra debajo de la cama hacia el fondo. Innumerables colillas de cigarillo tiradas por la habitación, exhalaban un tufo acre.

Allá, en la percha, estaban la bata de baño, unos panta-

lones viejos y la bolsa con ropa sucia. La mesita de trabajo, con papeles en desorden, algunos periódicos, el frasco de tinta, un diccionario raído y sin pastas y la máquina de escribir. Entre el cesto de los papeles, lleno hasta derramarse por los bordes y formar un círculo de basura, había folletos sin abrir y algunos periódicos.

Me acuerdo que de pronto dí un salto en la cama, nervioso, y fuí a meter los pies en las pantuflas. Como no había más que una, tuve que agacharme mucho, por debajo de la cama, buscando la otra. Se me congestionó la cara y al hacer el esfuerzo de levantarme vi círculos amarillos y minúsculas centellas que huían, agrandándose, de mis ojos. Me puse la bata y salí a grandes zancadas, restregándome los párpados con la mano a medio cerrar, haciendo guiños por los rayos de luz que se me ensartaban como alfileres.

Tiréme sobre la silla en actitud doliente, las mejillas y las manos cerúleas, cogí la bocina del teléfono y con una voz que sin ser la mía comenzaba a asemejarse cada vez más, sostuve una brevísima conversación.

—¿A ver...? ¿Mario?

—...

Me sonreí, tosí como para obligar la voz a ser más clara y limpia, abrí mucho los ojos, sentí olor penetrante a habitación cerrada, un olor húmedo, casi tangible.

—Sí, ya salgo. Acabo de desayunarme en este momento. Espérame unos minutos más. Ya sabes que de lo contrario no tendría con quién hablar. Y además, quiero que almorcemos juntos. Tengo unos planes maravillosos. Mejor dicho, no los tengo, pero los intuyo.

—...

—Sí... sí... claro hombre, claro... palabra de honor...

—...

—Adiós. Escucha...

Me quedé pendiente. Del otro extremo habían colgado la bocina, como lo hacen los hombres ocupados o las mujeres que buscan un efecto cualquiera.

Me acaricié la barbilla y me froté la cara. De paso me detuve frente al espejo, estiré el cuello adelantándolo y me miré volviendo de derecha a izquierda la cabeza. Tendré que afeitarme. Abrí las ventanas y respiré con fuerza el aire tibio, perfumado, un aire lleno de sol. Bebí esa luz tenaz de las mañanas tropicales. La atmósfera sucia del dormitorio iba saliendo por la ventana, y las cosas se iban renovando. Me vestí a prisa. Pensaba:

"Parece mentira que los días se asemejen tanto a sus nom-

bres. Y que influyan tan poderosamente sobre el alma. Para mí, los domingos han sido siempre fatales. Largos, monótonos, demasiado voluminosos. Me sientan como una camisa que tuviera el cuello ancho y las mangas largas. Son días duros, iguales. Si a uno se le antojara suicidarse debería hacerlo un domingo. Un domingo por la tarde. Tienen algo de novelesco los domingos: le sobran a cada semana. Están fuera del tiempo. Y sin embargo, nunca se siente el tiempo tan cerca, tan pesado, tan espeso, tan real, como en estos días de sol, de un sol inextinguible.

"El lunes es ya de por sí más delgado, como su nombre. Un día fino, algo gris, pero muy llevadero; los lunes son ropa de trabajo, se amaña uno con ellos, le son familiares. El domingo es ficticio, falso. En cambio, el lunes es tan leal, tan cierto...

"Estas medias no cuadran con el vestido. Ni la corbata tampoco. Bueno, bueno, ¿a mí qué me importa? ¿Acaso tengo yo tiempo de pensar en esas majaderías? Papá Goriot es un tipo interesante: pero sus hijas lo son aún más. Son más reales, se las encuentra con más facilidad en la calle'

Tomé un desayuno frugal, bebí dos vasos de agua a grandes tragos, miré la primera página del periódico que estaba sobre la mesa y salí. Por la calle me saludaron varias personas.

Llegué al café donde Mario me esperaba. Desde la esquina, al volverla, lo ví en la puerta y le hice un ademán cordial e irónico con la mano.

—¡Hay que esperarme, por Dios, hay que esperarme! Es tan desolador, tan triste, saber que nadie nos espera, que podemos seguir en el mismo sitio, o cambiarnos de él porque sí, sin motivo...

—Resulta muy cómodo... por tu parte.

—Todo lo contrario; es terriblemente incómodo. ¡Pero es tan aburrida la comodidad..., la comodidad permanente! A ratos me parece que aquí reside ese afán que tiene el mundo por volver al campo, a la rusticidad, a la vida sin resortes ni cojines. El "confort" es una enfermedad tan terrible como la que lo fuera más, y mata por el peor de los procedimientos: el agotamiento. Es verdad que nos libra de muchos rasguños, de muchas heridas, pero en cambio, nos va entristeciendo, nos va tornando cada vez más mezquinos.

—Sí, sí. Pero me parece que deberíamos parodiar la frase de Buffon: "Es evidente que el amor acorta los días; pero en cambio, los llena". Es verdad que la vida regalada nos envejece tempranamente, pero en cambio nos dota de una

vida mucho más intensa. Se vive. Se siente vivir. Se recuerda lo que se ha hecho. Hay días tristes y días alegres, pero todos llenos. Cada hora es un compás que hay que bailar; de lo contrario caminamos hacia la muerte inútilmente.

Mario dió unas palmaditas y llamó.

—¿Quiere traernos café?

La mesita estaba situada en un rincón, casi aislada de lo demás. Mario, con el cigarrillo en la mano, estaba mirando al suelo, absorto, moviendo ligeramente el pie. Yo, dándole vueltas a una idea que no encontraba fiel expresión en mis palabras, callaba. Las camareras trajinaban incesantemente y mientras servían y recogían dinero canturreaban tonadas de moda, o se contoneaban ridículamente y saludaban a los que iban pasando por la calle. El café se animaba cada vez más. Entraba gente, pedía cerveza o solicitaban las mesas de billar. Hubo alguien que gritó desde el otro extremo dirigiéndose a mí:

—¿Vamos un "chico"?

Alcé la cabeza y como el ruido apenas dejaba pasar voces fuertes, hice una mueca con la cara:

—Después.

Y otro, acercándose mucho:

—¿Una partida de ajedrez?

—Es muy tarde, —le contesté—. Ya casi son horas de almorzar. Por la noche ya nos quedará tiempo.

—Entonces no piensas...

Y me miró de reojo, torvo. Dí a entender que me interesaba por otra cosa y ni siquiera contesté. Mario estaba viendo cuál era el círculo de amigos con quienes compartía la mayor parte del tiempo. Gente de baja calaña, sin educación; estúpidos que vestían mal, soeces en su mayor parte, muy dados a armar broncas y suscitar disgustos; advenedizos, pillos sueltos cuya cédula reposaba en los archivos de la policía. O jóvenes sin talento, de humilde condición, esos seres que el desamparo lleva a los restaurantes y a los casinos, tras alguien que converse un rato, juegue una partidita, pague los cigarrillos y a veces la cena.

—No, Eduardo, esta noche no. Tengo algo urgente que hacer.

—¿Algo que hacer? —preguntó el truhán picado de curiosidad, muy asombrado, casi irónico—. ¿Algo muy urgente? ¿A ver? A ver si no te muestras tan egoísta como de costumbre.

Y se alejó silbando, con su cara de imbécil bien alimentado, lleno de vida.

Mario me miró severamente.

—Qué calor, —dije al fin, por decir algo.

—Sí, qué calor.

Ambos nos encontrábamos fastidiados, con esa aversión que se interpone entre personas próximas a decirse algo desagradable.

Para allanar los engorros del silencio tomé el sombrero, pagué la consumición, y dije a Mario:

—Podemos almorzar.

Mario pidió un aperitivo, y lleno de bondad, comprendiendo que me había lastimado con su actitud hostil, me dió unas palmaditas en el hombro:

—Supongo que no me tomarás por moralista. Pero no hay que ser niños.

Lo miré, agradecido. Dije:

—No, por Dios. Moralista, eso nunca. Eres ingenuo, simplemente. Ingenuo como yo. Pero con una ventaja: que sabes sacar partido de la ingenuidad, mientras que yo... —me detuve un poco— mientras que yo, —proseguí—, apenas saco provecho de mis defectos. Si te dijera que mis virtudes no me han dado una hora de alegría. ¿Que tengo talento? Sí. Pues bien: el talento sólo me ha servido de martirio. Y cuanto más lúcido me siento, peor estoy. ¿O es acaso que desconfías de que envidio, sí, de que envidio terriblemente esa vida apacible de los imbéciles, de los ignorantes, de esas bestias feroces que gobiernan al mundo, que se llenan los bolsillos de oro, que viven magníficamente, que disfrutan mujeres hermosas?

—Todo eso lo puedes hacer con tu talento. Lo que sucede...

—Lo que sucede es que a todo el mundo se le antoja natural lo que a mí se me presenta abyecto, ridículo. La gente se humilla sin darse siquiera cuenta de ello.

—Habría que reformar el mundo a tu capricho.

—No, no. Que siga como va, eternamente. Lo horrible es eso: reformar.

—Pues tú estás necesitando urgentemente una reforma.

—¿Una reforma yo? Sí, la necesito, la estoy necesitando imperiosamente. ¿Pero es que crees que la puedo llevar a cabo así como así?

El criado sirvió la sopa y preguntó si deseábamos algo para beber. Mario pidió dos cervezas y encargó unos cigarrillos. Llegaron otras personas conversando, haciendo mucho ruido al sentarse, llamando con impertinencia, soltando grandes risotadas.

—Hace un rato te decía —seguí hablando— que la vida

del pensamiento marchita la acción. Pues bien: de la misma manera, el cultivo de la imaginación, cuando traspasa ciertos límites, anula, invalida para la vida real. Te seré más claro: si tú vives una pasión cualquiera, un amor desenfrenado con una muchacha preciosa que signifique para ti la belleza del mundo y que sea fresca como las rosas y joven y fuerte y apasionada, que acendre para ti los más exquisitos mimos y las más sutiles concupiscencias, tú estás dando salida, dando campo de realización a un deseo violentísimo que, al encontrarse libre, se va diluyendo. Y tú te vas libertando de ese deseo. Y cuando todo él se haya satisfecho te quedará sabor amargo en la boca, sentirás quizá repugnancia, pero tornarás a ser libre e independiente. Si, por el contrario, tu deseo no se ve realizado, comienza a tiranizarte, te esclaviza. te hace su súbdito. Entonces, recogido en tu alma comienza a inflamarse, a hacerse cada vez mayor. Y cuanto más lejana percibas la posibilidad de abrirle la puerta, peor será tu tortura y más refinado y doloroso tu sufrimiento. Pues bien: ¿qué has de hacer? Si tienes imaginación, si sueñas, si llevas vida intelectual que te lo permita, acudirás a la fantasía, a la quimera. Soñarás con todo aquello que la vida te negó, vivirás en un mundo irreal trazado por ti mismo y dirás al deseo que te lacera el espíritu: ahí tienes tu casa. Esto es lo que yo llamo la imaginación emotiva. De súbito te sorprenderás al comprender que hay en este nuevo planeta creado por ti mismo, placeres recónditos, amarguras exquisitas, voluptuosidades que jamás lograrás hallar, por más que busques, en la vida normal de la demás gente. Pero no hay impunidad. Viviendo esta nueva vida de emociones personales, el mundo real, éste que tú frecuentas, éste que nos está rodeando, se hace ajeno a tus súplicas. Ves cómo a cada momento se aleja más de ti. Quieres hacer lo que hacen los otros, lo que tú llamas lo normal, lo sencillo y te encuentras con que eso está mucho más allá de tu alcance. Lo más pueril resulta para ti casi trágico. ¿Me creerás que hay casi un sobresalto al ver que los otros andan y conversan y saludan? Creyendo que tu pequeño hemisferio es el único verdadero, esta vida se presenta como una farsa. Y ves los hombres como cómicos en el teatro. Y ves cómo dicen lo que no sienten y hacen lo que no quieren. Y notas de bulto su egoísmo sórdido y su vulgaridad y sus mezquindades. Y te da asco. Sí, créeme, te da asco. Estás esperando que caiga un telón y ese telón no cae nunca. Sientes la tentación de llamar a tu vecino y decirle: "¿Por qué habla usted de esas cosas en las que no cree?" Y llamar

a esa mujer que pasa: "Dígame, ¿quiere a ese hombre? ¿Lo quiere? Reflexione un poco: ¿lo quiere verdaderamente?" Y ves cómo, si tú hicieras este ensayo, todos se mirarían entre sí y se sonreirían estúpidamente.

Mario había dejado de comer. Turbado, me miraba fijamente y veía cómo mis manos al accionar parecía que hablaran otro idioma aún más elocuente que el de las palabras. El grupo que estaba al otro extremo se había acallado.

—Sí, sí, —repitió maquinalmente Mario—. Te concedo razón. Pero fíjate que si la gente se hiciera estas preguntas nadie podría vivir, no digo en armonía, pero ni siquiera en relativa calma. Todo eso puede ser cierto: concedo. Pero comprenderás que es impertinente. La vida es ésta: pues bien, o la tomas como es o... Tú no me has dibujado más que la parte sórdida, lo que tiene de feo la existencia. En cambio, has callado lo mucho bello que en ella se encuentra. ¡Hay tantas cosas que justifican el dolor, tantas!... Para un alma enamorada del arte, la realización del ideal estético, ya en mármol, o sobre lienzo o en la obra literaria. Para el que trabaja materialmente existen también dichas que tú has pasado por alto. Tener un hogar, una mujercita buena que cuida de los hijos, un sitio dónde reposar, alguien con quien conversar. Para ti, una muchacha bonita, inteligente...

—Lo he pensado y me parece encantador. Pero, por desgracia, para mí, lo encuentro irrealizable. Tú sabes que nunca escribo nada para publicar, pero que en esas horas en que estoy solo, fatigado de leer, o en esas mañanas en las que la atmósfera está húmeda, a veces me pongo a emborronar mis ideas. ¿Sabes lo que estoy escribiendo actualmente?

—¿Algo sobre las traducciones de versos franceses?

—No; eso ya lo terminé. Ahora estoy haciendo un trabajo sobre el amor. No te rías: el tema está tan trajinado que cualquiera, al oírlo, se ríe. Yo concibo el amor de manera diferente, mejor dicho, bajo un punto de vista distinto. Quiero demostrar que el amor no existe más que en teoría, como el comunismo, como la fraternidad. El amor está por encima de la naturaleza humana y es propiedad más de ángeles que de hombres.

—Los materialistas hablan del amor considerándolo como simple apetencia carnal, recíproca en unos casos, y como una necesidad de armonía para la vida colectiva en otros. El amor de Dios lo explican como un extravío del alma, propio de enfermos atacados de esa epidemia que se llama misticismo.

—Yo, en mi estudio, quiero prescindir de estas interpretaciones, y lo único que afirmo es que el amor no necesita dirigirse a nadie. Es una categoría independiente, como el sufrimiento.

Seguimos conversando con visible animación. El tema de la charla, cambiado de plano, muy a tiempo, interesó a ambos. Y al llegar a los postres nos sentíamos más cerca el uno del otro. Luego tomamos café, fumamos, cambiamos palabras con alguien que se acercó. Y ya serían como las tres de la tarde, cuando Mario, consultando el reloj, dijo:

—Tengo que irme. Si quieres, acompáñame. Quedé de no faltar al cine esta tarde. Y sé cumplir las citas mejor que tú. Vamos, hombre, civilízate.

Me levanté perezosamente y salimos.

* * *

Ya por la noche, cuando la ciudad se aquietaba con las primeras sombras, nos separamos. Al fin y al cabo habíamos hecho una jornada deliciosa. Durante el cine, Mario se había retirado para acompañar a unas señoritas que le hacían señas en el palco de enfrente. En compensación, después del intermedio, mientras yo, muy distraído, daba sobre la silla nerviosos puntapiés, una muchacha vecina, apenas conocida de vista, se volvió y me dijo:

—Perdóneme: ¿cómo se llama la película?

—Cuánto diera yo por saberlo, —le contesté— pero sólo para decírselo a usted. Nunca me entero de los títulos. Pero haga usted de cuenta que se llama "Un encuentro feliz".

La muchacha me agradeció con una ligera sonrisa. Poco rato después, como movido por un resorte eléctrico, me volví hacia mi vecina y con la voz llena de intriga, socarrona e ingenua a la vez:

—Perdóneme, —le dije— ¿cómo se llama usted?

—Cuánto diera yo por saberlo, —repuso con mucho de picaresco en el acento. Y añadió más bajo—: Sólo para decírselo a usted. Pero haga de cuenta que me llamo Margarita.

—Magnífico

* * *

Serían las dos de la mañana cuando yo, instalado en la pequeña mesita de mi cuarto, cerré el libro que venía leyendo, estiré los brazos, bostecé y encendiendo un cigarrillo, me dije:

—Evidentemente la vida no puede vivirse dos veces, pero ni siquiera puede llevarse una existencia doble. Hay una secreta justicia, un sino fatal que pesa terriblemente sobre aquellos que pretenden vivir la vida ordinaria, la de los demás hombres, comer, dormir, disfrutar de paz y tranquilidad, hacer dinero, conversar sandeces, hacerse amar de una o de dos mujeres a la vez, pertenecer al club, vestirse decentemente y al mismo tiempo alimentar una existencia espiritual, profunda y cierta. Sí, sí, qué doloroso, qué injusto y qué cruel resulta, pero es la verdad. El triunfo económico y social de los mediocres, de los imbéciles, de los ignorantes, de todos esos estafermos odiosos que hacen genuflexiones y dicen tonterías, es algo que se impone. Gozan de salud envidiable, y son en su mayoría de bella apostura, de modales, aunque ordinarios en el fondo, muy afectados. Fantoches de una comedia permanente que nadie ha escrito.

Volví a leer:

"En la antigüedad griega los amados de los dioses nacían bajo la estrella de un destino funesto. La fatalidad, como un viento sagrado, los agitaba arrastrando sus almas, sus vestiduras y sus cabellos. Era así la fatalidad un don celeste, porque las vidas convulsas de dolor son siempre amadas".

—Sí, lo que se vive en el cerebro es algo que se roba a la vida, a la vida real. Por eso las novelas han hecho tantos males. Hurtan a la existencia aquello que tiene de más interesante. Por eso son falsas. También por eso son bellas. Todo lo que nosotros realizamos con el pensamiento o con la imaginación se está muriendo en la vida. No se debería pensar, no se debería sentir. Es un pecado horrendo que afea el rostro, que envejece, que aniquila. Habría que volver a los griegos y educar a los jóvenes haciéndolos fuertes y sanos. Sería el ideal de toda una época.

Estaba triste, mustio, cansado. La boca me sabía a tabaco y sentía la sangre circular por las venas, sentía hasta las más delgadas ramificaciones llenas de un líquido ardiente y viscoso. Y sentía cómo los deseos llenaban de burbujas esa sangre y cómo aullaba de dolor esa carne temblorosa de ansias infinitas, de goces no logrados.

Me levanté.

Bueno, bueno. Ya es hora de dormir. Tomé una cuartilla, y a lápiz escribí nerviosamente:

"Mayo 7. - Hoy no me ha ocurrido nada, nada de importancia. Una muchacha en el cine, que dijo llamarse Margarita, estuvo amable conmigo. Era bonita, de unos veinte años. Al salir supe que era la querida de un amigo de Mario. Por fortuna no me contó cosas tristes, ni que era huérfana, ni que había caído en manos de un bribón que la martirizaba. Simplemente me utilizó como acicate para atraer mejor y darle celos a su amante. Una vez logrado su propósito, me dejó plantado. Mario es el hombre más bueno de la tierra, —sigue siéndolo—, pero comete una ligereza imperdonable: no me comprende. Fastidia que no lo comprendan a uno. Yo necesito ... nada. Yo no necesito nada".

SEGUNDA PARTE

"J'ai plus de souvenirs que si j'avais mille ans!"

BAUDELAIRE.

Mario y yo realizábamos entonces breves excursiones por los alrededores norteños de la ciudad, para conversar y leer, y, sobre todo, disfrutar de la naturaleza. Era en julio, con sus soles violentos, y el calor llenaba los días, casi desde el amanecer. La luz ardía en los ojos como gotas de limón. El viento era un medio espeso y tangible, y teníamos la sensación de ser semejantes a los peces. Los hombres raras veces piensan en su condición zoológica, y muchos errores de la civilización y de la cultura arrancan del jactancioso concepto que el hombre tiene de sí mismo por creer que no es un animal.

Pocas veces me he sentido tan feliz, tan intensamente vital, sano, fuerte y alegre, como cuando encuentro la mayor semejanza con los brutos. Y es hasta tal punto cierto ello, que estoy seguro de que los momentos culminantes de la racionalidad en algunos seres superiores de nuestra especie han coincidido con sus momentos más desdichados. A medida que el hombre se aleja del bruto comienza a ser infeliz. Y es tanta su desventura, porque las facultades mentales se aguzan en él para hacerle apreciar con mayor perfección el alcance de su desgracia.

El campo, con sus dulces ruidos melódicos; el agua pura y limpia, cantarina y transparente, y el rumor monótono y adormecedor de esa misma agua; las sinfonías de los pájaros, la sombra de los árboles y el bordoneo de millares de

insectos que son la vida misma de la naturaleza, llegan hasta nosotros y nos tornan mansos y pacíficos.

Recorríamos las postreras callejuelas, de enladrillados rotos y pintorescos. La gente en las puertas, como el domingo en la aldea; los niños pobres, barrigudos, jugando con los perros y la cabrita; palomas y gallinas picoteando fabulosas pepitas de millo, bajo el sol. A cada cuadra nos encontrábamos, como en una sala de exposición, esos motivos en que los pintores acostumbran buscar el alma de las razas y la substancia misma del espíritu de los pueblos. Motivos criollos, como suelen apellidarse esos lienzos repletos de luz y de miseria. Las ropas, sobre una cuerda, se ponen a secar. Una vieja atraviesa la escena, siempre de espaldas, con el "catabro" a la cabeza. Las flores estallan cual luces pirotécnicas. El cielo, al fondo, de intenso azul con enormes bloques blancos que andan. Y el sol, —siempre el sol—, que es el protagonista, el héroe, el galán, la primera persona de estos paisajes nuestros. La luz —la intensa, la viva—, la luz que suena y que arde, que llena todas las cosas y que hasta en los lienzos parece vivir con vida independiente. Abstraídos que íbamos, me ocurría de golpe perder el sentido del momento presente y soñar que estábamos, no caminando hacia el campo, sino admirando un óleo y tratando de buscar su sentido arcano. Sucias, las paredes mostraban sus laceraciones y, debajo de la cal blanca, los nervios, los músculos y hasta el esqueleto. Las arañas tendían sus telas desde la punta desflecada de una caña que sobresalía a manera de muñón debajo del alero, hasta la cornisa de la puerta. Tras la pared el árbol y del árbol la fruta suspendida sobre la calle, esa fruta que uno recuerda haber visto robar por los niños desobedientes en todas las cartillas y manuales de lectura. El pobre can mísero, —muy otro del gordo y opulento perro rico que cuida las frutas del huerto señorial—, se adivinaba al otro lado, en el solar donde alborotaban las gallinas. Comenzaba el descenso por un caminito donde la calle desembocaba de improviso.

A lado y lado yerbales para sustentar vacas lecheras. Unas lavanderas, emergidas de otra acuarela y, más allá, dibujando la inmensidad del panorama, las montañas, el valle y las nubes, y el cielo nuestro, absolutamente nuestro, un cielo que habla castellano, que tiene buenas costumbres y un sol que hace sudar y que quiere más a los campesinos que a los señoritos de la ciudad. El rumor del pueblo se había amortiguado en las primeras vueltas del camino. Vista de lejos, la mole urbana humeaba, y ciertos reflejos hacíanla parecer

semejante a una piedra preciosa engastada en lo más alto de la colina.

La naturaleza es por aquí mansa y estéril, pero rica en sugerencias intelectuales. Ibamos huyendo del grosero clamor de la vida útil, a bañarnos y a jugar con las piedras del río, lamidas por el agua siempre nueva, a sentir la caricia de la sombra de los árboles, cercada por el sol fiero, que, sin embargo, no intentaba profanar la humedad dulce y sensual de los rincones.

—Indudablemente, —dijo Mario— la naturaleza es la maestra suprema del cuerpo y del espíritu.

—Sí, sí.

Mientras le dije "sí, sí", pensaba: "¿Habría alguien capaz de quitar a la inteligencia el caparazón de la costumbre para entender la verdad que atesoran estas palabras? La verdad es la semilla, la almendra, lo que está detrás de las palabras, que son la envoltura y protección contra los necios".

—Frase de cajón, indudablemente... —siguió Mario, a quien no satisfizo la mecánica respuesta "sí, sí", respuesta que podría envolver, bien se veía, desdén.

—Lo contrario, —le aseguré—. De cajón son, a veces, las mentes y los oídos, nunca las palabras. Las palabras son siempre nuevas, si es sensible quien las escucha. Y se puede ser siempre sensible al escucharlas, a menos que el hábito nos haya corrompido. Y continué: siempre me ha obsesionado la idea de que la naturaleza ha perdido mucho con los panegíricos de los literatos y, ahora, con las alabanzas de los estadistas y de los médicos. Los estadistas afirman, en sus rebuscadas peroraciones políticas, que en el campo, en la agricultura —que es cultura del "agro", conforme a la etimología— se encuentra el secreto de la riqueza y del bienestar de la nación. Ellos hablan, claro está, desde su punto de vista, su ciego y tonto y terco punto de vista, que es el puramente económico, con esa vocación por el materialismo que tanto embadurna nuestra época de cálculo y números. La teoría es sencilla: lo que tenemos lo ha dado alguien o lo hemos sacado de algo. Ese alguien y ese algo se remontan necesariamente, tras pequeña excursión lógica, a la tierra, "alma mater" por excelencia de cuanto existe, pues que sin ella nada seríamos. Los mismos hombres somos hechos de ella y hemos sido amasados con saliva divina. Y tenemos, además de tierra, aire, puro aire, soplo divino del Supremo Hacedor. Eso los políticos, gente gárrula y de mala fe. Los médicos suelen hacer también grandes encomios de la tierra, de la naturaleza, hablando del clima y de la bondad

de la paz campestre. Cuando las medicinas han cumplido con su deber, el paciente debe abandonar la ciudad, lugar de frenesí, e ir a la campiña a recobrar el goce de los sentidos y la euforia de la salud, lavándose en los ríos que tienen el sabor vegetal de los bosques que atraviesan.

Sobre la hierba de fresquísimo verdor, de tallos frágiles como tubitos llenos de agua, descansamos buen rato, mientras la luz maduraba. Silencio. Silencio blanco de agua quieta, de pensamiento interior, silencio de soledad, como si todo —la tierra, la hierba, las piedras, el agua, el viento, la luz, el cielo, las nubes, los pájaros, los insectos, las casitas de paja, las vacas—, estuviera asistiendo a la consumación de un gran misterio. Como una catedral llena de fieles, minutos antes de que el sacerdote oficie la divina transubstanciación. Perforando el silencio, de golpe, el chirrido de un insecto. Y junto a la tierra, bajo la hierba, un crepitar sordo y umbrío, distante como la felicidad, cual si oyéramos el crujido pródigo de la yunta que ara los campos y "el galope de la lluvia", que hace fértil la cosecha.

Comprendí que las palabras, —divinas mensajeras—, las palabras de que yo disponía, no serían capaces de llevar la carga múltiple de mis sensaciones. Y pensé que el arte, como el amor, consiste simplemente en perder nuestra vida, en regalarla a cambio de nada. Pero habíamos ido a no pensar, y entonces disipé los quebrantos interiores silbando y tirando piedrecitas que iba recogiendo del suelo y lanzando al acaso, contra una hoja, contra otra piedra, contra nada...

* * *

Estábamos bajo la sombra dulce de los árboles, al borde del camino. De cuando en cuando pasaba un labriego con su burrito o su buey cargado, rumbo de la alquería. Nosotros, muchachos pedantes, mascullábamos aparte largas pláticas sin atisbar apenas hacia quienes transitaban. El día transcurría lenta, pesadamente, con el fuego calcinador y el brillo de la luz que invadía todas las cosas.

"La tarde paga en oro divino las faenas". El verso de Herrera y Reissig se levantaba, como un vaho, de las cosas que nos rodeaban. Fueron el amarillo naranja y el rojo violento del atardecer sucediéndose en el cielo, mientras el aire tibio nos traía el perfume de la tierra.

Aun tengo que acordarme con nostalgia del saludable cansancio que me venía con la noche. La fatiga muscular deparaba al ánimo una noble sensación de descanso y de paz,

de salud y de fuerza, de honda serenidad y de sin par dulzura, pues la conciencia se baña en los esfuerzos de la tarea física, hasta el extremo de que nada resulta tan útil al alma como aquellas faenas que menos parecen corresponderle. El alma se cura por los sentidos y los sentidos por el alma, es un apotegma que Oscar Wilde trazó ya en "Dorian Gray", novela que tuvo en mi adolescencia un influjo literario que me determinó luego a escribir. Entonces apenas presentía vagamente, con lucidez amortiguada de quien no se despertó por completo, la existencia de ese antagonismo —alma y cuerpo— en cuya substancia he encontrado después toda la sorda tragedia humana.

Discutíamos las teorías sencillas del padre Balmes en su "Criterio". Con vehemente solicitud gustábamos dedicar horas y horas a la lectura de estas páginas, en las que la filosofía se humaniza y se cristianiza verdaderamente.

—Deja de ser aquí la filosofía una ciencia y un arte para convertirse en lo que los católicos llaman, con nombre insustituíble, "una práctica", es decir, una manera singular de repetir actos rituales. La filosofía resulta así ser un instrumento doméstico como la escoba, el cepillo, la jarra, el cuchillo, algo que uno puede tener a la mano para estar cómodo. Una luz que va adelante.

—Exactamente, —le respondí—. No sé si él mismo es quien hace una comparación de tipo familiar, asemejando la filosofía a la criada que va alumbrando con un velón el camino a su señora que quiere revisar, en la noche, la seguridad de las puertas cerradas.

—Y creo que la señora, la dueña de casa, es la teología, o la religión, o algo por el estilo.

—La luz de la razón es algo más que una frase. Es una metáfora tomada del ejemplo anterior.

—Dicen que Balmes toma rutas diferentes a las de ciertos profesores católicos y que por eso no es recibido entre ellos con la reverencia que sería de justicia tributar a su talento y sabiduría.

La conversación discurrió a través de las horas que andaban con grandes pies de plomo tibio y silencioso.

—Acaso fuera bueno regresar...

Recuerdo la ascensión. Luces amarillas se iban encendiendo. El sol, detrás del monte, sostuvo el resplandor amarillo largo tiempo. La noche se detuvo en el umbral, y más que las sombras, la quietud fué ahuyentando la luz hasta que la consumió. Los ladridos de los perros a lo lejos sonaban melancólicos, entristeciendo la tarde derrotada.

Evasiones al campo, salidas y paseos tales al que acabo de relatar, me hacían mucho bien. Si escudriño los recuerdos y remuevo en el cerebro las añoranzas, me anega una sensación de dulzura que es al tiempo tristeza y júbilo, alegría y dolor. ¡Cómo las cenizas de los tiempos idos van cubriendo la lumbre de estas memorias! Nos queda tan sólo la tibieza, avaramente guardada en el pasado, como un rescoldo. Y es placentero arrimarnos a ese rescoldo, como animales domésticos, para echarnos junto a él y dormitar largas horas.

Digo que tales caminatas me hacían mucho bien y debo explicar cómo y por qué. Primeramente, es necesario aclarar que ese bien era no sólo espiritual, sino material. Porque mi salud, estropeada entonces por los excesos de una vida desordenada, había sufrido hasta el extremo de que mi organismo se puso reseco y enjuto como una fruta al sol; la sangre perdió su corriente copiosa y roja; los músculos se extinguieron bajo la piel anémica, dibujada por una geografía de venas exangües; los ojos cada vez más grandes, atónitos y brillantes, con brillo aterrador, gris, rodeado de un cerco amoratado de remanso sanguíneo, se adueñaban de la fisonomía hasta borrar de ella el perfil, la boca, los pómulos y la sonrisa. Se diría que eran ojos de loco o de tísico, brotados, hambrientos. El pelo y las uñas crecían con violencia, patológica, como deben crecer el pelo y las uñas de los cadáveres. Había perdido el apetito y el sueño, y sufría mareos e indigestiones, trastornos de la sensibilidad, errores fisiológicos que provocaban síntomas alarmantes que al principio desdeñé, pero que luego tuve que atender con villana solicitud digna de mejor causa.

He aquí por qué estas salidas al campo reconfortaban no sólo mi alma sino también y muy principalmente mi cuerpo. El sol, el aire libre, el agua del río, la inmersión en esa atmósfera quieta y rústica me restituían las fuerzas y me daban optimismo. A raíz de una excursión mejoraba el apetito, volvía el sueño, y a la mañana siguiente sentía una satisfacción física tan pujante y grata, que la vida revalidaba sus encantos, sus deleites, sus seducciones, haciendo aparecer como extravíos las ideas lúgubres y mi habitual pesimismo.

Cuando, después, los ojos cerrados con el índice y el pulgar, sentado en la mesa de trabajo, el codo apoyado sobre ella y la cabeza inclinada cual durante una oración, me pongo a meditar sobre este tiempo pasado repleto de sugestiones íntimas y tan significativo por lo extraño que hoy se

me antoja, no puedo menos de contraponer imaginariamente el estilo bucólico de mis pláticas campestres con Mario y su inolvidable dulzura, al aire borrascoso, sensual y bajo, lleno de abyección, que integró mi vida de entonces.

El sitio habitual donde moraba yo era el café, el café de la esquina de la plaza, sin mote entonces y que luego han apellidado con nombre tan molido y rastacuero que pena me da mentarlo. Creo que esta renovación humillante que impone la vida moderna destruye el poco encanto que tienen ciertas tradiciones. Allí encontraba mis amigos, mis diversiones, mi vida. Jugábamos billar, "toruro" ,"poker", ajedrez... Teníamos rincones predilectos donde aislarnos de las pegajosas parlerías de los clientes, parroquianos endomingados que entraban a pedir café o limonada, siempre con aire tonto y solemne que nos reventaba. Eramos gatos de la casa y entrábamos al café como a nuestro propio predio. Antonio, el dueño, recibía a la gente tiesa y la iba llevando con su sonrisa, como de cabestro, desde la puerta hasta las mesitas, de construcción sencilla y económica, rematadas en breve plataforma de mármol jaspeado.

—Sigan, sigan, sigan, señores. Háganme el favor... Adelante. Están ustedes en su casa, en su casa... Más adelante. Mire... permiso... voy a ver... ¿qué desean los señores? Café, limonada..., eso..., así... bien. Vea usted... perdone. (Daba unas palmaditas como para enseñar a sus clientes los ademanes propios del lugar, la manera sencilla y elegante de llamar al sirviente, como quien es antiguo y se vale de su mundana desenvoltura para hacerse atender mejor)—. Vea... Ricardo... aquí, a los señores.

Con aire aturdido y confuso, apenado y a la vez rebosante de jactanciosa majadería, los recién entrados titubeaban haciendo ceremonia entre sí antes de sentarse, ofreciendo cada cual la silla a los otros y propinándose una serie de homenajes que parecían enaltecerlos recíprocamente y rodearlos de una atmósfera de señorío y buena educación. Después de estos alardes, los señores, enfundados en ropa limpia, con un cuello que los estrangulaba, unos zapatos lucientes y agrietados, la raya del pantalón amolada y sombreros de pelo, el bigote estrenando corte y la corbata emergiendo del chaleco en una curva presuntuosa, se frotaban las regordetas manos, sonreían hacia sí mismos y hacia la concurrencia que colmaba el local, miraban con ceño al mismo tiempo adusto y benévolo a los rapaces que ofrecían lustrar los zapatos con un "Lo embolo, "míster", lo embolo..." y empezaban la charla, al principio confidencial y salpicada de

risitas que simulaban arañar las palabras y rebotar en los vasos de cerveza, y luego alborotada por carcajadas y ademanes desmesurados, hasta que, siguiendo turno, cada cual se iba levantando en la mitad de su perorata al ritmo de su voz y de sus brazos en alto, y se separaba un poco de la mesa como para ocupar un proscenio indispensable a su alocución. Entonces redoblaba la furia de las gesticulaciones, se atracaba con palabras gruesas y con vocables estropeados, vomitaba, sin digerir, frases de cajón captadas en la plaza pública cuando la campaña electoral, repetía con saña argumentos menguados, queriendo darles con el tono de voz la fuerza de que carecían y acababa por congestionarse, resoplar como animal acorralado, sacar el pañuelo y desdoblarlo con afectación para enjugarse el sudor que alcanzaba a empaparle el borde superior del cuello y que se sentía salir de las axilas, a través de ropas gruesas, en vaho profundo que infestaba el salón.

Cuando terminaba de expeler estos disparates y de proyectar contra sus adversarios las baratijas de un idioma pobre y presumido, bastardo y meloso, en cuyas furias no había valor ni sinceridad, sino grosera vanidad de orador, volvía a tomar asiento junto a la mesita, agarraba el vaso de cerveza, (un vaso de vidrio grueso y tosco con asa, al estilo alemán), y dejándose embadurnar las barbas con la espuma muerta, se sorbía la cerveza en sonoros tragos a la manera de una bestia fatigada. Acto seguido tomaba el turno el siguiente, quien repetía la escena anterior con pequeñas variaciones. Nadie se enteraba de estas discusiones, que tenían más carácter escénico que otro cualquiera. Su objeto era impresionar al público que llenaba el café, compuesto por gente heterogénea, en su mayor parte por imbéciles, granujas, maleantes y desocupados de profesión, cuyo lucro provenía de malas artes y estafas de hábil ejecución.

Tenía yo en esa época un ansia de conocer la vida, de gustar todas las sensaciones, que no hubo ocasión que dejara pasar en blanco. Todo me incitaba, todo me atraía, desde el arbolito que mecía sus brazos detrás de la tapia de la casa de enfrente, el arbolito sin gracia y sin flores, hasta la bazofia de un orador de café. No quería despreciar —desperdiciar— nada. ¿Por qué la vida había de consistir tan sólo en el goce de lo bello y de lo bueno? Cómo huir de lo malo y de lo feo, de lo sucio, de lo abyecto, de lo villano, si allí también había algo desconocido para mí? ¿Cómo buscar solamente la compañía de seres a mí iguales por su condición social, intelectual y económica, si más de la mi-

tad de los hombres vivía en medios inferiores, rodeada de otra atmósfera y de otras costumbres?

El corazón del hombre, su esencia íntima, su íntima manera de ser, eso era lo que me importaba. Y para llegar hasta él todos los caminos se me antojaban lícitos. Tras cerrar la puerta y cerciorarse de que las rendijas no son indiscretas, la sensualidad acaudalada se refocila realizando las porquerías más refinadas. Pero tal función está protegida por los "intereses creados" de la buena sociedad. La vida de afuera sigue siendo una farsa. Para ir hasta el hombre, hasta su ser arcano, había que ir a su oscura caverna, asemejando mi vida a la suya, haciéndome hermano del criminal, del ladrón, de la prostituta, del traidor.

Recuerdo lo que decía Rodrigo cuando hablábamos de ello, mientras rumiaba una jugada de ajedrez:

—El caso es cierto. La mujer aquélla que vendió a su hija, sabía de placeres exóticos y así se los ofreció al que se llevó a Clementina. Dicen que, luego de adobar a su hija con perfumes y cremas y despeinarla artísticamente para que diera la impresión de estar presa de indescriptibles espasmos, acentuábala los labios de rojo intenso, reteñíale las ojeras hasta el violeta oscuro, pintábale las uñas de los pies de color solferino, como de sangre detenida por una circulación presa de extraños paroxismos, y así dispuesta tendíala en el lecho, con la cabeza hacia atrás, doblando la nuca en arco de perfecta blancura, las piernas ligeramente abiertas, los brazos cual gajos tronchados, abiertos, como para recibir, sin ánimo casi; los ojos entornados y vagos y la pieza sometida a una estudiada penumbra que retocara las facciones de ese cuerpo desnudo de mujer. Entonces y tras aleccionarla con artimañas para que fuera simulando las sensaciones de emoción violenta, voluptuosidad que se goza en la lentitud de su propia saciedad y desgonzamiento de la satisfacción plena, pasaba a la habitación contigua y, cual bruja satánica, emergida de algún libro de la edad media, se acicalaba para resucitar seducciones extintas. Se pintarrajeaba y se envolvía en telas brillantes y suaves, porque sabía el arte de ocultar su repugnante y corrompida vejez, y como tenía parecido con la hija, trataba de conquistar al amante con abyecciones tan relajadas que no son de relatar, para que éste, ya excitado, encontrara en su hija, como en un milagro que la naturaleza hiciera en ese momento para su satisfacción, a esa mujer cuya astucia tenía mágicos encantamientos, rejuvenecida y lozana, con una carne nueva, llena de esencias subyugadoras y de tentaciones exquisitas. Entonces, aquel placer tenía,

además de su propia seducción, la seducción demoníaca de las bajas depravaciones y de los pecados exóticos.

—Encuentro original el procedimiento —le contesté, espiando la impresión que causaría este concepto en Rodrigo—, pero, pensando "físicamente" en ello, te diré que me da... asco. Sí. Siento repugnancia animal, como ante un manjar podrido... Sin dejar de reconocer que tiene gracia..., digo mal..., gracia no, originalidad, exotismo de buena ley. La bruja esa debe ser, al menos, pintoresca, aunque supongo que poco estimulante, por lo menos para mí.

Rodrigo continuó silencioso, pronunciando inescrutables monosílabos que tenían algo que ver con el andamiaje íntimo de las ideas sobre el juego. Las combinaciones mentales de las distintas jugadas posibles debían estarse trabando en la masa del cerebro y yo pensaba en ellas como en una telaraña vaga y compleja, como en una madeja de hilo en las patas de un pollito, como en una breve pesadilla organizada.

—¡Sí... no... ah!... pero... mju... a ver...

Encendí un cigarrillo y me quedé embobado mirando fijamente a una de las camareras que coqueteaba, tonta y sucia, con el parroquiano. El bribón, astuto, manoseaba a la muchacha mientras le decía sandeces a porillo, la invitaba, chocreando melosería, a tomar cerveza o algo. Ella sonreía y al hacerlo cuarteaba el "rouge" de baratillo y arrugaba la cara que era máscara abominable de unturas ordinarias. Su cuerpo tampoco era tentador. Tenía el abdomen escurrido y flojo, caderas rebosantes, senos invisibles y piernas musculadas en la mitad de la pantorrilla, donde se formaba una bola de carne viriloide, de aspecto repulsivo. Pensaba yo que tenía que ser uno de ánimo contentadizo y en extremo humilde, para saciarse con estos manjares tan poco apetitosos para un ser exquisito, acostumbrado a elementales refinamientos, aunque tenía que admitir, por fuerza de la experiencia adquirida, que en determinadas condiciones, la naturaleza azuza los instintos hasta el límite de que las porquerías son su estímulo y su deleite. Semejantes a cuervos los instintos se alimentan de carroña, de mortecino, aspiran con voluptuosidad los olores pútridos de las recónditas exudaciones, se transportan a ideales paraísos con el hedor y la pestilencia de las letrinas humanas y las más humillantes situaciones con su espuela y su contento. El simple olor a guisos de cocina, a mugre y cebolla del delantal de la sirvienta, recuerdan al alguacil y hasta al señorito —sobre todo a este último— los mejores placeres.

Las conversaciones se enredaban en el ruido monótono que

inundaba el café. De ahí que yo, al quedarme lelo mirando el coloquio, no pudiera distinguir las frases que se cruzaban y apenas fuera construyendo imaginariamente el diálogo por las gesticulaciones. Me interesaba saber en qué pararía aquel romance, tan frecuente y tan igual siempre, pero del que pretendía sacar lecciones vivas para enriquecer mi ambicioso conocimiento de la vida.

Estando en estas me interrumpió Rodrigo con la jugada. Me tocó suavemente con la mano, como para despertarme. Me volví:

—¿Ya...?

—Sí... —contestó con voz adormilada, como saliendo de un socavón.

—¿Qué...?

—Que ya jugué.

Me restregué los ojos:

—¿Qué jugaste?

—Ese alfil —me dijo, mostrando con el dedo, como sobre una carta geográfica, la nueva posición del alfil que amenazaba mi dama.

Entonces fuí yo quien se sumergió en un ensimismamiento sin orillas. Se siente uno aislado del medio en el que hasta entonces vivió y se siente despegar del contorno para enfilar la personalidad hacia esas figuritas blancas y negras, tan humanas, cuyo destino está adherido al nuestro propio, a nuestro orgullo. Rodrigo miró con mirada despavorida de buzo, y dijo:

—Conque te da asco, pero te parece pintoresca.

—¿Ah...?

—La bruja esa, la vieja lúbrica...

—Sí, sí: me da asco, pero...

—Bueno... claro... desde luego... concedo..., pero en este siglo tan monótono ya es algo. Algo original. ¡Si supieras la importancia que le doy a la originalidad! Originalidad es lo que no tenemos. Nuestra civilización es enemiga de la originalidad y su espíritu de maquinismo es contrario al espíritu de originalidad. Esta mujer, dentro de la simplicidad, dentro de la rudeza, salva una teoría. Porque has de convenir en que la base teórica de la "suerte" es bastante perfecta: se trata, en el fondo, de la moralización de los sentidos depravados e insensibles, una especie de regeneración de los imponentes y de los corrompidos. La vieja, que es la vejez sabia, experimentada, ducha, utiliza la sabiduría para inducir al instinto a recrearse. Un instinto dormido, melancólico, invadido por el hielo de las satisfacciones mediocres. El instinto se reaviva con fuego de novedad. Pero cuando va a gozar, la naturaleza le ofrece el fruto joven, la carne tierna y propicia, la carne fértil, la carne fecunda, la carne buena, la carne sana. Y tras el incentivo reprobable viene el acto probo, tras la ominosa treta viene el juego limpio y saludable. En realidad, la vieja es el estorbo que el instinto relajado necesita para poder gozar, para poder ejercerse. La vieja es el obstáculo, o es, también, el tipo de referencia para que la hermosura de la juventud brille con más agudas luces y dé tonos más cautivadores. Después del espectáculo nauseabundo, el olor tibio y sensual de axilas perfumadas, el pelo abundante y aceitoso, los pies pequeños y muelles, con deditos crispados y el vientre tenso y breve, que dibuja su fecundidad potencial en gráciles curvas, el seno firme, repleto de sangre caliente, la respiración ansiosa y la piel rubia y grifa, con lana vegetal de durazno. Se me antoja que la ilusión está en el contraste y, en este sentido, las artimañas resultan moralizadoras, como te decía...

Lo estaba escuchando con atención y olvidé el ejedrez. Quise discutir estas ideas para luego, al rematar la plática, continuar el juego.

—Exacto. Pero fíjate que la excitación proviene de la vieja, sin que entremos a averiguar si se produce a consecuencia de sus especiales habilidades o de sí misma. Y aunque la satisfacción tenga lugar en la joven, lo cierto es que la gestación del impulso lo hace la vieja, lo cual es corrompido y asqueroso. La muchacha es, para hablar gráficamente, el depósito, el recipiente donde va a caducar la pasión. Pero la pasión no es causada por ella. Además, no podemos olvidar el aspecto verdaderamente censurable, verdaderamente repugnante: el parentesco. Se trata de madre e hija, es decir, de seres unidos por lazos de carne y hueso, de espíritu. En fin...

—Y en eso reside la fuerza de esta sensualidad. Si se tratara de una vieja cualquiera con una muchacha cualquiera, el asunto no tendría interés. Pero conozco mil combinaciones distintas. Te las diré... pero juega, porque no es justo que me impidas la ejecución magistral de mi victoria. He organizado la batalla con cautela y espíritu militar. Conozco mis operaciones. He previsto cualquiera de tus movimientos. Juega.

Pensé. Jugué. Dábale poca importancia a ganar la partida de ajedrez y si a ratos me empeñaba en jugar bien lo hacía tan sólo para realzar ante Rodrigo el mérito de sus propios triunfos, que alcanzados sobre un lego no hubieran tenido para él el mismo sabor de orgullosa satisfacción.

Mientras Rodrigo empeñaba la atención íntegra en la evolución de la partida, yo seguía inspeccionando, cual agente de seguridad, a los clientes del café. El grupo de la cantinera con los dos señoritos seguía animado, rociando el diálogo con una sonrisa idéntica que parecía una forma graciosa de epilepsia. De vez en cuando se vaciaban los cubos de unas carcajadas anchas y burdas que dominaban los ruidos menudos del salón, el tintineo de las bolas de billar, el choque de los vasos al depositarse sobre las mesas. Con aire contrito, con pudor fingido y rubor de alquiler, atragantando a los parroquianos con su castidad como con un afrodisíaco, la camarera se contoneaba en ritmos pretensiosos e iba de mesa en mesa recibiendo pellizcos. Sin que para mí representara la menor tentación, me esforzaba por asemejarme a esta puerca clientela de pícaros y señoritos que tanto ardor demostraban por las cantineras. Supuse que habrían de ser muy dichosos ya que se contentaban con tan poco, pues conquistar y poseer cantineras se me antojaba una simpleza. Me decía mentalmente:

—Ha de ser sencillo, pero se requiere temperamento constante. He aquí la condición de que no puede prescindirse en el amor, en esto que llaman el amor y que consiste en poseer a las cantineras. La perseverancia es virtud importantísima. La perseverancia que no es, resumidamente, sino la forma de la terquedad, y de la tontería.

Había que ver a estos cochinos señoritos melifluos acicalarse meses enteros, ir siempre con bigotico menudo, renegrido y brillante, vestidos impecables y manos cuidadas con esmero de señoritas. Aquello me fastidiaba, no iba conmigo, no cuadraba a mi temperamento ni a mis ideas. Así que hasta en aquello había técnica. Buena prueba de ello era que había los baquianos del amor, los expertos. Gente adiestrada en el manoseo y en la utilización del cinismo con cuentagotas, cinismo que daban como los alcaloides, en dosis que produjeran hábito grato, sin malestares de intolerancia. Había garbo de gallo fino en sus actitudes. Era preciso reconocer que no era yo un virtuoso de este arte. Pero... la técnica era facilísima, de simplicidad aritmética: dos más dos, cuatro. No hacía falta explicar más. Constancia... constancia... he ahí la palabra, la palabra decisiva... la palabra mágica... la palabra insustituible. Y dinero. Bien: el dinero sería el todo, pero saber invertirlo... era la ciencia. Porque estas disfrazadas doncellas virginales eran casi más sensibles a los encantos del dinero que las profesionales del amor. Por lo general, la prostituta desvergonzada, que ejerce en forma me-

tódica, tiene ya su capital o trabaja a destajo con la dueña de casa cuyas órdenes hay que acatar ciegamente. Y tiene sentido más aristocrático del dinero, porque sabe que el dinero no sirve para redimirla del ostracismo social, ambición oculta, pero en realidad la única que la preocupa seriamente, diga lo que diga. En cambio, estas camareras pobres como ratas, que acaban de soltar la escoba o de recibir las primeras nociones de catecismo en una casa decente, salen al mundo ávidas de dinero y su glotonería las abarata y las envilece. Será cuestión de dinero... puro dinero. Pero había algo difícil: darlo. Sobre todo, ofrecerlo. No había necesidad de ofrecerlo. Ciertamente que lo querían, pero no había que ser muy vulgar en darlo, porque entonces se les otorgaba la vergüenza que les faltaba.

Estuve meditando muchas cosas al respecto. Hice el plan. Estudié cuidadosamente los posibles trances y su solución eficaz. Para no perder de vista el menor detalle, imaginé la escena que viviría. Quería bucear el charco hediondo donde esa multitud de personas clava el hocico, revolviendo basuras y podredumbre.

—Me decían ayer —le dije a Rodrigo—, que estas muchachas iban al cine con quien las invitara. Yo nunca las he visto salir sino muy tarde, en la madrugada y siempre solas. Dicen que se van para su casa. ¿Sabes...?

—No, no. Supongo que saldrán... Claro que irán al cine... No veo por qué no. Pero no se puede ir con ellas. ¿Te presentarías con ellas, del brazo, en su compañía...? Sólo que... bueno, vamos... que fueran ellas y uno se les aproximara después de apagada la luz... ¿Por qué?

—No —le dije en seco y corté el tema de un tajo—. No: por nada. Se me ocurrió...

Pasamos así la mañana. ¡Y así pasábamos tantas mañanas! Me parece que todas las mañanas eran iguales. Todas olían a lo que huelen los cafés por la mañana: a barrida, a cerveza, a café, a humo.

Cuando llegábamos temprano a jugar al billar, antes que el café abriera las puertas, los mozos bostezaban sobre las mesitas y a ratos quedábanse dormidos con el trapo de limpiar entre las manos, cerrados los ojos enrojecidos por la vigilia, ojos abrillantados con cerco de carne viva, llorosa, cruzada por mil venitas rojas. El pelo se les venía a la frente y arrastraban botines con cordones sueltos. Siempre había vidrios en el suelo, de vasos rotos la noche anterior, y un reguero de colillas cuya hediondez infestaba la atmósfera de un tufo acre y tóxico.

La mañana, brumosa, gaseosa, llena de grandes bloques de niebla que la luz fundía lentamente, al atravesar las ventanas del café, viciábase y perdía frescura y color. No obstante mi avidez por la pureza del aire, mi sed de días claros, de libertad campestre y de perfumes vegetales, aquel vaho pesado y caliente de café, aquella sensación de noche guardada entre la podredumbre de los pecados me satisfacían. Al decir pecados, pienso que alguien va a preguntarse, suspenso: —¿Qué pecados se cometen en un café, en un simple café? Y la respuesta se hace necesaria. Debo advertir que aquello que yo he venido nombrando café era, al mismo tiempo, fonda, lugar de conquistas amorosas y garito. Se jugaba a los dados, claro que a escondidas de la autoridad, en piezas interiores bien disimuladas. Se jugaba y se bebía en exceso, hasta la embriaguez. De día el café recibía clientela decente que entraba a tomar tinto, a beber cerveza, a lustrarse los zapatos, a jugar billar, a conversar simplemente. Pero de noche, sobre todo de media noche en adelante, aquel establecimiento convertíase en café cantante, donde la vida nocturna —incipiente entonces— se refugiaba.

A causa de ello, Mario por su parte y mis familiares, hacíanme permanente oposición por la asiduidad con que visitaba el café, amonestándome para que llevara vida más ordenada y evitara la maledicencia social, pues, según su opinión, el hecho de ser visto con frecuencia en aquel sitio acarrearía descrédito y lesionaría mi reputación de manera irreparable.

—Se dice que eres tahur, vagabundo, borracho. Y claro... como se te ve a todas horas... Esos amigotes... Francamente no me explico cómo puedes amañarte con gente de tan baja ralea. Si son pícaros, belitres, desharrapados. Descamisados sin origen... ¡Unas basuras! ¡No sé qué les encuentras!

Estoy seguro de que entonces no reflexionaba en ello, porque la opinión general me tenía sin cuidado. Sin predicar el desprecio de la opinión pública, sin alardear con vanidades de independencia, obraba como quien realmente prescinde de los consejos piadosos. Pero mi salud...

—Vas a arruinar tu salud con esta vida. Reconocerás que no eres un boxeador propiamente hablando. Ni un atleta. Eres un "chinito" enteco, enfermizo. No se puede abusar del organismo. Y menos tú que nadie. Esas trasnochadas, sobre todo esas trasnochadas, van a convertirte en un esqueleto, que ya lo eres naturalmente. Porque basta mirarte las ojeras, que te dan a los pies. Como un pájaro disecado

la cara, con hoyos en ambos carrillos, la frente abombada y la piel pegada a los huesos. No debía decírtelo, pero creo que esto podría conducirte hasta... en fin... que... bueno, que... esto es muy peligroso...

—¿A qué? Vamos a ver, ¿a qué? —le inquirí con voz incisiva, desafiadora, extraordinariamente varonil.

—Allá tú. Cumplo mi deber advirtiéndotelo. Si lo dudas, pregúntale a tu papá. Es él quien lo dice a todas horas. Está obsesionado con esta vida tuya tan inútil y tan... vergonzosa.

—Lo siento. Lo siento. Lo siento de veras. Créelo. Lo siento mucho por él. Y por ti. Ambos sois buenísimos...

Verdad que lo sentía. Lo sentía agudamente, como una espina de rosa (siempre creí que las espinas de las rosas eran las más agudas, las más punzantes, las más dolorosas), clavada en el corazón. Sentía el corazón, músculo elástico, bombeando la sangre, lleno de ella misma, perforado por mil venas y arterias, un corazón que trabaja tanto, tanto, que me daba miedo, que me inspiraba piedad. E hiriéndolo, castigándolo, la espina de rosa que lo espoleaba, que lo incitaba a trabajar más, a bombear más sangre para animar un cuerpo sensual, repleto de pasiones, turbado por el hormigueo incesante de los instintos que laboran oscuros pecados, semejantes en su afán a esas faunas implacables, cuya perseverancia vence al odio y a la guerra de los hombres. Sentía que mi vida fuera una vergüenza para ellos. Para disimular mi angustia, para vendar mi herida, contestaba burlonamente a sus palabras, tanto más burlonamente cuanto más hondo hubieran aguijoneado mi corazón. Más tarde comprendí, recordando mi farsa, por qué la parte más trágica de la vida está en la comedia, por qué la risa es muchas veces una careta, por qué el dolor que se viste de fiesta es más dolor.

Algunas madrugadas llegaba a casa enfermo, con la boca hediendo y un gusto metálico, como a cobre, que me obligaba a pasar saliva continuamente. Hacía buches de agua pura y me deshollinaba las narices, repletas de esa mezcla de carbón y resinas que uno llama nicotina. Me bañaba la boca para proporcionarme sensaciones de frescura y limpieza, me bañaba las manos, a veces hasta me peinaba antes de ir a la cama. Cuando esto sucedía, me aproximaba al espejo, tan sólo para tratar de reconocerme. ¿Era yo? Sí, era yo, indudablemente. Yo mismo. El mismo. ¡Qué sorprendente! Yo mismo podía verme, pero me encontraba raro. Se me antojaba que no era el mismo que había estado comiendo o ju-

gando o conversando. ¿Cómo era yo? ¿Cómo me verían los demas? ¿Verían ese rostro fláccido, sin expresión, con ojos encapotados, lánguidos, ojos cuya mirada parecía seguir del espejo a la imagen y de la imagen al fondo, allá, más allá, donde no se veía nada, a los sueños? De pronto, la mirada regresaba hasta la imagen y me veía las cejas, las pestañas, el brillo de la cara, la piel untuosa, la barba, la boca y los dientes. Enseñábame los dientes para verlos blancos, limpios, pero cerca de la encía barnizados por una pátina indeleble. Los labios eran la única prueba de mi salud y, sobre todo, de mi juventud. Siempre gruesos, pero no gruesos por espesor de carne, sino henchidos por sangre, húmedos, frescos. La piel, en cambio, anémica, jade, como porcelana sucia. Mi identidad, ¿dónde estaba mi identidad? ¿Era yo? ¿Santiago? Me llamé a mí mismo:

—Santiago... Santiago... Un nombre...

¡Si estaba ahí, si me veía, si tenía ojos, ojos que veían: si tenía oídos, si podía hablar, gesticular, era yo, vivía! Eso era la vida: poder decirse: "yo soy, Santiago". Santiago de tal. Un ser. Alguien. Y si uno podía frotarse la barba y si podía decir: "Pues bien: me voy a la cama. Dormiré. Mañana será otro día", entonces se vivía, se era, se era algo. Pensé que no se debería pensar. Pensé que no se podía dejar de pensar. Pensé que pensar que no se debería pensar o pensar que no se pensaba era locura. Y sentí malestar de pensar así. Por eso era bueno el sueño Por eso Dios había inventado el sueño, la noche. Qué bueno era dormir, a pierna suelta, en esas noches frías, azules, en las que las estrellas deben tener escalofríos, pues se estremecen en la distancia. Y si la lluvia prendía su cortina leve y transparente en los vidrios de la ventana, si veía uno al viento peinar y despeinar la lluvia, y si, sobre todo, de pronto, el viento huía y la noche cerraba sus estrellas y la lluvia se iba apaciguando, pero no se acababa y, sin término, sin fin, como para siempre, llovía, lloviznaba, con ese ruido monótono y frío, qué dulce era meterse bajo las frazadas, encogerse como un gato, frotar la cara contra la almohada, meter las manos entre las piernas, arroparse hasta el cogote, pensar en los cuentos de los niños, pensar en el niño pródigo que durmió fuera de casa y no tuvo camita; en los caminos desiertos, llenos de voces de perros; en las vacas mugidoras que, a esa hora, desprenden vaho caliente para abrigar a sus terneros; en la hierba que debe estar feliz también, en nuestra casa, en nosotros mismos, en el sueño... De pronto, un parroquiano retrasado o que ha salido del cine pasa por la calle envuelto

en su impermeable, que cruje con un sonido brillante y sedoso. Nos encogemos más y... Al despertar a la mañana siguiente, la luz del sol es más blanca y más viva. El cielo está recién barrido. No hay nubes. El azul celeste es nuevo, los pájaros cantan y la vida es mejor. No hay música como la música de la lluvia que se prende a las ventanas en las noches desoladas... Pensaba que yo era algo vegetal; soñaba que yo era un prado, un arbolito, un bosque. O algo más pequeño, que está bajo una piedra del camino, guarnecido de la lluvia, pero alegre de que caiga y de que moje. La tierra se chupa aquello y al día siguiente huele mejor. Ese olor a tierra húmeda, ¡cuánta ternura me ha inspirado! No recuerdo sino algo triste que pensaba en aquellas noches de lluvia. Me acordaba de las estatuas y sufría por ellas. Suponía que debían sentirse muy solas, sin el calor de las golondrinas que duermen con ellas en las noches de estío.

—He aquí a Santiago. Tiene usted enfrente a Santiago, —me decía a mí mismo, en el espejo—. Esa imagen y yo somos la misma cosa. Así me ven los demás. Los demás son espejos. Espejos, puesto que me ven, puesto que ven cómo soy yo. Yo mismo me veo uno cuando estoy solo y otro cuando me veo en el espejo. Pero sé que no hay sino un Santiago, éste, ¡éste que no debería pensar tanto! Reflexionar es horrible, espantoso. Si algún día tuviera un hijo no lo dejaría pensar. Para ello encomendaría su educación a la madre. Pero me temo que eso no va a acontecer nunca. Para mejor. Porque encuentro abominable la tarea inconsciente de fabricar desgraciados. El mundo no merece un hijo mío. Creo que si existiera podría inculparme gravemente. Y yo no tendría que responderle sino: es la dura ley, hijo mío. Los hijos deben expiar los pecados de sus padres y la vida es su expiación.

¡Oh! la magia de los espejos que me muestran uno, dos. Mi imagen y yo. Identidad: vida. Veo ¿"Pienso, luego existo"? No, no. Veo, me veo, me veo en un espejo, luego existo. He aquí un principio de filosofía mucho más cierto, mucho más verídico. Porque es humano. Pensar... pensar no es existir, sino empezar a morir, estar muerto. Pienso, luego no existo, luego no vivo, luego muero. La angustia, el dolor, he ahí la vida. Descartes erró mil veces. Hombre frío y monstruoso, vestiglo matemático. Odio a los científicos. Son gente inhumana, malsana. Antes de ellos, la vida era real. Hoy es apenas su imagen. La imagen en el fondo líquido del espejo. Porque eso es el intelectualismo: reemplazar los pedazos de carne y de hueso, la sangre, las venas, los nervios, con símbo-

los, con vagos trazos algebraicos. Imágenes... puras imágenes. ¿Pero dónde, dónde la realidad, dónde la vida? ¡La muerte! Eso es la muerte. Cuando no pueda verme en el espejo, cuando sólo los demás puedan verme y mi imagen no vuelva a sumergirse en el fondo de los espejos. Ahora soy yo. ¿Cuando yo no sea? Seré otro. ¡Serán tantos...! Tantos vivirán y amarán y poseerán mujeres y dirán, —sobre todo eso—, dirán frente a los espejos:

—Ese, ese, ese... ese soy yo...

Otras veces la vertiente de los pensamientos daba sobre un paisaje de escepticismo umbrío, no refulgente y tenaz como el anterior, en el que el tormento nacía de la misma clarividencia de mi ser perecedero. Me invadían las sombras del pesimismo, en densos bloques oscuros ante los cuales las luces del espíritu huían despavoridas. Todo se hundía en las tinieblas. Mis sentimientos, mis recuerdos, mis ambiciones, mi inteligencia y hasta mis menudos conocimientos prácticos acerca de la vida y de los hombres anegábanse en estas aguas turbias, dejábanse arrastrar por el vendaval frío. Entonces era noche en mi alma, noche cerrada, sin boquetes de luceros, sin estrellas distantes que me sirvieran de brújula. Entraba en ambiente de desolación, andando a tientas por los recodos del espíritu, tropezando como dentro de una habitación oscura con las ideas familiares que, desordenadas, eran deglutidas por la hórrida tiniebla.

Para desembarazarme de situación tan enojosa y depresiva adquirí cierta habilidad, cierta técnica pueril que utilizaba como exorcismo para los demonios del escepticismo. Le planteaba a mi alma cuestiones harto simples, tales como las verdades matemáticas, cuyo misterio me producía grata curiosidad. Por ejemplo:

—Dos más dos, igual a cuatro. ¿Por qué?

Y me divertía desenredando la evidencia seca y luminosa de esta verdad, cuya certidumbre se imponía al alma con más fuerza que los razonamientos. A medida que quería analizar, adentrarme por el sendero del raciocinio, me topaba con que estaba metido en cajita de evidencia sin puertas.

Es claro que no trato de pensar en las palabras, en los sonidos a los cuales, convencionalmente, los hombres hemos asignado el lindo oficio de representar, de sobrellevar o de trasmitir ciertas ideas o conceptos. Pero en esto de las matemáticas (advierto que nunca fuí devoto de ellas ni tuve talento para comprenderlas), en esto de las matemáticas —digo—, las palabras se funden de tal manera con el concepto que encarnan, que llegan a ser la misma cosa. No obstante, quiero quitarle a las palabras la fuerza embrutecedora de producir sensaciones habituales. "Dos". Quiero que "dos" no sea sino un ruido que, inclusive, pueda alargarse y deformarse como dentro de un socavón: Doooooosssss. Pero aparte de ello, en el cerebro tengo dos Cármenes. Una Carmen y otra Carmen, absolutamente idénticas. Una y dos. (No puedo imaginar dos Cármenes; no puede haber sino una Carmen, una sola y al repetirla, aun en imágenes, su personalidad no logra doblarse. He aquí algo terrible, espantable: no hay, no puede haber, ni siquiera pueden concebirse dos Cármenes, porque Carmen, mi Carmen, es una sola, una única que hay). Una y dos. Una y dos... casas. Dos casas y dos casas más, cuatro casas. Exacto.

Después de este simplón itinerario mi corazón descansaba de su aleve carga de dolor, y mi ánimo respiraba profundamente, desalojando las sombras instaladas en el ámbito. Hubo un tiempo en el que no sabía que las mayores preocupaciones, los dolores lancinantes, las amarguras que maceran el alma, ceden al látigo de cierto ardid intelectual, sencillo e higiénico. La sinrazón nos ocupa deliciosamente. Volvemos a ser niños por raudos instantes. Y esta regresión a la infancia, quizá al tornarnos mejores, al desposeernos temporalmente de nuestra malicia y del baldón de nuestros pecados, nos da dulzura y, sobre todo, mucha inconsciencia para soportar el duro turno de la desdicha.

La amistad con Rodrigo robusteció mi vocación literaria y fué provechoso acicate para las iniciales travesuras retóricas. Era muchacho de la clase media, cuyos padres a duras penas sostenían una familia lucida, con alguna representación en la buena sociedad de entonces. Su inteligencia —viva, punzante y de rebeldía natural que se imponía sin estridencias pero con sorprendente eficacia— le había granjeado la antipatía de los maestros, que suelen demostrar más afecto por mentes medianas y ánimos disciplinados, que por el aire arisco y evasivo de los mejores. Contrastaba su espíritu recio con los ademanes melindrosos de algunos jovencitos que estudiaban mucho y recitaban bien sus lecciones, ganaban las mejores notas, vestían con pobreza y corrección y, sobre todo, tragaban entera la ciencia, sin jamás discutir las tesis de lógica y ética, las afirmaciones teológicas y los principios de apologética. Esos que jamás intentaron pensar que Kant pudo ser gran filósofo o que Santo Tomás de Aquino había podido partirse por lo más sutil de sus urdimbres metafísicas. Y gustaban adherirse a los

profesores cuando decían del hombre de Koenigsberg que era un loco señor confuso, intrincado y laberíntico, que decía cosas ininteligibles y tontas. Rodrigo era pícaro y sus preguntas hacían estallar la cólera en la blanda cara del maestro. La cólera era un hincharse los carrillos y llenarse la cara de manchitas rojas y violeta, un atascarse el torrente de la voz a nivel de la garganta, un acompañar los argumentos con golpes de puño sobre el pupitre, un levantarse de la silla y adentrarse hasta la mitad de la clase levantando la voz como para esparcirla sobre el auditorio en gruesas y roncas ondas salpicadas de espuma. Mientras tanto, los ojillos de Rodrigo chispeaban encendidos y la risa recorría el rostro y lo llenaba de satisfacción. De pronto, por ironizar, poníase súbitamente serio, fruncía el ceño, apuntaba los ojos a los del maestro, apretaba la boca, daba inspiraciones ruidosas y se quedaba lelo, mucho tiempo, atendiendo a la explicación.

Comprendo que al hablar de Rodrigo y justamente por contar mi amistad con él, he perdido el camino apenas al tomarlo y me he deslizado por los recuerdos del colegio. Ha sido ésta una costumbre en mi vida. Siempre que abrí el diccionario para buscar una palabra determinada, no fuí derecho a ella sino que miré cuantas se presentaban al azar. Cuando iba a las librerías en busca de un autor, compré el inesperado y olvidé mi propósito. Me han gustado los rodeos y las divagaciones, y tal vez no sea esto sino otra divagación, otro perderme en la vida, un fugarme de la realidad. Pero no sabría seguir adelante sin recrearme en esta escena, cuya memoria está en el espíritu tan amorosamente que la considero exenta de cualquier mala intención. No se piense, pues, que trato de denigrar a mis maestros; antes, al contrario, deseo incorporarlos a mi vida, que es la mejor manera de amarlos.

Y fué que allí, en el colegio, en clase de lógica y de retórica, trabé conocimiento con Rodrigo y nuestra amistad se integró insensiblemente, con pedazos de identidad espiritual. Allí estaba también Mario, pero su carácter no era tan animoso como el de Rodrigo. Era de espíritu suave, transparente. Su amistad me consolaba por lo pura y legítima.

Me acuerdo de las palabras del maestro cuando se ensañaba contra Manuel Kant:

—Ya verán ustedes la claridad cristalina (qué fea me parecía esta expresión) que fluye de este torrente de... ateísmo y desvergüenza. Nadie lo ha podido entender hasta ahora. ¡Nadie! Y es claro: no puede entenderse lo que dice porque es absurdo, porque es contrario a la razón y a nuestra

naturaleza humana. Dios está excluído de este portento de tinieblas. ¡Por fortuna! Por fortuna para Dios... desde luego. Y para desdicha del... Vamos: basta leer y tratar de entender. No se entiende nada.

Y leía de corrido, adulterando de buena fe la puntuación para recalcar la dificultad de los conceptos. Terminaba la frase —ya en las últimas palabras— con estudiada entonación, muy despacio, singularizando las sílabas, para demostrar que se esforzaba por entenderlas (antes bien les quitaba el sentido). Acababa refocilándose, cerraba el libro de un golpe seco y satisfecho, juntaba las manos y exclamaba:

—¡Válgame Dios! Y decir que esto es nada menos que un sistema filosófico. Cuando no es sino un sistema "burrológico" e "indescifralógico".

Y reía a grandes carcajadas, enseñando sus dientes blancos y grandes, separados y cubiertos por leve capa blanduja que podía rasparse con las uñas.

—Partiendo de estos disparates no es raro que muchos materialistas y "cerebralistas" e "intelectualistas" (cuántos "istas") se extravíen del camino de la verdad, y vaguen entre tinieblas y edifiquen teorías cuyo relampaguear seduce a los ojos poco sabios. Porque, acordarse bien de lo que dijo Lacordaire: "poca ciencia aparta de Dios y mucha ciencia acerca". No sé exactamente si fué Lacordaire o si fué Bossuet. Porque Bossuet era verdaderamente sabio. Pero volvamos al tema. Es preciso notar muy claramente que estas teorías kantianas se apartan del feliz senderito del sentido común que, como alguien decía, es, por desgracia, el menos común de los sentidos, pese a lo que decía otra oveja descarriada, —y cuánta lástima porque era otro sabio y un hombre bastante bueno, pero a quien su soberbia cegó—, me refiero a Renato Descartes, que "el buen sentido es una de las cosas mejor repartidas en el mundo". Ya estudiaremos su célebre, su celebérrima y "falsérrima", —porque parte de errores fundamentales— su célebre "duda metódica". Pero eso será luego. Luego, luego.

Y se frotaba las manos gorditas colmado de satisfacción, hacía chasquear la boca, sorbíase la saliva de junto a las encías, silbaba entre dientes y resoplaba a la vez que palmoteaba. Veíase el bien físico que experimentaba denigrando a los filósofos no escolásticos. Para reforzar nuestra certidumbre de la confusión y del caos kantiano, nos decía que los alemanes eran todos muy intrincados y sus concepciones no tenían la noble simplicidad y el ser diáfano de los discursos tomistas.

—Basta leer a Santo Tomás, señor de la sabiduría y autor de la "Summa" y comparar... eso es... comparar. Respecto a la moral, ya se imaginarán los disparates y los desacatos que dirá el señor don Manuel... don Manuel Kant... es decir, don Emmanuel, que así se llamó, con nombre que es, en su persona, sarcástico, porque según nos enseña la Sagrada Biblia, Emmanuel significa "Dios con nosotros". Esto lo veremos después. Luego, luego. Pero voy a darme el regocijo de leerles a ustedes algunos postulados iniciales sobre los que asienta esta infernal arquitectura filosófica, hecha de trozos de vanidad humana y, sobre todo, de ridículo endiosamiento del hombre.

Abría el libro grande donde estaban encuadernados los volúmenes de lógica y ontología, ética y filosofía del derecho y leía en voz alta:

—Leo textualmente. Palabra tras palabra, sin alterar el sentido y cuidándome mucho de que ustedes las entiendan, aunque temo que ello va a ser inútil. Repito: Kant es el padre del racionalismo moderno. Racionalismo, es decir, preponderancia de la razón humana. Este sistema niega la revelación y afirma que el hombre sólo dispone de la razón para buscar la verdad y que solamente es verdadero cuanto aparezca como tal a la mente y se ajuste a una noción de moralidad que todos tenemos al nacer. Así que todo queda en nuestras propias manos. Si a Puente, por ejemplo, o a Osorio o a Bermúdez se les ocurre que matar a Larreta no es malo, pues en buena hora matarlo, porque con ello no contrarían su razón ni su conciencia. Así que el sistema es bastante cómodo. Kant tiene dos libros —o, mejor dicho, volúmenes, que libro significa algo lógico—, titulados: "Metafísica de las costumbres" y "Crítica de la razón práctica". En ellos está expuesta su ética. Escuchar: "La autonomía de la voluntad es la propiedad por la cual esta facultad es ley para sí misma. La autonomía de la voluntad es el único principio de todas las leyes morales y de todos los deberes. La moral no expresa otra cosa que la autonomía de la razón práctica, es decir, de la libertad... ¡de la li-ber-tad!" Clarísimo.

La clase prorrumpía en una risotada incontenible y el maestro paseaba sus ojos inquisidores y contentos, con cara de pascua. Todos reían y hacían ruido de moscardón. Aprovechaban la oportunidad para desentumecerse, para darle rienda suelta a sus instintos y a su hobachonería. El maestro nos aplacaba con sus manos blancas y suaves que se movían en el aire como dos barcos batidos por altas olas.

—Ja, ja, ja, ji, ji, ji, oh, oh, oh, uh, uh, uh, ja... ja.

Puente y Bermúdez no cesaban de reír. La clase restableció su orden y silencio, pero Puente y Bermúdez hacían el papel de no poder contener la risa que les estallaba a pesar suyo, una risa vergonzante y al mismo tiempo ladina y vanidosa. El profesor sonreía desde la cátedra y, como para cumplir con su deber, los sosegaba con las manos en el aire, blancas y suaves.

—Es gracioso, ¿verdad? Graciosísimo. No se puede tomar en serio. Graciosísimo, si no hiciera tanto mal. Porque el diablo se da sus mañas para sorprender con frases aparentemente... aparentemente... ciertas. Por ejemplo, más adelante, el mismo don Manuel... el terrible don Emmanuel, nos dice sentenciosamente: "Obra conforme a una norma tal, que pueda erigirse por sí misma en ley universal". Añade que las relaciones morales entre los hombres podemos conocerlas, pero que las relaciones del hombre con Dios son de todo punto imposibles de conocer. De donde se derivan las escuelas racionalistas de Fichte, de Cousin y de Damirón. "Amate a ti sobre todas las cosas y a los demás para ti". Eso es lo que dice el filósofo Fichte como principio social. Pero la razón individual no es fundamento último de la moralidad, como pretenden los racionalistas. Pero eso será después. Luego, luego. Vengamos ahora a lo que decíamos... Para mañana es preciso estudiar los fundamentos...

La campana volteaba soltando sones por el colegio, como aves. Palalán, palalán, palalán. Los libros chasqueaban al cerrarse. Y por la puerta comenzaban a pasar los alumnos de cursos inferiores, quienes miraban hacia adentro con pueril asombro.

Cuando se discutía aquello de la "duda metódica" de Descartes, Rodrigo expuso algunas objeciones, porque el profesor había dicho, el día anterior, mientras sonaba la campana:

—Hoy no tenemos tiempo. Pero mañana resolveremos cuantas objeciones ocurran. Pueden traerlas escritas y hasta me gustaría que la argumentación también, porque eso ayuda a la claridad y...

Rodrigo tenía un libro con las obras completas del filósofo francés. Y mal que bien lo había leído. Así que traía un acervo cuantioso de objeciones, generalmente basadas en opiniones de sacerdotes y filósofos escolásticos, acerca de la ortodoxia de Descartes y de cómo su duda metódica, por metódica no alcanzaba a ser duda verdadera, es decir, escepticismo general.

—Bossuet dijo —indicó Rodrigo— que Descartes temió siempre incurrir en la más pequeña censura y tomaba precauciones, que en ocasiones llegaban a la exageración. El día en que murió, de pulmonía, por levantarse a las cinco de la mañana en Estocolmo, a dar clases de filosofía a la reina Cristina, comulgó. Y oiga, padre: en la "Noticia biográfica" de sus obras completas dice así, textualmente: "Todas sus obras están llenas de protestas de fe y sumisión a la Iglesia Católica, y no hay ninguna razón para sospechar de la sinceridad de sus declaraciones. Ya hemos hablado de la peregrinación de Descartes a Nuestra Señora de Loreto, hecha para cumplir un voto. Sus lecturas favoritas eran la Biblia y la "Summa" de Santo Tomás. Otra prueba tenemos de la sinceridad de las creencias religiosas de Descartes: la reina Cristina de Suecia abjuró del protestantismo y declaró que Descartes había arrojado en su corazón la semilla de la verdadera fe". Esto en cuanto a los testimonios sobre su vida y conducta religiosa. En cuanto a su filosofía, la encuentro ortodoxa. La duda metódica es, al fin y al cabo, como se dice, metódica, es decir, no final, sino tomada como medio de librarse de las preocupaciones y prejuicios.

—¡Algo concreto, don Rodrigo! ¡Algo concreto hace falta! Oponga usted a las razones que le doy argumentos convincentes. ¿Qué se deduce de todo ello?... Nada. ¿Qué era católico? Podría serlo, pero su filosofía está plagada de errores, de inexactitudes. Su método es falso. Bien. Admitimos sus conclusiones sobre existencia de Dios, inmortalidad del alma humana y demás. Pero los caminos son equivocados. Y ahora: o su duda es duda o no lo es, porque en ello no hay término medio. O se duda o no se duda. Porque eso de dudar sin dudar, de dudar por método, eso no es ni una cosa ni otra. Si se duda sinceramente (¡oíd esta palabra!) sinceramente, entonces se duda de algo de que no nos es permitido dudar. Y si no se duda sinceramente, sino que se hace la comedia de dudar, entonces se está en la farsa, porque en resumen, no se duda. Nada. Que eso es falso. Y que la refutación permanece en pie, a no ser que don Rodrigo pretenda corregir el texto.

Todos hicieron el "moscardón" con un ruuuuuunnnnnn interminable. El maestro dió unas palmaditas sobre la mesa y profirió un chistssssss conciliador.

Al salir de clase Rodrigo me llamó aparte y me leyó en el libro que tenía: "Hay una educación para el hombre vulgar; la del genio es la que se da a sí propio, y, por lo general, consiste en destruir los efectos de la primera".

—Y fíjate bien que un jesuíta, el padre Guenard, en un discurso premiado por la "Academie Française", decía: "Por fin apareció en Francia un genio poderoso y atrevido que intentó sacudir el yugo del "Magister dixit", que dijo a los demás que para ser filósofo no basta creer sino que hay que pensar".

—Déjalo.

—Lo dejaría. Pero me encoleriza —repuso Rodrigo, y apretó los dientes y sacudió los puños.

—Como si no tuvieras razón...

—Como si no tuviera o como si tuviera demasiada. Me encoleriza la injustica de apalear a un genio como Descartes en una aula de filosofía de un colegio insignificante. Hay un fondo de traición, de oscuro vandalismo en esta tropelía.

—Creo que te van a suspender en lógica.

—No se atreven.

—Ya veremos.

—Además... yo no me presentaré a exámenes. Me voy.

Mario se reunía con nosotros a la salida y se solidarizaba con Rodrigo:

—Tienes razón. No debes presentar exámenes. Engordarían suspendiéndote en todas las materias.

En clase de retórica la cosa era distinta. Rodrigo ocupaba el primer puesto, era el mejor alumno. Cuando el maestro resolvía leer, era Rodrigo quien leía. Yo quedaba junto a él y le ayudaba en los temas. Siempre quise presentar malas tareas, adrede, para ocupar un plano segundón y oscuro, pues me sentía amañado al margen de la clase, sin deberes sociales para cumplir en las veladas lírico-literarias y en los certámenes. En cambio, me gustaba ayudarle a Rodrigo y le sugería temas que a veces le producían asombro alegre y cordial.

—Tómalo para ti. Ese tema es estupendo.

—No me interesa.

Y volvía a mi libro, un libro que siempre llevaba disimulado bajo la chaqueta y que yo leía en los ratos ociosos que la suerte me deparaba. Me acostumbré a prescindir de la otra lectura y de lo que el profesor decía. Y me embebía en mi obra, tan adentro de ella, que la campana me sobresaltaba y sentía sus voces sacudir la carga de mi sueño, tras dulce pesadilla. Despertaba, y mis ojos de náufrago sentían los aguijones de la luz que entraba por las anchas ventanas que daban al jardín, antes de la capilla.

No obstante mi temperamento rebelde a las enseñanzas del maestro, mi insularidad escolar, tengo que reconocer, a

los pies de la verdad, que de aquellas clases de filosofía y latín, de literatura y álgebra, saqué lo más precioso que ha tenido mi existencia: la curiosidad. No me amoldaba fácilmente a las disciplinas ni a los estudios, pero sentía verdadero amor por la sabiduría, en lo que consiste la filosofía, según también aprendí allí. Quería saber, saber mucho, abarcarlo todo. De tanto querer intensamente la posesión completa de los conocimientos humanos, mordisqueaba todos los libros y todos los temas, al azar, siempre al azar, sin plan ni concierto, aturdiendo los ojos y el cerebro con los misterios más diversos. Ramoneaba mi espíritu por la ciencia y el arte con singular glotonería. Siempre tuve incapacidad temperamental para dedicarme a una sola cosa, hasta el extremo de que no entendía las especializaciones sino como prueba de mediocridad intelectual, aunque tuve que convenir en que el enciclopedismo a nada conducía.

Condiciones similares de ánimo anudaron mi amistad con Rodrigo, apretaron esos nudos, soldaron las junturas e hicieron desaparecer luego hasta el último atisbo de egoísmo. Vivíamos el uno para el otro, identificados en idea, palabra y acción. Con él leí los primeros libros. Me acuerdo perfectamente que al principio nos entusiasmaban los humoristas españoles de baja calaña, con cuyos chistes de doble sentido nos dábamos hartazgos deliciosos. Chispeaba graciosamente el ingenio y los episodios descritos con nuestra infantil curiosidad de conocer el mundo y la vida. Luego tomamos afición por obras más serias, generalmente por novelas dramáticas. Salíamos al campo a leer para hacerlo con más tranquilidad y poder disfrutar de los encantos de la prosa a nuestras anchas. Eran novelas de Eça de Queiroz y de Anatole France. Estoy seguro de que entonces no comprendíamos en absoluto a estos escritores, pero creo que no gocé más después al releerlos. Tenía entonces pocas ideas, fantásticas y muy personales. Todo era más sencillo y expedito. Y la imaginación, virginal, sedienta de imágenes y libre de las cadenas que la razón le pone después, volaba a gran altura, por atmósferas maravillosas, encantadas, a donde hoy no alcanzaría ni dentro de una pesadilla.

Concebimos entonces, la posibilidad de escribir una gran obra. Rodrigo, más juicioso, más analítico, menos ambicioso quizá y más cuerdo, no proponía semejantes extravagancias. Yo me sentía todo un genio. Indudablemente superior a cualquiera de mis autores favoritos de entonces. Leí a Oscar Wilde y era él mi mayor devoción. Su estilo espléndido, su exquisita sensibilidad, el tornasol deslumbrador de sus

palabras, el cinismo con que sombreaba la frase hasta hacerla picaresca y sutil; las descripciones suntuosas donde campeaba un espíritu británico; sus diálogos desconcertantes, llenos de paradojas y, sobre todo, esa excentricidad tan suya, ese exotismo que tenía ruidos melodiosos, tintes delicados, sorpresas tan agradables, me seducían. En Wilde encontraba el maestro por excelencia: el verdadero artista. Hasta entonces no había comprendido qué podría ser un artista. Y el artista se me presentó como un ser sobrenatural, súbito y avasallador, lleno, como el mismo Wilde, de pasiones exquisitas, de dolores maravillosos, de tragedias sombrías, de alegrías sin nombre, de triunfos y derrotas que alternaban el juego pirotécnico de luces sobre un escenario quimérico delante del cual la vida —la sórdida vida— tenía que detenerse a mirar el espectáculo. Conocí la vida de Wilde, sus grandes éxitos, sus brillantes anécdotas, su debilidad por la belleza; y luego el pecado, su pecado, la voluntad muerta que llevaba adentro (Wilde era un sepulcro dentro del cual se pudría la carroña de su voluntad matada con el cuchillo de los placeres exóticos), su claudicación, su hecatombe, su cárcel de Reading, su regeneración, su poema, su "De Profundis" y su muerte. Más que las obras me apasionaba su vida. Más que su literatura me subyugaban sus anécdotas y ese fervor con que biógrafos y amigos hablan de su poder exquisito para manejar el diálogo, en cuyo milagro quedaba cautivo el auditorio, como en la música embelesante de las ninfas de Calipso los gallardos navegantes.

Habíamos formado un grupito en el colegio, Rodrigo, Mario y yo, con otros dos amigos, cuya manera de ser concertaba con la nuestra. Cuando estuve interno y durante los recreos, solíamos evadir el reglamento que ordenaba formar parte de los juegos, para irnos aparte y conversar de nuestras aficiones. Por la noche, después de comer, nos llevaban al patio principal, un patio inmenso sumido en la oscuridad, cuyos altos paredones daban a la calle. Nos gustaba pasear de extremo a extremo comentando lo últimamente leído, las clases de filosofía o nuestras cuitas sentimentales. Entonces, aprovechando las sombras que, cuando no había luna, eran muy densas, furtivamente encendíamos cigarrillos, dábamonos maña para ocultar en el cuenco de la mano la brasa roja que pudiera delatarnos y, gozando íntimamente del placer de fumar a la par que de nuestra habilidad para hacerlo a escondidas, nos regodeábamos opinando sobre la vida, la literatura y el amor.

A Rodrigo lo quería como amigo de mi espíritu y a Mario

como amigo de mi corazón. Encontraba en Rodrigo talento, ilustración y carácter. En Mario, sencillez, dulzura, lealtad, mansedumbre. En Rodrigo admiraba la fuerza de la inteligencia y el brío de la voluntad inquebrantable, su ansia de aventuras y la capacidad para ir solo por el mundo, jugando con la suerte su propia vida. En Mario, la suavidad de las palabras, la voz conciliadora, las ideas siempre optimistas y diáfanas. No había en Mario segundo plano, trastienda. Era todo forjado en cristal puro, sin pliegues, sin escondrijos. Había que creer en su palabra, siempre verídica, siempre de buena fe. Sus ambiciones eran breves y simples. No tenía enemigos. Nadie hubiera podido encontrar en él lados ásperos, ni oportunidades para la rencilla. No se servía de adulaciones para conquistar el favor de los maestros, pero era su naturaleza tan desprovista de elementos de combate, que quien hubiera osado atacarlo se habría sentido derrotado ante su ser inerme. Rodrigo estudiaba y aprendía; Mario estudiaba con menos provecho. Yo ni siquiera estudiaba. Me había enamorado de mis libros y lo demás quedaba pospuesto ante la idea de leer. En punto a mujeres, Rodrigo era intrépito, hábil, eficaz, sensual. Hacía conquistas y, aunque nunca me enteré a fondo de los verdaderos resultados, puedo decir que eran apetecibles. Era contentadizo, pero conseguía fácilmente lo que necesitaba. Mario tenía excelentes dotes para ser amado por las mujeres. Tenía frivolidad, condescendencia y hasta buena cara. No obstante, siempre lo ví en trances sentimentales de los que salía derrotado, avergonzado, pero impenitente. Su instinto se había desarrollado en forma tan confusa, que amaba a todo el género femenino, casi sin distinciones y su compañía preferible eran las muchachas, generalmente mayores que él. Yo los admiraba a ambos, pero me sentía incapaz de seguirlos en estas empresas. Ni hábil, ni buen mozo, ni simpático, ni audaz. Además, tenía un amor, mi amor único, insustituíble, al que no podía, al que no debía, al que no sabría engañar. Mi fidelidad parecíame el único lazo que todavía, a pesar de la realidad contraria, me unía a Carmen. Ella, a su vez, sin procurarlo, se portaba lo mismo que yo. Así que me contentaba con espiar a Rodrigo y a Mario en sus aventuras amorosas, que ellos hacían con cierto disimulo, temerosos al látigo de mi ironía de literato misántropo y misógino.

De aquellos tristes y hermosos días queda una nostalgia en mi espíritu. Y me parece que para revivirlos, mi prosa no tiene todo el colorido, todo el poder, toda la íntima, la entrañable capacidad de sugerencia. He pensado que un hijo mío

sería la única posibilidad de resucitar la niñez; que él podría regresar hacia la infancia, hacia mi tiempo dorado y que, al verlo niño, mi espíritu podría consolarse. Pero siento la tremenda responsabilidad de hacer una vida. Si pensara en ello...

Veo que me extravié por un atajo de recuerdos. ¡Cuántas veces he perdido el camino! Para siempre volver a él, como a la realidad, tristemente, resignadamente, grávido de contrición por los pecados de la fantasía. Evidente resulta que no tengo voluntad, ánimo firme y decidido, potente y fiel al primer impulso. Me gusta divagar, vagar, andar a la deriva, como decía nuestro altísimo poeta en versos inmortales, " al azar, al azar, al azar". ¡Mi vida! ¡La siento como un bosque lleno de murmullos recónditos, dulces, y lleno también de asperezas y de sobresaltos. En las entrañas de este bosque, ¡cuántos peligros! Mis pasiones duermen cual las fieras en el bosque, pero el hambre ha de despertarlas y hacerlas crueles. No soy suficientemente puro para amar mi propio dolor, ni suficientemente noble para ser valiente. Me muerde, como un perro, la cobardía. Tengo miedo. Miedo villano, infame. Siento vergüenza de este miedo y creo que el espíritu se esconde tras esa vergüenza. Mi bosque está lleno de ruidos suaves y acompasados. Las hojas secas juegan con el viento. El verde limpio, reluciente, de las hojas, purifica la atmósfera. Troncos añosos se agarran a la tierra con sus raíces negras, retorcidas. También hay arbustos, arbolillos tiernos, con verde sangre nueva y flores como pupilas para asomarse a la luz que cae en anchas franjas. Esta es mi vida, este es mi bosque. Siempre perdido, con innumerables sendas cuyo centro vital soy yo, Santiago. Sigo el camino, no para irme del bosque sino para buscar su tesoro. Porque este bosque tiene un tesoro, como todos los bosques encantados, y ese tesoro es la felicidad. Su tesoro y mi secreto. Mi felicidad. Pero soy sensual y loco. No sé perseguir la ruta con perseverancia. Cualquier rumor me distrae y maravilla. Tras buscar, más allá del macizo del follaje, el monótono fluir del arroyo, tras cortar flores, tras sorprender un nido de pájaros, tras pasar los labios por un pedazo de terciopelo vegetal, dejo la senda y corro hacia lo desconocido. Creo que así nunca llegaré a la meta. Y es que siento temor instintivo por ese llegar, porque todo llegar es un morir, un acabarse, un hundirse en la nada. Y yo quiero eternidad, eternidad para saciar mi espíritu que no cabría en ninguna forma perecedera. De golpe me hundiré. Me hundiré en la sombra, en el abismo cuyas fauces lóbregas me hielan. Caeré en el blando

silencio sin fondo. ¡Para siempre! ¡Cómo me llena de horror esta palabra: para siempre! Soy apenas el fruto en sazón de un milagro. Existo por casualidad, sin razón ni fundamento. El mundo hubiera sido el mismo sin mí. El mismo. Todo lo mismo. Mis padres, mi tía y mis hermanitos habrían vivido la vida sin mí, sin saberlo, sin echarme de menos. Y yo estaría atrás, en la nada. Si esta vida me ha sido dada gratuitamente, sin haber sido preciso merecerla, ¿por qué he de sentir la codicia de guardarla para siempre? ¿Y qué es mi vida? Apenas un latir, un respirar, un sufrir, un gozar, un moverse, un ver y un temer. Sobre todo eso: un temer perderla. Experimento la necesidad biológica de que haya un más allá. Este no querer morir quizás sea el presentimiento, la lógica, la filosofía del más allá. Detesto la lógica. Es algo fúnebre e inútil. Amo la vida y ella debe seguir siendo más allá, más allá... ¡Qué comparación tan exacta! Mi vida es un bosque. ¿No habéis estado nunca en un bosquecillo, vosotros solos, tendidos sobre la hierba, en algún lugar sombreado, donde haya hojas secas y palitos nudosos, secos también, y frutos pequeñitos, fetos vegetales madurados antes de tiempo, hormigas que se mueven con su pomposa prisa menuda y su aire diligente y sabio? Si habéis oído el piar suave de los gorriones, los revoloteos de las mariposas balanceadas en la luz, las nubes del cielo deslizándose en el viento y, sobre todo, el chssssssssssssssss de un chorro de agua que mana de una grieta y baja por una caña y cae sobre cuatro piedras, y si entonces habéis pensado que la vida es bella y amable, que los hombres son buenos y el amor lo más grande de la existencia, y si entonces también habéis pensado en Dios, en su grandeza y en su piedad, y si os percatáis de que todo aquello ha tenido que ser hecho por un artista divino, os aseguro que vuestro dolor no ha sido en vano y que sabéis qué es la vida. Se me ocurre que eso hubiera contestado Jesús si Pilatos le hubiera preguntado, filósofo, qué era la vida. "Yo soy el camino, la verdad y la vida". Esa sola frase prueba la divinidad de Jesús, mucho más que la revelación y que la teología. No la habría podido decir otro que Dios. Porque en ella está todo; está nuestro destino, nuestra ruta; está nuestra verdad, la ansiada verdad que nos tortura, y la vida, este ambular. este peregrinar doliente que amamos. Y El es todo, todo eso: el camino, la verdad y la vida.

Eso pensaba y eso sentía. Los misterios de la religión se abrieron a mi inteligencia como las flores al llegar la primavera. Un jardín cerrado por el hielo de la vanidad, de la torpe vanidad del entendimiento, comenzaba a llenarse de esencias

desconocidas. Y el alma, rociada por aquella agua bendita, parecía también abrirse como otra for. Descansé. Suspiré muy hondo. Qué bueno podría ser yo con sólo volver los ojos a Dios, cuya mano blanca sentía cual un alero sobre mi cabeza.

He aquí la verdadera, la única defensa contra la muerte. Más fuerte que el amor, más poderosa que la fe, más perdurable que la esperanza.

Me recogía en mí mismo para orar, con palabras simples. A Dios debería hablársele como a un padre, ya que era el padre por excelencia.

Padre nuestro que estás en los cielos: sé que Tú me quieres, porque soy el más desdichado de tus hijos, el más pobre, el más pecador, el más vanidoso, el más depravado, el que menos te sirve, el que no es solícito contigo. Y sé que los padres quieren a todos sus hijos igualmente, pero más a aquellos que nacen enfermos o que son bribones o canallas. En el fondo, Padre mío, los hijos malos queremos más a nuestros padres que los buenos. Pero sólo Tú lo sabes, solo Tú lo comprendes. Será por eso que nos quieres más. Aunque te desobedezca, aunque me vaya de tu lado, no me olvides. ¡Ampárame! ¡Defiéndeme! Estamos unidos por vínculos que no podemos negar. Somos padre e hijo. Soy el hijo díscolo. Pero acuérdate de que Tú mismo nos enseñaste la parábola que muestra cómo el arrepentimiento nos hace más buenos de lo que éramos antes de pecar. Yo no he querido nunca pecar. Sé que vivo en tu memoria, aunque Tú no siempre estés en la mía. Si no puedes olvidarme, me harás vivir siempre. Vivir es estar en la memoria de alguien. Y si estoy en tu memoria, oh Dios mío, viviré. ¡Defiéndeme! ¡Amame! ¡Acompáñame! Ahuyenta mi soledad con tu luz. Como a los mercaderes de bastardas ambiciones, lanza de mi alma esta soledad.

Qué alivio, qué gran alivio sentía en el espíritu luego de orar. Todo en mí se renovaba, todo en mí renacía. Nuevas ilusiones retoñaban sobre el humus fresco de esta plegaria que removía la esencia de mi alma. Como un campo encinta, como un surco ávido, como una semilla bien caída, como una noche con su gran cosecha de luceros, mi alma sentía el amor y la pujanza de la creación.

* * *

A pesar de la terquedad que Inés ponía en hacerme ir a su casa, yo esquivaba las súplicas en la medida de lo posible. Primero, arguyéndole con mentirosas leyendas acerca de fic-

ticias citas que tenía con Carmen, con Mario, con Rodrigo; luego, diciéndole que no me sentía bien, que pensaba permanecer en casa leyendo, que tenía algún trabajo literario pendiente. Casi todos los días, Inés me llamaba por teléfono con distintos pretextos. Algunas veces para decirme que si quería ayudarla a salir de algún apuro literario, (porque le habían enviado una encuesta periodística que debía responder); otras para contarme que estaría ausente de la ciudad por unos días; otras para preguntarme por Mario, por Rodrigo, por Carmen. Cuando me llamaba para despedirse terminaba diciéndome que me esperaría esa tarde o al día siguiente, y cuando me decía que tenía una encuesta sin contestar y yo iba a sacarla del trance, tenía que decirme que aún no se la habían traído, pero que le habían prometido enviársela desde por la mañana.

—Supongo que querrás ayudarme. Me comprometí pensando en que tú podías sugerirme tantas cosas... ¡Se trata de ayudar a Emma en su "Sección Femenina". Es tan buena! ¡Y tan amable! Me estuvo hablando mucho de ti. Te considera un gran artista. Me suplicó que intercediera para que le escribieras algo. Me dijo que tú ya le habías quedado mal muchas veces, ¿Vienes?

Su voz, dulcemente dormida, rubia y ondulante con ritmo de espiga, se balanceaba en estas palabras y producía un murmullo arrullador. Era una voz fatigada en el umbral de cada palabra, que parecía recorrer las sílabas muy a pesar suyo, con molicie. Su voz no tenía nada de terrenal. Parecía llegarnos hasta la inteligencia, de repente, sin atravesar los sentidos. Era enternecedor regalar el espíritu con este melódico temblor de palabras, pronunciadas por una boca irreal, cuyos labios liberaban blancos sonidos sin mancha.

—Sí —le dije, con un acento de piedad que luego me produjo amargura por su crueldad—. Sí. Bajaré al caer el sol. Espérame en la ventana, leyendo.

Advertencia inútil. Sabía que me esperaba. Y sabía que me esperaría leyendo, en la ventana, como siempre. Pero acaso las últimas palabras que pronunciaba: "Espérame en la ventana, leyendo", fueran una indemnización para la fatiga que había en el primer "sí", ¡un sí desmayado, descoyuntado, condescendiente, vil! ¡Cómo debían sonarle esas palabras dichas sin ternura, pronunciadas mecánicamente! A veces me dolía ser compasivo y me arrepentía de ello. Inés no merecía el ultraje de mi piedad. ¿Acaso me quería tanto?

Todos decían que Inés se había enamorado de mí, que me quería. Yo tomé la cosa al principio con risa, después con un asomo de vanidad, más tarde con curiosidad ante el fenómeno, por último con cierta piedad y ahora casi estaba dispuesto a servirme de ella como de un instrumento. Me daba horror aquella profanación. Era un pecado. Por primera vez pensé que había pecados, verdaderos pecados. Me dijeron que podría darle celos a Carmen con Inés y que ese era sistema infalible para conseguir el amor de Carmen. Inés se prestaría a la maravilla, sin saberlo.

—Una de dos: o le demuestras absoluta y prolongada indiferencia, o le das celos con Inés. Las mujeres son muy susceptibles a estos dos estímulos. Si no, estás perdido...

—Es verdad —le respondía a Rodrigo—. Pero desengáñate: Inés no está enamorada de mí.

—Te lo digo yo porque lo sé. ¿Quieres más pruebas? No puede agredirte a besos, ni lanzarse sobre ti en locos y frenéticos abrazos. Pero está bobita por ti.

—Dale una oportunidad. Estoy seguro de que te declara su amor. ¡Como tú eres tan seco! Y, además, como ella sabe que tú quieres a Carmen, no se atreve.

—Me inspira curiosidad. Quisiera oírla. Pero siento miedo de abrirle la puerta. Me podría inundar el alma. Además, me conozco. No sería tan villano como para estropearle su ilusión con golpes bruscos de realidad, ni tan infame como para seguirle fingiendo una pasión que no siento.

—Te sería utilísimo... Remedio seguro... Unica solución.

—Eres un Judas. Peor aún: eres el demonio. Así hablan los demonios de los catecismos ilustrados al oído de las almas que van a caer.

—Lo dicho —insistía—. ¡Ah! Inesita de mi alma. Inesita, Inesita, ¡cuán útil podría ser! —seguía canturriando con una tonadilla de su cosecha.

La noche aquella me desvelé pensando si eso que yo experimentaba por Carmen sería experimentado a su vez por Inés en relación conmigo.

No fué fácil que yo me explicara cómo podrían las mujeres querer a los hombres y es cosa cierta, aunque me duela confesarlo, que siempre me he creído el menos amable de los mortales. Contrastaba esta condición humilde de mi ánimo, con el resto de mi espíritu soberbio y orgulloso. Pero tras análisis breve consideraba que mis formas corporales —la cara, el color, el pelo—, no podían interesar a nadie. De ahí la sorpresa, el escepticismo acerca del posible enamoramiento de Inés. En todo caso, aquel enamoramiento debía ser de otra familia. El mío era algo terrenal, carnal, pasional, tierno, ansioso, ambicioso, insaciable. El de ella debía ser algo así como una ternura vaga, como eso que sienten las hermanas

mayores por sus hermanitos menores cuando enferman gravemente. Había algo de piedad, algo de dolor. Las mujeres, en cuyo misterio quería yo entrar, se me antojaban seres incomprensibles —vanos, vacuos, vanidosos—, pero tan impenetrables como la materia misma. Abominaba sus ficciones, pero adoraba la hermosura y gracia originales, aquellas que permanecen con el sexo, tales como la tersura de la piel, el color de los ojos, del pelo y de los labios, la ondulación jadeante de las líneas que limitan el cuerpo, el olor de las carnes y ese aire lleno de fuga que hace de las figuras femeninas imágenes que el ansia quiere coger, pero que la posesión trunca y mata. Semejantes a esas mariposas de vivísimos colores en los que la luz se complace, pero que al tocar con nuestras manos estropeamos hasta el punto de que, tras la muerte radiosa, sólo nos queda un polvillo de oro en los dedos y una congoja indefinible en el espíritu.

—¡Uff! ¡Qué calor!

—Hola... ¿Leyendo?

—No. Esperándote.

Era siempre éste el introito de mis visitas a Inés quien, al llegar yo, cerraba el libro y corría a abrirme la puerta. Era suya una casa solariega de estilo antiguo, enclavada en el macizo de la ciudad vieja, cuyos techos bajos ondulaban cubiertos por la pátina de musgo verde y húmedo. Un gran portón, con herrajes añejos, giraba sobre goznes gigantescos, para dar acceso al zaguán, amplio y sosegado, con anchas losas quebradas y un silencio que parecía haberse depositado ahí, junto con la luz, me daban al entrar, una sensación de reposo y seguridad. La protección del hogar se experimentaba allí no como un concepto abstracto, sino físico. Eran los sentidos quienes percibían ese regazo como algo dulce y apacible, donde la jornada encontraba remate y recompensa. En seguida el patio, con claustros anchos y soleados, hierbajos que brotaban de las junturas de los ladrillos, tiestos con flores y enredaderas y, al fondo, un corredorcito estrecho que desembocaba en el jardín propiamente dicho, el cual tenía una ermita al lado, una fuente central y unos bancos protegidos por la sombra de los granados. Del primer patio arrancaba la escalera que daba al segundo piso, donde estaban las habitaciones buenas de la casa. Arriba estaba el salón principal lleno de retratos antiguos y demodadas terracotas, lámparas, cortinajes pesados, cojines bordados por las abuelas en tiempos remotos, en fin, esas mil chucherías que el paso del tiempo va cubriendo de recuerdos familiares y que, en las casas de abolengo, representan la tradición de las costumbres y el

estilo de la vida. Arriba también las alcobas, el comedor y el escritorio con la biblioteca. A la derecha del jardín se entraba por una puerta pequeñita a la pesebrera, que era también amplia, con una pila redonda al centro, el cuarto grande para guardar el coche y uno más pequeñito, que ahora estaba lleno de vejestorios, pero que hubo de construirse para servicio de quienes cuidaban los animales. La pesebrera tenía comunicación directa con la calle por otro portón que se llamaba el de campo, que ahora se encontraba inservible. Solamente el jardín estaba cuidado con esmero y al estilo antiguo, con matas grandes y surcos sembrados de flores que llegaban hasta la fuente central. Los antepasados de Inés fueron señores ricos, dueños de grandes propiedades rurales y disfrutaron épocas de boato y opulencia, muy otras de las presentes. Actualmente, los padres de Inés, los hermanos y tíos habitaban aquel caserón, utilizando sólo una parte de él, modernizado por zócalos al óleo y papeles de colgadura, que resaltaban feamente sobre la suntuosidad de las lámparas que aún se conservaban, las molduras de los retratos antiguos y cierto aire pesado que gravitaba sobre la frívola vanidad de los estilos actuales.

Me gustaba pasear la casa, detenerme en la contemplación de los detalles más pueriles. ¡Encontraba tanta suavidad en los tonos muertos de algunos cuadros! Aquella mansión guardaba un bálsamo de sosiego para mi espíritu atormentado. Era como un descanso, como un olvido de las preocupaciones. Aquellos viejos paredones me anestesiaban. Se comprendía por su calma que la vida podía ser un dulcísimo reposar absortos ante la maravilla de la creación, rodeados por nuestros seres queridos, quienes —libres también de las mezquinas preocupaciones de la lucha por la vida — tenían un concepto más alto y gallardo de la existencia. Era fácil distraerse y hasta permanecer largos ratos ausente del momento actual para pensar en hazañas heroicas, en famosas empresas. ¿Cómo parangonar nuestra vil existencia rutinaria, amaestrada por mecanismos infames, simplificada por una civilización comunista, cuya tendencia sustancial era llegar a un tipo "standard" de hombre útil a la sociedad, con aquella generosa y opulenta de nuestros antiguos señores, en cuya cabeza bullían mil aventuras deslumbradoras y cuyo corazón jamás fué mancillado por un fonendoscopio? Entonces se vivía más libremente, quizá a causa de que no se hablaba nunca de libertad, o, mejor, a causa de que cada cual defendía el propio albedrío con su espada y con su pecho. Las leyes del honor y de la hidalguía sustituían con fortuna a nuestros actuales

códigos, enrevesados y yertos. La misma muerte, que hoy es simplemente la forma peor de fracasar, era entonces a veces un premio y a veces una honra que cubría generaciones enteras.

Por eso me gustaba dialogar con Inés, en el jardín, cuando la tarde se escurría tras los cerros. Pero ahora... ahora me hostigaban estas charlas, porque ya no eran las de antes, las de dos amigos que se consuelan o que discuten. Aquellos diálogos tenían sabor de refriega, de lucha. Me sentía incómodo. Pero a la vez la curiosidad me picaba. ¿Sería cierto que Inés me quería? Y si era cierto, si era verdad que ella estaba enamorada de mí, si me quería, si sentía su vida veterse en la mía, si Inés sentía por mí lo que yo experimentaba por Carmen, aquello era tentador, misterioso y, además, espantable. ¡Qué horrible tragedia! Sería otro drama inmenso, porque Inés sufría de una sensibilidad aguda, tan susceptible, que las cosas más insignificantes podían herirla de muerte. Y yo..., yo que comprendía su dolor, su angustia, no podría mitigarlos, porque no podía quererla. Era posible quererla, amarla, con sólo querer quererla? ¿Era el amor algo voluntario, algo que estuviera en nuestras manos? No. El amor era un milagro que se obraba en nosotros, sin saberlo apenas, y que nos tiranizaba.

—¡Sabes que me siento a veces tan sola...!

—Como yo —le dije a Inés—, pensando en ambos.

—Más que tú, más que tú —me repuso.

La volví a mirar. Le miré la cara. El pelo era hermoso, rubio como el oro, y caía sobre la nuca blanquísima y suave en vaporosas ondulaciones. Y los ojos azules se abrían como aguas profundas y transparentes. Si yo quería... Si yo quisiera... ¿Si yo me impusiera el deber de quererla? Si me dijera: —Debo quererla y la quiero. Desde hoy la quiero. ¿La querría?

Se agachó a arreglar el tallo de un macizo de flores que daban ya, a causa del peso, contra la tierra floja y negra de las eras. Al levantarse, sus mejillas se llenaron de sangre y sacudió la cabeza para echarse el pelo atrás. Así era bonita. Evidentemente lo que faltaba allí era frescura, color, vida. De ordinario su cara era marchita, surcada por invisibles cauces de llanto, hendida por el arado de un dolor desconocido que la avergonzaba.

—Crees tú —le dije, mirando al suelo— que el amor sea la forma de nuestra predestinación o acaso un capricho transitorio, o un hábito... una manera de acostumbrarse...

—Qué se yo, ni qué sabes tú... ni qué sabe nadie de eso.

—Cierto. Pero la verdad es que siempre nos enamoramos de alguien que vive junto a nosotros mucho tiempo. Que nos acostumbramos a ver las mismas personas siempre y que luego...

—Hay quienes se enamoran de un ideal... Quiero decir, de algo irrealizable. Y hasta me parece —te lo digo porque me parece, ¿ah?— que solamente nos enamoramos o permanecemos enamorados de algo inaccesible, de lo que no podemos lograr nunca.

—Y así, el amor es un dolor largo e indefinible, un lamento, una amargura exquisita que tiene por misión consumirnos lentamente. Un amor del que sustraemos el dolor es un amor perdido. Y no obstante... y no obstante —continué hablando muy bajo— la obsesión de satisfacer el deseo triunfa y mata el verdadero amor. Por aquello de que (decía Wilde en el poema de la cárcel de Reading) todos matamos lo que más amamos. Y es que todos acabamos matando nuestra tristeza, nuestra querida tristeza.

—Sí, eso es, nuestra querida tristeza. Eso lo podemos decir mejor nosotras, las mujeres, porque somos quienes sienten verdaderamente esa congoja. Los hombres son todos unos bribones. Se regalan con nosotras y luego se divierten ellos solos, entre sí. Es su vida impetuosa, libre, dominante. Tienen el mundo por delante y van solos por él... acordándose de las mujeres a ratos, cuando las necesitan. La injusticia está en que siempre nos encuentran. Siempre rendidas, esperando siempre resignadas.

—Eso querríamos.

—No. Si eso quisieran se portarían de distinto modo. En realidad lo que quieren son...

—¿Son qué?

—Mujeres que los desprecien, que los humillen, que los desprecien... eso... porque ellas se mueren. Siempre... a condición de no conseguirlas. Es la vanidad del hombre, que se hincha con su propia humildad, que triunfa con sus peores derrotas.

—Eso quiere decir que somos menos orgullosos, menos soberbios. Y hay razón para ello: somos más conscientes, hemos luchado más.

—No quería decir eso.

—Lo he deducido.

—¿Para fugarte del tema, para evadirte de la tesis?

—No. Para completarla. Aunque creo que esa tesis está ya tan traída y llevada... Tengo un pequeño estudio sobre el amor, ¿sabes? Defiendo una teoría exótica. Sé que te gus-

tará. El amor no existe sino como hipótesis, es decir, como fantasía. Además, es superior al hombre y, por consiguiente, el hombre lo siente apenas como una aspiración. Es algo extraño... algo, como se dice ahora... m e t a f í s i c o, ultra ultra... ultraconcreto. Me interesa a mí. Y eso es bastante.

—Y a mí. Me prometes...

—Sí. Te lo leeré. Cuando lo termine, porque sólo tengo unas pocas notas. Me falta la experiencia. La experiencia personal que, tú sabes, es insustituible.

—La tendrás.

—Todos creemos tener mucha experiencia. Sólo que no pensamos en la que nos falta.

Le miré la falda. No había coquetería en ella. No era esa falda redondeada que se henchía con el aire al caminar, ni daba esa sensación femenina, tan ardiente y frívola, que producía la falda de Carmen.

—Oye, Inés: los hombres somos unas bestias sensuales, ¿sabes?

—¿Sí?

—Sí. Con este atenuante: que estamos dotados de mucho ingenio para encubrir la vulgaridad de los instintos. La inteligencia del hombre es el adorno que la naturaleza le presta para que se defienda de su fealdad. ¡Si no tuviéramos ciertas palabras a mano, ciertos conceptos! ¿Has pensado lo que sería el mundo sin tantas mentiras, sin tantas falsedades? Una cosa horrible. Vivimos al amparo de la mentira. La mentira es el producto por excelencia del entendimiento. Se dice que los animales son brutos, simplemente porque no saben mentir. Si los bichos mintieran serían iguales a los hombres. He aquí lo que más molesta al hombre de los animales: su veracidad, su lealtad, su sinceridad.

Seguí hablando largo tiempo, mientras azotaba mis pantalones con una ramita. Se fué la luz. Las montañas, a lo lejos, recortaron su silueta contra el cielo hasta formar esa línea oscura que serpea frente al crepúsculo. Como las siluetas hechas sobre papel negro con tijeras, el paisaje se simplificó. Al hundirse la luz, todo perdió corporeidad, volumen, y la tarde se extinguió como una mancha.

—Entremos.

—Bueno.

Yo adelante, voluntariamente callado, sabiendo que debía ir detrás de ella. Un olor raro. Las flores exhalaban aroma viejo y hostigante. Si le dijera:

—¿Estás enamorada? Y si agregara luego: ¿de quién?

Aquella noche teníamos convidados en casa. Era el cumpleaños de mamá y solíamos celebrarlo con una comida a la que asistían las personas de nuestra familia y los amigos íntimos. Antaño hubimos de prescindir de la habitual reunión porque por ese tiempo mi abuela enfermó gravemente. La pobre, sorda y casi ciega, ahora permanecía en cama, pues de un golpe que sufrió quedó inútil para caminar. Mi madre andaba preocupada por las consecuencias que pudieran sobrevenirle, pues la pulmonía amenazaba con poner punto final en aquella existencia. Todos, solíticos, acompañábamosla en el dolor y la tribulación, especialmente mi tía y mi hermanita. Los hombres, por encima de nuestro afecto, considerábamos, más filosófica que sentimentalmente, que la muerte sería para ella una redención y un premio, sin que ello significara que no experimentábamos, en fuerza de nuestro egoísmo, el deseo ardiente de su curación. Creo que en esto nos mostrábamos mezquinos. El miedo que nos inspiraba el sufrimiento por la muerte de la abuelita, valía más que ella misma. Con sus años y sus achaques, con su insularidad vital —los sentidos se habían apagado como luces hasta dejarla en tinieblas, sin colores, sin ruidos— la abuela andaba a tientas por un mundo hostil, donde ni siquiera nuestro cariño había podido limar las aristas. Porque la sordera la había tornado huraña y maliciosa, desconfiada y pesimista. Los ciegos son dulces y cariñosos, y su dolor puede ser mitigado con palabras, con mimos. No así los sordos, cuya incomunicación se acentúa hasta el límite de quedar sumergidos en piélago de soledad irreparable. He pensado, por ello, que el amor entra por los oídos y no por los ojos, y aunque sé que la idea es vieja, yo, al descubrirla para mí a través de abuelita, la encuentro flamante. Nunca había comprendido tan claramente, eso de que el amor se meta por los oídos. Así que el amor es, acaso no más, música divina, ruido encantador y las palabras gotas de sonido que se van vertiendo en los oídos del ser amado. Me explico así ciertos fenómenos sorprendentes como el de ver mujeres hermosísimas enamoradas de hombres feos, de fealdad a veces repugnante.

Por esto, la fiesta de aquella noche tenía doble significado. Implicaba no sólo la celebración del cumpleaños de mamá, sino también, y principalmente, la reanudación de esta costumbre. En cierto modo también, la buena suerte de que abuelita estuviera viva y acompañándonos.

Desde por la mañana, cuando fuimos a saludar a mamá con más comedimiento que de ordinario, ella dijo:

—Por fortuna estamos todos bien y con buena salud y jun-

tos. Que así sea siempre.

Mi padre, atusándose el bigote y revolviendo los vivos ojillos con harta picardía, agregó:

—¡Y todos más viejos que antes, más viejos! No sé de dónde han sacado esta costumbre de festejar el que uno pierda terreno, rumbo a la sepultura. Eso, si acaso, para los muchachos, que creen en la eternidad de la vida, porque para los que ya no somos capaces de eso el cumpleaños es un campanazo a velar...

Le hicimos chacota. Mamá repuso:

—No es para celebrar lo andado, sino para desear muchos años y muy felices.

—Y buena salud —dijo mi tía.

—Salud y pesetas —agregó mi padre.

—Eso de pesetas para los materialistas —dije yo.

—Y lo de la salud también, hijo, que los santos no la tuvieron ni la desearon por ser bien terreno, bien deleznable y vano, halago del cuerpo, incentivo para la concupiscencia.

—¿Entonces acaso no pueda desearse ningún bien, a no ser un corazón puro y un espíritu sin mancha? —repliqué en tono socarrón, semifilosófico.

—Acaso —silabeó mi padre yéndose a componer el nudo de la corbata en el espejo grande del tocador.

Esa mañana hubo mucho trajín en casa. Había alegría. Las sirvientas doblaban las actividades con incesante ir y venir, llevando fuentes de porcelana, colocando búcaros con flores, limpiando acá y allá, denotando solicitud. Mamá daba órdenes, atendía al teléfono y nos hacía recomendaciones para que compráramos ciertos víveres exquisitos, indispensables en la fiesta.

Aún recuerdo —cuán nítidamente, sonando sobre un fondo de silencio indescriptible—, el momento en que mamá, ese día, entró al cuarto de abuelita, oloroso a gardenias, a aceite, de lámpara y a cera.

—Buenos días, mamá.

—Por muchos años, hija, por muchos años. ¿Eh...?

Y su voz, desafinada, llena de notas agudas que herían con las puntas, de pronto caía desfalleciente y se hacía gangosa sobre una palabra, haciendo la frase terriblemente desacorde. ¡Cómo se perdía el equilibrio, la armonía, el ritmo! Aquellos trozos de material fonético, semejantes a pedazos deformes de un palacio derruído, quedaron amontonados en mi conciencia, en un rincón de ella, como los fragmentos de un vaso de porcelana al que tuviéramos adscrito gran cariño o algún recuerdo, y hubiéramos roto, dentro del mayor esmero, por

una oscura fatalidad. Recogí aquellas palabras. Y entonces vi su sentido fúnebre. Tenía razón mi padre. La vida era una cárcel y los hombres sus presos y guardianes, cuyo relevo aparejaba la muerte. Todos creíamos guardar un tesoro y nos afanábamos por custodiarlo. De pronto, la muerte profería sílabas sacramentales. Los centinelas caían, sin ruido, blandamente, contra la tierra. Nuevos gendarmes tomaban las armas y proseguían en vela. Velar, siempre velar. Porque en el velar está el vivir. ¿"Es posible que no hayáis podido velar una hora conmigo"? Jesús. Angustia. El huerto y los olivares verdinegros bajo el cielo amoratado. ¿Y el tesoro? ¿Cuál, dónde y sobre todo, cuándo, cuándo, cuándo? La muerte ha de sorprendernos en ese "cuándo" eterno.

—"Por muchos años, hija, por muchos años, ¿eh...?"

Mi abuela, mi madre y mi hermanita, representantes de tres generaciones sucesivas —cuánta armonía entre ellas, cuánta identidad— establecían aquella escalera hacia lo desconocido. El tiempo, en su fluir, las arrastraba. A mi hermanita hacía mi mamá; a mi mamá hacia mi abuela; a mi abuela hacia... ¿hacia dónde?

Cuando esa noche comenzaron a llegar los convidados, y yo los recibía en la puerta para acompañarlos hasta el salón donde estaban mis padres, estuve observando con atención el sentido de los cumplimientos, todos sinceros, pero tan vacíos, tan inconscientes, tan irreflexivos.

—Usted también está de felicitar, mi querido Santiago. Porque lo rejuvenece a usted su mamá más de lo que podría usted envejecerla. Y si es verdad que madre no hay sino una sola, con cuánta razón lo será para usted que tiene de madre a la mejor de las mujeres.

—Es usted muy amable. Le agradezco mucho. Siga, siga, adelante.

Y los iba llevando. Al topar con mi padre:

—Otro que se queda plantado. A usted el tiempo lo rejuvenece. Será preciso que me enseñe el secreto... porque aquí hay gato encerrado.

Y acercándose al oído:

—Creo que quien lo perjudica a usted es Santigo, que parece hermano suyo y no hijo. Parece mentira que conociera yo a ese muchacho así —e hizo un gesto con la mano extendida mostrando cuán pequeño era yo entonces— cuando era tan montaraz y endiablado ¡ah! ¡y curioso! Que vivía metido entre gente mayor, escuchando. Se vuelve uno viejo de pensar así. Da susto pensar que uno vió gatear a estos mocosos que ya se las dan de hombres.

—Es lo que yo digo aquí siempre, pero como predicando en el desierto —continuó mi padre asiendo a Felipe por el brazo y juntándosele con ademán cordialísimo, con voz queda e íntima—: estas celebraciones no tienen razón de ser, no tienen razón de ser. Y creo que a la larga lo desacreditan a uno, porque para los tiempos que corren los viejos están mandados a retirar.

Al regresar hacia la puerta alcancé a oír que Felipe levantaba la voz dirigiéndose a mi madre:

—Mis parabienes. Y que la felicito, porque es usted una vencedora...

—¿Y Lucila...? ¿No trajo usted a...?

Se detenía un coche en la puerta. De él apeáronse los padres de Carmen, ella, su hermanita menor y el primo que estaba hospedado en su casa. Me transió un frío grato que subía como la columnita de mercurio del termómetro, desde el estómago hasta la boca. Y un sacudimiento nervioso, mínimo, como el que se experimenta frente a una mujer que nos atrae principalmente desde el punto de vista sexual. Don Emilio se detuvo unos segundos mirando a ambos lados de la calle; Carmen arreglándole a su hermana la flor que llevaba sobre el pecho. No sabía yo si adelantarme o quedarme quieto. Supuse correcto ir al encuentro, pero al mismo tiempo me parecía que aquellos instantes eran una antesala reservada, un terreno de intimidad que precedía a la inminencia de nuestro saludo. Temí que se notara mi vacilación y para evitarlo pasé el umbral. Esperé. Al asomarme de nuevo, ya venía la madre adelante, suntuosamente vestida, con un sombrero muy bonito del que caía, sobre la cara, un velo finísimo. Detrás Carmen llevando cogidos del brazo a la hermanita y al primo y por último, cerrando el desfile con lentitud sencilla y cordial, don Emilio, que al verme, por encima de sus hijas y de su mujer, me sonrió con mucha afabilidad. Doña Matilde, que precedía, me tendió la mano desenguantada, con afecto. Moduló una sonrisa en extremo fingida y me estrechó cordialmente.

—Todos bien, ¿no? Cuánto me alegro. ¿Y su mamá? ¿Muy contenta? Debe estarlo. Con estos hijos tan grandotes... Que tenga usted mamá joven y hermosa por mucho tiempo, por mucho tiempo, que buena falta hace una mamá en la vida.

Y Carmen:

—Yo también te felicito por el cumpleaños de tu mamá. Más se te debe felicitar a ti que a ella, ya que ella es la felicidad de ustedes.

Todos fueron diciendo sus parabienes. Rodrigo y Mario llegaron retardados, cuando los demás estábamos conversando en el salón, fumando y escanciando algunas copillas aperitivas.

—Don Santiago, que lo necesitan a usted.

—Ya voy.

Salí haciéndome paso entre dos que conversaban.

—Con su permiso.

Mario y Rodrigo se estaban riendo casi a carcajadas.

—Hola, ¿qué ocurre? Venían a regañadientes, por lo visto. Ya casi vamos a comer. ¡Adentro, hombres, adentro!

—¿Mucha gente? —inquirió Rodrigo.

—Toda de confianza, como siempre. Hay que entrar y conversar. De lo contrario mamá se enfadaría. Ser sociables, ciudadanos ilustres, es la ley del día. Así que a dar pruebas de ello.

El salón estaba intensamente iluminado por grandes lámparas en forma de araña. Sobre el velador, una cascada de cristal alumbraba con tonos azulencos. En torno al espejo, bombillas mínimas formaban un collar de luces que dibujaba el lindero, antes del marco, profundizando la luna de cristal hasta hacerla como encantada. Los amplios sillones, forrados en telas recamadas que reproducían escenas galantes del reinado de Luis XV, daban esa nota de gravedad frívola que combina el señorío y la aristocracia con cierta ligereza despreocupada y alegre.

Mario y Rodrigo quedáronse platicando, mientras yo recibí a Inés y a su hermano Carlos, cuya conversación percibí a distancia. Al entrar con ellos la reunión quedó completa, pues otros parientes y amigos, o se habían ausentado de la ciudad o, anticipadamente, habíanse excusado de asistir por distintos motivos. Resultaba así nuestra comida de la mayor intimidad.

Como yo estaba en lo que estaba, enfoqué la atención hacia Carmen e Inés, desde el instante en que se vieron y saludaron. Carmen se levantó con mucha gentileza (pero yo vi en ella una gentileza forzada, fría, dura, injuriosa) y recibió con leve y ceremonioso abrazo a Inés, quien, por su parte, exteriorizó con más sinceridad el afecto hacia Carmen.

—Inesita, cuánto gusto... y ¿cómo estás...? Hacía mucho que no te veía. Como vives tan encerrada. Me debes una visita.

—Figúrate, sí. Y he tenido tantos deseos de ir a verte. Se le va a uno el tiempo en propósitos y más propósitos. Y tú bien, ¿eh?

—Divinamente.

—¡Cuánto me place!

Tras el ritual de sonrisas, saludos, preguntas vanas, parabienes y demás, todos quedamos sosegados en una suave ola de silencio que pasó como una nube por el salón. Miradas complacientes, gesticulaciones galantes que llevaban tácitos diálogos, cierta disposición general para entablar coloquio. Insensiblemente los asistentes fueron trabando charlas en grupos separados, conforme a edades y gustos. Un sector estaba compuesto por doña Matilde, Inés, Carmen, mi tía y mamá, conversando a la vez con precipitación y alegría. El otro, por don Emilio, Felipe y papá. Junto a ellos Carlos, Rodrigo, Mario y yo iniciábamos la charla. Los demás, por ser tan jóvenes, hastiábanse de los temas tratados, y se habían ido a la habitación contigua a jugar a la "oca". Yo permanecía alerta, vigilando como un militar estos cuerpos de ejército, contestando monosílabos a Mario y dejando que ellos, entre sí, mascullaran su diálogo. Como vigía experto, en lo alto de la torre de mis pensamientos, espiaba. La corriente de las circunstancias ejercía sobre mi ánimo una blanda presión, semejante a la que hace el agua cuando le oponemos nuestro cuerpo. Mi lucidez mental, mi inteligencia, mi experiencia, mi tacto social, el mecanismo íntegro y complejo de la personalidad se fundían en muelles oleajes dentro de aquel ambiente, dominado por mil convencionalismos imponderables, en cuyo manejo y aprovechamiento yo era el más lerdo. Así que me sentí el más desamparado y huérfano de los mortales que allí había. Todos, más o menos, chapoteaban alegremente entre las pláticas, con lenguaje ducho y exacto, con un "savoir faire" elegante y discreto, con propiedad de que yo carecía. Bien analizadas, aquellas frases no tenían secreto, sino, al contrario, eran tan superficiales, tan frívolas e insignificantes, que apenas podrían traducir la desolación espiritual de quienes las pronunciaban. Eran a manera de relleno para ocupar un silencio que, de prolongarse, los hubiera ahogado. Sobre mi conciencia —como sobre un agua quieta, grandes trozos de madera flotando al garete—, los diálogos aquellos me producían desconcierto. ¿Cómo yo, intelectualmente superior —así se me antojaba— a cuánto allí había, con más labia, con desenvoltura espiritual, agilidad, acopio de ideas interesantes, residuos de vigilias y lecturas, veíame obligado a quedar en silencio, mientras los demás desataban la lengua, para poner en circulación una fauna exótica (para mí) de vocablos diestros y galantes, una erudición mundana, elocuente y apasionada?

La política, la sociedad, las modas, el cine, el club, las fiestas religiosas. Un mundo lleno de anécdotas y laberintos deleitables, pasto de chismosos, hontanar de picarescas reminiscencias, habría allí cual una flor nocturna.

A fuerza de querer involucrarme en la conversación comencé a hablar a los tres amigos con creciente animación. De mis temas favoritos, pero con talante dogmático, acompañando la modulación de la voz con gestos que hacían de mi persona una especie de cómico durante la recitación de un monólogo dramático. (¿Sería aquella una manera de hacerme notorio, de llamar hacia mí la atención de Carmen e Inés, tratando de parecer el más inteligente e instruído de quienes hablaban? Porque recuerdo que les dije a Mario, Carlos y Rodrigo, cosas que yo sabía que les interesarían, tal vez para buscar en su devota atención un homenaje que yo utilizaría para realzarme ante los ojos de las muchachas).

Vinieron los aperitivos, se encendieron cigarillos, el tiempo como noción actual se volatilizó. No supe qué hora era. Ignoro si corrieron minutos u horas. De pronto vi que mamá se levantó y nos dijo que siguiéramos al comedor. Con el retardo de rigor y entre cordiales zalemas, nos fuimos, yo detrás. Inés buscaba algo a lado y lado, se soltó del brazo de Carmen para regresar al salón en busca de su bolso. Carmen se detuvo y miró hacia atrás. Yo pensé que mi deber entonces, como anfitrión, era ser galante, me dirigí a Inés y le pregunté:

—¿Qué?

—Mi bolso.

—Vamos. (La tomé del brazo y ella se fué conmigo, lentamente, hacia el salón. Carmen, al verlo, dió media vuelta y siguió hacia el comedor, juntándose a su madre).

Vi cómo se llenaba de sangre la cara de Inés. Unas levísimas, mínimas gotitas como de tenue rocío le brotaron de la frente. El pelo era oro. Cómo ondeaban, cambiantes, los reflejos áureos de su cabellera. Se movía con agitación y respiraba profundamente. Estaba inquieta y alcancé a pensar que esa inquietud se debía a que temblaba todo ella "como una lira viva" (imagen de un poema de D'Annunzio). Me acuerdo siempre de D'Annunzio cuando estoy con Inés. ¿Será por el pelo o será por el temblor, por su ser ardiente, quemante? Creo que Inés es una mujer pasional, pero no soy capaz de sentirlo. Idealmente, sus movimientos denotan un temperamento sensual refinado. Pero la creo fría, abstracta, romántica. Romántica, no sensual. Es una mujer delicada, tierna, pero no es una hembra lasciva. Hemos encontrado el bolso sobre el velador. De él extrajo un breve pañuelito róseo, con extremos bor-

dados. Sale de él un aroma guardado, muy femenino, pero, como siempre, superficial. No hay hondura sensual en él. Una minúscula coquetería, pero nada en el fondo, nada. Cuando deseamos carnalmente a una mujer, solemos atribuírle la lascivia, que en realidad tenemos nosotros. Nos gusta dotarla de nuestros propios instintos. Y la atracción física que ella ejerce sobre nosotros no la consideramos como creación de nuestra fantasía, sino como el reflejo de una pasión objetiva que está, primero, en ella. Inés no me atrae. No me atrae físicamente. De ahí que no la encuentre pasional. Sin embargo, ¡es tan bella...! La belleza es otra cosa, indudablemente. Pienso que Inés está enamorada de mí. Lo creo sinceramente. Y ha llegado el momento de valerme de ella.

—Qué primorosa es esta cascada —dice, pasando los dedos sobre la superficie de la lamparita que arde encima del velador. (Los retira en el acto, porque está muy caliente).

—Y su luz —digo yo—. Su luz azulenca. De lejos hace soñar. Pero no puede tocarse porque se pierde el encanto de su frescura. Las cascadas nos gustan porque nos sumergen en paisajes de frescura renovada. Hay algo de infinito, de inacabable, en un chorro de agua que sale hoy y dentro de diez años, del mismo sitio. Nos gusta constatar que hay cosas eternas, o que lo parecen.

—Filosofías, divagaciones...

—Ni más ni menos. Mejor —le digo al oído, algo ruborizado—, sueños... sueños.

—¿Vamos?

—Vamos.

Al llegar al comedor vi que quedaban dos sitios contiguos desocupados. Carmen levantó los ojos y nos miró de abajo a arriba. De arriba a abajo. Inés tuvo que sentir esta mirada como se debe sentir un pez frío que nos resbalara por el cuerpo, liso, rápido, fugitivo. Volvieron a caer los ojos de Carmen bajo dos capoticas rosadas con sus pestañas negras. Inés se azoró un tanto. Yo corrí a separarle el asiento y la invité a ocuparlo. Me acomodé junto a ella y creí que las cosas estaban hechas como por el poder oculto de un mago o encantador que quisiera, aun a mi disgusto, favorecerme. Carlos, Mario y Rodrigo, con el aislamiento de su conversación, debían estar contribuyendo a ello.

—Da gusto ver gente tan alegre —dijo Felipe revisándonos a todos con esa su mirada viva, que es como un taladro.

—Y que no es para menos el estarlo —contestó doña Matilde—. Vea usted que celebramos un gran acontecimiento.

—¡Claro!

—Lo único que hay que lamentar es la ausencia de Lucy, que deja tan terriblemente viudo a Felipe —dijo mi padre.

—Debe sentirse huérfano el pobre.

—Y tanto...

—Les ruego disminuir su piedad por mí, porque en medio de personas tan agradables se me olvida hasta mi viudez... que es mucho.

—Siempre con sus buenos argumentos. Lástima que tras ellos no hubiera algo de sinceridad...

—¿Lo duda?

—No. Estoy segura de ello. Pero le advierto que no quiero desacreditarlo con eso.

—No, no se preocupe usted por desacreditarlo —agregó mi padre— porque perdería el tiempo.

—Ni yo lo querría. No pasan de chistes y tonterías lo que dice. Que, hablando en serio, estoy segura de que Felipe añora a Lucy como el mejor, el más fiel y el más cariñoso de los maridos. Porque me consta.

—Muy amable.

—Sé que para usted, personalmente, no es un elogio. Pero para los demás, sí.

Todos doblaron el cogote, y, aplicados, dispusiéronse a dar buena cuenta de los manjares. La comida estaba suculenta. Mi madre sabe de culinaria y ella misma aderezó y dispuso todo. Mi padre, que se gasta sus refinamientos, saboreó discretamente los alimentos y en su rostro se dibujó un gesto de entera aprobación. Mi madre nos miraba de reojo, con ademán furtivo, a mis hermanos, a mi tía y a mí, como interrogándonos. Cada cual hizo un minúsculo signo de satisfacción en el que ella encontraba su orgullo y su premio. Luego, olas de silencio moteadas por los ruidos familiares del tenedor, la cucharita, los sorbos, el trajín sosegado y ceremonioso de la servidumbre. El diálogo naufragó en ellas. Para defenderme del embarazo que esta pausa me produjo, intenté hablar con Inés, en voz queda. No bien dije las primeras palabras vanas, cuando percibí que temblaba ligeramente su mano. Al notarlo, un flúido nervioso que partía del estómago y sacudía el corazón invadió todo mi cuerpo y acabé de perder el apetito. Creo que mi comida fué una farsa, una apariencia.

—Ahora voy a disponer de más tiempo para verte —le dije a Inés para sorprenderla—. (Ella se sorprendió efectivamente). Necesito hacer vida más tranquila. El sosiego es una droga preciosa, sin más inconveniente que su precio. Pero he resuelto pagarlo. Cancelar citas, compromisos, todo

lo que implique para mi organismo un esfuerzo inútil.
—Si lo hicieras...
—Estoy decidido. Además, quiero vivir. Tengo derecho.
—Será preciso verlo para creerlo —replicó con su voz melodiosa, grávida de pesadumbre. (Ella, a ultranza, aspiraba a poder creer). Será preciso verlo para..
—El principio del fracaso está en que los demás no crean en nosotros. La fe del prójimo es, no sólo un acicate, el mayor, sino también un premio anticipado.
—¿Qué?
—Eso. Luego te lo diré mejor. Vamos... permíteme... (Le ayudé a librarse de unos platos y le alargué otros).
Carmen estuvo silenciosa oyendo las conversaciones de los demás. Se hablaba de mí, allá en el otro extremo, en voz baja. Así que, para dejarlos en paz, animé el grupo que me rodeaba. De pronto, Carmen dirigiéndose a Inés:
—Me dijeron que te ibas al campo —le dijo—, ¿es verdad?
—Sí y no —respondió Inés—. Todo depende de...
—¿Ah...?
—... lo que disponga mamá —continuó Inés—. Y tú podrías acompañarme. Veo que perdí el tiempo invitándote. Pasarías unos días, no digo que muy divertidos, pero sí saludables. ¡Aquello es tan pintoresco! Hay un pozo y se puede pescar. Se va el tiempo... pasando... que uno no sabe a qué horas se acaba el día. Además, papá trajo unos caballos de la sabana de Bogotá. Dice que son enormes... y mansos.
—Delicioso, delicioso —respondió Carmen, resbalando la lengua sobre la "c" con mucha afectación. ¡Ah...!
—Pero sin club, sin cine —interrumpió Rodrigo—. La naturaleza es muy monótona. La idea wildeana: la prueba más clara de la imperfección de la naturaleza es la existencia del arte y de la civilización, que no son sino defensas contra ella.
—Decadentismos —silabeé yo.
—Que te deben sonar muy bien al oído —dijo Mario.
—Desde un punto de vista cínico, sí —le contesté.
—Es preciso estar viejo para ser cínico —dijo mi padre desde el lado opuesto. (Por lo visto oyó nuestra conversación).
—O ser un gracioso —dijo Felipe—. Diógenes es el hombre más divertido del mundo. Me he reído mucho leyendo su filosofía y sus anécdotas, aunque estoy seguro de que no tuvo más filosofía que su propia vida.
—Una filosofía muy honorable... Su propia vida, vaya... —aventuró don Emilio, entre solemne y festivo.
—Creo que su filosofía no agradaría mucho a las señoras —dijo Felipe.

—Será muy abstrusa —intentó doña Matilde.
—O muy aburrida —dijo Carmen—. Sí, eso es: debe ser cargante.
—Todas las filosofías lo son —dijo Mario.
—No agradaría, digo —prosiguió Felipe— por su desdén hacia los convencionalismos sociales, su espíritu zahareño, su crudeza naturalista. Es enemiga del "confort", de las maneras afectadas, del "chic".
—Entonces debe ser falsísima —interrumpió doña Matilde—. Porque si lo que pretende es que se viva mal y se sea un malcriado...
—Les ruego que hablemos de cuestiones menos abstractas —dije.
—Sí, eso es: la fisolofía requiere un ahora más propicia.
—Te aseguro que no he entendido bien —me dijo en voz baja Inés.
—Ni yo —le aseguré.
—Una buena vida (y buena en todo sentido, digo), puede pasarse muy bien sin acudir a los filósofos. Creo que son más útiles para enredar que para aclarar, para complicar que para simplificar la existencia. Y si no —siguió mi madre— vean ustedes sus desastrosos efectos en Santiago que nos ha resultado filósofo. Así como ustedes lo oyen: filósofo. Es el menos saludable de todos, y creo que el que menos bien se la pasa. (Digo, se la pasa... pero no sé... bueno). Libros y libros para enredarse el magín y secar el caletre. Que, en cuanto se exceda más, va a trocarse en un don Quijote, que de don Quijote ya tiene la figura...
—¿La triste figura vas a decir...? —interrumpió mi padre bromeando.
—La triste no digo, pero sí la escuálida, la ojerosa... Y como le gustan tanto los caballos y los perros y las aventuras campestres, por poco nos va a repetir las... ¿Será qué las mujeres no entendemos, verdad doña Matilde?; no entenderemos tanto pero, evidentemente, tenemos más sentido común que los hombres, que si con nosotras no se contara tan a menudo, el mundo andaría peor de lo que ya anda.
—Son las aficiones literarias... —dijo Felipe—. La vocación. Entendía que Santiago era literato, no filósofo.
—Bueno, bueno: no sé a punto fijo. Cualquier cosa. Como que tiene usted razón...
—¿Querrán dejarme en paz? —dije—. Ni filósofo, ni literato, ni cosa parecida... —agregué mohino.
—No negarás... no irás a negar, que te gusta leer. Que es lo que más te gusta, ¿eh? —dijo Carmen volviéndose.

—Un poco... un poco... pero no como ustedes dicen. Exageran.

—Un poco... un poco... ¡vaya! Un mucho... un muchísimo —siguió Carmen—. Si no es pecado, sino cosa muy buena.

—Sí, sí —interrumpió don Emilio—; sobre todo muy instructiva. Se ilustra uno mucho leyendo. Leyendo y viajando, que viajar es como leer en... como leer en la propia naturaleza. Un viaje o un libro... siempre dejan algo; algo.

—Cuando no se abusa de ello, ¿no? —dijo mi madre.

—Lo difícil es determinar dónde comienza el abuso —agregó mi padre.

—De lo que más se abusa es del trabajo —sugirió Felipe—. Siempre está uno más afanado de lo que debiera.

—Qué hombre más juicioso... —dijo mi tía.

—Sí, sí —reforzó Inés.

—Eso —ratificó doña Matilde.

—¡Hum! —hizo Carmen.

—Como siempre —dijo mi madre.

—No se burlen —interrumpió Carlos, que hasta entonces había permanecido hermétio, atendiendo a la charla sin intervenir—. Siempre se trabaja más de lo debido. Y en esto sí que hay abuso.

—Volviendo al tema —dijo mi padre con el tono más reposado y exacto de su voz, cuya cadencia tenía tan suave y efectiva autoridad— estoy conforme contigo (volviéndose hacia mi madre) en la inutilidad de la filosofía y, en el caso concreto, en lo perjudicial de las exageraciones literarias de Santiago, que se ha tomado a lo serio eso de leer, que debe ser regalo del espíritu, pero no carga.

Los temas cambiaban pero siempre recaían en mí. Estaba molesto, porque pensé que tales consideraciones me perjudicaban cerca de Carmen. Por eso estuve charlando aparte, de cosas vanas y frívolas.

Cuando nos levantamos para ir al salón, llevé a Inés del brazo y le conversé al oído. Carmen estaba inquieta y la sorprendí en dos ocasiones mirándome con el ceño adusto, ceño que disimulaba en una leve sonrisa cuando yo la observaba. Mi madre me llamó aparte y me dijo que no dejara a Carmen sola.

—Se enfrascan ustedes con Inesita, y queda la pobre Carmen con nosotras, conversando con viejas. Está aburridísima. Da pena. Llámenla.

Obedecí. Noté que Carmen estaba seria y se mordía con primor el bordecito del labio. (Qué labio tan rojo y húmedo

y carnoso). Me aproximé. Me sentía ruborizado, pero me agaché para atribuirle a la posición lo encarnado de la cara. Le dije simplemente:

—¿Quieres venir con nosotros?

—Claro. ¿Adónde?

—Allí. Creo que no estarás muy interesada oyendo hablar de cuando se usaban los sombreros de ala grande. (Sabía que era una torpeza eso que acababa de decir... pero al irlo a decir no tenía más que decir... quiero decir... no se me ocurrió qué otra prenda se usaba antes...)

—Por supuesto. Vamos.

La llevé del brazo. ¡Qué hermosa estaba! Elástica y firme. Temblaba al caminar, pero su temblor era reposado y rítmico.

Perdí de nuevo la noción del tiempo. Parecía que algo recóndito, íntimo, (acaso el alma, la personalidad, mi "yo") huía y me dejaba vacío, con un organismo torpe que gesticulaba y funcionaba mecánicamente, en virtud de una secreta e inexplicable inercia. Un cuerpo vivía allí donde yo estaba hace un minuto. Pero no soy yo mismo, sino sólo la envoltura, la apariencia de mí mismo. Estoy seguro de que entonces hube de cometer toda clase de torpezas e indiscreciones, tonteando como una criada, diciendo necedades, pero no las encantadoras necedades propias de la frivolidad y del buen humor, sino las imprudentes y sin gracia. Mientras allegamos sillas y nos acomodamos, pensaba que era preciso usar el mayor talento y el más atinado criterio para no dejar escapar tan singular ocasión. A la derecha, Inés; a la izquierda Carmen. Las dos padecían leve (¿leve?) confusión. Por fortuna, en este instante Mario y Rodrigo, y luego Carlos, urdieron el diálogo sobre mil fruslerías cuya técnica perseguí con mucho interés. Entretanto, y casi podría decir, contra mi voluntad, pensaba:

—Un niño pequeñito, rubio, de tez rosácea y delicada, con piernas y manos regordetas y dedos mínimos, va, de la mano del Buen Angel de la Guarda, por un ameno bosque con árboles, frutas, pájaros que cantan desde las ramas, un cielo limpio al fondo y, en medio, el arroyo canoro que requiebra a las flores de la ladera. Cuán diáfano el arroyo y qué pura el agua suelta que corre, burbujea entre las piedras, se toca de alba espuma y riega, festilizándolo, el campo verde, cuya humedad caliéntase a los rayos del sol que cae y se amoneda a través del umbroso follaje. El niño está pasando el arroyo, pisando blandamente sobre tres piedras para no enturbiar el agua. El Buen Angel de la Guarda lo socorre con su blanca

mano y, para afirmarse él mismo, despliega suavemente la mitad de sus alas. Es un joven hermoso. La mano de Dios lo ampara. Pasa el tiempo... La escena es distinta. El niño es un adolescente a quien el pecado manchó. El Buen Angel de la Guarda, avergonzado, inconsolable, con sus blancas alas abatidas, tapándose la cara con ambas manos, huye. Aquel muchacho quédase solo, sin protección del cielo. El Buen Angel de la Guarda se ha ido a mil leguas de allí. He aquí un símbolo. No creo haber pecado, pero mi alma ha huído de mí, como el Buen Angel. ¿Será preciso que me arrepienta...?

Animado por la compañía de mis amigos, sentí que había llegado la dichosa oportunidad, tanto tiempo anhelada, de hacer el amor a Inesita delante de Carmen, como estímulo para que ésta reaccionara conforme a lo que me explicó Rodrigo. Ellos mismos me procuraban los instrumentos.

—No te buscaré nunca más por las tardes. Ya me ha incumplido cien veces —dijo Rodrigo—. Así que cada cual lea por su cuenta.

—Vamos. Es que... —dije yo.

—Conozco perfectamente la causa y no podría reprocharte. Sé que leen ustedes —(se dirigió a Inés y a mí)—. Todas las tardes, en el jardín de su casa. Que es delicioso. ¡Con estos calores! Vaya... que yo los acompañaría de muy buena gana, si no fuera por que sé... que dos leen mejor que tres... Y, sobre todo, creo que más que leer, comentarán mucho lo leído. A más de que la vida es el más grande y el mejor de los libros ...Y supongo que será el preferido.

—Debiera serlo —le contesté—, aunque...

—¿Así que se divierten mucho, eh? —dijo Carmen.

Inés no se turbó. Escuchó con serenidad las parlerías de Rodrigo. Sabía que eran falsas, pero parecía prestarse a creerlas, al pie de la letra. Así díjole a Carmen:

—Muchísimo, ¿sabes? Me encanta la lectura. Y a ratos nos dedicamos a comentar lo leído, que es mejor. ¡Esto en serio! Porque veo que Rodrigo lo ha dicho con cierta malicia... umh...

—¿Yo? No. Lo he dicho con cierta exactitud, tan sólo... "Con cierta exactitud". ¡Cómo pronunció Rodrigo esta palabra! Nunca vi nada que impresionara tan sensiblemente a Carmen. Esta palabra la traspasó. Por primera vez experimenté la sensación de que Carmen se interesaba por mí. Ella, para encubrirlo (lo sé), repuso pausadamente, con voz suave y tranquila, (una voz deliciosa, llena de sensualidad):

—Yo sí leo muy poco. ¡Poquísimo!

—Y haces muy bien en ello, ¿sabes? —le dije.

—Sé que no hago muy bien en ello, pero... me da igual. Me aburre leer sola... Si... en fin... con alguien que...

El diálogo se hizo embarazoso. Inés sufría terriblemente. Lo noté por la evolución de su fisonomía. Carmen estaba alelada, pendiente de mi conversación que discurría acerca de mil tonterías. Yo mismo sorprendíame de esta elocuencia desconocida que manaba de mis labios y que le daba brillo y colorido a las imágenes más simples. Sentí una alegría furiosa, pueril. Me volví como un niño. La velada transcurrió sosegada y familiar. Fué para mí un triunfo. Carmen empezó a quererme.

* * *

Aquella noche, cuando nuestra casa quedó vacía, yo también quedé solitario y me encaminé al aposento. Sentía haber tratado cruelmente a Inés. Aquello había sido espantoso... Como no tenía ni pizca de sueño fuí al escritorio y, luego de manosear algunos libros, escribí lo que ahora traslado con rigurosa fidelidad:

"...Por la noche, después de terminada nuestra fiesta, me reprocho a mí mismo por la villanía. Me arrepiento. Siento tristeza y piedad. No obstante, experimento una alegría luminosa que me arde por dentro".

Pero estaba fatigado y me dormí pronto.

* * *

En la página siguiente, con su fecha, aparece:

"Anoche besé a Carmen en sueños. Me despertaba a cada momento. Esperaba ansioso el amanecer. Tengo alegría, ilusiones, esperanzas. Creo haber roto, por fin, el encanto. ¡Carmen me quiere! Indudable. Amanece, y estoy optimista. He sido complaciente y transigente con las razones de los demás. Olvido mi sensualidad. Mi amor es puro y alto. Al llegar esta tarde a la casa de Carmen, me informaron que ella había salido con unos amigos al club. Había baile. Regresé desconcertado. Esta noche la ví. Está distinta. Como estoy resuelto a esclarecer mi situación y experimento grande e inusitada pujanza espiritual, le dije que la quería y que si ella me quería. No pareció sorprenderse de mi declaración y, respecto a mi pregunta, respondió que lo pensaría esta noche y me lo diría mañana. Le rogué que lo hiciera así. Entonces dijo que temía se le olvidara su promesa. Me aterra su frivolidad..."

La noche a que se refiere el apunte anterior, al entrar en mi cuarto, la costumbre me abrió camino entre la oscuridad. Temo, sin embargo, tropezarme. Podría haber alguna silleta fuera de su sitio. Yo no la hubiera dejado, pero, alguien... alguien que no fuera yo, (por ejemplo ¿la sirvienta, aun mi madre, mi tía, cualquiera...?) Podría igualmente pisar sobre zapatos o pantuflas, estropeándolos. No obstante, adelanto la mano, como los ciegos, pero tomo la resolución de andar firme hacia el encendedor. Al iluminarse la estancia, reconozco el contorno. Todo está igual. Las cosas, familiares, mías, parece que hubieran estado aguardándome largas horas, sin impaciencia, con su habitual domesticidad, dentro de un sosiego humilde y resignado. La cama, la almohada, la lamparita, las pantuflas, el vestido de dormir, el letrerito que dice "Rosajulia", así, mal unido, escrito por no sé quién, con lápiz, en la pared, junto a la cama. El reloj, fiel, con su metálico corazón, bombeando el tiempo. (El tiempo no para, no cesa, prosigue, prosigue... gotea... ¡Quién pudiera apretar ese grifo!... La vida se va hacia atrás... ya se ha consumido un poco... ya otro poco... ya más... El reloj no para... sigue... tictac, tict-tac... Creo que anda más aprisa ahora, más pero yo no cambio, que en el cambiar está el parecer). De pronto me reconozco. Veo que soy otra vez Santiago. Me había perdido hace un buen rato. Me había perdido a mí mismo, lo cual es graciosísimo y... ¡tan agradable! Mis cosas (esas que me estaban esperando y que ahora se sienten acompañadas y tranquilas como yo con ellas), deben ser algo de mí mismo, quizá buena parte de mi propio ser. Lo cierto es que sin ellas, sin su soledosa compañía, corro el riesgo de perderme largo tiempo, dentro de la vigilia, como dentro de un sueño. Aquí recobro la libertad y rescato la conciencia.

Al meterme en la cama, pienso:

—Toda la felicidad depende de su decisión. Verdaderamente hay momentos supremos en nuestra vida... "momentos estelares"... en los que el destino queda en otras manos... a veces en las de nuestros amigos, otras en las de nuestros enemigos... otras en las de la casualidad, la fatalidad o el azar... ¡Si en las mías estuviera ahora la dicha de alguien... estoy seguro de que mi decisión sería favorable! ¡Si no cuesta nada! ¡Nada! Decir sí o no. Tantas letras tiene el sí como el no. Posiblemente nuestra propia ventura ha estado pendiente de un sí o de un no, y... ¡qué necios!... ¡qué necios...! ¿Tendrá algún valor nuestra deliberación? ¿No será acaso una mera ilusión? Carmen lo piensa. Ha de decirlo. La suerte está echada. ¡"Alea jacta est"...! Cicerón

con sus labradores y las yuntas de bueyes arando el ancho campo donde nacerá el trigo. Una vida muy plácida... El sosiego del "agro", la fiesta de la simplicidad... Los griegos sabían vivir. Una vida pletórica de goces naturales. También los egipcios y los árabes, en fin, la gente oriental. Una vida pujante, recia. Y sus mujeres redondeadas por el placer... como frutas maduras caídas en la tarde para el convite de los faunos. Y el bosque... Una vida así...

Pensaba vagamente en ello, habitante de mi dormivela como de una vaporosa nube que se perdiera en el confín. No recuerdo cómo ni cuándo el discurso cayó al abismo blando del sueño, pero sé que la conciencia, antes de entregarse, solía buscar sosiego en pensamientos gratos y fantásticas imaginaciones, y que nunca pude conciliar el sueño sin huir primero del mundo consciente y racional que me hostigaba. Muchas veces pensaba en la empresa de escindir una montaña, hacer un túnel o volar en un avión sin motor; otras, en haber formado parte de la tripulación que acompañó a Cristóbal Colón: en haber estado con Don Quijote el día que se topó con la reina Micomicona o en haber pasado con él toda la noche oyendo los ruidos medrosos de un batán, que se confundieron con el ronquido de algún endriago.

Y no recuerdo horas tan afables como aquellas en las que me liberaba del cautiverio de la razón, de la esclavitud de la vida cotidiana, para regresar hasta la infancia —país dorado— donde todo era dulce y sencillo... semejante en gran manera a los cuentos de Caperucita... Blanca Nieves... Pulgar... cito... y... Un gran palacio de estilo oriental... Todo de mármol de diversos colores... Azules y rosadas, lilas y verdes, escarlatas, blancas con anchas franjas de azul fino, las losas resplandecen cual trozos de hielo... Cristal, luz, coruscaciones que arañan los ojos... Enormes columnas que rematan barrocos capiteles. Sobre las columnas retuércense exóticos ofidios, semihumanos, con largas lenguas finas como látigos y ojos profundos que miran desde muy lejos... Máscaras de carrillos blandujos, fláccidos, escurridos en mueca trágicamente histriónica; sobre los muros en relieve, hay torsos... Machos nervudos, cuya anatomía denota formas tensas, a punto de veterse en movimiento, con titánico esfuerzo para romper invisibles ligaduras tras un incentivo más fuerte que su cautiverio... Hembras suaves, flexibles, de ondulante complexión, con senos opulentos que llegan al ápice en un botón áspero, oscuro, levemente erizado como una cordillera en miniatura y dirigido hacia arriba, levantado por una línea

que arranca del cuello. El inmenso salón está colmado de multitud de gente desconocida; los vestidos delatan la diversa extranjería de quienes allí están, venidos de los cuatro puntos cardinales... Rostros enigmáticos, fieros algunos, sosegados y afables otros... Al fondo, sobre un sitial, una mujer. Es la reina, de quien sus acompañantes son fieles súbditos. No acierto a explicarme por qué estoy allí... La verdad es que a nadie conozco ni nadie a mí... Ni siquiera soy visto... Sé que no entendería su lengua, pero ni falta hace porque allí impera un silencio inaudito. Nadie despliega los labios, que parecen cicatrices sobre los rostros. Por ciertos gestos pausados y ceremoniosos que veo hacer, comprendo que algo grande y extraordinario habrá de acontecer.

Estoy atrás, junto a una columna. Pero lo veo todo. Nada escapa a mis ojos atónitos, que tengo desmesuradamente abiertos como tragaluces. Experimento alegría porque Mario está allí. También Rodrigo... Pero no me han visto y... acaso —pienso— no querrían que los viese. Así que procuro esconderme de ellos...

Entra un cortejo. ¡Cuánta suntuosidad, cuánta liturgia! Siervos de color oscuro, de ébano, llenos de abalorios, ricamente vestidos, con aire solemne de estatuas andantes, portan, sobre sedosos y recamados cojines, toda suerte de fabulosas joyas, pedrerías trabajadas por famosos lapidarios, esencias, collares de perlas, gigantescas arañas de oro con ojos de diamante y cuerpo rojo de rubí. Luego, sobre anchas bandejas de plata, cofres cerrados, laminados con oro y nácar e incrustaciones de lapislázuli. Tras estandartes, cuyo palio llevan apuestos mozos rubios, de tez alabastrina y ojos azules, un anciano, revestido con mayor pompa, tocado con alta y resplandeciente mitra, cubierto por una capa que arrastra mucho en torno suyo, lleva las manos adelante, juntas y extendidas y, sobre ellas, un libro de pastas metálicas, cerrado por grueso y valioso broche...

Intento preguntar a mi vecino, un joven de mi edad que me ha dado muestras de amistad, —él, sólo él me las ha dado—, algo acerca de lo que ocurre. Pero al querer articular palabras noto que se ha secado mi garganta, como cisterna sin sombra. No puedo hablar... ¡Terror del silencio!... Cautiverio!... Encantamiento... ¡Misterio...! Decido huir, pero por más que miro en redor no veo escape posible. Las puertas están cerradas, con descomunales cerrojos... Miro al cielo... Se pierde y encandila la visión en insondables maravillas. Pero todo está cerrado. Todo. El palacio, (mágico, mágico, mágico), ha volado de la tierra y está ahora flotando

en el espacio como una joya. Mario y Rodrigo desaparecieron. ¿Dónde mi padre, dónde mi madre? ¡Nadie! Sólo yo en aquel encantamiento... De pronto, una voz que anega los ámbitos suena como un trueno. Tiemblo. Oigo:

—¡La gran verdad será revelada...!

No bien sonaron estas palabras, cuyo eco propagóse, multiplicándose de recodo en recodo, con acento bíblico, cuando abrióse la más alta y ancha puerta, crugiendo estertóreamente en sus goznes, con ruido de gruesas cadenas que se arrastran, y por ella entró, entre lujoso cortejo, un mancebo de no más de veinte años, alto, de recia complexión, de rizos dorados, vistiendo costoso atavío, que consistía en casaca roja, pantalones abombados de terciopelo azul y en su mano siniestra un sombrerito escarlata adornado con una pluma. Advertíase en el talante su abolengo real y en el fulgor de los ojos un no sé qué, que inquietaba y atraía. De seguro habría venido caballero en nacarado corcel y atravesaría perfumados bosques, oriundo de un quimérico país de hadas. ¿Acaso fuera el mismo Narciso?

El grave vejete del litúrgico libro abriólo al punto e hizo ademán de leer. Pero su garganta también se había secado. El asombro deformó vertiginosamente las caras. El anciano temblaba. Sus manos y su cuerpo eran sacudidos por una fuerza interior. Sin duda había sido presa de esos demonios que se alojan en los espíritus para enloquecerlos. Sus dedos agitábanse ansiosos de página en página buscando algo. Los ojos, que de adormilados y soñadores habíanse trocado en dos globos inyectados de sangre, no miraban, sino perforaban aquel libro hasta las entrañas. El estupor se apoderó de los ánimos. La reina, imperturbable, resaltaba por el sosiego de su rostro y por la serenidad de su cuerpo que gravitaba como la única entidad material de aquella escena. ¡Cómo pesaba ella...! ¡Cómo reposaba...! ¡Quieta, densa... verdadera! Entonces, todos volvieron los ojos hacia ella... El vejete estaba a punto de reventar. Se había puesto encarnado y sudaba y resoplaba de una manera vulgar. Toda su gravedad, su liturgia, su solemnidad, se habían aniquilado. Había sido privado del religioso estupor que los asistentes le otorgaron al principio. Creo que se borró luego... como si su contextura fuera gaseosa. Debió evaporarse... Parecía un rey de oros... que en sueños hubiera perdido de su baraja un jugador arruinado...

Algunas luces se extinguieron también. El enorme salón quedó en una suave penumbra que amortiguaba el brillo de los mármoles y el fulgor de los ojos de millones de piedras

preciosas. Aquello antojábaseme un truco teatral... Tras esas sombras que cayeron cual copos leves sobre la luz restante, el estrado donde se hallaba la reina refulgió aún más. El caso fué que entonces vimos todos (creo yo que todos, a juzgar por mí), que la reina se nos había acercado mucho, tanto como suelen acercarse las imágenes vista a través del telescopio. Y entonces... ¡Oh, prodigio!... mis ojos se llenan de aquella imagen, totalmente, como los lagos del cielo azul. ¿Pero aquello podría creerse?... La reina, aquella reina, tiene en las facciones algo que la asemeja a Carmen. Quedo estupefacto. La miro mejor. No es Carmen, realmente. Tiene de ella algunos recuerdos vagos... unos labios que olvidaron la boca exacta de Carmen..., un pelo más abundante todavía... De pronto caigo en la cuenta de que se parece a mi amiga, la hija de la señora de la capital, aquella con quien salía de paseo los domingos a ver el "carroussel", la que se casó con un señor feísimo... Casi podría decir que es ella, si esta reina no fuera tan perfecta, tan ideal, que sobrepasara las figuras humanas, existiendo como existen en nuestro recuerdo las mujeres que amamos. Sólo deberíamos amar...

...Su pelo negro, negrísimo, brillante, echado por detrás de las orejas, que son conchas nacaradas, rosáceas en el lóbulo y tan blancas que parecen no haber oído nunca palabras... ni quejas... sino rumores... La frente ancha, suavemente abombada, como la mitad de una gran almendra... Como dos espigas leves caen las cejas, sobre unos ojos grandes y profundos, que miran desde muy lejos (¡ah! ¡los ofidios semihumanos de largas lenguas como látigos!), como los ojos de los animales. (Acaso... ¿tal vez unos ojos sin alma?). La boca, como la herida de una fruta roja, está húmeda y doliente... Luego la nuca, que pronto ha de quebrarse hacia atrás. Y luego los senos, firmes, exactos, templados. Caderas y piernas que se adivinan tras las ceñida túnica de raso, con rodillas juntas y pies pequeños de uñas pintadas que asoman en las sandalias...

El joven que entró último dirígese altanero hacia el sitial, y de ahí baja a la reina (¿no sería princesa?) de la mano. (He visto de cerca su rubor, su pudor de doncella casta y brava, pero ahora percibo un gesto impúdico y lujurioso en su boca. El placer presentido la hermosea y la hace más atractiva. Su naturaleza femenina se apronta toda en el color encendido de las mejillas).

El mancebo cíñela con el brazo, y quebrándole el talle la rinde a la vez con el cuerpo y con un beso... De entonces en

adelante nada veo, porque la luz se fué acabando lentamente y la tiniebla se hizo sensible ahora, cuando la ansiedad trocóse en deleitosa curiosidad. Ando a tientas, por entre la oscuridad... Siento sollozos, leves gritos apagados en un ronquido suave... respiración anhelosa... Un blando crujido de telas finas... un olor hostigante... en fin, las porciones de sonido y de olor que pueden emanar...

He dado un salto en la cama. Estoy agarrado, literalmente agarrado, (con garras animales) de la almohada. Los hilos de luz solar me pican como insectos. No puedo precisar exactamente la posición geográfica. Como un náufrago, salvado en una balsa, exploro el horizonte en todas direcciones. Trato de fijarme en las cosas que me rodean. Aún no las reconozco. Sé que soy yo y que estoy en mi casa, en mi cama, en mi cuarto. Eso es verdad. ¡Sí! Realmente es gracioso... graciosísimo..., pero si en ello no debería ni siquiera pensarse... ¡vaya una ocurrencia!... Acabo de (restriégome los ojos)... acabo de soñarme una cosa extrañísima... y agradable... ¿digo agradable...? sí, agradable, agradable a eso del final... vamos, que estoy en mi cama... esto debió durar una infinidad... ¡he pasado una noche!... la cama está deshecha. Me he debido mover como una liebre... todo anda revuelto... Pero es preciso que recuerde todo lo soñado. ¡Todo! Es delicioso. Estoy atolondrado. Creo que voy volando en el arca de Noé. Un arca feísima... grandísima... pesadísima... ¿Podría volar el arca de Noé hasta las más altas montañas y quedarse sobre el lomo de alguna...?

Debo convenir en que estoy despierto. Absolutamente despierto. Es de día. Son las ocho de la mañana en mi reloj. La gente anda por la casa. El cuarto está cerrado y huele a "cuarto cerrado", algo... indecente este olor..., como huelen las ropas de dormir... Pero he soñado algo maravilloso. Me duele un poco la cabeza. Alguna indigestión. La boca me sabe amarga. He pasado mala noche. Pero debo recordar lo soñado. Dicen que los sueños son reveladores. Revelaciones divinas. Algo he oído acerca del psicoanálisis. Pero no seré yo quien se analice, aunque... vaya... que hoy es el día de saber la decisión de Carmen. Será un día de fiesta. El día que me quieras tendrá más luz que junio. El día que me quieras... digo... la noche que me quieras, será de plenilunio... Amado Nervo. ¡Y qué bonitos son estos versos! Suaves... tan suaves como caricias... una caricia, digamos musical y muy honda... muy hondamente dicho, digo... (éstas serían frases muy mediocres). El día que...

Aquella mañana tuve gran ansiedad, pero ansiedad dichosa, preñada de júbilo. Un desasosiego optimista como el que suele acometer a los niños antes de ir al colegio el primer día de clases o el que experimentan cuando, al salir para un paseo, su madre los detiene y les hace algunas amonestaciones sobre la formalidad y el juicio que han de guardar en la ausencia y les arregla, entretanto, el cuellito, la solapa, el peinado, el nudo de los cordones de los botines, dándoles al cabo un beso en la frente y una cordial palmadita en las nalgas. Veía el mundo alegremente. Tan limpia y pura la atmósfera, que la respiraba con deleite. Si dijera que este contento lo notaba en la cara de los demás, no mentiría un ardite. Los demás también estaban contentos como yo, y tan complacientes y afables que me sorprendía el que a ratos se me mostrara grato el mundo, ése de cuya feroz hostilidad tenía tan dura experiencia. La cabeza se despejó como el mismo cielo. Me parecieron mejor ese día el baño, el desayuno, el olor a limpio de la ropa. Todo era fácil. La felicidad estaba asegurada. Por la tarde visitaría a Carmen, sabría su decisión. Pero este bienestar previo ¿no era acaso el augurio, un presentimiento seguro, una profecía instintiva de mi felicidad?

Estuve durante la mañana canturriando tonadillas alegres, de moda entonces, y silbando como los pájaros a quienes sorprende una mañana de primavera. Hacía tanto tiempo que no experimentaba sensaciones semejantes, que yo mismo me quedaba suspenso al pensar en lo contento que estaba. Pero ocurría que al pensar en la dicha que me embargaba, ésta se menguaba hasta el peregrino extremo de desaparecer de mi ánimo dejándolo nuevamente sumido en su melancolía y desazón habituales. Por instinto de defensa dejaba de pronto las cavilaciones y volvía a silbar y a moverme de uno a otro lado, como un animalito en su jaula, dentro de la habitación. ¡Debía de estar feliz, y lo estaba! ¿Hacía falta más? La dicha se justificaba plenamente, puesto que había logrado decir a Carmen mi amor, y ella habíame prometido dar la respuesta en este día. Su respuesta sería favorable. De no ser así, ¿no hubiera ella comenzado a mofarse de mis palabras, no me hubiera acorralado con desdenes e ironías? Además, mi silencio hasta entonces para con ella, la incapacidad de decirle así francamente, "te quiero", había sido un tósigo, un tósigo maldito de incertidumbre, de dolor, de melancolía, de inquietud, de humillación. ¡Cuántas veces tuve en la boca encendidos discursos de amor, férvidas declaraciones, frases ardientes, quemantes, que me incendiaban por dentro con el

fulgor de sus llamas tácitas! ¡Cuántas veces estuve a punto de quebrar el silencio con oraciones a su hermosura, con apasionados requiebros, con vehementes sílabas preñadas de ese dolor recóndito que estaba matando mi alma! Sólo una vez, cuando ella coqueteaba estúpidamente con el teniente del ejército y yo hube de echarle un sesudo sermón acerca de la inconveniencia de tales condescendencias, en tono paternal, como de amigo desinteresado, ella acató mis reflexiones y me aseguró que aquello era una tontería sin importancia. Le dije que esa tontería podría lesionar su buena reputación; de aquel polizonte grotesco disfrazado de soldado era un gañán detestable; que su sola presencia, con aquella risita estúpida y aquellos galones carnavalescos y aquel sable pírrico y aquellos arreos fachendosos y, sobre todo, ese bigotito impertinente, inspiraba asco y cólera a la vez. Estaría bien para diversión de muchachas frívolas de segunda clase, pero jamás para ella, de quien se esperaba otra cosa. Hice recogida general de todos los adjetivos denigrantes que tenía en la cabeza para echarlos encima de aquel pajarraco vistoso, acudí a ejemplos y refranes, anécdotas y cuentos graciosos que ridiculizaban a los soldados en tiempo de paz, haciéndolos parecer cobardes y engreídos, unos follones sin espíritu, trapisondistas del valor. La necesidad de desacreditarlos ante sus ojos (sobre todo aquél que la cortejaba) me facilitó un léxico abundante y decidor, y fué aquella perorata maravillosa mi primera victoria literaria cerca de ella. Cuando terminé, tuvo que decirme:

—Tienes razón y te agradezco tu buena voluntad. De hoy en adelante no lo volveré a ver. Dijo que vendría el domingo para llevarnos a dar un paseo en los caballos del ejército. Le mandaré a decir con la criada que nos fuimos al campo. Sé que eso va a desconcertarlo, porque cuando me propuso lo de los caballos le hice la pantomima de que sería delicioso galopar un rato. El pobre es muy tonto, tienes razón. Y como buen tonto, terco. Va a ser una empresa deshacerse de él. Además para serte sincera, le tengo lástima. ¡Es buenísimo! Puede ser ignorante y ridículo y... en fin... todo lo que tú dices... pero, el pobre... es tan... ¿cómo te dijera?... ¡tan sencillo, tan ingenuo! No es como tú lo pintas, no. Así parece de lejos, por el uniforme y lo que tú dices del bigote y demás... pero en el fondo, lo conozco. Es, además, muy tímido. Y creo que viene aquí desinteresadamente. En verdad soy yo quien tiene la culpa de que él se atreva a venir a la ventana y a pasear por esta calle. De su cuenta no hubiera sido tan osado. Fuí yo quien quiso di-

vertirse un rato, matar el tiempo charlando cosas insulsas. El pobre... el pobre va a tener un desencanto. ¿Sabes que, pensándolo bien, he sido una pícara? No es que le haya dicho nada a él, ni él nada a mí. Pero sé que le gusto... un poco. ¡El a mí nada! ¡Absolutamente! Creo que no dudarás. Pero lo que dices está muy puesto en razón. Las cosas se van alargando... los vecinos van urdiendo calumnias... él va consintiendo ilusiones y luego, el desenlace es peor. De todos modos es preciso tener mucha delicadeza para dárselo a entender.

—Sin que esa delicadeza llegue al cabo de no cortar de una vez unas entrevistas bochornosas... —le dije.

—Bochornosas, no. ¿Sabes? —me repuso ivvamente—. De bochornosas no tienen nada. Muy inocentes... y hasta tontas, pero...

—He dicho mal. Pero tú me entiendes.

—Desde luego.

Días después vi que cumplía la promesa y tan en serio que el caballerete empenachado se corrió, y cuando me lo encontraba por la calle ponía cara mohína. Le dije entonces a Carmen que así se hacían las cosas, que la felicitaba por ello. Trató de desconcertarme insinuando que aun no había cortado de raíz las entrevistas, pero yo sabía que aquello tenía segunda intención y de fuentes seguras me enteré que el teniente no había vuelto a aquella calle.

En esa ocasión y fundándome en las buenas razones que habían llevado a tan dichoso término esta empresa mía, estuve tratando con Carmen acerca de un tema que leí en uno de mis autores favoritos sobre cuál sería el tipo de hombre que les interesaba a las mujeres. Porque ya que para los hombres regía cierto fuero sobre el particular, (por ejemplo, el de "la mujer atractiva", "la mujer hermosa", "la mujer bonita", cada una de las cuales podía definirse por ciertas características generales), era indudable que respecto de los hombres tenía que acontecer lo mismo. El hombre interesante sería, digamos, el "buen mozo" profesional, de regular estatura, recia complexión, etc., etc., o el...

Platicamos larga y sabrosamente sobre el tema, porque yo espoleaba el ingenio para aderezar preguntas capciosas y plantear problemas picantes. Dentro de la urdimbre experta de mis interrogaciones, Carmen se movía con gran sosiego y sin par llaneza. Me dijo que el hombre interesante no existía, en general, sino que había un hombre interesante para cada mujer y que, de seguro, el ser interesante dependía de causas imponderables que no influirían sobre cual-

quiera otra mujer. A una le gustaría uno rubio, alto, delgado, de ojos azules; a otra uno moreno, fuerte y simpático; a otra uno trigueño; a otra... que entre gustos no hay disputas. Le precisé con mayor agudeza la pregunta y, tras leve meditación, respondióme:

—Tu tal "hombre interesante" no existe. Pero si existiera sería aquel que poseyera el secreto de hacernos felices;... hacernos felices..., es decir, que nos hiciera pasar agradablemente la vida. Un hombre con quien, conversando, pasan horas enteras, distraída, sin aburrirse; que sabe de todo, pero poquito (no me gusta la gente demasiado profunda, porque, además de que no las entiendo, me parece que son muy humildes y silenciosas); un hombre que, al menos, procure adaptarse a la manera de ser de nosotras las mujeres, que para algo somos mujeres y no hombres; un hombre que nos trate no como a sus amigos, sino como a mujeres que somos, pero con delicadeza, sin abusos, sin querernos sorber por completo; un hombre, en fin, sin tanto egoísmo, porque los hombres son muy egoístas, mucho más egoístas que las mujeres; ése sería el hombre interesante.

—¿Y podría ser un tonto, un ignorante, un petimetre, un señorito bonito...?

—¡Podría ser! ¿Por qué no? —me repuso—, a sabiendas de que mentía, pero segura de que aquella intemperancia la hacía más mujer y más atractiva y le conservaba, además, su personalidad, frente a mi triunfo. No quería dejarse "sorber" por el torrente de mis argumentaciones.

—¿Hay hombres bonitos? Oyeme bien: ¿bonitos?

—¡Bonitos no! ¡Todos son feísimos!

Nos reímos de buena gana. De pronto, le disparé a quema ropa la bola que tenía atragantada:

—Y dime, Carmen... quiero hacerte la última pregunta... pero en esta ocasión es preciso que me contestes muy seriamente... muy seriamente... porque se trata de algo que... que va verdaderamente en serio. Si me prometes...

—¡Vaya!... que con el prólogo...

—Es que se trata de una pregunta... franca... y, además, íntima. Me es indiferente la respuesta... pero a condición de ser sincera. No vayas a creer que fundo en ella grandes ilusiones... ¡no! Eso tú lo sabes... acaso es tan sólo una curiosidad...

—¿Te ayudo?

—No, que ya voy. Pero en serio: ¿crees tú que yo sea un hombre interesante, que resulte agradable, sencillo... en fin... vamos?

—¡Sí! —(Brilló éste sí como un relámpago)—. Sí —continuó—, puedes considerarte un hombre interesante... pero nadie lo creería a primera vista. Quiero decirte que nadie se forma de ti un concepto justo antes de conocerte mucho y, sobre todo, de que tú te des a conocer. Sé que la gente te considera pedante, engreído, muy serio. Y... es necesario convenir en que... bueno... en que tienen un poco de razón, porque tu apariencia exterior es esa. En el fondo eres mejor. Pero estoy segura de que si fueras un poco... no sé...

—¿Un poco qué?

—No sé decírtelo.

—Trata de explicármelo. Es interesantísimo.

—No. No puedo. Y ahí está una de las cosas que podrían perderte. Buscas muchas explicaciones... inútiles.

—En resumen... ¿que para ti soy un hombre interesante?

—Sí, me interesas. Ya te lo dije. Conversemos de otra cosa.

Al día siguiente de esta entrevista se remonta el angustioso silencio que guardé esa tarde en que hubiera querido decirle: "Ayer por fin logré arrancarte un "sí, me interesas" y la promesa solemne de que acabarías con el otro. Dos placeres iguales... Pero no se lo dije porque hablamos de cosas triviales".

De ese tiempo en adelante, nuestra amistad se había trocado en fraternal camaradería y recíprocamente nos dábamos trato de amigos afectuosos, pero jamás, jamás... de lo que yo anhelaba. Y están en lo cierto quienes afirman que es más fácil pasar del desconocimiento absoluto al amor verdadero, que de la buena amistad a éste, pues el amigo, por la confianza de que disfruta y las facilidades que se le otorgan para llegar a nuestra intimidad, encuéntrase obligado a respetarla, considerando que la viola cualquier abuso. Además, dos amigos se comprenden tanto, están tan cerca, tan juntos, comparten de tal suerte sus ideas y aficiones, que llegan a mostrar muy a las claras sus defectos y flaquezas, antes que el amor, el amor suficiente, haya borrado todas las manchas y allanado y perdonado cuanto se oponga a su dicha.

Debía de estar feliz, y lo estaba. Esta frase acudiría rítmicamente a mi cerebro y pasaba por él, como la lanzadera va de lado en el telar, llevando el compás de la urdimbre. La sensación que me hacía dichoso era de un género especial. Me sentía liviano, ágil, como si me hubieran quitado de encima un gran peso. Mi espíritu estaba transparente, como recién nacido a la vida, a una vida maravillosa cuyos dones sobrepasarían la ambición, anegándola. Por primera vez me convencí de que era malo pensar en nuestra propia ventura, ya

que la reflexión arrojaba pedazos de tristeza y de duda sobre nuestra felicidad, para amortiguarla. Siempre había creído que pensar era malsano, pero nunca como aquella mañana. Quería mi dicha y, para protegerla, me cuidaba de no pensar en ella. La dejaba ahí, libre, suelta, dueña de todo mi ser. Hasta llegué a decirme (sin poderlo evitar) que la felicidad era un delicioso estado de inconsciencia, una fuga de la realidad, un poder olvidarlo todo, un dejar de asistir a nosotros mismos, algo así como una verdadera enajenación. Y la tristeza, el dolor, la desventura, eran fruto del mucho raciocinio, de la conciencia plena y de la vida. ¿Así que ser dichoso era olvidarlo todo? ¿Irse... irse de aquí? ¿Dejar de ser lo que éramos o los que somos? ¿El sueño? ¿Acaso... acaso la muerte? ¡Me horroricé! Un escalofrío me recorrió. Por primera vez también la muerte se había asociado en mi cerebro a la felicidad...

Debía de estar feliz, y lo estaba. ¡Sí...!, pero si aun no sabía la respuesta de Carmen. Bien podía ella haber dicho aquellas palabras "lo pensaré esta noche y te lo diré mañana" por decir algo, por salir del aprieto en que la metía mi impertinente pregunta, por oponer a la angustia de mi súplica una dilación, un pedazo de tiempo. Nada que pese tanto como el tiempo arrojado sobre alguna cosa o sobre alguien. Paletadas y paletadas de tiempo terminan por colmar cualquier agujero. Es gran prodigio ser superior al tiempo, estar por encima o fuera de él. Y si me dijera esta tarde, simplemente, con su desdén habitual: "pues, mira, lo he pensado y no te quiero"? Mi bochorno sería espantoso. El rechazo de mi amor, de un amor tan ingenuamente declarado, sería humillante. En cierto modo, podría libertarme de ella, porque llegaría a odiarla.

Pensando en ello maquinalmente, por costumbre de reflexionar (horrible hábito del que no podía corregirme tan pronto como quisiera), llegaba a sorprenderme a mí mismo y me decía: "vaya, que ya estás cavilando y cavilando, haciendo de Penépole intelectual, faltando a tu promesa". Pero el itinerario de los discursos había tomado de pronto una ruta apasionante: ¿cómo sentir esta felicidad, esta dicha inefable, cuando aun no tenía fundamento ni causa? Si Carmen me hubiera dicho que me quería, es claro que el contento se justificaría, pero si nada sabía yo de ello, ¿por qué gustaba anticipadamente una ventura, cuyo goce prematuro podía costarme tan caro? Porque caería de más alto. El vuelo alegre de las ilusiones, la bandada estival de los sueños, a fuerza de subir y subir hacia el cielo, ¿no estaría tomando altura para caer más pesadamente?

No obstante que tales razones me inclinaban a ser discre-

to en el divagar, sobrio en la apreciación de un estado de alma que no debería ser otro que el de una ansiosa espectativa, aquel contento interior seguía circulando por la sangre, como un vino. Estoy seguro de que la felicidad debe producir alguna alteración química en la sangre, porque lo cierto es que toda ella se siente entonces vibrar en nuestro organismo, no solamente impulsada por un latido más fuerte y acelerado, sino como llena de un licor embriagador que adormece levemente los músculos y excita los nervios de manera grata y saludable. Así que o mi deseo me traicionaba la mente hasta el punto de obnubilarla y hacerla creer en fantasías (lo cual es sólo entre gente menos avezada que yo al desencanto), o había otra causa que lo era al propio tiempo de mi felicidad. En ello estuve ensimismado largo rato (y digo que largo, no porque yo fuera sintiendo el tiempo mientras pensaba, sino porque después, cuando me repuse de este ensimismamiento, sentí la cabeza pesada y una sombra de cansancio que me caía sobre los ojos).

Por fortuna, de la lucubración saqué luz suficiente para explicarme tan extraño fenómeno. Y creo que viene al cabo relatar aquí cuál fué la conclusión y cuáles los caminos que condujeron a ella. Son harto simples y pueden enunciarse sinópticamente.

—Desecho —para huir del lugar común, me dije—, la idea de que estoy feliz a causa de que Carmen dijo que me quería, porque ello es, primero falso, segundo tonto y tercero más propio de ilusos que de analistas. Eliminada esta causa y eliminado también (porque no es verdad) que yo sea optimista, no queda otro motivo de la dicha distinto del de haber sido capaz de decirle a Carmen que la quería. He aquí el secreto: me he libertado de ese gusano que roía el alma; he dejado de ser tímido; he sido capaz de "hacer algo". Aquel deseo contenido, aquella angustia permanente, tantas promesas que se quedaban en cierne y que, estando a punto de convertirse en realidad, caían nuevamente, al conjuro de mi ineptitud, en el fondo del alma. El ala era un sepulcro de instintos repelidos, de ambiciones contusas, de apetitos muertos antes de desarrollarse, que han debido salirse y resucitar en estas palabras mágicas que ayer le dije: "te quiero; ¿me quieres tú a mí"?. Con esas palabras se descargó mi alma como un cielo tormentoso, luego que la lluvia cayó. Era esclavo del silencio, y ahora soy libre. Era el cautivo de la timidez, y ahora soy audaz; era el carcelero de mis ilusiones, y ahora les he abierto la puerta; era la jaula de mí mismo, y he roto los barrotes y he volado. Eso es: he volado. He logrado rescatarme con estas solas palabras. Y el alma agradece el beneficio de esta libertad y demuestra su gratitud, otorgándome este contento que no decae, ni aun a los golpes capitosos de la reflexión. La verdadera felicidad es, indiscutiblemente, superior a sus enemigos. Está más allá de ellos, lejos del alcance de sus garras. He aquí su distintivo específico. Sinceramente la respuesta de Carmen es secundaria. Dirá que sí o que no. Si dice que sí, mi ventura centuplicará y entonces... entonces voy a tener casi miedo de ella, porque sé que es pecado ser demasiado feliz... y que ello solemos pagarlo a un precio excesivo. Si me dice que no, de todas suertes habré triunfado de ella y, sintiéndome libre, su negativa no me tocará. Le inflingiré un desdén cuantioso y cierto. Sentirá mi burla, mi risa, mi superioridad. Mi superioridad animal. Mi superioridad animal, que es la única que me falta y la única superioridad estimable. Una mujer a quien podemos despreciar honradamente, es ya un poco nuestra, está bajo nuestro poder, se somete, se agacha, se humilla. La gran batalla está dada. Su elaboración fué lenta, plagada de villanas torturas, llena de sinsabores, de vigilias interminables. Pero la he dado sin saber, de pronto. Ha madurado como las frutas. De pronto... zásssss... la fruta cae. La madurez y el peso han llegado al límite. He sido mi propio libertador. El libertador de mí mismo, de mi alma y... principalmente, de mi cuerpo, que era el cautivo. ¡He aquí por qué me siento tan dichoso!

* * *

Por la tarde vi a Carmen. El coloquio fué breve y mi ánimo estaba tranquilo. Nunca me sentí tan adueñado de mí y creo que de entonces data la primera noción de la voluntad, fuerza que me era por completo desconocida y en la que nunca había pensado en serio. Le dije:

—¿Lo pensaste? Y ¿qué...?

—¡Ah! ¡Se me olvidó...!

—¿Es posible? —agregué mirándola fijamente a los ojos, con impertinencia y estupor a la vez, poniendo en aquel "¿Es posible?" toda mi fuerza y, al propio tiempo y sin quererlo, toda mi suspensa perplejidad.

—Sí, ¿sabes? —me repuso, bajando los ojos, por vergüenza o quizá también porque nunca la había mirado yo con tanto reproche—. Me apena decírtelo y hasta podrás no creerme... pero la verdad es que se me olvidó pensarlo. Será

otro día... lo pensaré esta noche... si quieres... ¿eh?

No le repuse nada. Las previsiones, por numerosas y discretas, no habían llegado a tanta frivolidad. Lo había olvidado. Era un truco, una excusa, una manera odiosa y repugnante de contestar. Sentí asco y estupor. Y no sé a punto fijo hoy cuál de estas dos sensaciones fué más fuerte y duradera en mi ánimo. Mi voluntad se relajó, el optimismo agonizaba, el paisaje de dicha se fué enluteciendo; todo era mustio allá adentro, como los campos tras el verano. Sin embargo, me mostré risueño y desdeñoso. Al poco rato hablábamos de tonterías. Y yo llegué a pensar seriamente que una gran parte del hechizo con que aquella mujer me atormentaba estaba vencido. La declaración de ayer, como un agua bendita, me había exorcisado.

La noche de ese día, sentado como de costumbre ante la mesa de trabajo, estuve mucho rato mordisqueando el lápiz y recordando las palabras de Carmen. De pronto, en medio de aquella meditación, me asaltaron las imágenes del sueño que había tenido, y una nueva sensación de bienestar me invadió. Cedí al embrujo de aquellas divagaciones, y, casi inconscientemente, fuí escribiendo en la libreta el curso de estos pensamientos. Quise pergeñar el relato de mi sueño tan fielmente, que puse en olvido la lógica de la vigilia para no falsear la arbitrariedad de los recuerdos. De allí he tomado lo que luego parecióme más veraz y procedente, y con esas notas lo referí aquí. Y no por necedad de entremeter episodios que alarguen estas páginas, sino porque aquel sueño tuvo influjo poderoso en mi destino y en mi vida, como se verá luego.

Al día siguiente resolví releer lo escrito, y entrando en mayor curiosidad por lo peregrino y misterioso de aquel sueño, acordé descifrarlo a mi modo, sin más normas que las que me diera mi flaco cerebro y mi personal intuición.

En principio creí que en las entrañas de aquel sueño podría estar la clave y el secreto de mi vida. Había oído —y no de bocas profanas— que en los sueños se nos revelaba el arcano que cada quien lleva en el fondo de su espíritu y que a veces presagiaba cosas trascendentales. Esta creencia, que fué vulgar antes, había pasado al fuero de la ciencia, y los psicólogos habíanla revalidado. De suerte que no era un capricho ni un proceder insano el que a ello me inclinaba, sino razones de mucho aliento. Y ya se podrá juzgar después si mis interpretaciones tenían importancia.

TERCERA PARTE

. . . .

"Y decíanse unos a otros: Aquí viene el soñador. Ea, pues, matémosle, y echémosle en una cisterna vieja; diremos que una bestia feroz lo devoró; y entonces se verá qué le aprovechan sus sueños".

(Génesis capital, XXXVII).

¡Cuántas veces —lo comprendo ahora, ahora cuando no lo necesito y quizás porque no lo necesitaré nunca—, la desesperación es el comienzo de la sabiduría! Ultimamente he entendido muchas cosas. Muchas cosas antiguas, sumergidas en el pretérito, en esas aguas oscuras y lejanas cuyo tácito murmullo sentimos a nuestras espaldas a ratos como un reproche, a ratos como un remordimiento, como una queja, como una advertencia. Pero estamos sordos. La vida hace bochinche en torno nuestro. Nos urge, nos espolea, nos impele hacia adelante, nos empuja como amigo burlón aficionado a chancearse, con algo de cariño y algo de malignidad, como siempre. Creemos vivir cuando nos desplazamos del espacio y del tiempo en que estábamos, hacia lo desconocido, hacia más allá, más allá. De ahí nuestro sincero desdén por el presente. El presente es demasiado estrecho, demasiado fugaz. Si pensamos bien en ello, ¿qué es el presente sino un centésimo de segundo en una porción mínima del espacio? Lo demás es pasado o futuro, pretérito perdido o porvenir por ganar. Y nuestro ansioso movimiento parece estar determinado por una extraña y todopoderosa fuerza, que desde la meta de nuestro destino nos succiona como una ventosa trágica. De ahí que, bien mirados, con ojo perspicaz, tengamos los hombres aire de tontos o locos. Observad detenidamente

a nuestros prójimos, cuando se atarean en sus ocupaciones o distracciones. No hay sosiego en ellos. O si acaso lo aparentan, es porque están ausentes de lo que hacen o sueñan, o piensan. Si no, los veréis tan agitados y convulsos en su labor, tan irritados, tan fuera de sí —he aquí la verdadera expresión—, tan fuera de sí como los vesánicos. Se han extravasado. Su ser íntegro está lejos del recipiente natural. Cuerpos ágiles, agitados, sacudidos por peregrino escalofrío; músculos vivos, móviles como peces; dedos nerviosos, semejantes en su inquietud a una colonia de menudas sierpes esclavas por el rabo, tratando de desprenderse del racimo de la mano cual si alguien las estuviera acuciando; ojos dilatados, como recién inflados —balones vítreos verdes, castaños, negros, o de color inefable—, vertiéndose de las órbitas hacia lo incógnito con verdadera lujuria, como queriendo desgarrar o agrandar la herida sana de los párpados; el cuello tenso, con venas y arterias en relieve, cual si se posara ante el artista que esculpe la estatua de "El Esfuerzo"; el pecho jadeante, fuelle de envenenar el aire puro; la sangre madurándose, haciéndose vieja y fría, recorriendo arterias y venas inútiles, allá, a través del cuerpo que se consume. He aquí el presente de los hombres. El pasado cayó atrás, como un compañero en el campo de batalla. Nos queda el deber de vengarlo de los enemigos. Somos sobrevivientes, y tal ventura nos depara obligaciones ineludibles. ¿El futuro? ¡Ah! el futuro es —lo sabemos—, la posibilidad máxima! Todo cabe en él, inclusive nuestra muerte. El pasado es un montoncito exiguo; el presente, un relámpago; el futuro, el mar. Y nosotros, los viejos lobos, los eternos nautas, los Ulises imperturbables, discretos y astutos.

Estas reflexiones se me han ocurrido con inusitada frecuencia, pero sólo ahora me resuelvo a escribirlas. Pudieran resultar útiles para alguien, aunque temo que pocos serán quienes las entiendan o, mejor dicho, quienes se arriesguen a entenderlas, que el todo es arriesgarse. Es preciso ser osado y aun temerario para llegar a comprender. Siempre se ve uno abocado a una batalla. De ahí que la mayoría se contente con decir, fácil y orondamente, con esa ironía cobarde que acoraza: "no entiendo", lo cual equivale casi sin excepción a "no quiero entender", o mejor, a: "me perjudicaría entenderlo, me haría daño, estropearía mis costumbres, mis queridas costumbres, (nombre vago y genérico que se aplica indistintamente a los vicios y a las virtudes); quizás me haría —¡oh! horror, ¡oh! miedo, ¡oh! humillación—, quizás me haría rectificar, y eso... ¡ah! ¡eso nunca! Y tal vez tengan

razón, porque rectificar es tachar, así, con un lápiz, algunas páginas de nuestra vida. Verdad que se tachan con orgullo, para embellecer las otras, las páginas vírgenes, las que no hemos poseído, las que nos esperan desde su remota noche nupcial. Pero... ¿y si no nos esperaran? Cierto que nos quedaríamos vacíos y sucios, como una cuartilla escrita —una sola— a la que impusiéramos el silencio de una gran equis, cual un estigma. Somos irremediables. Estoy seguro de que el hombre es incorregible. La filosofía y la ciencia lo respaldan, pues están hechas sobre medidas para que le vengan bien a cada pecado y a cada villanía; los códigos le sientan admirablemente; sus frases y ademanes han sido estudiados. Una tropa laboriosa de científicos se atarea descubriendo la razón de cada flaqueza, y, hallándola, la lanza a los cuatro vientos. Entonces, los pecadores descansan. Millones de hombres pacientes, vestidos de negro, oyen, tras fétidas rejas, idénticas confesiones. Son los muladares donde la humanidad entierra su estiércol de infamia. Uno musita, otro escucha; el uno vacía, el otro recoge. De pronto, Dios se levanta entre ellos y traza un signo de perdón en el aire. Pero el hombre cae y recae y vuelve a caer y sigue cayendo. Y cuando ha llenado su buche de porquerías...

Gran misterio éste de la penitencia. El más grande de todos y el que, —fuerza es reconocerlo—, nos muestra a Dios más semejante a nosotros y, por consiguiente, más conocible, más amable. Aunque, también es allí donde Dios es más Dios... y quizá menos hombre, porque entonces está perdonando.

Pero, vuelvo atrás. Parece que el presente nos ardiera en la planta de los pies, cual si fuera una brasa. Lo cierto es que estamos siempre saliendo de él, alejándonos. Es necesario aclarar mucho este fenómeno, porque en él radica, a mi entender, el error de nuestra vida, quiero decir, el secreto de que apenas vivamos tan poco, aunque el tiempo anote en su libro sesenta o setenta años. Y ahí también la razón de por qué, cuando la muerte nos despierta, antójasenos que fué demasiado presto, que tan sólo dispusimos de tiempo harto escaso para vivir. De ahí la inconformidad perpetua con el destino. Realmente hemos vivido tan pocas horas...!

Desde niño oí decir que los abismos atraían. La profundidad ejerce sobre el espíritu —y parece que también sobre el cuerpo— un magnetismo tal, que quien se asoma desde lo alto de un risco a la noche abismal corre grave riesgo de dejarse atraer vertiginosamente, el alma ebria con la voluptuosidad del pavor. Una súbita irradiación de tenues y fríos

canales perfora, sin ruido, la masa de nuestro cuerpo. De improviso, nuestra sangre, la de siempre, se estanca y coagula. Un nuevo líquido, yerto y verdoso, colma la peregrina red de tubería que hace un instante apenas se instaló en el organismo. De seguro llevamos, furtiva, la herencia milenaria de las aves o de los ángeles, pues es lo cierto que, entonces, cuando ese corazón inédito que no era el nuestro pone a funcionar la nueva sangre, sentimos que, sin poder evitarlo, contra nuestra voluntad pero siguiendo el oleaje vesánico de un placer desconocido que nos rinde, de nosotros mismos están saliendo alas. Dos alas grandes, blancas, que arrancando de las espaldas se van adhiriendo a los brazos, y, entonces, el órgano crea la función; el aire mismo se hace compacto tras ellas, las empuja suavemente; los ojos se obnubilan; la razón, desfalleciente, cae muerta a nuestros pies como un perro fiel y, balanceados en la primera nube... caemos... caemos blandamente, como caemos en los sueños... y... En verdad. El porvenir es un abismo. El futuro nos atrae con fuerza magnética de abismo. Atrás todo parece vago. Nuestro presente es el filo de la sierra. No tenemos la culpa. Nuestras son las alas, pero la caída sólo pertenece a Dios.

* * *

¡Cuántas veces es preciso abandonar la ciencia para lograr la verdadera sabiduría! Es tan vana y orgullosa la ciencia. Y es la sabiduría tan sencilla y humilde. Verdaderamente no sé cómo pueden confundirse las dos, cómo pueden confundirlas los hombres. ¡Son tan diferentes! ¡Vaya si lo son! La ciencia afirma, rabia. ¡Es colérica y dogmática, aunque sus apóstoles, comprendiéndolo, den en expelerla disfrazada con un lenguaje taimado, lleno de titubeos léxicos, indeciso como la marcha de una lagartija, pero en el fondo doctoral e inflexible! En cambio, la sabiduría habla con palabras tan suaves, que nadie puede creer en ellas, excepto —claro está—, los sabios. Pero son ellos muy pocos y están tan avergonzados y corridos de serlo, que la timidez y el pudor los llevan a meterse en escondrijos y tenerle miedo a la luz y, sobre todo, a sus prójimos. Y es porque los conocen. Los prójimos son gárrulos, fachendosos, voraces y brutales. De ahí que se necesite tanto coraje para no ser científico y tanto más para ser sabio.

Se le tacha al sabio un gran pecado y es el de no triunfar. Pero se le ha asignado al verbo triunfar una significación acomodaticia: se dice que triunfar es ganar el favor de los

muchos y, por consiguiente, adquirir gran poder entre ellos. Desde luego, para ello se necesita mucha ciencia, pero la sabiduría es, no solamente inútil, sino contraproducente. Y la razón es simple: la ciencia trata de justificarles a los hombres sus acciones, sus pasiones y gustos, sus instintos e inclinaciones; la sabiduría trata de que ellos se conozcan a sí mismos, cosa inútil por demás, repugnante y melancólica. La ciencia es música para la danza; la sabiduría espejo para el cuerpo y para el alma. Y son tan pocos los hombres que pueden mirarse en un espejo. ¡Tan pocos...!

Es preciso reconocer que para mirarse en un espejo (lo que se llama mirarse de veras), se requiere un temperamento muy viril. La experiencia implica azar. Otros dirían que se necesita... cinismo. Es siempre peligroso conocerse a sí mismo. De ahí que Sócrates, cuanto más famoso, resulta menos popular. Realmente es antipático, inhumano. Y es que Sócrates representa el trozo de alumbre en el agua sucia de nuestra alma; un elemento químico de clarificación. Y nos amañamos tanto en el fango... ¡Oh! el querido fango... Somos batracios. Como los sapos, nos aturdimos con melodías y cantamos a la luna y a la noche estrellada. Y somos —no es necesario dudar de ello— una sinfonía arrobadora dentro de la tiniebla. El charco truécase, por sortilegio de las estrellas diminutas que rielan, por el embrujo perfumado del aire que arrastra grandes embarcaciones de perfume, por los millones de ruidos anónimos que vagabundean entre la oscuridad cual farándula alegre de viejos gnomos, en mágica laguna de la cual, (sí, nada se pierde con aceptarlo), podría emerger de pronto, así, súbitamente, como ciertas imágenes poéticas que en principio rehusamos aceptar como creaciones propias, (¡tal es su belleza aparente, tal nuestra sorpresa, tal el concepto menguado que de nosotros mismos tenemos, tal su entrañable, inefable significación!), un Aladino con su portentosa lámpara encendida. Una llama naciendo del agua: ¡pasmoso prodigio! ¡El fuego atravesando su propia objeción, como esos argumentos sutiles, escolásticos, que se complacen en pasar, cual tragafuegos, por la masa misma de las impugnaciones, como si de allí surgieran acrisolados por su propio ser intacto! El error los acrisola. Semejantes, como espectáculo, al de esos fakires de la India, que se quedaron metidos en un pliegue de nuestra niñez (¡cuánto gusto daría reencontrarlos, pero es imposible, porque aquellos fakires no volverán sino para otros niños!), brujos maravillosos que pasan, con velocidad y vistosidad de peces, a través de un luminoso anillo de puñales, o que, enterrados, resucitan de

pronto, alzando los brazos para mostrar su integridad corporal, para pedir un aplauso y para lanzar lejos de sí el paño negro —mortuorio— cuyo color acaba de dar a la escena su tono fúnebre, y, ahora, su equitativa compensación. Pero por más que cantemos, somos batracios. La laguna mágica, al retoñar el día, vuelve a la realidad. La luz la funde de nuevo, y la moneda que brillaba bajo la luna arrullada por el monótono clamoreo de los sapos, conviértese en simple charco. Charco hediondo, foco de podredumbre, donde chamizos demacrados se descomponen entre algas y... en fin, esa flora acuática que despide olores ácidos. Y es que nada o casi nada resiste el poder clarificativo de la luz. De ahí que nos encontremos a gusto en la oscuridad. Es complaciente, confidente, íntima. La penumbra nos acerca, y hasta podría decir, nos torna mansos y amorosos. La gente siente este efecto sobre el alma y, sin discernirlo, llámalo romanticismo. Romanticismo es eso que se siente en los lugares sombreados o bajo las estrellas, cuando el día ha cerrado su ojo de cíclope y duerme.

Pero aún no es tiempo de hablar de estas cosas y aun cuando me duela desprenderme de ellas, es preciso. Por cierto que no puedo separarme de nadie ni de nada sin sentir dolor. Me adhiero fácilmente y luego... luego... Me espanta lo nuevo. Me habitúo a esta soledad o a compañías que son, también soledades. Dialogo, monologo, me uno, me separo... Pero quiero mi concha. Quiero cargar mi casa a la cabeza. Siento no ser caracol. El caracol, al menos, no se ve precisado a mudar de casa y, a causa de ello seguramente no se ve obligado a cambiar de ideas o de sentimientos.

Ya tú, lector, prójimo mío, mi amigo (sólo a ellos me atrevería a confiar el secreto de estas páginas y estoy tranquilo porque sólo ellos podrían entenderlas —descifrarlas—, así que para los demás ellas no contendrán nada, nada, apenas un trozo de buena o mala literatura, acaso de retórica falsa y pedante), ya tú —repito— me conoces. Quiero decir, conoces este inveterado hábito de esquivar la línea recta, el camino que conduce a la meta, lo cual —tú sabes— se llama entre el vulgo, la lógica, que es, desde luego, una cosa respetabilísima, de la cual tenemos que hablar —tú y yo—, con muchas precauciones y gran comedimiento. No obstante, sabemos a ciencia cierta que esto de la lógica es la más aleve, hipócrita y descarada falsedad, la farsa más bien urdida, la más abyecta trama del error, la más sutil y convincente defensa de la mentira. Pero no debemos decirlo en voz alta. Y, por ahora, sigamos callados. De pronto —estamos seguros mi amigo y yo—, este giganteseo edificio de lo aparente caerá. Un Sansón

que ahora llora el pérfido engaño de Dalila, aguarda que los trasquilados cabellos crezcan y que sus menguados músculos —antes poderosos— recuperen la fuerza. Dios lo ampara. Y este Sansón sacudirá las columnas del templo y gritará como el bíblico: "Muera Sansón y todos los filisteos". Y los filisteos morirán, despachurrados por su propia obra. Esto lo sabemos perfectamente y hasta vemos algunos presagios de que la hora de la demolición se aproxima. Lo sabemos... pero no debemos decirlo, porque se burlarían de nuestra ignorancia. Sinceramente, no somos científicos y carecemos de credenciales. Los sabios están locos. Y aunque su locura es respetable, sería preferible expatriarlos o hacerles beber la cicuta. Les podríamos aparejar algunos biógrafos, un buen equipo de ellos. Les bastaría. Porque... ¿por qué no anticiparles su bocado... la gloria?

Volvamos. Ya va penosa esta disquisición. Decía que "la desesperación es el comienzo de la sabiduría". Eso decía yo mismo al iniciar hoy la continuación de estas páginas. Y lo repito, porque lo dicho después no es sino un rodeo por los linderos de este concepto fundamental. Creo que es necesario explicar por qué. Y es como sigue:

Pero antes veamos por qué he hablado del presente, el pasado y el futuro, con insistencia de filósofo. Porque cualquiera me tomaría por loco... en fin... ¡vaya! Dije que no vivíamos. Que los hombres no vivían, por lo afanados que estaban en vivir o en prepararse para vivir. Todo se gasta en preparativos. Y cuando la fiesta llega, muchas veces vemos ya, recortándose en el horizonte como una delgada mancha oscura, la silueta de la muerte. Ha de sorprendernos. Es su oficio. De este no vivir, de este afán perpetuo de prepararnos, viene la angustia, esa inefable sensación de vacío, de inutilidad de nuestras propias vidas. El tiempo se va atrás, se escurre, se pierde. Y una vez perdido ni siquiera queremos recuperarlo. El tiempo que se gasta en lamentar las desgracias pasadas —decimos con ridículo dogmatismo— debe emplearse en evitar las venideras. Y nos empeñamos en evitarlas. Y en esta empresa nos quedamos, como la mujer de Lot, trocados en estatuas de sal.

Estoy feliz, porque he recuperado el tiempo perdido, que fué —hoy lo comprendo así— el único tiempo realmente ganado para mi vida. Las horas van pasando como los cartuchos de una ametralladora automática y se disparan incesantemente, confundiéndose y fundiéndose en el ruido sordo, permanente. Una de esas horas ha de matarnos a nosotros. Cuántas se fueron allá, al blanco... un poco más allá del límite

de nuestra mirada. Pero de pronto, sentiremos nuestra propia carne aniquilarse... unos en la juventud... otros en la vejez... otros... siempre antes, antes, antes... He aquí lo terrible: antes. Un sonido vivo, seco, árido, quemante, que se va volviendo opaco, sonando a hueco, a falso, y acaba en un silbido delgado y exhausto. ¡Pac!... shhhhhsssssssfffffs. La luz huye, amarilla, hasta dejar sola a la oscuridad espesa que nos rodea. El tacto grueso, torpe, maduro. Y la tierra cediendo, como si de repente, se hubiera desprendido cual un coágulo y flotara... y fuera a echarse a pique.

Es necesario recuperar nuestro tiempo perdido. Yo soy un arquitecto y me ocupo en reconstruir mi vida con trozos del pasado. Y siento en ello gran delectación. Siempre he tenido envidia de los arquitectos, de los padres de familia numerosa, de los albañiles, de los agricultores, en fin, de los creadores, cualquiera que sea la orientación de su trabajo. En cambio, detesto a los críticos, a los filósofos..., en fin, a los destructores. La sociedad está compuesta de una mezcla de creadores y destructores. Será mejor, será definitiva, estable y sosegada, cuando los creadores superen a los críticos y... sí,... los destruyan. Porque destruir al destructor es una forma de creación. Es la lucha de la fe contra la lógica, de la acción contra el pensamiento. Y, decididamente, mi simpatía va con los hombres de acción.

* * *

Y es como sigue:

Todas las previsiones habían fallado. La fe en mí mismo estaba herida de muerte y, ¿cómo no? Carmen no había dicho que sí ni que no. Simplemente lo había olvidado. Había olvidado pensarlo, como si el amor pudiera ser objeto de pensamientos, de discursos o de razones. ¿Era acaso un acertijo o un problema algebraico lo que yo tenía y había sometido a su juicio? No. No. Era mi amor. Por consiguiente, mi sentimiento, mi emoción, la vida misma y su razón de ser. "¡Ah!... ¡se me olvidó...!". ¡Cómo me dolieron estas cuatro palabras! ¡Cayeron sobre el alma como goterones de plomo líquido, una tras otra, así, goteadas, ardiendo quedamente... estigmatizándome! La alegría resistía. El espíritu no se resignaba a aceptar la derrota. La derrota total. Porque allí no había amor ni odio. Ni siquiera odio. Había indiferencia. Absoluta indiferencia. Frialdad total.

Siempre me había quedado la esperanza, pero entonces murió de muerte natural. La frivolidad de Carmen la mató como

una enfermedad. Una enfermedad conocida que va aniquilando la vida suavemente, hora tras hora, sin ruido, y en la que las medicinas ni siquiera logran amortiguar los golpes o retardar la solución, cuyo avance se percibe en el ambiente, domina la atmósfera, se apodera primero de los ojos del moribundo y desde ahí hace muecas al facultativo. No valían razones, mis drogas. Estaba desesperanzado, es decir, desesperado, sin esperanza, sin fe. Yo sabía que la esperanza era lo último que se apostaba, lo último que se jugaba, lo último que se arriesgaba. La esperanza era la retaguardia, la balsa, la isla, nuestro S. O. S. repetido, trágico, doliente, agónico. ¡La esperanza era lo último que se perdía! Y yo la había perdido en este juego, al azar, en esta pregunta que yo metí como una llave:

"—¿Lo pensaste? Y ¿qué...?".

¡Se pierde tan pocas veces la esperanza, amigos! ¡Aun podríamos decir, quizá exactamente, que se pierde una sola vez! Pero quizá nadie la haya perdido, quiero decir, perdido por completo, en absoluto, de raíz. Perdemos el tallo y las ramas y, sobre todo, las flores y los frutos. Pero las raíces quedan en nuestra alma y son, sí, son esperanza, tronco, trozo, raíz, promesa de esperanza, es decir, esperanza que llegará a retoñar. Y la esperanza de adquirir otra esperanza, nos consuela y sostiene en esto que llamamos desesperanza o desesperación, y que no es sino privación transitoria de sus flores y frutos. Me he acordado de Dante por esto. Su inscripción en la puerta de los Infiernos los define y resume toda tragedia posible, humana y sobrehumana, y estoy seguro de que nadie ha podido decir nada más terrible para provocarnos el horror del castigo divino: "Lasciate ogni speranza". Dejad toda esperanza aquí, antes de pasar el umbral! La privación de toda esperanza pudiera ser, mucho más que las llamas que queman sin consumir y duelen sin destruir, el más sobrenatural de los tormentos, la más refinada expresión de la crueldad infinita.

Estaba desesperanzado, es decir, desesperado. Pero esta desesperación aguzaba el filo de la intuición, hacía más diáfano y permeable mi ser, y me dotaba de un desconocido poder de síntesis que hasta entonces nunca tuve y mucho ambicioné. Los discursos y razonamientos, largos y continuos como horas de espera, se resumían en mínimas piedras brillantes. Y, entonces, desprovistos de ropaje léxico, parecían más claros y simples. Creo que sentí el mundo como ciertas verdades geométricas. La antigua complejidad se había desanudado prodigiosamente, como maniobrada en silencio por

uno de esos prestidigitadores que, luego de embrollar una serie de objetos, remachando sus puntas, de un solo golpe nos los muestran separados, llevados a su origen dentro de una velocidad magnética. No tenía que reflexionar, y ello me alivió. Pensé entonces que todos teníamos fuerzas ocultas, cuya existencia desconocíamos, y de las que no nos servíamos con la frecuencia necesaria. Tal vez —me dije— estas oscuras potencias nos habitan, latentes, para ayudarnos tan sólo en los momentos de peligro, cuando la mente falla, cuando la razón flaquea bajo el destino.

Mis conocimientos anteriores no tenían —preciso es decirlo con franqueza, sin ambages y... también... sin reticencias— sustento. Vivían a costa de pequeños esfuerzos. Habían sido comprados en el almacén del maestro, a bajo precio. Hasta me los habían metido por los ojos, por las narices, por la boca; (no quiero decir que por los oídos, porque si oía no escuchaba). Además... ¿cómo ocultarlo ahora? ¿Cómo evadirlo...? ¡Vaya! Es necesario ser valiente y saber perder todo... a tiempo: aquellos conocimientos estaban en los libros... Y podía uno apoderarse de ellos con sólo repetirlos en voz alta y grabarlos en la memoria. Cierto que al principio los conocimientos eran esquivos, difíciles de abordar como las muchachas bonitas (me refiero a las que nos parecen bonitas), pero al fin, todos acababan por ceder al golpeteo de la memoria. A veces hasta el maestro los entendía. Y... claro, nos los explicaba. Los iba desvistiendo en la clase, en nuestra presencia, como un viejo lascivo, lentamente, poniendo cara voluptuosa cuando las ropas parecían ser las últimas y la verdad... ¡la verdad iba a quedar enteramente en cueros! En el postrer instante... (hoy lo recuerdo con pena, con tristeza y hasta con un poquito de alegría)... caía la última ropa interior, el misterio, y nosotros no teníamos más remedio que entender. Y luego, como si esto fuera poco, era preciso asimilar, digerir, transformar, hacer nuestros estos conocimientos, hacerlos semejantes a nuestra propia sangre, porque no eran nuestra sangre. Y que circularan e impregnaran la masa del cerebro y se quedaran ahí, para siempre. ¡Para siempre! Nos serían útiles. Todos aprendíamos. Por lo visto aquella ración general estaba apercibida para que la devoráramos todos. ¡Todos sin excepción! Así que valía poco la pena... digo yo...

No. No. Esto que ahora sentía naciendo de la desesperación, floreciendo en ella como, al llegar la primavera, las canciones en las gargantas de los primeros pájaros, esto, esto no era conocimiento, ni era ciencia. Y hasta puedo asegurar a ustedes que era anti-ciencia, lo más anticientífico que pueda darse. Era una intuición lumínica, transparente. Por ella comprendía cosas hasta entonces inexplicables. No cabía duda: aquella era la sabiduría. Cierto que yo no era sabio ni cosa parecida. Pero... aquello... aquello era la sabiduría, brotando de la desesperación. Por esto he dicho al comenzar estas páginas que "la desesperación es el comienzo de la sabiduría". Y es que este nuevo estado de conocimiento llegó a penetrarme de tal manera, que me vi impulsado a rechazar la poca ciencia que hasta entonces había acumulado avaramente, guardando níquel tras níquel, verdad tras verdad, como un codicioso, seguro de que ese dinero allanaría las dificultades.

Casi puedo decir que sentía miedo. Era un soñador. Ahora no me avergonzaba pensarlo ni decirlo a los demás. Nunca lo dije, pero me parecía que podría decirlo sin ruborizarme. Era un soñador. Había soñado. Y mi sueño contenía, como el vino la embriaguez, la clave de mi destino, la significación de mi vida y la solución de mis anhelos. Era preciso desentrañar ese sentido. Era preciso embriagarse con aquel vino, para que, absorbido, diera tan sólo su embriaguez, su verdad. Como un Sócrates, mi espíritu se disponía a facilitar este alumbramiento.

¿Hay algo más inexplicable que la claridad? No he podido prescindir de sonreírme un poco, furtivamente, como lo hace uno cuando encuentra algún dicho gracioso mientras lee. Entonces, si se está acompañado, nuestro vecino pregunta: "—¡Ah! ¿qué...?". Y permite a las facciones de su grave rostro la libertad de irse preparando para reír. Pero nosotros contestamos, invariablemente: "—No, nada. Nada... nada. Una tontería". Y volvemos a recoger la risa, y la guardamos en su estuchito para que no arañe al prójimo y no le haga sentir esa curiosidad cuya satisfacción no podríamos otorgar sin quedarnos vacíos. He sonreído un poco pensando vagamente en lo errados que andan los hombres cuando hablan de la claridad. Se imaginan que es la claridad virtud nacida de las entrañas de la ciencia, flor del orden, día de la razón luz y camino, transparencia del aire, melódico movimiento. En suma, que claridad es sencillez, diafanidad, facilidad. Sobre todo esto último: facilidad. ¡Se llama claro aquello que encontramos fácil y expedito de adquirir, cuando, en realidad, aquello es solamente barato! ¡Oh! no. Yo os puedo asegurar que andáis equivocados. Es preciso temer a lo fácil, a lo barato, porque eso no es claro, sino amable o concupiscible. No cedáis al cuerpo, que es vano y alcahuete. Sólo aquello que el

espíritu ama, vale. Pero eso es oscuro para la mayoría, Oscuro no por propia tiniebla, sino porque aún no hemos rasgado los velos de nuestra terquedad o de nuestra ignorancia. Todo lo que es exacto es inexplicable. Se siente. Se comprende. Se ama. Pero no se desmenuza. Amad a los seres íntegros, indisolubles. Aquellos que únicamente pueden adquirirse a alto precio y de súbito. Que caen sobre el alma o sobre el corazón cual una centella. Lo que puede ser explicado —desintegrado— es falso.

Esta claridad mía, por eejmplo, debe resultar impenetrable para muchos. Será oportuno que ejerzan contra ella su minúscula venganza, su enjuto desahogo: han de llamarla oscuridad o, peor aún, amaneramiento. No sé, sin embargo, cómo podría ser más sincero y llano. De seguro lo sería si supiera escribir, si fuera literato, pero estoy tan lejos de ello. ¡Vaya!

Tendré que regresar luego a esto de la claridad, porque yo también compartía la creencia de mis hermanos, siempre, hasta ahora. Pero ya dije que, de pronto, sin saberlo y hasta sin quererlo (sin quererlo, porque soy muy cobarde), me encontré con que era un soñador.

He perdido la esperanza de encontrar mi amor. Así que no puedo ni siquiera buscarlo. Sin embargo, creo que queda una tarea y a ella me dedico: necesito recobrar mi esperanza. Luego emprenderé otra cruzada para rescatarlo.

Como estoy desazonado, me aturdo leyendo. Sé que es cobardía obrar de tal manera. La lectura es una embriaguez. Mientras leemos, dejamos de ser nosotros mismos. Y quizá esté aquí el encanto —el verdadero encanto— de la lectura. Esta liberación de nuestra propia, de nuestra propia e implacable justicia, nos alivia.

Pero por todas partes encuentro mi sueño. Eso me indujo a recordarlo en el cuaderno de apuntes. Seguramente tenía la fantasía inflamada, ardiendo. Es maravilloso mi sueño, ¿verdad? Peregrino y arbitrario. Como todos los sueños. Lo he recordado perfectamente, infinidad de veces. Tantas veces ha desfilado, como una película de cine, por la imaginación, que ha corroído, cual un ácido, el duro metal de la memoria, hasta grabar en ella cada palabra y cada imagen. No sé hasta qué punto sea exacto el recuerdo. Reflexionando imparcialmente y... encuentro que mi sueño está relatado muy literariamente... como se narrarían los sueños acaecidos durante la vigilia, durante una vigilia delirante. Como los sueños de esos soñadores divinos que llamamos poetas. El poeta sueña despierto: es su distintivo. (Iba a decir su único distintivo. Rigurosamente hablando creo que podría haberlo dicho).

Pero podría asegurar que yo he soñado. Lo he soñado durante la noche, mientras dormía. Sólo que luego, al reconstruírlo, al recrearlo, la fantasía retocó, como un pintor exigente y caprichoso, ciertos detalles últimos de acabado. Las palabras han ceñido a los hechos justamente por el talle, como galantes jóvenes griegos a sus ninfas. Y los han llevado hasta... la exactitud. Pero una exactitud exquisita y fina. Puedo daros un ejemplo muy simple y significativo. Necesito... que no se tenga la vista perfecta... porque no me haría entender. Un miope que mira a distancia la masa verde de un árbol, ve únicamente una mancha oscura, marchita, de contornos vagos que se funden con la atmósfera en perpetuo vaivén; una masa de color viejo y mustio, sin brillo, ni reflejos. Si, mientras tanto, sin que el miope espectador haya cesado de mirar, un compañero suyo le pone delante de los ojos los cristales adecuados, el miope experimenta una sensación grata y fresca. La masa, antes indeterminable, recórtase nítidamente contra el cielo; brilla el esmalte verde, tórnase tierno y fresco. Las hojas, cual múltiples escamas, cabrillean en la luz. Y aquel árbol, de descolorida mancha truécase en lo que es, por virtud de los propicios cristales. ¿Cuál es, preguntaría, el verdadero árbol? ¿Es acaso el primero o el segundo? Ambos, seguramente. Pero el segundo muéstrase más puro y bello, sin que esta pureza y beldad salgan de otro seno que el de la realidad, y sin que se paguen con la moneda de su invariable verdad. Así mi sueño, soñado y relatado. Al soñarlo, los ojos estaban turbios por la blanca venda del sueño, que los entorpecía. Al recordarlo y relatarlo, las luces de la vigilia lo hicieron diáfano y bello, como el árbol tras los cristales.

Me duele esta exaltación. He sufrido. Debo confesar que no está aquí todo mi sueño. Lo he tomado ahora —después de tantos años— de las páginas de los cuadernos. De mi puño y letra. He perdido algunos cuadernos de apuntes. Me quedan dos o tres. Son pequeños y contienen fruslerías. No he podido encontrar nada verdaderamente interesante. Pero he encontrado un pedazo de vida, y he sentido tristeza. Soy joven. Muy joven. Apenas... unos cuantos años. Pero no puedo pensar en la vida como los otros. Para ellos es eterna; para mí sólo es digna de inmortalidad. Me he sentido muerto muchas veces. Quiero decir, dentro de la relativa buena salud. Por ejemplo, al despetarme, por la mañana, he dicho: "—Estás vivo. Es un milagro. ¡Gran prodigio! Podrías estar muerto, absolutamente muerto. Podrías haber muerto hace mil años. Te ha correspondido esta franja de espacio, estas boca-

nadas de aire, un poco de luz y de sueño. Pero a gran precio hay que pagar con la muerte. La muerte es una moneda valiosa". (En ese instante me aterraba, de la muerte, la rigidez. Estar quieto. Permanecer quieto. No pensaba en la putrefacción, en el mal olor, en la oscuridad. Me aterraba, por sobre todo, la soledad. Por eso me dije: "—Morir en el campo de batalla, entre hermanos, y morir con ellos, es la mitad de la muerte, porque se elude la soledad").

* * *

¡Ah, la maldita, la maldita elocuencia! ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo? (Así cuentan que decía Cicerón, en el Senado Romano, imprecando a Catilina: "¿hasta cuándo, hasta cuándo?"...). Esta vana elocuencia, esta retórica detestable que me sigue como una de esas amantes que ya no se aman, envejecidas más por sus propias culpas que por los días y las horas, caretas del pecado, fantasmas del dolor, con quienes somos crueles hasta la saciedad, hasta la hartura, y que, no obstante, nos persiguen, cual perros hambrientos al amor de su amo, suscitándonos a la vez o alternativamente cólera y piedad, piedad y cólera. A veces... una crueldad horrible que nos incita satánicamente a golpearlas, a apalearlas también como a perras, con furia dolorosa, y descargamos sobre ellas nuestra cólera como quisiéramos descargarla sobre nosotros mismos. En realidad —lo entendemos después, más tarde, sobre el dolor de la víctima— estamos apaleando a nuestro remordimiento, que nos encabrita y nos exaspera y, al cabo, se hace intolerable. Es que ellas son nuestro remordimiento. Y queremos matarlo. Y las herimos queriendo matar este remordimiento. Y luego resulta que hemos preñado la causa de nuestra inquietud y de nuestra desazón. Y sentimos más remordimiento. Y sólo aplácalo el propio castigo, la propia condenación. Es preciso expiar la culpa. Y la expiación mata al remordimiento, extraño monstruo resistente a todos los venenos —antídoto él de cuanto brebaje letal existe— menos al dolor y al castigo, ante los que sucumbe. Y al sucumbir, libera.

Esta vana elocuencia, esta maldita retórica. Sé que hay quienes la ambicionan. Yo, por mí, la regalo, la vendo, la juego. Estoy persuadido de que no vale nada, y de que nadie la quiere. Es una moneda falsa. Quizá sirviera para entretener a los niños...

* * *

Y dice Fedro en el diálogo de Valéry:

—"... ¿será este sueño, oh Erixímaco, agüero de ya no más tormentos, ya no más peligrosa alteración de nuestros espíritus?".

Como he dicho, por todas partes hay soñadores e intérpretes de sueños. Me acuerdo de aquel hombrecillo que tuvo que suicidarse, porque lo enloqueció una obsesión geométrica: el ángulo. Y no podía sustraerse al permanente, al implacable espectáculo de los ángulos que, de continuo, sin tregua, lo acechaba. Angulos que estaban arriba, como ladrones, en el techo. Angulos en la cama, en la mesa, en el baño, en la calle. Por fin, al dispararse sobre la sien, vió el último ángulo; el que formaba su brazo, en el que accionaba el revólver. Este hombrecillo no miró al cielo. El cielo es cóncavo y azul, y no hay en él ángulos. Debo, también yo, ser prisionero de alguna obsesión, cautivo de una manía, pues veo soñadores que crecen y se multiplican, como esos corpúsculos aéreos que nacen con que un rayo de luz entre por el diafragma de un huequecito de la ventana, a nuestro cuarto cerrado. He leído a unos señores científicos llamados Freud, Adler, Bloch,... y otros más difíciles de recordar y de escribir. Alemanes, en general. Sé que los hay franceses. Explican los sueños de manera científica. Pretenden hacer de ello una ciencia exacta. Y hablan del contenido latente del sueño, etc., etc. Supuse que los médicos sabrían mucho de estas nuevas teorías. Hablé con algunos amigos. Nadie sabe nada. Otros, demasiado. Les he urgado, con el dedo, físicamente, el alma. Los he retado. He tendido mi ignorancia a sus pies, como un tapete, para que se paren en ella y hablen y gesticulen y me instruyan. Pero han tenido miedo de pisarla. Han tenido algo así como un respeto inexplicable. Lo que se experimenta ante esos bichos viscosos y veloces, esquivos, cuya inocuidad se conoce, pero ante los cuales manifestamos femenina cobardía. He procurado buscar bien adentro de estos médicos alguna opinión. Pero los médicos están cerrados, abrochados, inexpugnables. Se ve que no creen. No creen porque aún esto no es rigurosamente científico. Y sería pecaminoso para ellos creer en algo que no pudiera encontrarse palpablemente. Tendrían que reconocer que existe, además del cuerpo, otra verdad. Y esto negaría su ciencia; por lo menos gran parte de ella. No sé cómo han creído en la fisiología. La fisiología no puede escindirse con el escalpelo. La fisiología es acaso lo más abstracto que los médicos pueden aceptar. (Digo pueden, porque lo otro sería faltar a su fe, a sus leyes, a su código de honor). Sin embargo, estoy de

acuerdo en ello con los médicos. Es preciso rechazar las teorías vagas, cuando quieren ser científicas. Aceptemos lo vago, pero rechacemos que quiera ser científico además. Es excesivamente ambicioso.

Por eso tiré lejos estos libros. Al hacerlo, nacía la intuición, aquel estado de maravillosa claridad interior, semejante, creo, a la beatitud de los éxtasis religiosos. Una luz inexplicable que se difunde sin delatar origen, ni sentido, ni ruta. Una luz eterna. Pero sé de dónde ha salido. Es de un libro que me acompañó mucho tiempo y que aún conservo. Ahora lo he vuelto a leer. Lo he encontrado más hondo. Era de la abuela, y están sus cantos dorados lamidos por el tiempo, como las playas de un río por el paso incesante de las aguas. Lo encuentro muy natural: el tiempo no ha podido carcomer las palabras, no ha podido entrar en él. Y por eso lo vemos, más que en otra parte, ambular por la superficie, como dragón que guarda el tesoro en un cuento de hadas. De ahí que este libro haya podido envejecer tanto. Qué envidiable destino: poder envejecer. Envejecer sin tiempo, sintiendo al tiempo correr a nuestros pies como un arroyo. Eso le ha pasado a este libro, de donde saqué luz y fuerza para desentrañar el sentido de mi sueño. Ya comprenderán ustedes, y huelga repetirlo, que la Biblia es el origen del simbolismo y de los soñadores. No quiero cometer una herejía si digo que Jesús fué un soñador, y el más grande y maravilloso de todos. Un divino soñador. Si ustedes no me entienden, estoy seguro y tranquilo porque El me entenderá. Me permito decírselo tan sólo a El, de manera que pueden pasar adelante como si no lo hubieran leído. Me da pena sustraer estas frases, ahora. No enmiendo nada.

* * *

Entre tanto seguía visitando a Carmen por las tardes, después de las cinco, cuando la ciudad se dejaba invadir, sin resistencia, por las luces amarillas y rojizas del crepúsculo. Subía cuadras y cuadras. El calor cedía al viento fresco que la tarde enviaba desde las colinas. El cielo, allá al fondo, semejaba una paleta en la que un pintor suprarrealista ensayara colores violentos, crudos, amasados para producir extrañas iridiscencias, súbitos tornasoles, corriendo velozmente la escala de tonalidades, como en un piano, desde las notas bajas y solemnes hasta las afiladas y sutiles. Muchas veces me distraía completamente en el camino, perdía la noción del tiempo y del rumbo, íbame de allí como en éxtasis pensando

en aquellos colores, y en aquellas luces que ningún artista había logrado reproducir con fidelidad. Porque bastaba recordar las acuarelas y óleos contemplados en las salas de exposición y en los estudios de los pintores, para caer en la cuenta de que esos crepúsculos no eran la traducción pictórica de la realidad. Los artistas se contentaban con hacer alarde de colores revueltos, grandes franjas de rojo y amarillo y de un color plomizo, acuoso, gris plateado, unas nubecillas errantes, barquichuelas de formas estiradas, como vistas a través de un cristal que las desfigurara. Por ninguna parte se veía la delicadeza de los tonos sombríos, de esos tonos de segundo plano que no impresionan por sí mismos, pero que, aun para los profanos significan la personalidad arcana del crepúsculo. Nadie los mira, pero todos los ven. Y si faltan, notan su ausencia, porque en ello acontece como en la vida, que nos esconde los dones más preciosos y nos priva de su goce positivo, permitiéndonos tan sólo apreciar su valor cuando nos los quita. Entonces experimentamos una sorpresa dolorosa, acompañada de contrición. Acaso no supimos a tiempo percatarnos del tesoro que llevábamos con nosotros, y andábamos, ciegos o tontos, teniendo en nosotros nuestra propia felicidad, como aquel que buscaba los anteojos y los llevaba puestos. Pensaba yo que la falsedad en el arte es el contra-arte. Y la falsedad se produce muchas veces sin responsabilidad del artista. Eso pensaba, sumergido en estas meditaciones que, sin yo darme cuenta, me sustraían del sitio que iba pisando, hasta privarme, como antes decía, del sentido y de la dirección. No sé por qué causa, pero ello es que, mecánicamente, a medida que me hundía más en tales lucubraciones, aceleraba el ritmo del paso, obrando como esos corceles de auténtico brío para los cuales la cuesta es estímulo y la fatiga acicate. Y era tal la velocidad que tomaba, que la gente debía mirarme con asombro y recelo, como se mira a un demente. Las casas, los árboles, las verjas de los jardines, los postigos de la ventanas, la gente, los automóviles, todo iba pasando hacia atrás, hacia atrás, como por los miradores de un tren. Todo se iba esfumando sin contorno, dentro de una masa móvil y amorfa. Carmen, como una golondrina, rayaba el firmamento de estas meditaciones, de cuando en cuando, pasando fugaz, repentina y alegre. Igual que un silbo en una llanura de trigo; como la lumbre de una espada al desenvainarse.

Cavilaba:

—Si fuera pintor desearía mis pinturas tan reales, tan semejantes a la realidad, que para ello me pondría a ensayar los colores en la escuela de este crepúsculo, aun cuando, refle-

xionando, entiendo que una cosa es lo que se pinta y otra lo que se ve y que el arte reside precisamente en este sortilegio, en este milagro: hacernos ver lo que debemos ver. Y hacernos ver no es solamente pintar lo que se ve. Esa nube parece un copo de algodón, pero su belleza está en el reborde luminoso. Las montañas se recortan contra el crepúsculo. Haría en literatura lo quo hubiera hecho en pintura. ¿Carmen podría sentirlo? ¿Carmen me quiere? Carmen. Un nombre dulcísimo. Como hecho de seda. Como hecho con las sedas doradas de una cabellera de ángel. Y esa dulzura, esa suavidad, ese blando ruido de su nombre, como un copo de azúcar, como esa nube que es un copo de azúcar iridiscente, unidos a su cuerpo, a su cuerpo de hembra fecunda, todo oloroso a tierra. Un ángel y una bestia. Creo que lo he visto en alguna parte. Un poeta decía algo semejante; era hablando de las selvas y los bosques, donde "conviven el jaguar y la orquídea". La fiera y la flor: la carne y el espíritu; la furia y la mansedumbre; la garra y el terciopelo; el ruido y la música; el alma y el cuerpo. Cuerpo, cuerpo voluptuoso, sensual, ansioso, que se da, que se ofrece, que se quema con el solo pensamiento de tocarlo. Evanescente y tangible, huidizo y esclavo, ágil y reposado para la entrega total, esquivo y dócil al mimo, arisco y doméstico bajo la caricia. ¡Su cuerpo! ¡Cómo me oscurece el alma su cuerpo! Como tras un árbol donde la luz se queda enredada en el follaje verde y copioso, mi alma siente la sombra blanda de su cuerpo que la torna umbría. ¡Su cuerpo! Frío, como los anfibios, porque vive en un mundo de agua. Pero bajo su frialdad, llamas incesantes, llamas locuaces, llamas que queman hasta el fin, que consumen, que hacen imperecedero el placer que debe durar un solo instante. Mi amor la merece. ¡Yo no, pero sí mi amor! Yo no. Nadie la merecería. Pero el amor... ¡ah! el amor es otra cosa; no nos pertenece. Nos posee, como los dioses que gustaban reencarnar en los hombres para recrearse con las ninfas, o como los faunos, o como los diablillos que aman el mundo.. Somos apenas un vehículo. Poseídos por una divinidad que se agita en nosotros y que comprendemos extraña a nuestra naturaleza, vivimos horas inefables de sueños encantados, deliciosas ilusiones que suben al cielo por la luz. De pronto, la realidad, como un sacerdote, nos exorcisa. Riega sobre nosotros, humildes pecadores, el agua bendita que vierte su hisopo. Pasa sobre nosotros manos suaves y marchitas, pulidas por la piedad. Y henos aquí de nuevo hombres, hombres mortales, humillados ante nuestros ídolos de barro, azotados por la furia del vendaval que dispersó nuestras quime-

ras. ¡Solos! Solos como el único lirio que quedó en el jardín. Solos, como la última luz que se consume en las sombras. Solos, como las costas distantes. Solos, como las noches marítimas. ¡Solos! Aúlla nuestro cuerpo cual perro envenenado. Larvas de instintos condenados a muerte. nuestras pasiones caducan y nos esclavizan. Carmen. Carmen. ¡Qué nombre dulcísimo! Si ella no fuera mía, ¿de quién podría ser? ¿Quién podría amarla con la pasión con que yo la amo? ¿Quién podría hacerla sentir, en la íntima esencia de su espíritu y de su carne, las sensaciones de ternura y voluptuosidad que yo podría inspirarle? ¿Quién podría ofrecerle mi amor? ¿Cómo decírselo? Podría sugerirle que... Supongo que me cree un estúpido. Un estúpido para ella. Un estúpido es un hombre que no piensa como ella. Claro. Hasta creo que me estima y que me admira... Peor. Peor.

Estuve charlando. Se dijeron muchas cosas. Todas sin importancia. Me hizo varias invitaciones. Rehusé algunas. Acepté otras. Me dijo que debía ser más sociable. Me dijo que la vida era para saberla vivir: para gozar, para divertirse:

—Vivir triste, ¡vaya una majadería!

¿Sabía ella qué era la tristeza? Sí.

—Vivir triste es preocuparse mucho por las cosas. Lo que tú haces, justamente —agregó.

—Debo parecerte trágico, —le dije bromeando.

—Sí, sí, trágico, trágico; eso; siempre demasiado trágico, podría jurártelo —repetía Carmen, con vehemencia, ostentando la evidencia de su frase cual si la tuviera presa en sus menudos puños cerrados. Y golpeaba con ellos el aire—. Demasiado trágico —deletreaba luego, con una voz que parecía acabada de estrangular—. ¡Tomarse todo en serio! Como si tuvieras la obligación de responder de cada acto ante alguien. ¡Una barbaridad! te lo aseguro: ¡una barbaridad! Se pierde el... la jovialidad, la frivolidad. Y... perdida la frivolidad se pierda la risa, el buen humor, la disposición de ánimo que es... indispensable para pasar bien la vida. No acierto a explicarme cómo una persona... vamos... inteligente, que... sí... que brilla por su inteligencia y... ilustración, comete las mayores torpezas o desaciertos en la vida práctica. Como si esas excelentes cualidades fueran estorbos para... ser feliz. Porque yo no veo cómo se pueda ser feliz de otra manera que... siéndolo. Digo... pasándolo bien... lo mejor posible. Digamos..., digo..., es preciso ir a las fiestas. Supongo que las fiestas se hacen para que la gente se divierta y pase ratos agradables... como dicen... de esparcimiento. De recreo. Eso.

Pero no s sólo eso. Sino también que el tiempo alcanza para todo lo que uno quiera. Un poco de él para trabajar, el resto para divertirse. Lo fatal es preocuparse siempre; fastidiarse de que algo sea... poco importante. Si lo está diciendo tu misma cara. Ese aspecto triste, marchito, como de tener rabia o estar enfermo. Se está enfermo porque no se descansa suficientemente. El cuerpo necesita reposo y distracción. ¡Yo sí pienso tan poco, tan poco! Me aburre terriblemente. Dijera y no mintiera, que me enferma. Sobre todo, me da una pereza infinita. ¡Huy! le tengo verdadero asco a pensar en las cosas. Lo sé. porque... ¡oh! Sé que disparateo, digo necedades y tonterías. Pero te hago bien. Te hago bien con ello. Es lo que, me parece, necesitas. Sí, sí: aunque frunzas la nariz de ese modo feísimo. La pura verdad. Y no hagas esas muecas. Mira que de pronto te vas a quedar así, de por vida. A una niña le pasó eso, según contaba la abuela. Se puso a hacer caras feas y se quedó fea de... para siempre. Sé de seguro que tú entiendes lo que te digo. No es necesario que me digas sí o no y menos... ¡oh! menos, menos que trates de demostrarme lo contrario, porque así habría perdido todo este tiempo y el futuro y hasta... vamos...

La escuchaba con tan gran interés, que si ella lo presume, corta su discurso antes de la mitad. Pero me defendía del fondo de reproche que había en esas palabras, jugando con una sonrisa andariega que se iba apoderando sucesivamente de las facciones de mi cara, disimulando esas posiciones involuntarias de los músculos que, sin nosotros quererlo, delatan nuestro interés, nuestro asombro o nuestro terror.

—Estoy de acuerdo. ¿No lo esperabas? ¿No lo crees? Bueno. Imposible demostrártelo. ¡Sólo que se necesita tanta resignación para disfrutar de esas diversiones! ¿Sabes lo que es la misantropía?

—Sí.

—¿Qué?

—No ser sociable. Ser huraño. Esquivar la compañía. Eso.

—Sí, —repuse—. Eso, precisamente. Pero definido con mayor exactitud, es un cierto horror por los hombres...

—Desde luego. Resulta justificadísimo.

—Ya sabes que hombres, la palabra hombres, dicha aquí, engloba un significado...

—Sí, ya: hombres quiere decir hombres y mujeres.

—Claro. Un cierto horror por su presencia, quizá únicamente por su falsedad, por la falsedad de su presencia.

—No te entiendo... quiero decir... esto último...

—Sí. Importa poco. Quizá ni yo mismo lo entienda. Es algo vago, confuso. Impresiones personales... digamos... sentimientos.

—Temperamentos querrás decir —dijo Carmen interrumpiendo—. Maneras de ser. Que... entre gustos...

—Efectivamente —concluí—. (Es preciso decir cualquier cosa, una palabra insignificante —pensaba yo—. Cuando alguien no entiende espontáneamente lo que queremos decirle, y cuando esto que le decimos es, por desgracia, tan personal e íntimo, tan entrañable e... —sí— e inefable, no queda ningún recurso tan útil como ponernos de acuerdo con ella, acuerdo que debemos realizar con una palabra cualquiera, por ejemplo "efectivamente". Así parece como si abjuráramos de nuestras frases anteriores, como si rectificáramos nuestros antiguos conceptos. En realidad, cortamos una conversación absolutamente inútil).

—Créelo, créelo —insistió Carmen, con voz tersa y persuasiva. Eres terco. Muy terco. Cabeza de carnero. O no...

—Lo creo. Lo creo de veras. Pero va a ser difícil convencerte. Eres maliciosa. En suma, tú propugnas la acción. ¿La acción contra o sobre el pensamiento?...

—¿Ah?...

—Me explico. Voy a decirte. Mira...

—Me parece que ya caigo...

—¿A ver?

—La acción y el pensamiento... Sí, justamente. Eso quiero decir. No pensar tanto y hacer mucho. Es decir, dejar las cavilaciones y... ¡vaya! y vivir... vivir... vivir...

—Exacto. Tú lo has dicho: vivir, vivir, vivir. Lo dijo también, hace hartos siglos, el gran Aristóteles: primero vivir, luego filosofar. Una gran verdad... Una gran verdad...

Seguimos parloteando. He dejado aquí atrás algunos fragmentos de nuestra charla. Los considero indispensables. Pero luego... De pronto fué de noche. Habíamos subido a la terraza, y desde ahí contemplábamos la ciudad, sosegada en los cromos de la tarde. No puedo recordar aquella conversación sin ver de nuevo esas columnitas de humo que salían de allá lejos, al fondo, casi contra el crepúsculo. El aguador tirando de su asno. La vendedora de frutas con el cesto a la cabeza, canturriando el pregón. Unas golondrinas súbitas, que rayaban el aire azul como tiralíneas, construyendo su inestable geometría del espacio; Carmen, cuya fascinación participaba del "crescendo" de las sombras, como una sinfonía, y sobre el jardín, aquí abajo, el bucólico chillido de las cigarras, siempre tan grato para mí, se iba apagando

como una brasa cubierta de ceniza. Guardábamos silencio. Yo sabía que el aire traía músicas imperceptibles. Diluidas por la distancia, las melodías apenas embalsamaban la atmósfera de tristeza. ¿Sería la música o quizá mejor, nosotros? Nosotros o yo. Quizá yo solo. No me sentía capaz de reaccionar. Carmen se levantó perezosa. Dijo:

—¡Por Dios! si está oscuro...

—Estoy tan bien que no me movería de aquí en el resto de mis días. Qué brisa tan agradable —agregué.

—Sí, claro; tienes razón. Pero es mejor bajar.

Su voz había cambiado. No tenía el atractivo imperioso de esa sensualidad que me placía hasta la exasperación, pero, a trueque de ello, parecía tallada en una materia dulce y suave. Era la voz de una hermana, de una madre joven, Sincera y tierna. Familiar. Era ese ruido que, apenas emitido, nos acompaña, nos ampara. Era la misma voz que había reemplazado a la luz en las infantiles noches de miedo. Aquella que se oía al cabo de las pesadillas, cuando, todavía extraviados de la realidad, los ojos se asombraban de la presencia caliginosa del aire, de los muebles domésticos, de la fidelidad de nuestras propias cosas. Era el remedio, en la madrugada, cuando la noche es más oscura y más sola; cuando el insomnio hace crecer las horas cual gigantes mofletudos; era esa voz... La he oído luego, muchas veces, en sueños, y, cuando aparece en la memoria, los otros recuerdos se van, cabizbajos y apesadumbrados. Era, por fin, una voz humana. Aquella bestezuela adorable debía tener también... también... ¡corazón!

* * *

Cuando Mario llegó ese día a mi casa, me encontró en la habitación contigua al aposento. Estaba profundamente sumergido en el Libro, con ojos extraños de loco o de náufrago. De lejos alcancé a percibir ciertos fragmentos del ruido que hizo Mario cuando, al entrar, saludó a mamá, y ella le dijo que yo sí estaba y que esa mañana la había pasado encerrado en el cuarto, de seguro leyendo o escribiendo. Oí las palabras, los tres golpes que dió en la puerta, el arrastrar de los pies, pero mi aturdimiento me tenía cautivo en forma que, consciente de su advenimiento, y aun —bueno será decirlo— con una íntima voluntad de no permitir que él me encontrara leyendo aquello, no pude menos de esperarlo, en el mismo sitio, sin moverme, cual si fuera víctima de un repentino ataque de parálisis o estuviera bajo el imperio de un transporte espiritista. Estaba realmente hinoptizado. Sentía ser interrumpido y, cada vez menos, pero con vivísimo deseo, me parecía que el silencio llegaría a defenderme de la visita, la cual, no obstante, producía en otro "yo", también mío, intenso placer. De pronto tuve la sensación de que mi soledad iba a quebrarse en mil pedazos. Y experimenté leve pero unánime crispación de los nervios, con aquel hormigueo dulce hasta la exasperación que produce una emoción repentina. Lo que vulgarmente llaman ponérsele a uno la piel de gallina. Sería más riguroso asimilar este fenómeno de la sensibilidad al que sobreviene cuando oímos un chirrido destemplado, algo así como el frote agudo de una superficie metálica contra un piso terso. Todos hemos sufrido la expectativa de una descarga de revólver. Antes de existir la detonación, apagamos levemente los ojos y apercibimos nuestros tímpanos con una posición forzada y austera para resistir el tremendo ruido que se avecina. Está a punto de fallar nuestra sumisión acústica, cuando suena el disparo. (Ocurre también con cohetes o, en general, con cualquier clase de pirotecnia). La detonación nos liberta. Comprendemos entonces que nuestra previsión había sido exagerada. Algo semejante sentía yo cuando mi soledad de varias horas iba a ser invadida, sin remedio, víctima de su invariable destino, por la presencia de Mario.

Un hombre que lee, que está leyendo, que ha leído muchas horas, empieza a desmaterializarse. Prodúcese en él un proceso de desintegración. Estoy seguro de que lo primero que se afecta sensiblemente es la gravedad. La capotica azulenca de los párpados se va cerrando sobre los ojos, como una persiana. Estos, enrojecidos, brillan cual mínimas lagunas ojivales, con su impalpable vestido de llanto. El pelo, antes adherido al cráneo, participando de esa misteriosa evaporación de todo el ser, se desprende y flota, como si estuviera a merced de desconocidas corrientes de aire, ni más ni menos que en el mar o en la playa, o sobre la cubierta de un velero, atrás, en la leyenda. El corazón se va extinguiendo, casi se apaga, como una candileja. Las ondas tibias de sangre apenas siéntense en las sienes, latiendo su perpetua fidelidad. Se está algo adormilado, como esos hombres que asistieron durante la noche la agonía de un moribundo, y que ahora, avergonzados ante la luz, esquívanla, depositándose en los rincones, cual fardos, a rumiar la noche.

Alcancé a pensar en la saludable y picaresca alegría de mi madre al recibir a Mario. Ahora lo lanzaba a mi cuarto, como un anzuelo. Estaba segura de libertarme en esta for-

ma de las cavilaciones. Saldríamos a pasear o conversaríamos. En todo caso se quebrantarían esa soledad y ese silencio.

Cuando Mario entró, yo levanté la cabeza que tenía metida entre el Libro; bostecé; me desperecé; estiré los brazos en contorsiones acompañadas de suaves quejidos; hice, en fin, esa serie conocida de tenues ruidos que despiertan en cada lugar del organismo las funciones aledañas. Mario debió ver mi cara con los rasgos habituales olvidados de sí mismo, distendidos, exangües, semejantes a los de un médium espiritista. De ello estoy seguro porque, con voz firme que restallaba como un fósforo en la oscuridad, para denotar su presencia y su aire fresco y poderoso, díjome:

—Lázaro, ¡sal fuera! ¡Levántate y anda! Si puedes... ¡Salve! O como dicen los salerosos andaluces: "¡Buenos días te dé Dios, mal hombre!" —Y tosió con todas sus fuerzas. Se frotó los ojos, de seguro porque deseaba que yo me los frotara, y obedecía a ese oscuro impulso que hace que realicemos anticipadamente lo que queremos que los demás hagan al punto.

—Hola... hola...

—¿Leyendo qué? —inquirió, revolviendo nerviosamente los ojos.

—"Hay un Libro —comencé yo a recitar con voz solemne, burlona y evangélica a la vez—. Hay un Libro, tesoro de un pueblo, que es hoy fábula y ludibrio de la tierra y..."

Me acordaba de la lección de castellano en segundo curso de bachillerato, cuando el profesor nos hacía aprender de memoria el discurso de Donoso Cortés. Lo habíamos estudiado con Mario, así que no fué preciso insistir.

—Presumo que serás un gran hombre. Por lo menos —dijo, dejando gotear las palabras mientras escudriñaba el Libro— tienes los síntomas. Los síntomas característicos... porque así terminan todos los sabios... que en el mundo han sido. Creo que esto es perjudicial..., digo; que esto aleja de los buenos escritores y torna amanerado el estilo. Presiento que acabarás escribiendo otro "Apocalipsis" o... también quizá... un "Cantar de los Cantares", —continuó, hojeando el Libro con sus manos finas, largas y suaves, que sonaban sedosamente al recorrer las páginas.

—Interesantísimo —le dije—. Interesantísimo.

Soltaba esta palabra larga, para tapar con ella mi obligación de responder, de musitar algo.

—Sí, sí —silabeó Mario, cada vez más atontado—. Todos volvemos a la edad primera. He aquí una fuente prístina

La verdad de Jesus ha sido pulida con los años; la de Nietzsche es reciente y brusca y brava.

Quedan pocas. Un abrevadero para dipsomaníacos arrepentidos. Aquí han clavado su hocico viejo más de cuatro ateos geniales. Huysmans, esa bestia felina. Y Dostoyevski, que fué siempre bíblico. Toda su obra es un evangelio... heterodoxo. Y ortodoxo. Mejor, ortodoxo. El gran Nietzsche. Ya sé que escribió el "Anticristo" que es, como si dijéramos, la Anti-Biblia. Pero ésta es una forma exasperada de ir hacia ella. A Niezstche le fastidiaba Jesús, porque comprendía que Jesús ya había descubierto la verdad y el camino. Le molestaba tener que reconocer su inferioridad. Era muy soberbio. El genio le ardía, lo quemaba. Y otros... ¡vaya... tantos!

—Sí, eso, —le dije—, disfrutando de ese residuo de silencio que sus palabras me permitían saborear.

—Pascal... No sé... ¡vaya! ¿Y qué lees tú? ¿De dónde has sacado esta edición? Es viejísima. Parece herencia de un cura. Habrás tenido muchos en la familia. En este país todos tenemos atavismo clerical en la sangre. A mí me corre a raudales.

—De la abuela. Podrías blasfemar con más gracia. Hay quienes lo hacen con mucho talento. De manera que se vuelve uno exigente. No seré yo un sauturrón. Pero reclamo ingenio, donaire.

—Creo que vas derecho hacia un monasterio.

—No tengo vocación para esclavo. Un fraile sería perfecto si fuera libre, independiente. Que la obediencia fuera del "yo" para el otro "yo". Del "yo" del cuerpo para el "yo" del alma. Pero no para otro fraile. Además, detesto el encierro obligatorio y de por vida. No tengo nervios para enterrarme vivo. No. No. Pero ¿qué estamos diciendo? ¿Qué, en síntesis? Leo porque tengo algo... Bueno: es que esto está muy bien escrito. ¡admirable sencillez! ¡Y qué fuego múltiple y exacto en las imágenes! ¡Qué pureza en los símbolos! ¡Qué increíble penetración en la substancia! ¡Parece como si la palabra trocárase en barrena para explorar lo arcano! ¡Qué maravillosa sobriedad! Atentada y sutil, docta y cautivadora. Extraña labia. Algo desconcertante a veces... Oscuro e irónico. Un jardín cerrado. Todo esto y mucho más.

—Que lees porque... ¿qué?

—Porque tengo algo... ¡vamos!... una investigación...

—¿Exégesis?

—Bueno, exégesis...; sí.

Vacilaba. Vacilar es como mecerse; como mecerse en un columpio. Ya sabemos qué es eso, quiero decir, qué se experimenta. Un frío menudito en la boca del estómago, que

sube y baja como si un diablillo de hielo que lleváramos entre el pecho, jugara. Vaivén. No me atrevería a decírselo claramente. Por excesiva confianza, por excesiva intimidad. Porque... se lo hubiera dicho a otro, al que no le tuviera tanto cariño. Un delicado pudor... pero... no había remedio. Era preciso explicarlo netamente. Además, no había nada malo. ¿Iluso? Un poco... un poco fantástico... Sí y no. Era una experiencia y un estudio. Se trataba de conocer aquel Libro. En relación, claro está, con mi sueño. Era que yo sabía que Dios se había manifestado a los hombres, "infundiéndoles un blando sueño". Estas palabras las había leído muchas veces, cuando no las entendía. Un sueño como el que invade a los niños, profundo y blanco, hondo y aterciopelado. Los sueños —hembras encinta— estaban preñados de arcanas significaciones. En la Biblia podían leerse muchos casos. Y ello me ayudaría a interpretar el mío, a desentrañarlo. Se imponía estudiar cuidadosamente la técnica de la interpretación. Era algo simbólico; inmateriales hilos constituían aquellas oscuras analogías.

—Siéntate, —le dije y le ofrecí un cigarrillo. Sonó el frote de la cerilla, raspando el silencio y haciéndolo explotar como un fulminante—. Siéntate. Y acomódate. —Comencé a pasearme por la habitación, de extremo a extremo, acariciando de improviso un libro, un busto de yeso, la lamparita, otras chucherías—. Es largo pero interesante. Una cosa extraña que, como decía Don Quijote, "no me maravillaría de que os maravillase". Tanto más cierta cuanto más inverosímil antójase al principio. Una cueva, digo... diría..., explicándome. Y he aquí, en este libro —continué, levantando la Biblia en alto cual si fuera un pedrusco con el que meditara herir a alguien— el célebre hilo de Ariadna. Desecho la idea de que puedas, a la postre, tomarme por loco. Se sustrae mucho de lo normal. Se trata... vamos al grano. (En torno de Mario iba creciendo el silencio, de nuevo, como un resplandor). Se trata... precisamente... de un sueño. (Vi que descendió el nivel de la atención de Mario. Había estado suspenso, pero su atención se descargó por la válvula de esta última palabra; sueño. Lo miré mijamente. No había perdido interés). De un... sueño. (Mario escuchaba ahora con los ojos). Más claramente dicho, de un sueño que yo he soñado. Soy un soñador. Así, así, ¡ineludiblemente! (Alcé los hombros, como si me disculpara). No es un sueño cualquiera. Vas a ver. Supongo que reconocerás que los sueños dicen cosas... misteriosas. No me refiero a esos oráculos vulgares que aparecen en los calendarios anunciando

específicos, en los que un círculo pintarrajeado estúpidamente está lleno de animalitos imposibles. No. Claro que no. Me refiero a otras cosas. Tú sabes.

Y larga, interminablemente, como sería inenarrable, le fuí diciendo mi sueño, mis dudas, mis presentimientos. Le hablé de los científicos; en fin... creo que lo abrumé.

—Así que, si me acompañas, podemos leer aquí los sueños de José, los de Nabucodonosor y... lo que vayamos topando. No es posible establecer un criterio científico. Pero no importa.

Mario, aturdido, accedió. No daba importancia a mi caso, pero lo seducía el estudio del fenómeno, sobre todo desde el punto de vista religioso. Aquello era tentador.

—Aquí, desde luego, no —dijo Mario mirando en torno—. Apesta a tabaco.

—Podemos salir y...

—No hace calor. Anoche llovió. ¿Sentiste?

—No. En absoluto.

—¡Ah! claro. Me olvidaba: eres un soñador. Los soñadores nunca están atentos a la naturaleza. En cierta manera, deben odiarla. Es su objeción permanente.

—Indiscutible. Estoy resuelto a no reforzarme con argumentos. Detesto la dialéctica. Sirve admirablemente para sustentar errores, pero con la verdad nunca está de buenas. Son cual el agua y el aceite. Parece decir la dialéctica a la verdad: "ya tú eres la verdad; no me necesitas".

—Gracioso.

—Y a pesar de ello, cierto. Muy cierto —afirmé—. Tan cierto que resulta...

—¿Que resulta qué? —inquirió Mario.

—Me arrepentí en el camino. Abomino las verdades que adoptan la retorcida forma de la paradoja. Iba a decirte: "tan cierto, que resulta increíble". Pero prefiero no decirlo. Quien no me conociera como tú podría pensar que estaba "haciendo frases". Hacer frases... Vaya un arte ridículo y pasado de moda. Con él ya no se engaña ni a los niños... ni a los viejos. (Me reí pensando que, muy contra mi voluntad, las paradojas se mecían en mis palabras como acróbatas en sus trapecios. Así que me callé).

—Un sueño bastante complejo —musitó Mario, regresando al tema central de nuestra conversación, bien porque le interesara, bien para agradarme.

—Un sueño bastante complejo; sí, sí, —mascullé, cual si hablara a media voz conmigo mismo—. Como todo. Como todo. Eso. Sí. Un sueño, Mario, es como una pregunta. Una

pregunta que el destino nos hace. Tú sabes que a veces una pregunta tiene millones de respuestas posibles. Y aún más: está grávida de ellas. Una pregunta es un anzuelo o, mejor, una red. Una red lanzada al mar. Puede colmarse de peces, de respuestas. Pero, en realidad, cada pregunta debe dar a luz una sola respuesta. La sola que la responde cabalmente. Y aquí está el secreto, el misterio. Recuerdas el poema de Paul Valéry "Le Cimitiére Marin"? Aun no lo he desentrañado por completo. Fíjate en esta palabra: "desentrañar". Es muy significativa. Quiere decir, sacar las entrañas, el contenido. Eso es lo que hay que hacer con mi sueño: desentrañar su sentido, su oscuro corazón. En aquel poema de Valéry, tres palabras resumen, a mi entender, su íntimo significado. No su propósito, que es la afirmación soberbia del hombre efímero que vive y de su pensamiento mudable, frente a la eternidad que permanece y sobrevive. No. Pero estas tres palabras sintetizan la copiosa sabiduría del poeta: "soñar es saber". Es lo que yo creo. Lo que he creído últimamente. Sería imposible explicarlo..., porque puedo asegurarte que no es un conocimiento, sino un sentimiento.

A esta sazón llegábamos al parque en que remata la avenida de la República. La mañana estaba clara, diáfana y azul, y el aire tibio apenas era removido, en atenuado oleaje, por el vuelo de los pájaros y por la vibración de sus gorjeos. Se tenía la certidumbre de estar habitando una gran pompa de jabón, irisada por la luz, o un gigantesco acuario, redondo, lleno de diminutos peces policromos, en el fondo del cual una microscópica vegetación marina sueña grandes olas y tesoros ocultos. Hacían ganas de frotarse las manos, de respirar hondamente y de sacudir la cabeza como los animales al iniciar el reposo. Así era dulce vivir. Los transeúntes, escasos, iban silenciosos y hasta tranquilos, con paso sosegado y amable. Se veía que no tenían envenenado el corazón. Había un poco de ausencia en el ambiente. Ausencia de ruidos duros, de gemidos.

En tales razones íbamos, por cierto muy distraídos, cuando avistamos un escaño desocupado, metido en su cenador, cubierto por el espeso follaje de un árbol y rodeado de abundosa vegetación.

—He aquí un sitio admirable para leer, —dijo Mario.

—Quiero que leas tú. Abre en las muestras. Esos papelitos que salen...

Leímos. Más exactamente, Mario leyó. Yo escuchaba. Estábamos en mundos distintos. El en el mundo de las letras. Yo... en uno mío... al que arribaban, cual veleros

piratas (ensoñaciones en la madrugada entre brumas y velas, velas y brumas, bajo el azul cetrino, manchado de gaviotas), las largas y delgadas frases bíblicas... forasteros amados.

—¿Aquí donde dice "Formación de la mujer"? —me preguntó.

—Ahí.

—Bueno. Bien. "Formación de la mujer". Del "Génesis", capítulo II.

—Lee los versículos marcados con lápiz. Del veintiuno en adelante.

—"Por tanto el Señor Dios hizo caer sobre Adán un profundo sueño; y mientras estaba dormido, le quitó una de las costillas, y llenó de carne aquel vacío. Y de la costilla aquélla que había sacado de Adán, formó el Señor Dios una mujer: la cual puso delante de Adán. Y dijo o exclamó Adán: esto es hueso de mis huesos, y carne de mi carne: llamarse ha, pues, Hembra, porque del hombre ha sido sacada". Hasta ahí tienes marcado.

—Justamente. Fíjate que el sueño, el sueño fisiológico o hipnótico (aparece aquí Dios de hipnotizador) es la fuente del linaje humano. Los orígenes del sueño, del sueño creador. Pero no hablemos de ello. Lee más adelante la visión de Jacob.

Y Mario siguió leyendo lo que a continuación copio. No he podido resistir a la tentación de incluir estas citas, ni aun por su medrosa prolijidad. Son indispensables. Explican mucho acerca de mi vida. Además, ¿acaso se escribe esto para lectores de periódicos, gente ansiosa, monstruos hambrientos de brevedad?

—"Jacob, pues, habiendo partido de Bersabee, proseguía su camino hacia Haran. Y llegando a cierto lugar, queriendo descansar en él después de puesto el sol, tomó una de las piedras que allí había, y poniéndosela por cabecera, durmió en aquel sitio. Y vió en sueños una escala fija en la tierra, cuyo remate tocaba en el cielo, y ángeles de Dios que subían y bajaban por ella, y al Señor apoyado sobre la escala, que le decía: Yo soy el Señor Dios de Abraham tu Padre, y el Dios de Isaac: La tierra, en que duermes, te la daré a ti y a tu descendencia. Y será tu posteridad tan numerosa como los granitos de polvo de la tierra: extenderte has al occidente, y al oriente, y al septentrión, y al mediodía y serán benditas en ti y en el que saldrá o descenderá de ti todas las tribus o familias de la tierra. Yo seré tu guarda o custodio doquiera que fueres, y te restituiré a esta tierra: y no te dejaré de mi mano hasta que cumpla todas

las cosas que tengo dichas. Despertado Jacob del sueño, dijo: Verdaderamente que el Señor habita en este lugar, y yo no lo sabía. Y todo despavorido, añadió: ¡Cuán terrible es este lugar! Verdaderamente esta es la casa de Dios, y la puerta del cielo. Levantándose, pues, Jacob al amanecer, cogió la piedra que se había puesto por cabecera, y erigióla como un monumento de la visión, derramando óleo encima". (Génesis, capítulo XXVIII).

Luego levó la historia de José, en los trechos pertinentes, que decían:

"Tras esto sucedió que habiendo tenido un sueño, se lo contó a sus hermanos; lo que fué incentivo de mayor odio. Porque les dijo: Oíd lo que he soñado. Parecíame que estábamos atando gavillas en el campo, y como que mi gavilla se alzaba, y se tenía derecha, y que vuestras gavillas, puestas alrededor adoraban la mía. Respondieron sus hermanos: Pues ¿qué has de ser tú nuestro rey? ¿O hemos de estar sujetos nosotros a tu dominio? Así, pues, la materia de estos sueños y coloquios, fué fomento de la envidia y del odio. Vió también otros sueños, que refirió a sus hermanos diciendo: He visto entre sueños, como que el sol y la luna, y once estrellas me adoraban. Y habiéndolo contado a su padre y a sus hermanos, su padre le respondió, diciendo: ¿Qué quiere decir ese sueño que has visto? ¿Por ventura yo y tu madre y tus hermanos postrados por tierra te habremos de adorar? De aquí que sus hermanos le miraban con envidia: mas el padre consideraba en silencio estas cosas"... "José interpreta los sueños del copero y el panadero de Faraón. Sucedió después que dos eunucos, el copero mayor y el principal panadero del rey de Egipto, ofendieron a su señor. Y encolerizado contra ellos Faraón (pues el uno era jefe de los coperos, y el otro de los panaderos), los mandó meter en la cárcel del comandante general de las tropas, en la cual estaba también preso José. Pero el alcaide de la cárcel los entregó a José, el cual asimismo los servía. Había ya pasado algún tiempo que estaban presos, cuando tuvieron ambos en una misma noche un sueño adaptado al estado o suerte de cada uno. Entrando por la mañana José a visitarlos, y viéndolos caritristes, les preguntó: ¿Por qué causa está hoy vuestro semblante más triste que otros días? Respondieron ellos: Hemos tenido un sueño y no hay quién nos lo interprete. Y díjoles José: ¿Pues qué, no es cosa propia de Dios la interpretación? Referidme lo que habéis visto. El copero mayor contó el primero su sueño de esta manera: Veía delante de mí una vid, que tenía tres sarmientos, crecer insensiblemente hasta echar botones, y después de salir las flores, madurar las uvas; y la copa de Faraón en mi mano. Tomé entonces las uvas y exprimílas en la copa que tenía en la mano y serví con ella a Faraón. Respondió José: Esta es la interpretación del sueño: Los tres sarmientos significan tres días que aún faltan, después de los cuales Faraón se acordará de tu ministerio, y te restablecerá en tu primer puesto, y le servirás la copa conforme a tu oficio, como solías hacerlo antes. Sólo te pido que te acuerdes de mí en el tiempo de tu prosperidad, y me tengas compasión, sugiriendo a Faraón que me saque de esta cárcel; porque furtivamente fuí arrebatado de la tierra de los hebreos, y aquí, siendo inocente, fuí metido en esta cárcel. Viendo el jefe de los panaderos que había descifrado sabiamente el sueño, dijo: Yo también he tenido un sueño en que me parecía llevar sobre mi cabeza tres canastillos de harina; y en el canastillo de encima había toda clase de viandas hechas por el arte de pastelería, y las aves comían de él. Respondió José: Esta es la interpretación del sueño: Los tres canastillos son tres días que aún restan, al cabo de los cuales Faraón te cortará la cabeza, y te colgará en una cruz, y las aves despedazarán tus carnes. En efecto, tres días después se celebraba el cumpleaños de Faraón; el cual, haciendo un gran convite a sus cortesanos, se acordó en la mesa del copero mayor, y del maestresala o jefe de los panaderos: Y al primero le restituyó a su oficio de servirle la copa, y al otro lo colgó en un patíbulo; de manera que se acreditó ser verdadera la exposición del intérprete"... "José interpreta los sueños de Faraón. Refirió, pues, Faraón, lo que había visto: Parecíame, dijo, que estaba sobre la ribera del río, y que subían de la orilla de él siete vacas hermosísimas y en extremo gordas, las cuales en los pastos de la laguna despuntaban la hierba verde; cuando he aquí que salían tras ellas otras siete tan feas y en tanto grado macilentas, que nunca las ví tales en tierra de Egipto, las cuales, después de haber devorado y consumido a las primeras, ningún indicio dieron de hartura, sino que al contrario se paraban yertas con la misma flaqueza y morriña de antes. Desperté después, pero vencido otra vez del sueño, ví en sueños también cómo brotaban de una sola caña siete espigas llenas y hermosísimas; al mismo tiempo nacían de otra caña otras siete delgadas y requemadas del viento abrasador, las cuales se tragaron a las primeras con toda su lozanía. He referido a los adivinos el sueño, y no hay quien me lo declare. Respondió José: Los dos sueños del Rey significan una mis-

ma cosa: lo que Dios ha de hacer lo ha mostrado a Faraón. Las siete vacas hermosas y las siete espigas llenas, siete años son de abundancia; y contienen una misma significación del sueño. También las siete vacas flacas y extenuadas que salieron en pos de aquéllas, y las siete espigas delgadas quemadas del viento abrasador, son siete años de hambre que han de venir".

—Hasta ahí —le dije—. Permite —y le pedí el libro—. Voy a leerte, lo más brevemente posible, otros relatos semejantes. Me parece que no admiten comentarios. Ya ves que hay sueños que presagian sucesos importantes. Y la técnica con que son interpretados es asaz simple: impalpables relaciones unen, por dentro, la substancia de estas imágenes con su correspondiente realidad revelada. Pero dejaré para exponerte mi teoría al final.

—¡Vaya!

Tomé la Biblia y abríla en la "Profecía de Daniel", capítulo II, que trata de los sueños de Nabucodonosor. Pensé que Mario no recibiría de buen grado la lectura exacta del original, y persuadido de que en su ánimo una síntesis daría los mismos efectos, comencé así, mirando a Mario y al texto alternativamente. (Entonces ya estaba yo convencido de mi vulgar error. Había extremado la sinceridad, lo que resulta siempre peligroso, cuando no inútil. Un gran desencanto de nuestros prójimos, un ferviente estado de contrición perfecta, y una bochornosa sensación de humillación y escarnio son consiguientes a ciertas extralimitaciones de nuestra lealtad).

—Soñó algo Nabucodonosor que luego, al despertar, olvidó. Presumiendo que aquel sueño contenía graves e importantes revelaciones, hizo comparecer ante sí a los más famosos sabios de su reino, y díjoles que había soñado y echado al olvido las imágenes de su sueño, pero que ellos debían revelar aquellas imágenes y su significado. Mostráronle los tales sabios la imposibilidad de hacer tan áspera adivinación, indicándole que aquello estaba allende las finitas fuerzas humanas y que era tarea más propia de dioses que de mortales. Por lo cual el soberbio rey se encolerizó, y aunque ellos le pedían que dijese el sueño y así podrían darle cabal y justa interpretación, en castigo de su ignorancia los mandó matar. Como verás, mi querido Mario —abrí un paréntesis en la voz— entonces era castigada la ignorancia con la pena capital, y se exigía de la gente mayor penetración intelectual que hoy. En realidad, nuestro tiempo juzga al revés de las mismas cosas: en la actualidad es fácil que se envíe al

patíbulo a la sabiduría y se endiose a la ignorancia, pues nada hay que tanto enoje a los grandes y a los poderosos como ver su traza en el espejo de los mejores. Resulta insufrible para ellos. Y bastante perjudicial para el buen gobierno de sus intereses y de los ajenos. Es preciso sacrificar la inteligencia para nutrir las vísceras y para alimentar esas pasioncillas inefables que se llaman... vaya... no sé cómo se llaman o cómo las llaman últimamente. Pero volvamos a la cuestión. Ya andaban los babilónicos preparativos para la extinción de los sabios, cuando los gendarmes fueron en busca de Daniel y de sus compañeros para hacerlos morir. Interrogó Daniel a Arioc (jefe de policía de Babilonia, digo yo) acerca de la causa que tan radical determinación había engendrado, y como Arioc la declarase, este profeta del verdadero Dios fué al rey Nabucodonosor y pidió lacónica tregua para dar la solución de sus sueños. Fuése presto a su casa, y vinculado a sus compañeros Ananías, Misael y Azarías, oró al Señor su Dios. Esa noche tuvo Daniel una visión en la que Dios le reveló el arcano. Y con tal revelación se fué Daniel a la mañana siguiente a Nabucodonosor, rogándole que indultara a los sabios y expresándole cómo había un Ser Sobrenatural, Todopoderoso, Omnisapiente, quien, por su intermedio y mediante sus oraciones, había acordado revelar al rey su sueño. Pero lo que Daniel dijo a Nabucodonosor debes oírlo fielmente, puntualmente. Será necesario que me escuches con atención, pues para mí tengo que es simbólico por excelencia. Dice así: "¡Tú, oh rey! tuviste una visión; y te parecía que veías como una grande estatua, y esta estatua grande y de elevada altura estaba derecha enfrente de ti; y su presencia era espantosa. La cabeza de esta estatua era de oro finísimo; el pecho, empero, y los brazos de plata; mas el vientre y los muslos de cobre o bronce; y de hierro las piernas; y la una parte de los pies era de hierro y la otra de barro. Así la veías tú cuando, sin que mano ninguna la moviese, se desgajó del monte una piedra, la cual hirió la estatua en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó. Entonces se hicieron pedazos igualmente el hierro, el barro, el cobre, la plata y el oro, y quedaron reducidos a ser como el tamo de una era en el verano, que el viento esparce; y así no quedó nada de ellos. Pero la piedra que había herido a la estatua, se hizo una gran montaña, y llenó toda la tierra. Tal es el sueño. Diremos también en tu presencia, ¡oh rey! su significación". Y fíjate —díjele a Mario— en la técnica de esta interpretación. Continué leyendo: "Tú eres rey de reyes; y el Dios

del cielo te ha dado a ti reino, y fortaleza, e imperio y gloria; y ha sujetado a tu poder los lugares todos en que habitan los hijos de los hombres, como también las bestias del campo y las aves del aire; todas las cosas ha puesto bajo tu dominio: tú, pues, eres la cabeza de oro. Y después de ti se levantará otro reino menor que el tuyo, que será de plata; y después otro tercer reino, que será de cobre o bronce, el cual mandará a toda la tierra. Y el cuarto reino será como el hierro. Al modo que el hierro desmenuza y doma todas las cosas, así este reino destrozará y desmenuzará a todos los demás. Mas en cuanto a lo que has visto que una parte de los pies y de los dedos era de barro de alfarero y la otra de hierro, sepas que el reino, sin embargo que tendrá origen de vena de hierro, será dividido, conforme lo que viste del hierro mezclado con el barro cocido. Y como los dedos de los pies en parte son de hierro y en parte de barro cocido, así el reino en parte será firme y en parte quebradizo. Y al modo que has visto el hierro mezclado con el barro cocido, así se unirán por medio de parantelas; mas no formarán un cuerpo el uno con el otro, así como el hierro no puede ligarse con el barro. Pero en el tiempo de aquellos reinos, el Dios del cielo levantará un reino que nunca jamás será destruído; y ese reino no pasará a otra nación, sino que quebrantará y aniquilará a todos estos reinos, y él subsistirá eternamente. Conforme viste tú que la piedra desprendida del monte sin concurso de hombre alguno desmenuzó el barro, y el hierro, y el cobre, y la plata y el oro, el gran Dios ha mostrado al rey las cosas futuras. Y el tal sueño es verdadero, y es fiel su interpretación". —Recalqué la lectura de esta última frase—. Oído atento —le dije a Mario—: "Y el tal sueño es verdadero, y es fiel su interpretación".

Mario escuchaba con atención distante, esa atención que no puede traerse nuevamente a donde estamos sino tras un sobresalto. Comprendí que estaba abusando de su paciencia. Le dije, concluyendo:

—Adelante hay otro sueño del mismo Nabucodonosor, que se soñó con un gran árbol cuya copa tocaba el cielo, etc., etc. Sueño del que también se hizo una interpretación. Las "Visiones apocalípticas" de Ezequiel también aportan nuevas luces al respecto. Así las "Visiones proféticas" de Zacarías. En verdad, este Libro es prodigioso y viene siendo, a lo que veo, el diccionario de los soñadores, el devocionario, el manual. Veo que..., tienes interés. Cosas útiles..., digo..., interesantes... (Estaba empapado del desdén de Mario, que me llovía encima).

—Comprendo ahora —Mario tenía su voz a medio despertar. Bostezó. Encendió un cigarrillo. Estiró los brazos—. Comprendo ahora que sea perniciosa la lectura de la Biblia para los espíritus... ¿como te dijera?... para los espíritus poco firmes. Se necesita ser un sabio o un loco o un simple para tragarse todo eso entero. Te aseguro que no resiste el menor análisis científico. No sé qué decirte: si la ciencia es una refutación a esto o ésta una refutación a la ciencia. Y aun al sentido común. Pero lo cierto es que no podrán ponerse nunca de acuerdo. Resulta muy... literario. Sí: subyugador. Aunque se me antoja que...

—No discutamos el problema religioso. Prefiero dejarlo intacto. Ocurre con él lo que con la luz: no se puede aprisionar, porque al cerrar la mano en su captura, nos queda sólo oscuridad. A la luz es preciso verla. Pero ver, en este sentido, es un acto puramente intelectual, el más lujoso de los actos intelectuales. Una cuestión de temperamento y de sensibilidad.

—Algo demasiado abstracto...

—Exactamente. Nuestra defensa, nuestra poderosa arma contra lo concreto.

—Permíteme que eche esa frase al haber de tus imágenes.

—Un mundo, al fin y al cabo. ¡Un mundo! Y el único quizá real, porque está con nosotros, dentro, materialmente incrustado en la masa del yo. El mundo de lo puramente individual. Lo concreto está siempre fuera, lejos, distante, extraño. Mi ciencia de los sueños es una ciencia infusa, intuitiva, personal, señera. Esos misteriosos mensajes de Dios son respuestas para las preguntas insolubles, las únicas dignas de ser estudiadas y contestadas. Oyeme con paciencia. Verás al cabo mi botín, mi botín maravilloso. Algo hay en nosotros, piénsalo bien, algo hay en nosotros, que de pronto flota en el entendimiento, sin que antes hubiera sido consciente. Por ejemplo, las facultades artísticas. ¿No es acaso milagrosa y sorprendente, inusitada e inexplicable, esa capacidad, superior a su dueño, de llegar a la belleza por medio de la palabra? Porque el artista siempre está absorto, maravillado y extático. Es su premio: ver una obra suya, superior a sí mismo. Aquí está la raíz de su orgullo. Y hasta en su inconformidad con la creación, ¿no hay algo satánicamente soberbio? La belleza, el arte, la sed de inmortalidad, la noción emotiva anticipada de la gloria póstuma, ¿no son otras tantas manifestaciones de ese desconocido que llevamos adentro, huésped de nuestra alma, a quien Sócrates que-

ría que conociéramos? Porque el "conócete a ti mismo" no es sino un "conoce a ese otro que siempre te supera", a "ese otro que tú quisieras llegar a ser". El poeta es vidente, un profeta. Y cuando no es vidente, vate o vaticinador, adivino, entonces no es poeta, sino bastardo y a veces melifluo versificador, mediocre golosina de los oídos tan solo. Estoy seguro de que lo mejor del hombre son sus sueños. Lo mejor y lo más real. Absolutamente lo más real. Espera, porque no sé qué poeta, cuando entraba a su aposento a dormir, colgaba de la puerta un letrero que decía: "el poeta trabaja". Ciertamente. Y el poeta es el único filósofo. Se atiene a las verdades indiscutibles; a las indemostrables, a las que no se dejan manosear por los silogismos. Lo decía también Shakespeare: "Estamos hechos de la substancia de nuestros sueños". Los sueños, que son, al decir de André Gide, "los alimentos terrestres", lo que nos nutre y alimenta, lo que restaura el vigor del ánimo y recobra para el espíritu enfermo la salud perdida. Espera —agregué buscando nerviosamente la libreta de apuntes, en la que tenía algunas anotaciones—, espera porque voy a leerte unos pensamientos espigados en Valéry, otro correligionario de esta teoría, otro profeta. Oye: "¡Mi alma no es más que un sueño producido por la materia en lucha consigo misma!". Y en otro lugar: "Pero lo contrario de mi sueño, Fedro, ¿qué va a ser sino algún sueño distinto? Un sueño de vigilancia y de tensión, a cargo de la razón misma. ¿Y qué soñaría una razón? Y, supuesto que ella soñase, dura, en pie, ojiarmada y sellando la boca como señora de sus labios, no fuera su sueño el que vemos ahora, ese mundo de fuerzas exactas y de ilusiones estudiadas?" Lee. Lee al gran Valéry. Y lee a Dostoyevski, en sus "Noches Blancas". Y tanto. Y tanto. No es simple literatura, como se acostumbra decir despectivamente. Es algo más, algo más.

Me había alterado. Vibraba por dentro, justamente como vibra un instrumento musical cuando el artista cosechó la última nota, y parece que el violín o el piano participaran por un segundo de la melodía entera, que quedó en impalpable urna de silencio. Todas las notas idas, creadas y fenecidas al borde del silencio, ambulan como un limbo que hubiera sido sacado de la nada y a la nada iniciara su regreso. Mi sangre había sido invadida por incesante ebullición. Las palabras que dije, cuán difíciles han sido de recordar. No se suele recordar con facilidad sino aquello que vivimos para nosotros solos, en silencio, aquello que no vertimos nunca. Siento ahora esta orfandad en mi alma. He quedado literalmente vacío. Y aquello, aquello que dije confusamente (ahora veo que divagaba como un loco, entre un mundo de niebla), no pudo caer en los oídos de Mario sino como prolongado canto en otro idioma, del que nos quedan sólo notas, melodías sin otro sentido que el de un efímero deleite, cuya fascinación perdura por su permanente fuga de la memoria. En realidad, estoy arrepentido. Pero Mario no recordará nunca estas palabras. Es mi salvación. No las cree y, por consiguiente, las olvidará pronto. Sólo recordamos aquello que alguna vez llenó de pasión nuestra fe.

El mediodía comenzó a picarnos en la nuca. El sol estaba riguroso. La sombra era tibia y había perdido humedad. La vida de los insectos estaba en el cenit. Un abejorro zumbaba... zumbaba... Así zumbaba yo.

* * *

Transcribo literalmente de la libreta de apuntes. Mi sueño había sido interpretado en aquel tiempo así:

"He soñado con algo maravilloso. Los sueños son válvulas de escape; allí realizamos idealmente lo que la vida nos negó. Los sueños son "la otra vida". Y así como el cielo de los cristianos (yo soy cristiano), es el premio para los sufrimientos de esta vida, así el sueño es el cielo para los mártires de la vigilia. Estas son frases bastante encendidas y asaz románticas. Si alguien tuviera hoy la osadía de publicarlas, lo tacharían por ridículo. Pocos serán capaces de entenderlas en su sentido exacto. Soy muy joven. Por eso debo parecer nimio e inexperto. O debo serlo. Sí: seguramente lo soy. Vendrá un tiempo en que me reiré de todo esto. Se me antojará pueril. ¡Oh, y muy inocente! ¡Demasiado cándido! Pero no debo perderme aquí en otro dédalo de meditaciones, porque correría el riesgo de echar a pique esta fuerza interior que ahora pugna por verterse, por salir. Sí: estoy... como se dice... inspirado. Así debía sentirse San Juan en Patmos, cuando escribió su Apocalipsis. Una embriaguez. Se siente uno levemente ebrio, inmenso, grueso, torpe y ágil simultáneamente. ¿Seré, en efecto, como me dijo ayer mi padre, "un pequeño Hamlet sin tragedias reales"? Pero, veamos mi sueño: el palacio debe ser el mundo, la tierra; me encuentro de pronto en él, extraño y suspenso, como ante algo maravilloso. Así me pareció el mundo cuando por primera vez lo vi. Al acabar de abrir la conciencia, la primera vez que me dí cabal idea del mundo, antojóseme adorable. Tal percibí el palacio, con los tersos mármoles de color, las

columnas y capiteles, el cóncavo cielo encantado. La gente que allí había representa la humanidad: toda viste diferentemente, y las caras extrañas simbolizan a las distintas razas que pueblan la tierra. El silencio que todos guardaban es imagen del egoísmo de los hombres. El egoísmo que es su señal característica. El egoísmo que a nadie quiere dar-nada, ni siquiera palabras, palabras de consuelo o explicación. ¡Oh, el terrible mutismo! ¡Cuán bien lo advierto ahora, en la vida y en el sueño! Todos mudos. Entonces... quiero escapar, huir de aquel laberinto de soledad móvil y aterradora. (Quiero huir del mundo, claro está, porque me siento horrorizado). Pero todo está hermético y el espacio es infinito. No puedo evadirme. Es preciso vivir. Y vivir es imposible. (Quise escapar cuando tuve conciencia, pero no era posible). Las bellezas del palacio significan los atractivos del mundo, (el demonio y la carne), los bienes terrenos, los placeres que ofrece la vida. Sierpes, ofidios semihumanos de largas lenguas como látigos, simbolizan la voluptuosidad. Aquellos animales viscosos y enigmáticos¿ qué son sino los pecados capitales? Y ahora, torsos masculinos y femeninos: he aquí los dos sexos que rigen el mundo y la vida. Mario está allí y experimento, por ello, alegría. Claro: tengo un amigo, en medio de tantos rostros zahareños y rigurosos. Pero luego desaparece. (¿Será que Mario dejará de ser mi amigo? ¿Será que el mundo nos separará en el futuro? ¿Por qué no quiere que lo vea? Huye y se esconde tras la multitud. Huye de mí. Así huían los apóstoles de Jesús, cuando los judíos lo prendieron y encarcelaron. Y lo negaban...). ¡Vaya! Sigo. Sigo adelante. No me dejo aterrar. El cortejo que irrumpe representa los pecados, que portan ricos presentes (los placeres), para endulzar y hacer amable la vida. ¡Los ricos presentes! Al final, el viejo viene. ¿Cuál es su significado? Ya. El viejo es la ciencia, la experiencia, la virtud, el talento, el arte, todo lo que hay de elevado y abstracto en la vida. Madurez, criterio, serenidad. El viejo es, indudablemente, el espíritu. Y su frase sacramental: "¿la gran verdad será revelada?" Significa que habrá una época en la que saldremos del error y de la ilusión y entraremos en la realidad de la vida. El viejo quiere decirnos esta verdad, porque de seguro millares de vigilias nocturnas han enriquecido su cerebro. Pero el libro que llevaba delante, sobre las manos extendidas, y que debía contener la ciencia del bien y del mal, (hubiera debido llevar una manzana de oro sobre las pastas), está en blanco. El vejete busca y busca, pero su hallazgo es el estupor. Titu-

bea, fracasa y se esfuma. Los oídos se han vuelto sordos. Nadie lo atiende. Y ahora, sí. Entra el joven, el joven que es "la acción". Juventud, acción, fuerza, ímpetu, inminencia, audacia, belleza. La reina es el misterio que todos quieren resolver, el misterio de la felicidad. El joven la posee y de seguro la fecunda para perpetuar en ella la vida y el linaje de la humanidad. La posesión, como placer, representa la sensualidad de la vida; la fecundación significa el triunfo sobre la muerte, las dos cosas son el amor: ¡carne y espíritu! Y el amor, como sensualidad, es la gran verdad que será revelada. El gran secreto, la gran verdad, es la sensualidad, el amor físico, el gozo fecundo de la carne, la gloria del animal, la perpetuación de la especie y todo lo que a ello se endereza. La semejanza de la reina con Carmen primero, y luego con la hija de la señora de la capital, me indica que mi destino sensual es ese. Y se parecen entre sí, se confunden y se separan, lo mismo que esas imágenes que, sucesivamente, al conjuro de nuestros dedos sobre la lente, entran y salen del foco, esfumándose y regresando, sumisas, a la nitidez, como a su ley justa. Algo borroso que, de repente, se define y aclara. Amo esa estirpe de mujeres sensuales, profundamente animales, bestezuelas adorables. Y lo veo en el sueño. Sus ojos son ojos sin alma, como los ojos de los animales, en los que el paisaje se aquieta. Amo esa carne maciza, dura y elástica, que bajo la excitación debe encenderse en un compás suave y exacto de movimientos eróticos, una especie de danza satánica, impregnada de irresistible seducción. Es evidente que el sueño revela mi sensualidad. Mi sensualidad encadenada, prisionera de la timidez. Y me profetiza uno de dos destinos: el del vejete o el del mancebo: A mí cabe la elección. Y la disyuntiva es inflexible: o el espíritu o la acción. O la vida o la inmortalidad. Escoger..."

Al margen de estas páginas, escritas con lápiz y casi imposibles de descifrar, encuentro ahora unas frases que explican un estado de ánimo posterior.

"Digamos las cosas claras y sin cobardía: soy un sátiro ridículo. Un sátiro insatisfecho, sin ninfas. Mejor aún: un pobre diablo. Los pobres diablos somos pomposos y retóricos. ¿Qué es eso de: "o la vida o la inmortalidad?". ¡Vaya una frase bien hueca! Buena para la plaza pública o el parlamento. ¿Qué quiere decir?... vamos a ver... ¿qué quiere decir? Los griegos me parecen sabios. Vivían de veras. Hubiera querido vivir entonces. Habría sido... Se hace literatura a costa de sufrimientos. Un ser satisfecho se calla.

Los atormentados escribimos. Escribimos lo que queremos y no podemos hacer. Un pecado solitario. semejante a... Y de ahí que a veces se diga eso cuando se está escribiendo. "¡Con qué placer hubiera dejado de escribir lo que sé, con tal de ver realizarse una parte de lo que sé!". Lasalle. Cambio todas las obras maestras del arte (sinfonías, cuadros, esculturas, obras literarias) y casi todos los descubrimientos científicos, por un puñado de mujeres. Vería si Beethoven no me recibiría a... por su novena sinfonía, y así sucesivamente..."

* * *

Lo he recordado muchas veces y siempre de manera distinta. Es como si este recuerdo no fuera mío, sino de otro, a quien yo se lo hubiera hurtado, y a causa de ello no se acomodara del todo a mi ser. Como si recordara hechos pertenecientes a otra persona; como si los olvidos de los demás hubieran venido volando a refugiarse en mí. Exactamente. Este recuerdo mío es un recuerdo prófugo, un recuerdo huérfano, asilado en mi alma. No me ha sido fiel, como aquellos otros que vienen de tiempo en tiempo, con periodicidad astronómica, como al cerrar el círculo de una órbita rigurosa que acabaran de recorrer. No se parece este recuerdo a los otros. Semejante a esos hermanos rubios, delgados y altos, que nacen en el seno de una familia naturalmente obesa y de piel oscura. Por eso —creo yo— permanece ausente durante grandes períodos de tiempo, se va, se aleja, y lo veo impreciso, desdibujado en lontananza, fundiéndose con el paisaje, que ya no es paisaje sino mancha, color indeciso. No se esconde tras ninguna vuelta del camino. No tuerce el rumbo a los primeros pasos, como suele acontecer en los viajes de nuestros hermanos, cuando la despedida se corta de repente y ya no oímos sino el aleteo de nuestro propio corazón. No. Se pierde, cual se pierde un navío en el mar; como se pierden las ilusiones de los viejos. Así que no he podido nunca aprisionarlo, definir sus contornos, ordenarlo en la mente. En mi memoria quedan trozos deformes, fragmentos descompuestos. Se sabe dónde comienzan, pero acaso no se sepa dónde acaban. Así se recuerdan a veces los sueños que nos acometen cuando algo nos duele, —la cabeza, el vientre—. Es preciso, no obstante, que yo pueda reconstruir... Eso es. Porque lo he visto ahora más nítido que nunca. Ahora, después de mi gran sueño profético. Yo también he hecho. Quiero decir: he sido un hacedor. Pero veamos. Acaso aquello sea la mejor

parte de mí mismo. Era cuando aun no hervía en la marmita, que cuece el cerebro, la loca imaginación calentada por ociosas llamas de ensueño y pensamiento.

Era muy joven. Todavía lo soy. Pero entonces era tan joven, que me parecía imprescindible ser ya un hombre. Un hombre cabalmente. Me había puesto los pantalones largos, la camisa de cuello cerrado, la corbata y el sombrero. Y hasta había comenzado a afeitarme la barba, el menguado archipiélago de pelillos suaves y rubios, que apuntaba.

Mi madre había consentido en que aquel suceso trascendental de mi vida se realizara. Yo apreciaba claramente su dolor. No quería perder a su hijo tan pronto. Pero me encapriché, y las permanentes protestas vencieron su obstinación. Me acordé de cuando tenía el pelo como las niñas, cortado a la moda de entonces. Había sido un triunfo de mi parte que la abuela permitiera que me peluquearan como a un hombre. Y cuando mamá me llevó para que el peluquero me motilara, yo me sentí dichoso. ¿No era esto un homenaje a mi juicio y a mi capacidad? Acaso desde ese momento fuera yo más respetable en casa y se me permitiera irme a la cama más tarde y poder elegir los amigos. Ese día me llevaron, recién peluqueado, a la oficina de papá, para que él pudiera ver a su hijo hecho un hombre. No cesaba de pasarme la palma de la mano por la nuca. Tenía la sensación de estar un poco desnudo. Experimentaba frío en el cogote. A la mañana siguiente, al bañarme la cabeza, me encontré desposeído de algo, algo que era más que el pelo. El agua llegó a enfriarme tanto, que durante el día no pude pensar en otra cosa. Pero, evidentemente, si algo se había ido, algo vendría a reemplazarlo. Entonces todavía no sabía nada claro de mi sexo. Pero creo que de ahí partió...

Los pantalones largos nunca se me enredaron en las piernas, ni eran obstáculo para caminar. Todo lo contrario de lo que creía. Los llevaba, sin afectación, naturalmente, como si los hubiera usado siempre. El cuello me ahogaba. El embarazo de vestirme era mayor. Se gastaba mucho tiempo en vestirse y las piernas sudaban unas gotitas que luego caían describiendo mínimas culebrillas de frío. El sombrero marcaba en la frente un delgado surco. Pero yo había estudiado ciertas prácticas necesarias: sabía, por ejemplo, tirar de los pantalones hacia arriba cuando iba a sentarme. Y a no ser por el aspecto pueril, inevitablemente pueril, de mi rostro, habría sido dificilísimo calcular con precisión cuándo me había puesto los primeros pantalones largos. Además, los amigos de entonces eran todos mayores que yo, y estaban dispuestos

a aleccionarme. Me llevaron al café, me enseñaron a jugar billar, a tomar cerveza, a jugar "toruro". Una semana después, el hábito de los propios ojos y el de los extraños habían acabado de connaturalizarme con el nuevo estado. Pero claro está que un hombre puede permitirse muchas distracciones que a un niño están vedadas. Salir de noche, regresar tarde, tener la llave de la casa, frecuentar el café, ser como su papá, tener aventuras con mujeres.

Y he aquí dónde comienzan a desordenarse mis recuerdos. He llegado hasta el borde de aquel recuerdo, del que antes decía no tener sino fragmentos dispersos. Son suficientes.

El automóvil salió de la avenida a gran velocidad. Los tres íbamos atrás, repantigados. Por lo pronto no hablábamos. Se advertía sin dificultad que cada cual sostenía un diálogo consigo mismo. Tres conversaciones apresuradas y hasta atropelladas integraban este silencio. De repente, la oscuridad. Apenas tenues lucecillas lejanas chispeaban regadas negligentemente en la substancia misma de la tiniebla. Podría asegurar que parpadeaban. Serían... No era preciso agregar nada. El automóvil es una máquina pesada, segura, confortable. Sí; pero de súbito, aquello en que íbamos había dejado de ser automóvil para convertirse, —como se convierten a veces los muebles de nuestro dormitorio en gigantescos fantasmas que gruñen—, en un pequeño monstruo marino. Aquella oscuridad sosegada, chispeada de luces lejanas, ancha, no pertenecía seguramente a ninguna avenida o calle, sino que reposaba toda entera; era una masa blanda, perforable tan sólo por algún ser acuático. El auto se contoneaba como un pez grueso, volviendo y revolviendo, alumbrando cual un cocuyo con sus faroles, graznando acompasadamente. De improviso, un bache; el chapoteo de las ruedas, un gchhhs, el leve vaivén de los frenos luchando con la inercia, y el motor que resopla nuevamente, puja y sale. Dos curvas más, donde acabamos de perder, como sobre una ruleta, los restos de orientación topográfica que habíamos conservado tras las vicisitudes del camino; una casa con enrejado, depositada contra la oscuridad. Y otro vaivén más fuerte, producido por los frenos que paran al monstruo. Al apearnos del automóvil, éste, por otra sorprendente metempsicosis, recobra su antigua apariencia, su sólita apariencia. Habría podido saltar por la puerta de este lado, pero hubiera sido el primero en vaciarse sobre el azar. Aquel vehículo era, sin duda, un pedazo de la ciudad, de seguridad, de vida predestinada; un trozo de hábito. Afuera... afuera ya era otra cosa. Titubeamos mirando al propio tiempo hacia la

una y la otra puerta los tres, con ese gesto que los cinematógrafos toman en las partidas de tenis, y que luego reproducen en los noticieros, —para mostrarnos ese lado cómico, grotesco—, del permanente desplazamiento de la atención tras la bola. Por fin, resueltamente opuse el cuerpo hacia el otro lado. Descendimos. Y ya no supe más. Creo que hasta entonces mi vida habíame pertenecido de una manera completa. Luego, me entregué. Era excesivamente nuevo este azar. Comprendí —lo presumo ahora— que mi destino había pasado a otras manos. Mi voluntad había quedado suelta, sin acción, como la palanca de cambios de un automóvil al que se ha desconectado el embrague. Había quedado de mí una masa torpe; unas piernas; unas manos avergonzadas de no tener nada, absolutamente nada que hacer, como no fuera huir, meterse en los bolsillos, salir de nuevo, apretarse, frotarse, ponerse cruzadas atrás, levantar los pantalones al sentarse, tamborilear con los dedos sobre la mesa, sacar los cigarrillos, ofrecerlos, encender una cerilla, volver a quedarse inmóviles, llevar el cigarrillo a la boca cada segundo, desprender, inútilmente, antes de tiempo, las insignificantes partículas de ceniza que arropaban la brasa. Los pies, balanceándose. Las piernas, montando la una sobre la otra, alternativamente. Y el cuello de la camisa, que se subía por encima de la manzana de Adán, y la corbata torcida. La risa, que se asomaba y volvía a esconderse, como una criada que siente venir a los soldados y no puede prescindir de ir a llamar a la gente de la casa. Y la tos, que tampoco quiere estarse sumisa, callada, allá adentro, sale y hormiguea en el gaznate, mofándose de nosotros. Y el corazón, que tampoco es obediente como de costumbre, se despierta y echa a andar. Entonces sentimos que el chaleco nos oprime, nos asfixia. Y de ahí parte el calor. Y el calor se licúa y nos enfría las axilas. Y uno no habla. Y si habla, la voz, participando furtivamente de esta conspiración, de esta rebelión, de esta huelga de nuestras facultades, sale aflautada y pueril. Y chilla a nivel del istmo de las fauces. Y entonces sale la tos y le ayuda, echándola afuera de un empujón, como los compañeros de colegio al borde de los escenarios en las veladas lírico-literarias. Y de uno no queda otra cosa, no queda nada. Y sólo las manos vienen y van, y no saben qué hacer. ¡Y es entonces cuando vemos cómo nos sobra el cuerpo, cómo nos sobra!

De repente, ya estamos apretujados otra vez en los muelles cojines. Ahora vamos cuatro personas atrás y dos adelante. No sé qué le dijeron al conductor. No entiendo esta jerga. A mi lado va sentada una mujer; una mujer que me echaron

encima. He tenido que acudir a toda mi importancia para defender tras ella mi timidez. Mi timidez se pone antifaz y entonces aparece con la cara del Desdén. Un hombre de mundo, muy corrido y muy exquisito. ¡Ah! ¡Y nada presuroso! ¡El sosiego es mi asilo! ¡El asilo de todo hombre distinguido!

De nuevo el automóvil hendió la masa oscura del aire, persiguiendo los dos túneles de luz que los faroles iban cavando en las tinieblas. Toda la noche pesaba sobre nosotros, nos envolvía, nos protegía. Al principio se oyeron algunas frases vagas, de sentido ambiguo o resueltamente ininteligible; luego palabras, puras palabras sueltas, solteras, en el aire, como monedas antiguas retiradas de la circulación, que apenas se mirarían con interés de coleccionista; más tarde unas risotadas anchas, planas, como canchas de tenis; y después, en seguida, sin interrupción, la carcajada tremolaba, se hacía fina y leve, adquiría talle y silueta lánguida de mujer joven, virgen, intacta. Y entonces no quedaba sino una risita juguetona, cosquilleante que, voluntariamente, iba construyendo en el espacio el vaporoso monstruo de la malicia. De pronto nos quedamos con el puro silencio flotando sin saber qué hacer con él. El automóvil rezongaba rítmicamente, serpeando, y los ruidos de su organismo mecánico, por contraste, hacían más nítido y tangible el silencio. Los ojos, que al principio no distinguían sino masas imprecisas moviéndose en el claroscuro, se acomodaron a aquella tiniebla, y ensanchando el diafragma recogieron las migajas de luz disueltas en el aire. Por ello pude establecer ciertas medidas entre nosotros. Miré discretamente hacia la izquierda. Vi cómo él estaba casi vertido en ella, como en un recipiente, enlazado, confundido, integrando los dos un extraño monstruo de dos cabezas. Vi cómo le tentaba los senos y las piernas. Los senos debían estar calientes y su tacto sería fino, como sobre seda, y bajo la presión, aquella carne elástica y rubia debía reaccionar suavemente, al empuje de la sangre, que afluiría como una respuesta tras la pregunta del contacto sensual. Las piernas, gordezuelas, hechas de una carne maciza, dura, imposible de pellizcar. ¿Acaso sería el vientre "como un montoncito de trigo"? No pude pensar más, ni reconocer las bandadas de metáforas que salían. cual palomas asustadas, de muchos libros que yo había leído y que ahora me revelaban su íntimo sentido, naciendo de mi aturdimiento. No reflexioné siquiera en aquella clase de amor que ahora se me ofrecía. La mujer que me habían adjudicado no era más que "una de ellas". Una cualquiera. ¿Acaso no habría sido más razonable que yo la hubiese escogido, a la medida de mis deseos? ¿O era que bastaba su sexo, el ser mujer, para

que forzosamente mi instinto la quisiera? Era yo tan profano en la materia, que acepté incondicionalmente las decisiones de mis amigos. ¿No era suficiente verlos proceder en idéntica forma, escogiendo para mí la mejor presa de aquel fortuito botín de carne femenina que habíamos pescado en la noche?

Entramos a la ciudad y recorrimos calles y calles. Vacías, desiertas, con hombrecillos solos que se arrastraban como desperdicios, como sobras. Las luces, soñolientas, sabían que ya no era preciso alumbrar a nadie; que estaban en vano consumiéndose. Alguna pareja de borrachos bramaba y se entregaba a frenéticos abrazos. Nosotros pasábamos a su lado como un soplo; ellos volvían a mirar, alargaban los brazos gesticulando cual náufragos, y se quedaban atrás; una mancha tan sólo que se contorsionaba como una llama oscura.

* * *

En casa había visto a Dolores ahogando palomos en la tinaja, cuando alguno de nosotros enfermaba y era preciso alimentarlo con manjares exquisitos, nutritivos y livianos. Mamá ordenaba que aquellos pichones se mataran a escondidas de nosotros, para evitar que presenciáramos tan cruel sacrificio. Pero alguna vez, por casualidad, Dolores no advirtió mi presencia y ahogó al pichón mientras la miraba. Horrible dolor el mío, dolor mezclado de ansiedad, de expectativa y de crueldad. Le miré la cara. No era, ciertamente, la misma cara de Dolores, su rostro acostumbrado, aquel al que yo tenía tanto afecto. No. Los rasgos se habían alargado raramente y participaban de la repugnancia moral que ella debía experimentar en su interior. Los dientes, tiritando, le rechinaban, impulsados por una ajena ferocidad que ella se vió precisada a utilizar en aquel momento. El palomo se alargó y deformó, como si su cuerpo fuera esponjoso y el agua lo hubiera impregnado. Así ahogué yo aquella noche mi timidez en alcohol. No hubiera soportado por más tiempo ese silencio que se resolvía en gesticulaciones, en ademanes, en sedosos contactos que sonaban. Porque de nosotros ya no quedaba nada, sino deseo.

En la casita, un corredor oscuro y un pedazo de oscuridad más densa que se movía como un gato. Y ahí, dos moneditas luminosas, a la misma altura del suelo, sostenidas como por los dedos de un mago hipnotizador, centelleaban. Una piedra con la que se tropieza. Y ya un vago tufo dulzarrón, que se pegaba al olfato y maduraba en él. Adentro, la salita, cuyo piso molado parecía recién barrido. Una luz roja que salía de la pantalla. La radio, erudito en música de baile, durmiendo

bajo una lamparilla de estilo japonés. Y el hastío, repartido por toda la pieza, depositado sobre todos los muebles, que ahora crujían bajo nosotros. Afuera, el jardincito y un cenador, cuyo piso tapizaban flores de enredadera. Dentro de él una mesita y tres taburetes. Y el botón de un antiguo timbre que había muerto. Dí una gran palmada sobre la mesa. Saqué los cigarrillos. Pero aquello hedía. Aquello o nosotros.

Mis piernas gruesas, hinchadas, abotagadas; tan torpes, como esos perrazos viejos, castrados, que arrastran su vejez por los rincones y a quienes, antes de morir, sobreviene una repugnante obesidad; así, muelles, durmiendo, participando raramente de esa espesa insensibilidad consiguiente a un anestésico local aplicado para abrir un forúnculo. Era preciso que las palpara, para recobrarlas. ¡Oh! y era necesario zapatear, así, duramente, contra el suelo. Había que montar una pierna sobre la otra, y medio minuto después desmontarla para cabalgar en ella a la que resistía. Y mientras tanto, encender y tirar cigarrillos, casi enteros, con una brasa extraviada que se había ido de lado y que los consumía mal. Y eso, chupando, chupando ansiosamente, como si se extrajera del humo alguna imprescindible felicidad confusa, tan necesaria a la vida como el mismo aire, cual si uno de esos actos normales y de ordinario inadvertidos y automáticos como respirar, se hubiera convertido de pronto en un acto consciente de la voluntad y todo nuestro organismo se aprestara para ejecutarlo, sabiendo que de él dependía la existencia. Y así había que abrir las cajetillas de cigarrillos, sí, torpemente, desgarrando de un solo tirón un buen pedazo de la envoltura, no con esmero y primor como de costumbre, no, sino bruscamente, quitándole ese valor minucioso que en la vida habitual concedemos a tantas fruslerías. Aquellos cigarrillos debían consumirse con violencia, con la alegre furia de una desfloración. Y, luego con los fósforos, sin sacudirlos antes dentro de la cajita, sin hacer el ruidito acompasado con que constatamos cuántos quedan; al querer encender uno, se volcaban los demás, pues habíamos tirado muy fuertemente, sacando la cajita de sus rieles más allá de lo debido. Pero uno reía. Y yo reía de ello, ¡vaya!, y reía y tosía y me daba hipo a la vez, y al hipar sentía agrio el gaznate. Y entonces bajaba los ojos y veía los fósforos caídos, con sus cabecitas rojas inéditas, y levantando ese pie enorme, los restregaba. Entonces, fuzzzzzz, se hacía la humilde candelada y quedaba el tufo de azufre en el aire. Yo daba una palmada sobre la mesita y miraba el bombillo que estaba adormilado y que, ciertamente, no se divertía con las gracias que allí hacíamos. ¡Estaba tan acostumbrado a verlas, que

para él resultaban detestablemente cotidianas, insoportablemente habituales! Se veía que el bombillo decía: "Son ustedes unos perfectos majaderos, unos rufianes sin gracia, unos majagranzas sandios. Y esas vaciedades de que tanto parecen ufanarse, estoy harto de verlas. ¿Serían ustedes tan amables, brutos malandrines, de irse a acostar? ¡Estoy muerto de sueño! Ahhhhhh". Y bostezaba. Pero nosotros nos olvidábamos en seguida de él, y lo dejábamos ahí, colgado, con su luz anaranjada, insensible ya a los pequeños insectos que revoloteaban en torno. Seguíamos consumiendo licores. Se bebía uno el contenido, y le daba al vasito un golpe contra la mesa. Pero, de pronto, sin saber cómo, el vasito aparecía de nuevo colmado de un ámbar flúido, dentro de cuya masa translúcida microscópicos globitos subían hasta la superficie y, de fuerza que hacían, estallaban, como esos peces nacidos en la profundidad de los mares, que si salen a la atmósfera se revientan y destripan por falta de presión. ¡Al verlos colmados tenía uno que asombrarse, pero, en el fondo, ¡cuán natural era! Entonces, con las puntas de los dedos y la mano estirada sobre la mesa, se empujaban los vasitos, se repelían, se detestaban un poco. Pero, entretanto, sonreía uno, miraba a los otros y se agachaba un poco para ver estallar los globitos que salían airosos y establecían, en la superficie, un espectáculo de tenues surtidores, una miniatura de aquellas fuentes luminosas que había visto en la capital, en donde el agua, prendida a la luz, subía por ella, y antes de alcanzarla por completo perdía el aliento, se doblaba como una tela y caía en torno, chispeándonos de un vapor frío, helado y ya sin luz. Cuando se nos antojaba que habíamos retirado los vasitos lo suficiente, mis compañeros y yo nos mirábamos, y entonces me parecía que ya no los veía a ellos por completo. Un tenue halo en el que la fisonomía se diluía suavemente me impedía ver con precisión esas caras familiares de las que, por lo que allí parecióme, ya no quedaban sino gestos, modos de ser, a los cuales me asía con vehemencia, para no perder su protectora compañía. "De manera que, sin saberlo, de pronto, podía quedarme enteramente solo"? Y, para eso, para no quedarme solo, atraía de nuevo el vaso, lo levantaba y los miraba a través de él; elevaba, con un gesto animoso, la barbilla, para inducirlos a seguirme, exactamente como lo haría un capitán a su compañía al iniciar la batalla, y arrimaba el frío bordecito de cristal a los labios. Cuando aquel sorbo me había inundado el gaznate, oía siempre las mismas palabras, cada vez más roncas, profundas e ininteligibles: "Santé... santé... santé", que, según yo lo juzgaba, debían ser de la jerga peculiar de aquellos lugares, y así las reputa-

ba como una forma bastante pueril y grosera de "snobismo". Así lo creía, pues recuerdo que nunca pude repetirlas yo mismo, no obstante el deseo de asimilar ese ambiente hasta en sus detalles íntimos. Luego hablaba, hablaba, hablaba; me abría como una alacena, como una red, como una represa. Me vertía como una palangana. Y entonces no sabía lo que hablaba, pero se me antojaba que los demás estaban pasmados de mi inagotable locuacidad.

Después (no supe cómo pudo suceder aquello, pero la verdad es que me aterró en el primer instante y luego hizo nacer en el fondo de mi cuerpo un "yo" absolutamente extraño, inédito, que apenas me conocía y que yo tardé en reconocer como mío; un "yo" temerario, valiente), después —digo— empezaron a salir de la oscuridad, —como si una colonia de encantados durmientes comenzara a beneficiarse de la cesación de su embrujo, por alguna acción involuntaria de nuestra parte, pero que les fuera particularmente provechosa—, unas voces pesadas, untuosas, guardadas de mucho tiempo atrás, semejantes a los rugidos que las fieras cautivas emiten cuando se desperezan o cuando está a punto de llegar la hora habitual de la ración. Como todo mi cuerpo estaba dormido en la superficie, bajo la anestesia del alcohol, y como las voces salían de un medio espeso que era preciso atravesar, las oí de una manera fantástica, sin poder determinar si eran reales y dichas por algún prójimo ebrio, si acaso partían de nosotros mismos, o si eran producto tan sólo de alucinaciones auditivas. De manera que tuve que oírlas confusamente hasta que me despertaron. Al punto, unas pedradas retumbaron, y oímos que tumbaban y acoceaban la puerta, dando formidables sacudidas que hicieron chirriar las fallebas y las bisagras. Y de pronto, un golpe seco que, apenas producido, se desintegró en un menudo cascabeleo de vidrios cayendo; este ruido fué sucedido por un minuto de profundo silencio, en el cual oímos acabarse, afinándose y desafinándose, un gemido que llegó hasta la mitad de los sesenta segundos y que, en su extremo, como si fuera un imán, recogió nuestro estupor. No podía comprender aquello; era más fuerte que yo. Hice ademán de levantarme, pero como no sentía las piernas, simulé revolverme en el asiento, para que los demás atribuyeran mi fracasado conato a una simple inquietud de persona aburrida o nerviosa. Entonces noté que ella se había ido y que los demás miraban hacia el bloque de oscuridad que la lamparilla del zaguán atajaba. Estábamos en silencio, pero los ojos sostenían un intenso diálogo, tanto, que hubiera sido imposible hablar al mismo tiempo. Era imprescindible que alguien saliera. ¿Acaso no éramos

hombres, machos, en fin, seres... obligados a responder siempre y a amenazar y a defender y a dejar el pellejo en cualquier esquina? ¡Vaya! que si los otros... entonces debía ser yo... porque, ¡vamos! que eso era intolerable... y ¿qué se creían ellos? (¿qué se irían a creer luego, no mañana, pero sí ahora, ahora cuando también estaban borrachos y...?), ¿que nosotros no éramos unos completos machos? ¡Absoluta... hip... mente! Me asustó ver a mis compañeros alelados, papando aire, con sus ojos llorosos, enrojecidos cual si estuvieran incubando un orzuelo. Eran ellos quienes, desde luego, faltaban a su deber. Yo era su,... eso,... su invitado, y ellos los anfitriones. De manera que yo... Oí un chapoteo de palabras que iban y venían, como viejas espadas anchas, oxidadas, entre la penumbra, chasqueando sin fuerza, pero con vivacidad. Sentí que trancaban firmemente el portón y que una de las palabras, más necia que sus compañeras, se metía por las rendijas y era devuelta por otra, que hacía como de raqueta... "licía... bra... ta... pu... licía... hij... ta... li... cía... po... ta". Por fin graznó una sirena. Y en un breve foso de silencio se enterraron todos los ruidos. Sonó el encendedor de un carro, bufó el motor tres veces... y el zaguán nos la devolvió a ella. Una sonrisa forzada trataba de ordenarle de nuevo la fisonomía; no obstante, los rasgos duros permanecían duros y no se querían ir; ella los echaba, pero ellos antes de desaparecer le estiraban la boca y le fruncían los labios, le movían las aletas de la nariz y le lanzaban el pelo a la cara; la hacían sudar y respirar más hondo, pero ella se estiró la falda y se recogió el pelo detrás de las orejas, suspirando levemente, como quien está satisfecho de haber realizado una tarea que un momento antes parecía desproporcionada a sus fuerzas. Entonces todos acudimos y le ayudamos a reír... y demostrábamos con lo alegre de las caras que aquello había sido una simpleza, una tontería; eso que le ocurre a cualquiera, como cuando el dueño de casa finge no darle importancia a la terracota fina que el invitado estuvo a punto de romper y... entonces, ambos se azoran un poco y se miran con el rostro encarnado. Y mientras el huésped se empeña en decir que no vale nada, el convidado sabe que aquello habría sido una torpeza imperdonable. Pero como todos estábamos un poco enajenados y allí estaba de nuevo el ámbar flúido, comenzamos a reír sin podernos contener, seguimos resoplando, nos retorcíamos como acróbatas, y ya de lejos una persona normal que estuviera en sus cabales, no hubiera podido distinguir claramente si estábamos envenenados o muertos de risa, pues lo cierto era que nos agarrá-

bamos el vientre y nos doblábamos de risa; comenzamos a darnos pescozones y echamos al suelo la mesita; y aquello se volvió un borrón, una mancha, nada, como si sobre un cuadro al óleo se hubiera volcado un cubo lleno de gasolina.

* * *

—No puedes dormir así. ¿No estás cansado? ¿No te aprieta la ropa? A ver... a ver... no voy a tener más remedio que quitarte los zapatos. Pero... ¡huy!... ¡si estás embarrado! ¡Qué barbaridad! ¡Ni que se hubieran revolcado como marranos, en algún barrizal! No puede uno tocar los cordones, porque se unta... ¡se unta! No pongas ahí el pie, que me vas a ensuciar la sobrecama. Qué indecen...

Estaba completamente mareado. Comprendí entonces, como nunca, esa expresión tan frecuente que tomamos de ordinario en sentido hiperbólico, "el mundo me da vueltas", frase que en aquellas circunstancias cobraba particular exactitud, significando con viva precisión esta ronda rítmica de las cosas que me circundan. Todo parecía animarse, de pronto, como si la embriaguez fuera la música prodigiosa a cuyo conjuro los seres quietos volvían, desencantados, a su verdadera vida de alegre movimiento. ¡Oh, las alegres danzantes del bosque! Un cuadro tan conocido. Sería de Watteau o de... o de... o de... en Versalles o en la antigua Grecia, cogidas de la mano, coronadas de rosas, con los pies amoratados en el lagar; ¡ellas mismas eran el mosto, y luego el vino, y luego la embriaguez, y luego las imágenes de la embriaguez, y luego el sueño de estas imágenes, y acaso no dejaban de ser ellas sino en la inminencia del despertar, a la mañana siguiente, cuando volvíamos a ser los otros, los de siempre, no los más reales, no los más necesarios, sino los más tristes! Sí, sí. ¡Qué dicha radiante! Todo en torno se movía, danzaba. La ventana tras la cortina, y la cortina tras el cuadro, y el cuadro tras el velador, y el velador tras la mesita, y todo —leve, alado, ingrávido— se iba y se iba, y siempre volvía al mismo puesto con una rapidez vertiginosa, como ocurre cuando en la ruleta, dando y dando vueltas, la velocidad parece desligar al movimiento del objeto material que lo sufre, hasta el punto de que la ruleta voltea dejando, sin embargo, los números en el mismo puesto. Pero lo peor de aquello, o lo que más me entristecía, era que estaba amonadado, vencido, sin fuerzas. Y el sueño jugaba conmigo muy cruelmente, pues tan pronto estaba profundamente dormido, como despierto. Y el despertar era siempre a raíz de un susto, al final de una pesadilla

en la que se me antojaba estar cayendo a un abismo al que no acabaría de llegar. Entonces sentía frío en la boca del estómago, muy similar al que se experimenta cuando por primera vez se ocupa un ascensor que baja. Y precisamente en el instante mismo de despertar daba un profundo suspiro, muy hondo, porque sentía que la vida se había fugado y que el corazón acababa de dar un paso en falso. Así cada sueño finalizaba en un pequeño y falaz síncope, para regresar de nuevo a la masa blanda y sensual de la inconsciencia. Pero, no obstante caber en cada sueño un espisodio trágico infinitamente largo, capaz de servir de argumento al más espantable novelón, la verdad era que duraba muy poco, acaso un minuto o menos. La rapidez de las imágenes sobrepasaba a cuanto pudiera pensarse. El tiempo era lo de menos. Los sueños no lo necesitaban. Se veía que los sueños eran de otra materia, a la que no era indispensable el espacio y el tiempo. Y venía el despertar angustioso y el vahido y desfallecimiento. Semejante a esos avisos luminosos dotados de un sistema eléctrico que los hace encender y apagar alternativamente sin tregua, así yo dormía y despertaba, en un estado de desasosiego comparable al que suele acometer a los enfermos graves, y que a veces no va unido a otros síntomas alarmantes, pero que los médicos expertos consideran como pésimo factor para el pronóstico.

Por fin hice un esfuerzo supremo y me incorporé. Me restregué los ojos. Pero aquella penumbra estaba repleta de olores. Ahí estaban los olores dispuestos a orientarme. El cuarto, cerrado. Habían pasado algunas horas, las suficientes para que madurara aquel tufo impreciso de gente que duerme, de sudor, y el peculiar de los cosméticos de mujer, ya retirados de las facciones o guardados en cajitas a medio cerrar, fuera de otros olores medicinales que me traían a la memoria fragmentos de recuerdos tan disímiles, tales como estos: el día que acompañé a mamá a visitar una amiga al hospital; la terrible espera en el consultorio de un dentista, cuando me sacaron los primeros dientes; el primer viaje (unas compañeras estaban mareadas y mamá abrió su botiquín de urgencia y les dió, para que olieran, unos copos impregnados de alcohol), y otros acontecimientos tan extraños a aquel lugar. Aquellos olores tenían un máximo común divisor que los hacía agruparse y pertenecer a un género determinado, y este máximo común divisor era su acidez. Si un perito perfumista hubiera querido referirse a él, habría dicho que aquel cuarto estaba "suavemente ácido". Y si le hubiera dicho que precisara con palabras rigurosas aquella suave acidez,

habría tenido que contestar que era aquella una "suave acidez intensamente seductora". Era la emanación natural de la hembra, su flúido peculiar, y en aquel ambiente había esa hondura sensual que le faltaba al perfume del pañuelito róseo de Inés, la noche del cumpleaños de mamá.

Después, el día me lo contó todo. Era triste y asombroso. Ella tenía el rostro ajado, como si el destino la hubiera estrujado entre sus manos, dejándola luego ahí, tendida, vencida, vacía; como si el destino la hubiera seducido cuando todavía era adolescente, robándole su virginidad y su castidad y sus sueños y todo cuanto poseía, sobre todo la juventud, esa riqueza fungible que la vida nos descubre, apenas perdida. Parecía que las noches le labraran la cara. Unos ojos siempre asustados de la luz, siempre adoloridos de la claridad. Y sus labios sometidos a tantos besos. Sobre todo, a besos tan diversos! Ya no tenía nada que dar. Semejantes a los de esas actrices arruinadas, que por fin caducan en una compañía de acróbatas y que, gordas y viejas, todavía salen a escena con una risa completamente usada, así eran sus labios. Tenía, además, una pequeña cicatriz en la mejilla derecha. No quise preguntarle por ella, a pesar de que la curiosidad me picaba a cada instante. Esa muesca leve —un cordoncillo blancuzco y retorcido—, me dolía un poco. De seguro era toda su historia, su única historia. Acaso ahí estuviera su vida entera, ¡lo único que de ella valía verdaderamente! Pero, de todos modos, eso resultaba horrible. En el dintel de la puerta, el cadáver de una mata de "sávila", pendía, desgonzado, como si la hubieran ahorcado. Al principio... —pero ya dije que el día me había contado todo— parecía ser un gran molusco verde, un ser acuático, un pulpo. Había oído decir algo acerca de ella, pero el silencio nos atormentaba y lo aproveché para preguntarle:

—¿Y eso?

—¿No sabes?

Tuve que insistir mucho y jurarle que no lo sabía. Que no lo sabía en absoluto y que me interesaba. Por fin desistí. Mucho después, hablando de otras cosas, volvió hacia mí la cara y mirándome a los ojos, me dijo:

—"Eso" es la buena suerte. Mejor dicho: "eso" nos defiende de la mala suerte. Nos proteje, nos ampara. No deja entrar a... Es una costumbre. ¿No lo has visto en otras partes?

—Sí, ciertamente —agregué con un tono de voz olvidado del sentido de las palabras—. Ciertamente. Lo he visto en otras partes. Pero hasta ahora no se me había ocurrido preguntar para qué lo tienen.

¡Oh! dolía verle la cara. Era que tenía allí su destino. El pasado se había concentrado en aquellos rasgos fatigados, los había estirado sin armonía hacia aquí, hacia allá, hasta dejarle una fisonomía gastada. ¡Cómo había regalado sus ojos y, sobre todo, ya no le quedaban miradas! Las aletas de la nariz, rítmicas, se movían tan angustiosamente que parecían saber, mejor que nadie, que aquello que aspiraban era justamente la vida. Y la vida es breve y se va quemando, igual que el oxígeno que entra por ahí. La vida depende de ese poco de aire. El pelo, abundante, comenzaba a caerse sin gracia, porque había sido desordenado por manos distintas. No tuve más remedio que huir conmigo hacia las manos, pero eran manos duras, manos de hombre, acostumbradas a defenderse. Las venas, pronunciadas, recorrían aquella comarca árida, sin verdor, en el estío de sus huesos inquietos, casi locuaces. Era desolador. La noche se había llevado todo... ¡todo!

Me quedaba a mí el episodio de su cuerpo. Su cuerpo era ahora un recuerdo y, por consiguiente, participaba de los ingredientes insustituíbles de lo recordado. Era, pues, una parte de mi fantasía. Porque su cuerpo no tenía nada que ver con la cara, y aun creo que pertenecen a dos personas distintas. En la cara había dolor; en el cuerpo, alegría; en la cara, personalidad; en el cuerpo, animalidad; en la cara, destino, en el cuerpo, instinto; en la cara, muerte, en el cuerpo vida. Y así, todo lo que faltaba en la cara estaba en el cuerpo. Y la vejez (el tiempo) parecía contenta con sólo entorpecer y arrugar la fisonomía y, a cambio de esa presa, no había pasado al cuerpo, que permanecía joven, duro, elástico, inefablemente tibio, con ese leve erizamiento de los poros diminutos que levantan una dorada crispación unánime. Los músculos de las piernas, fuertes, tensos, con movimientos educados por una calistenia de la sensualidad, accionando sobre las rodillas. Y así, el fuego de la pasión iba animando cada porción de carne, haciéndola más dura e imperiosa, más indeciblemente voluntariosa y esforzada. Los pies, apretados como si acabaran de descalzarse estrechos chapines de bailarina, remataban en aguda punta las piernas, que entonces se movían en el aire, sin más objeto que llevar el compás del placer, con un vaivén que hacía pensar en una invisible bicicleta cuya marcha se favorecía. La cabeza reposaba sobre el nido del pelo, pero estaba tan distante que apenas participaba de la inestable maravilla. La piel, sedosa, era presa seguramente, de algún extraño atavismo felino, pues se complacía en frotarse, como una gata, en férvidas prórrogas de placer. Lo que no podré olvidar, cuando esto caiga bajo la nieve del

olvido, es cómo se quitaba las medias; cómo sonaba el dedo, al resbalar sobre la pierna desnuda y reducir aquello a un bultito rosado, levísimo. Y el ruido de la zapatilla al salir del talón, y cómo era preciso volverse luego... Y cómo aquello que hacíamos era inútil y sin consecuencias, algo puramente estético que parecía estar recomenzando siempre.

Así estuve amándola muchos días. Y acaso fué entonces cuando de veras me olvidé de lo demás. Ella me ocupaba íntegramente. No quedaba en mí sitio para nadie ni para nada. Hoy comprendo que era yo un hombre de acción. Dejé las cavilaciones, cerré cuantos libros tenía, cada uno en distinta página. Y dejé en ellos muestras, como si previera que volvería a abrirlos en la misma página, cual si una vida mía que a la sazón interceptaba la marcha de la verdadera (o de la falsa) fuera, por fuerza, transitoria. Como me lo habían dicho, las primeras noches dejé dinero sobre la mesita del aposento, bajo el reloj. Unos billetes, con sus cifras escondidas, avergonzadas, cuidadosamente doblados. Era el más penoso de los deberes, pero acaso el más acorde con mi condición. Al principio pareció no darse cuenta de ello y... pero en cuanto lo supo, los reunió todos y me los echó al bolsillo a hurtadillas. Desde entonces la quise más, pero ya no podía gozar lo mismo con ella. Era horrible gozar tanto con alguien a quien se amaba sinceramente. Era demasiado brutal. Pero ahí estaba la bestia, a ratos tierna, dulce, suave. A ratos violenta, ciega, despidiendo un almizcle agudo. Y las ropas de seda estaban impregnadas de ella y del placer de ella. El placer era lo único que no se agotaba, porque subsistía a costa de sí mismo e iba destruyendo la materia. Se hacía tirano y llegaba a olvidarse de la piedad para poder satisfacerse.

Cuando, por fin, ella me abría su calor, ya lo tomaba como si fuera mío, y llegué a no darme cuenta cabal de él. Ella tuvo que saberlo, porque me dijo:

—Si fuera celosa te habría aburrido, ¿verdad?

—Claro.

Y yo le contestaba "claro", para que ella creyera que yo no había comprendido, y así le impedía atreverse a decírmelo todo. Era sumisa. No había sido madre, pero cualquiera le habría preguntado, al conocerla a fondo, por sus hijos ausentes, o quizá muertos en la infancia, cuando ella ya les había dado su juventud.

Las tardes se volvían puros colores. Después, las nubes se estiraban, como el hierro en la fragua, e iban tomando tonos sombríos, metálicos, de plomo, cobalto, zinc. Y aquello se

vertía en la noche. Y la noche estaba pendiente de su ventana, porque adentro la lamparilla roja alumbraba siempre con una luz confidencial y segura. Los licores estaban castigados en sus cajas. No había sino colillas, con rastros de bocas rojas, hasta el día en que me fuí. Ahora, ella está muerta. Y por eso este recuerdo no me pertenece y está confuso en mí. Y yo estoy tranquilo.

Aún podría contar muchas cosas de ella y mías, de ese tiempo ganado en vano, hacia el cual miro ahora sin melancolía, sin amor, sin ningún sentimiento verdadero. Pero sería una profanación, y estoy seguro de que habría quien confundiera mi propósito y hasta quien llegara a pensar que eso... vamos.. que eso escandalizaría a los corrompidos, que son todos o la mayoría. Si un alma pura hubiera de leerme, acaso me atreviera a decir aquí cómo mi sensualidad nació bajo el riego de sus caricias y cómo llegó a convertirse en un arbusto tierno y flexible, y cómo... en fin... cómo echó raíces y se hizo árbol fuerte y recio... y todo lo demás que de ello se colige fácilmente. Mi cuerpo, sellado por siete sellos, ciego, privado del ejercicio fecundo y noble de sus facultades, encontró en ella la acción y la vida. Por eso aprendí muchas cosas útiles. Yo sabía sólo de cosas bellas y abstractas. De manera que la ración fué oportuna y saludable. Me enseñó, por ejemplo, a prescindir de los rodeos, de los circunloquios. ¡Oh! ¡prescindir de los rodeos! Ir derecho al grano, a la semilla, a lo que es, justamente hasta las cosas. Por lo visto yo me detenía en el conocimiento teórico de las cosas y lo confundía con su verdadero ser. De manera que estaba desprendido de la naturaleza, separado de ella por invisible trabazón de ideas. Las ideas me aislaban de los hechos. De ahí deduje que de una cosa no se puede tener al propio tiempo su ser auténtico y su concepto mental, porque estas dos posesiones son incompatibles. El mundo real era más bello; cuánto más bello y fecundo, con sus hermosas potencias frescas listas a dispararse, a realizarse. Cuánta alegría; cuánta frescura, cuánta nobleza en la sencillez, en la simplicidad! Y las cosas eran simples, tanto más simples cuanto más ciertas, cuanto más evidentes. La maravilla de la creación. Un organismo armonioso, repleto de voces, lleno de profundos significados cuyo contacto lo enorgullecía a uno y lo hacía más poderoso y rico. ¡La delicia de los puros actos! Y ese encantado país del olvido al que uno era transportado como milagrosamente. Los actos: ¡poderosa medicina, mágico bálsamo, panacea verdadera! Semejante a una dulce embriaguez, cuyo despertar era la tortura del análisis y la enfermedad de pensar. ¡Pero

se podía caer nuevamente en el olvido con sólo hacer, hacer, hacer! Y hacer era alegre, y hacer era fácil.

Más tarde (aquel sueño revelador, el recuerdo de esta mujer, la necesidad de curarme) logré —así lo creo— llegar hasta la naturaleza. Fué una incursión sin precedentes, y de allí regresé otro. Pero eso lo veremos luego, cuando acierte a nacer de la ocasión propicia. Conservo algunas frases que hoy resultan extrañas hasta para mí mismo. A veces no sé lo que dicen o lo que yo quise entonces que dijeran. En general uno aspira a decir mucho, o algo tan sólo. Pero quiero decirlo muy precisamente siempre. Los sentimientos, las sensaciones, las ideas, están claros en la mente o en el corazón. Pero al tratar de representárnoslos en la imaginación, aquella potencia no logra concebirlos con exactitud, y por eso les atribuímos una vaguedad que, en realidad, no tienen. Las palabras, en cambio, son mucho menos nítidas. Por lo menos, es más difícil conocerlas a fondo. Se confunden de tal suerte con uno mismo, que llegan a hacerse del color y de la tibieza de la propia sangre, y no son otra cosa distinta de nosotros sino una parte substancial y, desde ese instante ya comenzamos a no comprenderlas, es decir, a no distinguirlas, como no nos comprendemos a nosotros mismos. Pero cuando nos proponemos hacer perdurable la emoción de un instante, y para ello nos valemos de esos apuntes íntimos que al principio emborronan la libreta de bolsillo y luego a veces se guardan y se trasladan a limpio, nos encontramos con que aquello no sé puede decir; con que lo que valdría la pena de decirse es indecible, incomunicable; y con que lo que se puede decir mejor fuera callarlo. Y entre lo uno y lo otro se comienza a vacilar, hasta que la necesidad de defenderse del olvido nos hace resignarnos a decir o a escribir una parte de lo que sentimos. Y ya, más tarde, se topa con esa sola parte. Y unas veces se puede, por esas pocas palabras, reconstruir interiormente la melodía; pero otras, las notas no responden a nada, y están tan profundamente dormidas que se nos antojan muertas o ajenas. Una frase musical, un color, o esa palabra "sufrimiento", no nos dicen ahora lo que les dijimos entonces que dijeran o lo que les encargamos guardar. Por ejemplo, he aquí un pedazo:

"Bebimos desenfrenadamente. Nos emborrachamos. En medio del salón de baile, prorrumpí en llanto. No pude dominarlo. Quise llorar. Llorar mucho, acaso indefinidamente. Aquello me hacía bien, ¡cuánto bien! Me purificaba tan hondamente, que me producía placer y espanto a la vez. Los negros seguían tocando. Las mujeres movían sus nalgas flácidas. Los negros hacían bailar los ojillos menudos, encendidos como carbones. Es como si ellos comenzaran a arder por ahí y de pronto se ardieran todos. Yo lloraba. Lloraba por mí y por... Ella tiene la culpa. ELLA".

Estoy convencido de que "ella", significaba Carmen. Ni más ni menos.

He aquí otro fragmento:

"Serían las... Pero la hora poco importa. Sin embargo, es la hora la que no quiere pasar en mí. Se ha quedado pegada, tiesa, rígida, intensamente fría y llena de indecibles estremecimientos y súbitos calofríos. Si fuera posible cambiar la situación dentro del tiempo como la he cambiado dentro del espacio, estoy seguro de que podría libertarme de este misterioso pavor que ahora tengo y que me posee bajo la máscara de una sensación voluptuosa y terrible a la vez. Ha sido en vano restregarme los ojos con el dorso de la mano. Y aun he perdido los esfuerzos de bañarme, de hacer algunos ejercicios gimnásticos, de abrir un libro cualquiera y de leer en él; (no me daba cuenta de lo que leía, tan enajenado estaba). Todo en vano. En realidad no tuve la culpa. Y, por otra parte, eso ocurre siempre. Es necesario que yo lo diga ahora aquí, puntualmente, sin eufemismos. Las cosas tales como sucedieron, escuetas, netas. Serían... (no puedo precisar la hora, pero ya se había inclinado el fiel de la medianoche hacia la luz, hacia la aurora). Las calles estaban tan solas que hasta el mismo viento reposaba, y el cielo estaba apagando las estrellas, una a una. (No sé cómo digo esto ahora, teniendo el firme propósito de decir aquello sin redundancias). Pero me parece que la atmósfera participaba en el acontecimiento próximo a suceder. Adentro, en la cantina, las voces de los ebrios eran tan roncas y estaban tan interceptadas por los golpes de hipo o por los chillidos inexplicables que en esas circunstancias se suelen dar, que uno comprendía que ya era tiempo de irse, porque no quedaba allí más alegría: se había gastado toda. Los músicos, adormecidos sobre las notas, soplando sin ganas sus trompetas gangosas o rascando las cuerdas laxas de sus instrumentos, tenían la masa de sonidos reducida no sólo a un monótono ritmo interminable, sino a un vago ruido sin fondo ni compás. Otros dormían sobre las mesas. Yo había salido a la puerta y olisqueaba el aire como un náufrago. De unos barrizales cercanos venía un tufo fétido. Había luz escasa. A pocos pasos, un hombre borracho besuqueaba y palpaba el cuerpo de una mujer. Me dió asco y tuve que mirar, calle abajo, el cuadrante de luz que una ventana abierta proyectaba sobre la calle. Los ruidos esta-

ban fatigados como yo mismo, pues iban entrando al silencio uno tras otro. Ahora comprendo que aquel silencio no se estaba fraguando sino para servir de fondo a estos gritos podridos que comenzaron a salir por la puerta, procedentes del salón de baile. Las dos mujeres peleaban por un hombre. Lo miré a él quizá por curiosidad de apreciar si era su apostura o su cartera lo que las mujeres se disputaban. Era un mancebo fornido, de piel atezada, en mangas de camisa, con el pelo echado atrás y unos ojos vivaces. De recia complexión; alto; de movimientos suaves y firmes. No lo conocía, ni era parroquiano de aquellos andurriales. Se advertía que debía ser forastero. Las mujeres comenzaron insultándose con palabras crudas. El se rió y se fué a la cantina, entre dos amigos que lo habían crucificado sobre sus hombros. El corro fué creciendo, pues se sumaron a él quienes hasta entonces dormitaban. Pero todos teníamos cara de fiesta. Asistíamos al espectáculo soez y plebeyo de esta riña hasta que, de pronto, súbitamente, sin que nadie pudiera evitarlo, una de ellas sacó del corpiño una vaina pequeñita y desenfundó un puñal, lanzóse con él, la mano en alto, y como si su rival fuera un instrumento músico, le arrancó una nota falsa, larga y desfalleciente. Al desplomarse acudieron los circunstantes. Era cual si en ese mismo instante toda ella fuera puro cuerpo, pura masa: tan pesadamente caía! Se buscó la sangre para localizar la herida, y al fin se dió con ella, al desgarrarle el corpiño. La herida era pequeñita y la sangre hacía pucheros. Los ojos estaban extraviados y no había miradas en ellos. Por las comisuras de la boca asomaban dos leves venas rotas, de sangre espumosa, rosada. La otra no hacía sino mirar, mirar en una forma tan intensa, tan espantosa, tan vesánica, que era cual si estuviera mirando por todos; al fin, cuando se supo lo que había ocurrido, nuestras miradas asaetearon a la que tenía el puñal en la mano; la miramos tan despectivamente que el arma se le cayó, y ya no le quedaron ojos más que para mirar al suelo; fué a gritar y a preguntar, y quería explicarnos que no era nada; que la otra estaba haciendo una chanza pesada y que... pero aquel frío le helaba las palabras y no pudo decir nada, hasta que también se desgonzó y cayó, y nadie fué a sostenerla, porque todos querían huir de allí. "No se ha perdido nada...; una puta menos", dijo alguien, observando a las mujeres tendidas. Cuando caí en cuenta de que debía irme también, sentí a lo lejos la sirena de la policía. Al día siguiente los diarios de la mañana daban la noticia de un crimen de amor. Los celos habían puesto el puñal en unas manos de mujer, y desde

allí habían partido un corazón. Algo truculento. Los rapaces voceaban aquello con furiosa alegría. Y yo sabía perfectamente, porque lo averigüé a fondo, que aquel hombre era forastero; las mujeres presumían que tenía dinero y que era generoso. Eso es todo. Muy simple, pero ha bastado para que no pueda espantar de mí esa hora que me atormenta".

Estas memorias hubieran podido ser interminables. Pero a la sazón estaba tan ocupado en vivir, que no me quedaba lugar para otra cosa. Y menos para escribir. El rato que hubiera podido emplear escribiendo lo necesitaba para seguir viviendo. Y así se encadenaron los acontecimientos de mi existencia, vertiginosamente, como si la mano que desenvuelve los destinos halara con violencia de la cuerdecita de los días y de las horas. Situación pareja a la histriónica de esos caballos de circo que galopan incesantemente sobre una pista cilíndrica que da vueltas en sentido contrario al perseguido por ellos, compensando su avance en forma que, por más que golpean, no avanzan un milímetro de su primitivo punto de partida. Así se me antojaba a mí estar corriendo, veloz, sin tregua, frenético, en la dirección marcada por mi brújula hacia el placer. Sin embargo, conservo todavía dos fragmentos más, de entonces, que no podría quemar, como fué muchas veces mi propósito. Querría expurgarlos, mondarlos, porque ciertas palabras amaneran la expresión y la hacen ingenua. Pero quizá son estas cándidas palabras la porción de sinceridad que hay en esas frases ya vacías, decrépitas, y he pensado que al destruirlas menguaría su misión profunda de encarcelar un tiempo ido.

Este pedazo, el más incompleto, dice así:

"Indudablemente no todo lo mejor se aprende de nuestros padres. En verdad ellos nos quieren mucho y son, por esto, bastante inhumanos. No se compadece su inmenso cariño con algo de comprensión. Saben perdonar como nadie, pero acaso comprendan menos que los otros. Ya sabemos cuánto cuesta imponer nuestros personales gustos a los padres, con respecto, por ejemplo, a mujeres. Estamos casi siempre en contra de sus predilecciones, y al principio nos parece que, efectivamente, ellos tienen razón. Lo veo ahora, cuando aún no me he repuesto del todo de aquella frase que me dijo M., la dueña de la cantina: "Mire usted: no sea tan fino y delicado con ella. Yo lo estimo mucho, porque usted es un jovencito decente y ella es una... cualquiera. Eso: una... cualquiera. Y las mujeres somos muy burras. Cuando los hombres nos quieren de veras y nos tratan bien, los consideramos unos menos, unos majaderos. He visto que usted es muy... ¿cómo le diría?...

muy... casi respetuoso, atento y suave. Eso no le conviene. Sea brusco y trátela duro. Cuando sea malcriada con usted déle un pezcozón bien pegado en la jeta. Y así... mire que se lo digo yo y tengo por qué saberlo". Palabras terminantes que me desconciertan, pero que me dan, al mismo tiempo, esa sensación alegre que delata la presencia de la verdad. Me he quedado perplejo, aunque reconozco su lealtad. Así es. Las mujeres quieren en los hombres la brutalidad, como la más espléndida manifestación de su sexo. El macho debe ser así: impetuoso, fuerte, repentino. La posesión misma es una forma de imperio brutal. El instinto debe afirmarse con violencia y hasta con crueldad. ¡Cómo nace el goce puro de la fuerza pura! El músculo que golpea, el brazo que ciñe, el mordisco, el graznido, la razón disuelta en una ciega voluntad de placer. ¡Eso! Y la mujer revolviéndose en simples actos mecánicos, sumergida en el profundo olvido de sí misma. Los cuerpos solos. Los cuerpos orgullosos de su propia animalidad. Todo esto contenido en las palabras de M., una mujer madura ya, que está en el otoño de su experiencia. Cuánta gratitud le debo por ello. Y así sería bueno proceder si...".

"Es verdad: me han golpeado. Me duele, sobre todo, la humillación. Me han pegado con los puños; (hasta ahí nada habría de particular, pero también me dieron un puntapié y, ¿qué digo?... también me maltrataron dándome con una jarra en la cabeza y mojándome). Me defendí torpemente. Les tiré a la cara unos puñados de arena. Pero esto fué nada. El espectáculo desolador era el que ella presentaba. No puedo dejar de relatarlo aquí, de paso, muy brevemente: el aposento estaba cerrado y tuve que creer que dormía. Consulté el reloj y eran las tres de la tarde. Posiblemente después de una noche entera sin dormir... acaso de una embriaguez. Fuí a abrir, cauteloso, y entonces M. me lo contó todo: estaba despechada porque el favorito (su favorito era un carretero de cara patibularia, un mozo grueso y negro) andaba con otra mujer. Por eso compró una botella de ron, se encerró con ella, y bebió hasta caer, borracha. Al entrar al cuarto aquello apestaba; era un olor agrio y podrido. Ella estaba tirada en el suelo, arrastrando el pelo en un líquido viscoso, violáceo y resbaladizo. Un carrillo calaba aquella porquería. Sus ronquidos se resolvían en un soplo profundo, espeso y cálido. Estaba a medio vestir. No pude resistir el olor y salí. Afuera, la luz me hizo sentir vergüenza. El cielo estaba azul. Las palomas del tejado vecino parloteaban su liturgia palaciega. Aún era tiempo de huir. Entonces comprendí lo que

era fugarse. Y tengo la sensación de estar huyendo siempre de allí. Pero ahora, una penosa inmovilidad, sin que yo quiera, me lleva a verla y me trae de nuevo. El oleaje fétido de aquella cloaca viene y va, como si se columpiara en el aire. He olido todo. ¿Será preciso que deje esto y vaya a bañarme? ¿No es terrible esto? Esto, esto, esto".

Y aquí terminan los fragmentos. También ese recuerdo mío, vago y difuso. La soledad y el silencio son responsables de que tengamos recuerdos como los que acabo de referir. Comprendo que es un poco confuso lo que digo, y más que confuso vulgar, terrible, insufriblemente vulgar. Aquel sueño tiene la culpa o la tuvo. Pero cuántas veces el resultado final de una acción bochornosa, su buen éxito, hacen que olvidemos de repente el camino que nos condujo a ella. Creo que así es todo en la vida, y la vida es lo único cierto, lo único innegable. Un artista que quisiera prescindir de la vulgaridad tendría que prescindir de la vida. ¿Y eso se justificaría?

* * *

Desde que encontré la clave de mi sueño e interpreté su contenido, ya no pude seguir ocultando mi gozo. Fué preciso que hiciera a todos partícipes de este contento que hacía sonar en mi alma los carillones de la dicha, con ese frenesí que al sonar en la voz de las campanas jóvenes hace que las consideremos particularmente frívolas en relación con las otras, las llenas, mesuradas y pomposas, en cuyos sonidos hay más experiencia y recato, más dulce y eficaz autoridad, más insinuante reclamo. Quizá me sentía excesivamente feliz con el hallazgo o, tal vez, demasiado rico. La opulencia llegó a crearme ese instinto de generosidad que suele ser consiguiente a la posesión de auténticos tesoros espirituales, y que sirve para distinguir las riquezas morales de las otras. Porque acontece que cuando el hombre se harta de bienes materiales, parece que los hubiera conseguido a cambio de su alma. Y así su empacho consiste en que, a la par que adquiere riquezas se mengua la capacidad de compartirlas, es decir, de gozarlas, y ello hasta el melancólico extremo de que el ápice de su poderío coincide con el cabo de su avaricia. Es como si Dios mismo condenara la ambición desordenada quitándole a los valores adquiridos la única razón de su aprecio. Lo contrario ocurre con los patrimonios del alma: a medida que se acrecientan, aumenta el deseo de compartirlos. Y así, cuando hemos enriquecido la conciencia, vamos por el mundo ávidos de regalar esos bienes, estimando que su valor

se multiplica al dividirlo, como en el milagro de los panes y de los peces. Por eso iba yo comunicando mi dicha, explicando cómo un sueño era mi tesoro y cómo allí estaban contenidos los principios de la sabiduría.

Pero... será vano que lo diga ahora, porque ya es fácil adivinar el resultado... mejor dicho... porque el resultado se colige necesariamente. Cada cual puede ir al archivo de su experiencia personal, y aun no lo necesita, porque lo sabe de memoria. Y si no lo supiera, esa risa menuda que comienza a apoderarse de sus labios y va corriendo de ellos a estremecer la fisonomía, se lo ha dicho o se lo está diciendo. Y lo que yo agregara resultaría asaz esperado, asaz previsto. Y nadie podría encontrar gusto en saber cosas tan conocidas, porque lo muy conocido empalaga. Quisiera pues, retenerlo y seguir adelante, pero veo que, de tódas maneras, esto quedaría incompleto. Y por eso lo digo, en dos palabras: nadie quería de mis riquezas, ¡nadie! Acaso —y seguramente— porque nada valían; porque nadie veía en ellas su valor. Era difícil verlo, claro está. Y yo me resignaba pensando que aquella mirada superficial y desdeñosa se cambiaría, de pronto, por un vivísimo interés. Pero no vino nunca. Nunca pudo esta ilusoria esperanza confirmarse. Y sólo se prestaba atención a mis palabras cuando eran perdonadas por el cariño, por la amistad, o únicamente por la benevolencia. Yo terminaba con las alas caídas y la mirada enferma. Comprendía que había hablado demasiado, siempre demasiado, hasta que acordé conmigo mismo no volver a decirlo a nadie, no hablar nada e ir directamente a los hechos, probar mis decires, decir mis palabras por boca de las cosas, que las obras hablaran mientras yo callaba. Porque me pareció el único camino de llegar hasta esos oídos sordos, escépticos y burlones, que al principio combatía con sin igual ardor, y que luego me vencieron con su terrible sordera, con su sordera invencible, señera, sarcástica, fría. ¡Oh! los oídos yertos, impermeables. Y las sonrisas que se difundían en gestos amables. Y, sobre todo, esas contestaciones que empalmaban con mis preguntas, pero que se referían a otras cosas, tan distintas. Entonces leí a Nietzsche y pude entenderlo, porque había hecho la experiencia de las siete soledades. Y yo estaba conmigo, solo. Por fin, hasta mi propia compañía se esfumó. Y me quedé tan relegado e inútil, y me encontré tan vano y desorientado, que hasta los libros simulaban estar hoscos y zahareños conmigo. Yo los buscaba con ansiedad y temor a la vez. Pero su compañía fué fiel y fuerte. Y desde entonces yo también los comprendí, porque ellos me comprendían.

Nuestra patria —no sabía yo cómo, pero de pronto lo supe, cuando oí hablar de los conocidos disturbios en la frontera, siempre aparatosos y a la postre tan fútiles e irritantes— estaba en guerra. La gente se había lanzado alegre a las calles, en apretados pelotones, y fácilmente hubieran podido ocurrir esos tumultos en la inauguración de una temporada de carnavales, acaso en días de votaciones, en una festividad cualquiera. ¡Pero la verdad es que estábamos en guerra, aun cuando hubiéramos tomado aquello con tanta alegría! Hubo quienes hubieran deseado aprovechar estos primeros minutos de sorpresa para vivir con intensidad, temerosos de que la noticia del conflicto pudiera rectificarse y no hubiera más remedio que volver a la casa y seguir en la monotonía de la paz. Los soldados marchaban por plazas y avenidas precedidos por la cólera de las trompetas y la añagaza bélica de los tambores, que tableteaban anticipadamente —metáfora de las ametralladoras— poniendo sobre la piel de los hombres una decisión inquebrantable, algo así como esa dura voluntad de "vencer o morir" que, en el rostro de un soldado antes de marchar al frente, labra el invisible símbolo de la patria, agita el corazón de los ciudadanos, enciende la lamparilla de la gratitud, y le confiere una dignidad superior a cuantas conocemos en la vida ordinaria, dignidad que hace de quien la lleva sujeto de necesarios heroísmos, y a la par que lo reviste de gloria, lo compromete más allá de su albedrío y lo coloca en una vida mejor, distinta y más alta, en los dominios absolutos de la sangre, frisando la inmortalidad. He ahí la razón de nuestro temblor, del erizamiento de nuestro cuerpo, de esa onda tibia y generosa que llena el corazón y lo hace latir con una fuerza segura, con sin igual decisión y brío. Tremolaban las banderas latiendo en el viento como llamas; oíase el ruido de la fusilería, el arrastre pesado de los cañones y el más delgado de las ametralladoras. Veíanse los gallardos mozos ataviados con brillantes uniformes. Y los espesos generales, con su aire eclesiástico y exuberante. Y las polainas y el látigo y las cejas imperativas de los capitanes, caballeros sobre ociosos trotones enjaezados con monturas mínimas de estribos en forma de herradura.

¡Cuán codiciables las miradas que las muchachas enviaban desde las ventanas! ¡Y las flores que de allí venían! Y las risas a veces cargadas de intención, tan dicientes, que más parecían aprovecharse del pretexto que cumplir con su deber. Y aquella marcha firme, exacta. Su ritmo elástico. Las botas sonando al mismo tiempo, como movidas por una sola pierna. Y acompañando su melodía, los arpegios metálicos

de los caballos, cuyas herraduras restallaban en el piso. Fué todo esto lo que arrastró a Mario en el primer alistamiento de voluntarios. Lo vi marchar mañana y tarde. Con frecuencia salían de la ciudad a ejercitarse en los campos aledaños. De allá regresaban al apagarse la tarde. Y del cuartel donde se mudaban el uniforme por su ropa de paisanos, iban a la casa. Pero ya era tiempo de comer. Y después, a la noche, Mario se encaminaba a casa de Rosario, con quien permanecía hasta tarde. De vez en cuando lo veía y lograba retenerlo hablando fruslerías. Mostrábase reservado, y cuando le pregunté por su amor, cambió el tema y mostró con ello particular egoísmo. ¿No era acaso aquel tema de conversación el que debería serle más grato? ¿No era yo el amigo en quien tenía más confianza? ¿No necesitaba yo la compañía de sus confidencias, el abrigo de su intimidad? Comprendí que no estaba en su verdad. Que su verdad se menoscababa en mis manos. Y entonces procuré alejarme. Alejarme.

También Rodrigo tenía sus ocupaciones. Ahora hacía de político y fomentaba disturbios. Se le veía por las tardes, en la Plazuela de los Mártires, sentado en un escaño, conversando con amigos a quienes endilgaba sesudas disertaciones. Allí rebotaban, barajándose, nombres conocidos tales como: Lenín, Marx, Engels, Trostky, Stalin, etc. Además, Rodrigo se entendía con una señora muy joven, mujer de un hombre delgado y nervioso, a quien engañaba bonitamente. Y tampoco tenía momento libre. Todo él vivía.

Carmen e Inés se habían ido a veranear. Inés para la hacienda, lejos, en tierras frías, y Carmen para la granja, cerca de la ciudad. En realidad aquel abandono en que me dejaban parecía cumplido con premeditación. De aquel tiempo sólo recuerdo algunas cartas de Inés, que perdí no sé dónde ni cuándo. Una sola me queda, a la que está adjunta la respuesta, que nunca conoció ella, pues en cuanto la escribí me dí cuenta de que no debía enviarla. Y así transcurrió una época tan muerta de mi vida, que apenas me dejó leves, deleznables islotes de recuerdo.

"Santa Inés, diciembre 1 de 19...

"Mi querido Santiago: No debería escribirte, según mi firme propósito. Ya te lo dije allá: me voy al campo a descansar y he de estar sola, completamente sola. Y desde que se escriba a los amigos ya no se está solo y... lo que tú dices. Pero me parece que escribiéndote estas frases soy más feliz, y como aquí he aprendido a llevar una vida libre, de acuerdo con los instintos naturales, tengo también entendido que no debe uno reprimirse en nada y sí hacer lo que le venga en

gana. Esto lo aprendí de ti, y no querrás negarlo: "No debe uno reprimirse. Es un error. Error que se paga muy caro. Haz siempre lo que quieras. Déjate llevar por los primeros impulsos. Que tus oídos sean sordos a lo que diga la gente. La gente miente". Y lo demás que, a fuerza de repetirlo, ya lo sé, pero me da pereza transcribirlo ahora. Y luego, tu palabra de siempre, que todavía no comprendo tanto como tú quisieras. "Haz, haz, haz..." Y así interminablemente. Y eso hago: hacer. Te escribo estas letras, aunque presiento que se quedarán sin respuesta, y hasta podría no enviártelas. Si releo una carta no la envío. Pero aquí, amigo mío, todo es delicioso. Tan delicioso como esos paisajes que he visto descritos en tus cuentos, y que tú has visto alguna vez no sé yo dónde, porque desde que te conozco vives encerrado en una casa donde es imposible tener espectáculo tan fresco y libre, tan ancho y verde. He ido adentro a buscar tu cuento, "Las campanas". Te aseguro que no lo había leído con tanta comprensión como ahora. Y si tú vinieras aquí a pasar una tarde del sábado y un domingo, (tan sólo), te darías cuenta del acierto de tus palabras. Por ejemplo aquí, justamente aquí, donde dices, (copio el comienzo, porque lo demás lo sabes): "me he quedado abstraído mirando cómo las sombras de las nubes se arrastran por el suelo y pasan sobre las hojas doradas y se adhieren a los nudos de las raíces y lamen las piedras con su delgada lengua oscura, tan fresca que humedece el brillo del sol..." Y más adelante: "el joven escribía sobre el alféizar de la ventana, y aun de lejos se podía adivinar que estaba de rodillas —como se debería escribir siempre—, pero aquel joven estaba allí porque necesitaba ver el bosque y oír el ruido de la toma que llevaba agua a la alberca, y le era imprescindible el zumbido remoto de los insectos y el espectáculo de las hojas leves, secas, fáciles a las lisonjas del viento...". Y allí donde hablas de "esos millones de ruidos dispersos que se oyen como un solo rumor, y que él sentía separados, viniendo cada uno de su pequeño universo". Yo también creo sentir eso. Y hago constar que no te creía entonces, porque me parecías muy exagerado. Pero te confieso que dices la verdad, y aun una verdad muy escueta, sin afeites. A veces me da miedo ser tan sensible. Digo tonterías... Supongo que me envidiarás, porque sé cuánto ansías este olor fresco de la naturaleza. Te invito. Estoy feliz. Me entristecen las tardes, cuando aún no es de noche y el sol agoniza. De todas maneras, es una muerte. Pero ese momento es transitorio, y el resto de las horas es intensamente alegre. Mamá viene hacia acá. Trae un cesto lleno de huevos. Acaba de ha-

cer ronda por las casitas de las gallinas, y trae también unas espigas. Unas espigas olorosas y aceitosas, con sus cabillos oscuros. Sé que son para mí; para poner en mi cuarto. Siempre tenemos flores. Bien quisiera mandártelas, pero no es posible. Si acaso, te las enviaría el sábado, como premio a la contestación de esta carta, que llevará Francisco. Le diré que te busque en tu casa y te...

"Suspendí esta carta y la guardé, porque mamá hubiera querido verla, por simple curiosidad. Y no está escrita para que la lea... No tengo tiempo. Ya oigo las voces de Francisco que se va, pero no se irá sin llevarla, porque se lo tengo dicho. Escribe. Muy tu amiga, Inés". Se me olvidaba decirte que iremos el mes entrante a estarnos una semana, ya te dirá cuál. I".

Esta carta la contesté yo entonces de una manera abusiva, porque estaba en uno de esos estados de ánimo, tan frecuentes en los temperamentos nerviosos, que hacen aparecer a quienes los padecen como volubles, tornadizos y hasta peligrosos, pues ya se les ve enternecidos como mujeres, llorando o sufriendo atrozmente por una fruslería, (la enfermedad de un perro, la muerte de un canario, la simple presunción de la desgracia ajena), ya encolerizados, desalmados y crueles con personas a quienes deben gratitud, sin que ninguna razón justifique la inesperada actitud de hostilidad y rabia. Yo sé —cuán entrañablemente— que en el fondo de estos cambios de ánimo que asimilan sus pacientes a oscuros y torvos criminales, a gente sin nobleza, a turbios amorales, a despreciables enfermos del alma, no hay la podredumbre y la doblez que suele colegirse. Muy al contrario, creo que tales síntomas muchas veces lo son de excelencia y pureza espirituales, de entereza, de nobleza, de cuantas virtudes pudieran ambicionarse para un corazón bello y una mente clara. Y no tengo para afirmarlo más objeción que yo mismo que, sufriendo tales transiciones morales a causa de mi constitución nerviosa, jamás he podido considerarme dotado de esas hermosas cualidades. Pero, para apoyarme más firmemente en esta certidumbre, he resuelto que soy la excepción que, como acostumbra decirse... (pero lo demás ya lo saben ustedes).

Y así decía mi epístola, que transcribo intacta:

"Mi querida Inés:

"Cuánta alegría me has dado con tu cartica, que he leído cien veces. No sé. No sé cómo decírtelo. Caigo por milésima vez en la ramplonería de afirmar que las palabras no son capaces de llevar sino porciones —las menos importantes— de nuestros sentimientos. Acaso por ello no sepamos distinguir

los sentimientos como se debiera, y creamos que todos sean los mismos. Y sin embargo, ¡cuán diferentes! Tan diferentes como las personas, como las caras de las personas. Yo, por ejemplo, hoy, al recibir la esquela tuya, que me entregó Francisco esta mañana, experimenté una sensación tan dulce y serena, tan intensa y completa en sí misma, tan cabal, que hizo el milagro de llenarme, adaptándose a mi deseo y colmándolo, hasta el punto de producirme esa inefable certidumbre de plenitud que sirve de razón a nuestra propia vida, y que —imagino yo— debe ser la misma que en el rostro de las mujeres que esperan un hijo, acentúa el sosiego de los rasgos, dulcifica su risa, y comunica a los ojos esa bondad orgullosa que parece decirnos al oído: "tengo todo lo que podría desear". Y es que me ha llegado tu carta en un instante crítico de mi vida. Puedes creerlo. Desconfío de que lo creas, y me parece adivinar ya, en el escepticismo de tu sonrisa, la disculpa de estas frases, que no podrás considerar sino como un brote de literatura. Como si por el único pecado de llegar a decir las cosas sinceramente, por decirlas en toda su intimidad, quienes las dicen no pudieran ser leales, hombres de carne y hueso, sujetos de dolor y de miseria... en fin... cristianos comunes y corrientes.

"Sí, mi querida amiga, sí. Me ha llegado tu carta a una isla. A una isla de absoluta soledad, de abandono perfecto. Estoy más solo que nunca. Por eso quizá las palabras de tu carta han penetrado hondamente en mi espíritu. No estoy sentimental. Apenas dejo correr la pluma libremente, sin imponerle vanidades retóricas ni ideas premeditadas. Me parece que así podría escribir sin término, indefinidamente, acaso hasta repletar millones de cuartillas con estos oscuros garabatos extraños, endemoniados, capaces en su compleja simplicidad de guardar cuanto hay de mejor en nosotros, capaces de saber algo de nuestra propia alma, y acaso los únicos que pueden en cierta manera reemplazar nuestra vida, la que ahora mismo estamos gastando en vivir.

"Comprendo que me he extralimitado. Tal vez fuera bueno que leyera una vez más tu carta, antes de continuar garrapateando estos dislates. Estoy ahora predispuesto a confesar todo. Va a ser imposible mandarte esta carta.

"Pero hablemos de ti. Realmente te envidio. Estás allá, en la melodiosa campiña, navegando en esa atmósfera azul de las mañanas, cuando la luz deslíe los copos de niebla que aún restan de la aurora, embalsamado el aire por la música que vierten centenares de picos menudos que rematan parvos cuerpecitos alados, amarillos, color rojo de fuego, agudo

verde, o multicolores con leves copetes de otro tono, ágiles y chispeantes como el colibrí, que, frente al cáliz de una flor, suspendido en un prodigio de vuelo, penetra el perfume con lo agudo de su pico, hiriéndolo. Y ello sin pensar en esos rumores vagos que son la voz misma de la naturaleza, que forman parte de ese mismo silencio que de noche nos sorprende y nos desvela. Cuando todo parece callarse, cuando las voces humanas se sosiegan, cuando los ruidos se duermen, entonces aquella voz que viene (a veces nos parece así) quizá de las estrellas por lo distante, se apodera de todo, hasta sumergirlo en su propia esencia. Yo he permanecido muchas horas despierto, sintiendo esta voz que se confunde con el silencio. A ratos me ha ocurrido imaginar que es el viento que se trenza y se filtra en el follaje de los árboles, que gime sobre los arbustos como sobre la encordadura de un violín. Y las masas densas de aire acompañan, con sus notas graves, esta melodía sutil. Pero cuando más embelesado me hallaba oyendo al viento en sus múltiples sinfonías, en sus inconclusas sinfonías, en sus sinfonías imprevisibles, de repente, otros ruidos se sumaban a éste, silente, del aire. Y era preciso pensar en lluvias distantes, en preludios de tormenta o, también, mejor, en el crepitar de las semillas y, acaso, acaso en el crecimiento de las plantas, en soterraños desentumecimientos de la naturaleza, como si se aprovechara de nuestro sueño para cambiar un poco lo estático y firme de su posición habitual. Y a todo eso había que adicionar chillidos de grillos que cantaban obligados de flauta, y la monótona cantiga de los sapos. Y todo eso que tú conoces y que yo he conocido cuando tú no sabías. Y de lo que me hablas. Y de lo que yo decía en ese cuentecito que titulé "Las campanas" y que hoy ya no me arrepiento de haber escrito, porque releyendo las frases que me copiaste, he vuelto a ver ese caserón antiguo con sus grandes habitaciones y su piso de madera. Y los retratos de los abuelos, colocados en los muros tantos años antes, encaprichados en su tiempo, en no dejarlo pasar, hoscos cuando mamá resolvía modernizar un poco el color de las paredes o dotar de nuevo mobiliario algunos aposentos. Y si yo te dijera... pero no es ahora cuando podría ser interminable.

"En realidad todo eso pasó. Ahora estoy aquí, en mi cuarto que tú conoces y que no ha cambiado nada. Todo está en el mismo sitio, hasta esos "yoes" que han vivido aquí en tiempos diferentes, que no quieren irse y son mis compañeros, mis costumbres. Cuando me encuentro con uno de ellos, ya no estoy solo y, entonces me pongo a dialogar sin fin, y las horas pasan sin que yo sepa de ellas, como si, enfadadas por mi desdén, se fueran con otro. Pero así estoy mejor.

"He quedado solo. Tú no sabes que soy un soñador, porque hasta yo mismo lo había olvidado. Por ello, sin duda, me han abandonado los amigos. Y estoy huérfano hasta de esa limosna de atención con que a ratos suelen obsequiarlo a uno los buenos camaradas. Pero comprendo que, voluntariamente, me impuse esta vida. Durará algún tiempo, tan solo. Después... Para después tengo decidido vivir. Vivir intensamente, con todo el cuerpo, con todos los sentidos, que ahora viven su vida de crisálida, cual oscuras larvas, pero que, de pronto, saldrán airosos a la luz, como mariposas, a revolotear en lo azul. Sé en qué consiste vivir, y puedo vivir en cualquier momento. Basta que lo quiera. Pero no lo quiero aún.

"Sé que mi defecto es ser muy ambicioso. Pretendo que mi vida valga mucho. Y no me someto a vivirla vulgarmente.

"Ya sabrás que Rodrigo está hecho un Lenín, azuzando a los proletarios y llamándolos, como el pobrecito de Asís, mis hermanos lobos, mis hermanos... etc. Mario está de patriotero: supongo que se siente un Bolívar o algo así. No quiere nada sino armas y enemigos para destrozar. Creo que acabará él solo con la guerra. Carmen, ya sabes que se fué a "Versalles" donde está ahora con toda la familia. Me ha invitado y tengo el propósito de ir a verla un día cualquiera. Entiendo que Miguel Fernández le está haciendo un retrato al óleo. He pensado escribir una novela. Te lo digo a ti, como a la primera persona. Guárdame el secreto. Me da pena que se sepa. Pero será una novela original, rara y disparatada. Sé que no tengo dotes de escritor, pero como no he pensado nunca publicar mis borrones, nada salgo perdiendo. Mis ilusiones son tan grandes y vanas, como las de aquellos antiguos pobladores de "una vega en tierra de Sennaar" que, ensoberbecidos, pretendieron edificar una torre que llegara hasta el cielo, para demostrar su poderío. Dios bajó entonces y confundió allí mismo sus lenguas, para que "el uno no entendiera el habla del otro". Y de esta manera derribó la torre y sus desatentados propósitos. Así castigó Dios al hombre soberbio. Y así creo que seré yo castigado. Como no tengo plan, mi novela será una nueva Babel. Es lo que pienso.

"Escríbeme pronto. Acompáñame. Estoy triste, pero sé que mañana estaré alegre, y si no, pasado mañana o...

. . . .

Ya dije que esta carta no la envié. Y de ahí que la de Inés se hubiera quedado sin respuesta. Por eso quizá todavía aparece sin firma.